ALEMANIA
Y LA PRÓXIMA GUERRA

POR

FEDERICO VON BERNHARDI
GENERAL DE CABALLERÍA

TRADUCCIÓN
DE LA SEXTA EDICIÓN ALEMANA
POR
FRANCISCO A. DE CIENFUEGOS
CAPITÁN DE ARTILLERÍA

CON UN PRÓLOGO
DE
EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO

BARCELONA
GUSTAVO GILI : EDITOR
CALLE UNIVERSIDAD, 45
MCMXVI

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA : RONDA UNIVERSIDAD, 6 : BARCELONA

Herrn und Frau Krupp von Bohlen-Halbach achtungsvoll gewidmet in dankbarer Erinnerung

an die freundliche und gütige Aufnahme, die der Übersetzer dieses Werkes bei seinem unvergesslichen Aufenthalt in ihrem Hause in Essen fand. —

PRÓLOGO

Fué debilidad de mi parte el acceder a la cariñosa invitación hecha por el capitán de artillería señor Cienfuegos, de escribir unas cuartillas que a guisa de prefacio figuren en las primeras páginas de su magnífica traducción del libro del general Bernhardi ALEMANIA Y LA PRÓXIMA GUERRA, y predispongan en su favor el interés del público. Fáltame para ello toda suerte de competencia y autoridad, y nada sería más ridículo en mí que «presentar» a un tratadista militar tan altamente caracterizado como el general Bernhardi, escritor fecundo y ya popularísimo en Europa, y al señor Cienfuegos, autor, entre otros trabajos profesionales, de la preciosa monografía *Mahón: Base naval avanzada* y colaborador insigne con el capitán Izquierdo en la obra *El artillado de nuestras bases navales.* Ante especialistas de tal calibre, quedo reducido a la categoría de un aficionado, que ha tenido ocasión de estudiar un poco cuestiones guerreras de carácter general, por esa obligada curiosidad que a los publicistas de profesión nos lleva a asomarnos a todos los asuntos sociológicos sin profundizar ninguno en sus detalles técnicos.

Sírvame, empero, de descargo, o a lo menos de excusa, la atención con que he venido siguiendo, desde mi soledad y mi retiro, los antecedentes y el proceso del magno conflicto que hoy ensangrienta al mundo. Ya, en 1912, di a luz un volumen sobre *El socialismo, la patria y la guerra,* donde examinando la cuestión indicada por el título, tanto en su aspecto teórico como en su aspecto práctico, anuncié muy claramente la proximidad de

semejante conflicto. En 1913, y con motivo de las dos guerras balkánicas, publiqué en periódicos y revistas, varios trabajos, en los que insistí en considerar como inevitable la espantosa conflagración. Y después que ésta hubo estallado, continué señalándome como antisocialista y antipacifista, como patriota y germanófilo, con mis libros acerca de *Alemania y la guerra europea* (1914) e *Hindenburg y la campaña alemana en el Oriente europeo* (1915). En preparación tengo otras dos obras de la misma índole : *Inglaterra y la guerra europea* y *El socialismo europeo y la paz internacional.*

Si estos son los méritos (bien endebles y precarios), a título de los cuales me ha pedido el capitán Cienfuegos el presente *Vorrede,* disculpo y perdono su mal aconsejado empeño. Que sobre ser de mío adverso a toda clase de preámbulos y presentaciones de librería, insisto en creer que la hermosa versión al español del trabajo del general Bernhardi requería un prologuista más competente y autorizado que yo en materias de arte militar. Pero, en definitiva, resuelto ya a cumplir mi palabra, habré de limitarme a decir lo poco que relativamente al general Bernhardi ha llegado a mi noticia y el juicio que sus doctrinas me merecen, tomadas en conjunto.

* * *

En el folleto anónimo, intitulado *Der Kampf der Zentralmächte von einem Priester des neutralen Auslandes (Februar 1915),* se niega que los germanos hayan emprendido la guerra llevados por « el espíritu del blasfemo Nietzsche o por el del casi desconocido libro de un tal *(sic)* Bernhardi », fundándose en el cual los escritores de la *Entente* han ideado « el horrendo, pero ridículo fantasma » del bernhardismo alemán *Es stimmt nicht mit den Tatsachen, das die Deutschen getrieben von Geiste der Gotteslästerers Nietzsche oder im Sinne einer in Deutschland nur von wenigen gekannten Buches von Bernhardi, auf Grund dessen die Schriftsteller der Entente einen sogenannten Bernhardismus der Deutchen als Schreckgerpenst konstruieren, den Krieg unternommen hätten.* Entretanto, ni aun los publicistas de los aliados (Levray, Poncet, Hervier, etc.), aborrecedores de la po-

lítica imperial germana de la *Weltpolitik* o *Realpolitik*, practicada por Guillermo II, temen cantar la misma tonadilla. Para ellos, ni Bernhardi, ni Nietzsche, ni el no menos célebre Treitschke, ni ningún otro de los sabios y eruditos que han tratado con criterio radical el problema de la educación nacional alemana, han sido inspiradores de aquella política. Y la responsabilidad de los actuales acontecimientos, con todas sus consecuencias la atribuyen exclusivamente al Kaiser, cuya política, en su sentir, es una serie de movimientos impulsivos y contradictorios (*der Plötzlichkeit-Kaiser*, como dicen los alemanes), por « hacer siempre súbitamente lo inesperado ».

Hay algo de verdad en estas apreciaciones. Desde luego, Nietzsche debe quedar descartado como propulsor del pangermanismo. En el libro que el lector tiene entre las manos, Bernhardi cita a Lutero, a Hanotaux, a Hegel, a Kant, a nuestro Mariana, e invoca veinte veces a Trietschke, pero ni una sola vez menciona a Nietzsche. Y en puridad, ¿qué valor podía conceder un tratadista militar tan serio como Bernhardi a las elucubraciones de un loco, siquiera se trate de un loco tan genial como el autor del *Zarathustra?* Contra lo que muchos se figuran, Nietzsche es poco conocido y menos estimado del público alemán, y sólo en los decadentes pueblos latinos se le lee y se le admira, precisamente por lo dislocado de sus concepciones.

Además, Nietzsche era polaco y Bernhardi es prusiano neto, encarnando en sí el verdadero tipo del *junker*. Comenzó llamando la atención por su famosa obra sobre *Táctica de caballería*, que hizo de él una autoridad en ciencia militar y a la que siguieron nuevos y muy extensos libros acerca del arte de la guerra. No sin motivo se le considera hoy en Norte América como una lumbrera de la estrategia, un estadístico sin igual, un jefe cuya competencia es indiscutible. En Inglaterra, el general Bernhardi aparece como un hombre bien informado, cuyos datos proceden de las esferas oficiales, y eso es todo. Es mucho, sin embargo, y los anglosajones supieron, desde el principio, que se hallaban, no ante un autor al uso latino, verbalista, apocalíptico, histriónico, sino ante un autor cargado de cifras y de hechos y por ende de razón y buen sentido, poseído del constante deseo de

acertar, amante de su patria, reconocedor leal de sus defectos al mismo tiempo que panegirista entusiasta de sus cualidades.

Dentro de Alemania, Bernhardi era de los numerosos generales a quienes las concepciones bélicas del Kaiser para un caso de guerra llenaban de inquietud y estupor ; y consultado cierto día por el soberano sobre una carga en masa que éste había teatralmente ordenado, tuvo el valor de contestar que, efectuada en el campo de batalla, ni un solo hombre habría vuelto. Por esta apreciación fué sin el menor respeto retirado. Un caso semejante ocurrió al general Hindenburg, como es bien sabido (1).

* * *

Durante su retiro abandonó Bernhardi su labor de escritor técnico y se dedicó a redactar libros populares. El primero, ALEMANIA Y LA PRÓXIMA GUERRA, apareció en 1912, y aunque mucho se le consultó y comentó en tierra germana, mayor repercusión y éxito tuvo, traducido, entre los aliados del otro lado de la Mancha y en Norte América. Se sucedieron ediciones numerosísimas, que arrebataba en pocos días un público ávido de conocer las predicciones del apóstol del militarismo prusiano. Nunca este militarismo se había presentado con tanta seriedad y tantas razones ; jamás con tanta frescura se habían formulado tantas amenazas. No se trataba de la obra de un publicista parlanchín e incoherente, que acumulase *grosso modo* indicios confusos e inseguros ; el público se encontró ante un caudal de datos, de observaciones sociales enteramente contemporáneas (pues contemporáneo era el problema europeo) y de actualidad palpitante, tan rico, que resultó el de Bernhardi el libro mejor documentado, mejor fundamentado, más abundante en hechos y en pruebas y por ende el de interés más práctico que sobre la cuestión que formaba su objeto se había publicado hasta entonces.

---

(1) Véase mi libro sobre *Hindenburg y la campaña alemana en el Oriente europeo*, pág. 30

En 1913 el general Bernhardi volvió a la carga con un nuevo libro, *La guerra de hoy,* libro de muy provechosa lectura, pero en el que a veces abusa de las predicciones y cuyos argumentos son muy hábiles, muy brillantes, muy notables, a ratos, mas no siempre concluyentes. En él, haciendo la apología de la dirección ofensiva en la guerra, anuncia que los alemanes no se defenderían detrás de murallas y de fosos, porque el espíritu de la raza germánica les preservaría de ello. « Un defensor enérgico — dice — no podría con facilidad decidirse a sacrificar su libertad de operaciones para instalarse en unas trincheras. » Y más adelante añade : « El asaltante sabe que sufre la ley de su adversario desde el momento en que con fuerzas poderosas se detiene delante de una posición fortificada, concediendo a su enemigo precisamente lo que desea (tiempo), así como las ventajas de un combate defensivo de frente, aun sabiendo que, a igualdad de los demás factores, el éxito del ataque ofensivo reposa sobre la rapidez de las operaciones y sobre la pronta rectificación de los combates. Este principio fundamental debe ser el nervio y el pensamiento profundo de toda dirección ofensiva de la guerra... » Como se ve, este vaticinio sólo en parte se ha cumplido por la necesidad que tiene Alemania de atender a dos frentes, a causa de la situación estratégica que el desenlace de la batalla del Marne produjo.

Siempre obsesionado por su instinto profético, el general Bernhardi acaba de dar a luz un tercer libro, *Nuestro porvenir (una palabra de advertencia a la nación alemana),* que parece estaba escrito desde 1913, pero que no se ha traducido hasta ahora más que en Norte América, y del cual dice su traductor norteamericano, Ellis Barker, en el prefacio que le puso, que « es sin duda la más notable indiscreción de los tiempos modernos ». Hay que advertir que el traductor norteamericano acrecentó la indiscreción en gran medida, pues modificó el título original, substituyéndole por éste : *Nuestro porvenir (Inglaterra vasalla de Alemania).*

En esta última obra, el general Bernhardi se esfuerza, como es su costumbre, en ensalzar la guerra en nombre de la civilización o *Kultur.* En el prólogo escribe : « Ofrezco estas páginas a los

alemanes que están animados del mismo espíritu que yo y les pido que divulguen las ideas que expongo por todos los medios a su alcance.» Mas no se crea que la obra tenga por único fin el de alabar a la raza alemana. El autor pretende planear un tratado de alianza de su país con Norte América. Revélase en esto Bernhardi más práctico que los sociólogos que han efectuado un trabajo inmenso y han escrito centenares de páginas sobre la «raza anglosajona», para ir a parar a la asombrosa conclusión de que no existe una raza anglosajona, lo cual equivale al reconocimiento implícito de que entre ingleses y norteamericanos sólo media actualmente la afinidad de idioma. Esto sin contar lo que la independencia gloriosamente lograda por los Estados Unidos hace más de una centuria significa como hecho mundial.

* * *

Fuerza me es interrumpir aquí la exposición de los trabajos debidos a la fecunda pluma del general Bernhardi, y por él entregados a las divulgadoras energías de la prensa, para dar somera noticia crítica de las teorías que en ellos se encierran y aquilatan. Severo, rígido patriota, reconócese en Bernhardi el influjo de todos los filósofos que ponen en el individuo, en la política y en la guerra, el principio de que sólo puede obtenerse el éxito con voluntad, energía, decisión reflexiva y resolución inflexible.

En este problema de tan enorme trascendencia para el ideal de la vida y para la obra de la educación, Bernhardi pertenece a aquella minoría que cree que la guerra es la piedra de toque del valor político, físico e intelectual de una nación robusta. Una nación, en cambio, frívola, vana, inútil y pervertida, solamente codiciosa de riquezas y celosa del placer de los sentidos, divorciada del espíritu de abnegación y servilmente esclava del utilitarismo pacifista, fútil, egoísta, indisciplinada y ciega, enemiga abiertamente del sacrificio y perjura de sus mejores tradiciones, es un foco de malsana podredumbre, causa y principio de la gangrena de la patria. Según Kant, la guerra es un

elemento indispensable para elevar al hombre (1). Los que pretendiesen elevarle por el camino de una mal entendida paz, es decir, con criterios de molicie y de quietud, se parecerían a quienes enseñasen un nuevo método cómodo y seguro para llegar a santo por los floridos senderos del pecado.

Admitamos, sin embargo, para no escandalizar demasiado, que la paz es un bien. Pero todo bien, si no ha de ser una abstracción, se conoce por los efectos que produce. Y aquí es donde Bernhardi encuentra el papel benéfico de la guerra. Sin la guerra, las razas inferiores y degeneradas llegarían demasiado fácilmente, por la masa y la potencia del capital, a ahogar el desarrollo de los gérmenes capaces de fructificar en los elementos sanos y florecientes del mundo y la consecuencia inevitable, el resultado previsto sería una decadencia universal, un «retroceso en toda la línea», para usar términos de guerra. En la selección reside toda la fuerza creadora de esta última *(selectio, electio)* porque en la guerra triunfa la nación que puede llevar a la lucha la mayor potencia física y mental, material y moral, social y política. Los factores intelectuales y éticos que aseguran la victoria en la guerra, son también los que hacen posible un movimiento progresivo general. Nada hay, en realidad, sino la guerra para asegurar a los verdaderos factores del progreso la supremacía sobre el espíritu de corrupción. Así la guerra se convierte en una necesidad biológica de inmensa importancia, en la palanca más grande en el avance de la cultura y del poder, en un regulador de la vida de la humanidad sin el cual no es posible pasarse, porque se verificaría una evolución malsana, que excluiría todo perfeccionamiento de la especie y por ende toda civilización real.

Y, a juicio de Bernhardi, no es el principio biológico de las

(1) Véanse ésta y otras de las citas que a continuación se hacen en la introducción al *Historial de Guerra del Regimiento de Infantería de Borbón*, del comandante García Pérez. Nuevas citas y reflexiones personales se hallarán en abundancia en mi opúsculo sobre *El socialismo, la patria y la guerra*. No puedo menos de recordar que este opúsculo lo publiqué el mismo año y meses antes que Bernhardi su libro, y que mis opiniones coinciden con las suyas. Sin embargo, nadie en España se ocupó de él.

ciencias naturales el único que baste para convencernos de que la guerra es un elemento necesario de la evolución, pues se llega al mismo resultado considerándola desde el punto de vista ético. La guerra no es solamente una necesidad biológica; en ciertos casos es, además, una obligación ética, y como tal, un medio indispensable de civilización y cultura. Hegel, que ha dado en su *Philosophie des Geschiche* la explicación más límpida y compendiosa de esta idea, ve en la guerra la *conditio sine qua non* del desarrollo espiritual de la humanidad, por cuanto vigoriza las naciones que la paz ha enervado, consolida los Estados, experimenta las razas, da el imperio a los más dignos y comunica el movimiento, la luz y la vida a todo. « Sin la guerra (decía también Proudhon), la tierra carecería de la noción del cielo. » Concuerda con Proudhon el obispo Amillon en el bello elogio que de la guerra hizo : « La guerra desarrolla las virtudes fuertes, y sin ella, de la tierra desaparecerían la paciencia, la firmeza, el valor, el desprendimiento y el menosprecio de la muerte. » Renan, que ha visto mejor que otros el provecho que podría sacarse en favor de los principios políticos sanos, de la teoría de la selección rectamente entendida, favorece en la vida social la acción de la guerra, afirmando que «es una de las condiciones del progreso, el golpe de látigo que impide a un país adormecerse, obligando a salir de su apatía a la mediocridad satisfecha de sí propia, pues el hombre sólo se sostiene por el esfuerzo y la lucha ». El mismo Víctor Hugo, para quien la guerra era odiosa, contóse en cierta ocasión entre los que pensaban que « es a menudo buena. Desde aquel punto de vista superior en que se contempla toda la historia como un solo grupo y toda la filosofía como una sola idea, las batallas no son heridas hechas al género humano, como los surcos no son heridas hechas a la tierra. Desde hace miles de años todas las mieses se obtienen con el arado y todas las civilizaciones por medio de la guerra ». Finalmente, Bernhardi hace notar que « una guerra conducida de una manera caballeresca, con armas leales, representa una lucha de un carácter más moral que aquella que, bajo la apariencia de una paz exterior, trata de derrotar al adversario por la potencia del dinero y por la intriga política más desvergon-

zada. Allí, pues, donde la potencia, entendida en el noble sentido de la palabra, sea puesta en entredicho (hablo de la potencia de realizar los fines de una civilización propia y de vivir un ideal propio) y donde ningún acuerdo se halla en estado de asegurar los bienes de más precio de una nación, la guerra llega a ser un deber. La guerra es, precisamente, la expresión más alta de voluntad, de civilización, y hasta el idealismo hace de ella una necesidad». Ya antes de Bernhardi lo había sentenciado Cervantes en más general tono : «Con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios.»

¿Es fatalista el sentido de esta tesis? Aunque digan lo contrario críticos muy respetables, así lo hacen suponer algunas proposiciones claramente enunciadas por el autor, si bien se atenúa en gran parte ese fatalismo al sostener sencillamente que la paz y la guerra son tan inherentes a la naturaleza humana como la risa y el llanto, el placer y el dolor, la salud y la enfermedad. Se sueña con civilizaciones pacíficas, y yo creo, por lo contrario, que el ideal está en acercarse en cuanto sea posible a lo que Treitschke indicaba: «La guerra está por encima de todo. Cada soldado de dragones que da un sablazo a un croata hace más por la causa alemana que el más perfecto cerebro que haya jamás dirigido una acerada pluma... La guerra debe ser impuesta como un recurso para los Estados que comienzan a degenerar, y ella les redimirá, si esos Estados se proponen firmemente no morir. Cuando un Estado está a punto de caer, nosotros le aplaudimos, si le vemos sucumbir con la espada en la mano... ¡Qué perversión de moralidad sería la de desear abolir el heroísmo entre los hombres! No : Dios cuidará de que la guerra se repita siempre, como un drástico medicamento para la especie humana.»

La tesis es menos paradógica de lo que parece, si se considera que el ideal de toda nación, ahora como nunca, consiste en conservar, en su mayor pureza y adaptabilidad al progreso, los dos sentimientos más necesarios para una sana vida colectiva : la abnegación y el amor patrio. Y ¿cómo puede esto conseguirse, si se niega el ideal de lo mejor y el egoísmo nacional, se suprime la emulación y el sentido de la dignidad individual comparada,

se disuelve el organismo político, se trunca la lucha de la evolución y de la libre competencia, y se destierra del hombre la pena y el dolor, el espíritu de resignación y de sacrificio? Frase de Guillermo II es que «mientras haya hombres, habrá enemigos y envidiosos ; y mientras haya enemigos y envidiosos, será preciso defenderse de ellos ; por consiguiente, habrá siempre guerras y siempre convendrá estar prontos a afrontarlas». Sí : antes la guerra con todas sus consecuencias que una paz comprada a precio de la personalidad humana, de la libertad y del derecho.

Posición del problema hay más moderna, que exalta igualmente el patriotismo : la de aquellos que piensan que los imperios que no han tenido grandes luchas son imperios momias como el de Egipto. «Poco importa (ha dicho Ferrari) que la sociedad siga combatiendo, pues ella es obra de la guerra, y el día que dejase de combatir, dejaría de existir.» Y, según la observación de Sighele, la guerra *crea las almas,* no sólo porque despierta el valor personal y el desprecio de la vida, sino también porque eleva el tono de toda la psicología individual, porque asegura y refuerza las virtudes más viriles, porque enseña el altruismo y enseña, sobre todo, una gran cosa que en el ritmo pacífico de la vida difícilmente se aprende : enseña a olvidarse de los seres queridos para recordar otros deberes más altos. El amor a la patria concluye por prevalecer sobre los estímulos individuales, dando origen a la continua preocupación del sacrificio del individuo en aras de la comunidad. Esta preocupación nunca se manifiesta tan visiblemente como en la guerra, y hace que la guerra sea saludable. «La paz perpetua (escribe a este propósito Villamartín) sería un viceversa absurdo, una antinomia viva en la ley creadora ; sería el sol fijo en el cenit, el mismo grado de luz y de calor, ni la más diáfana nube, ni la brisa más suave ; la paz perpetua sería la sociedad en estado de fósil.» Con mucho acierto expone también la necesidad de la guerra el conocido publicista Maeztu, diciendo así : «Si un pueblo civilizado perdiera su cultura, seguiría subsistiendo hasta que una guerra infeliz lo eliminase de la tierra ; pero si ese pueblo civilizado perdiese el espíritu guerrero, lo habría perdido

todo, porque dejaría de existir. Sin la guerra, dada la soberanía de los Estados, se mantendrían indefinidamente las actuales fronteras, se sujetarían a esclavitud eterna los pueblos oprimidos y se consolidarían por los siglos de los siglos los Imperios inmorales y sin razón actual de ser.»

En resolución : estoy absolutamente conforme con Bernhardi en considerar sinceramente la guerra como fuente de sentimientos viriles, de empresas heroicas y más aún, como una necesidad de la época. Temo, como él, al mercantilismo de nuestro tiempo. Patria y cultura son la misma cosa en el corazón de todo alemán, y lo fueron con más motivo en el crítico momento de la conflagración terrible en que el pueblo germánico, sorprendido y bloqueado, lidió de consuno por la libertad política y la independencia de su suelo. Fácil empresa hubiera sido agradar al pueblo, adulando sus bajos instintos ; pero el deber exige la abnegación. El odio en estas circunstancias puede ser tan legítimo como el amor y su acción no repugna desde que se ejercita en nombre de una causa natural o racional. Cuando un país por desventura fuese dirigido, en días como los de hoy, por un Gobierno de insanos pacifistas, debería abolirlo, implacable, para impedir que pudiese propagarse el contagio al bajo pueblo. En el instante decisivo en que las armas reivindican el derecho de un país a regir sus destinos, el patriota debe odiar y actuar con arreglo a este odio. La verdadera grandeza del Estado estriba en que él forma el lazo de unión entre el pasado y el porvenir, como Treitschke y Bernhardi lo han comprendido perfectamente. Por tanto, el individuo no tiene el derecho de considerar al Estado como un medio de satisfacer sus ambiciones personales en la vida. Únicamente el expósito tiene el derecho a ser y a llamarse libre, proclamando su absoluta independencia, desligado de deberes y lazos, porque únicamente en él cabe ese egoísmo estéril y desnudo, que hizo decir a la pluma de nuestro Quevedo :

Vive para ti sólo, si pudieres,
Que sólo para ti, si mueres, mueres.»

Ni el pueblo alemán ni el Kaiser tienen la culpa de esta guerra. Ni el socorrido «salto atrás», ni el «poder étnico», ni el «sen-

timiento de raza», han reincorporado al alemán, aun al socialista, en el molde nacional, cuyos límites nunca había rebasado. Y la agresión inglesa, hipócrita al principio, después violenta y descarada, legitimó la actitud del Kaiser, cuya cólera fué justa. Para describir este fenómeno cedo la palabra a un personaje militar competentísimo, al célebre general Mackensen : «Ningún alemán ha querido la guerra, y el Kaiser menos que ninguno. Él ha querido siempre que todos los pueblos puedan desarrollarse en la paz y en la libertad. Inglaterra ha sido la autora del conflicto. Francia y Rusia no han hecho más que seguirla. En su odio contra Alemania, estos dos países no saben que hacen el juego a Inglaterra, derramando la sangre de sus hijos. Los ingleses, como ya lo declaró Federico el Grande, consideran a toda Europa como una asociación de Estados que existe únicamente para provecho de la Gran Bretaña. Hoy estos egoístas han hecho extensiva su ambición al mundo entero. Pero al fomentar la guerra, han desconocido la unión de Alemania, su fuerza moral y económica y su poderío militar. A pesar del número enorme de nuestros adversarios, nosotros estamos en todas partes en territorio enemigo. Los trabajos que los húsares de la Guardia han ejecutado durante la guerra eran considerados hasta ahora como imposibles. Así, por grandes que sean nuestras pérdidas, resistiremos hasta el final, pues la justicia de la causa está de nuestro lado.»

* * *

Uno de los mayores bienes que la crítica germanófila de la guerra europea nos ha proporcionado, es la de haber dejado bien definidas las tres cuestiones que lastimosamente vienen confundiéndose en los ardores de la polémica : ¿Cuál es la realidad de los hechos de la presente guerra? ¿De quién será el triunfo definitivo? ¿A quién se lo deseamos y por qué razón? Los aliadófilos no se han contentado con responder en favor de la *Entente* a las dos últimas preguntas, sino que también han contestado en el mismo sentido a la primera. Así, su única preocupación no es enterarse de cómo va la guerra, sino de interpretar contra Alemania todos los hechos de la guerra. Empero, de esta

manía de interpretar tales hechos, según los gustos personales debieran escapar los que, por tener más exacto conocimiento que el vulgo de la realidad, saben cuán poco influye en ella su buen o mal deseo.

La lectura de las obras del general Bernhardi antes de la guerra europea, hubiera quitado muchas ilusiones a los aliadófilos improvisados de después de ella. Bernhardi empieza, para Alemania, sus optimistas profecías por consideraciones de este tenor: «No se puede razonablemente esperar que Alemania, con sus 67.000,000 de habitantes y su comercio mundial permita que la traten con el mismo pie de igualdad que a Francia que no tiene más que 40.000,000. Tampoco se puede razonablemente esperar que Alemania permita que 45.000,000 de ingleses actúen como los árbitros del Viejo Mundo y posean la supremacía absoluta del mar. Alemania tendrá pronto una ventaja militar considerable en el Báltico, porque el canal del Mar del Norte será terminado en un plazo muy breve. Además, la flota alemana aumenta todos los años. La situación se modifica gradualmente, con desventaja para Inglaterra. Nuestro propósito de obtener una posición importante en el mundo desencadenará una guerra similar a la de los Siete Años. Y nosotros seremos los vencedores. Esta es mi convicción absoluta.»

No por ello se le ocultó a Bernhardi el peligro de la *Triple Entente*. «Si esperamos a que nuestros enemigos estén de acuerdo y se hayan reunido en una fuerza homogénea, habremos de reconocer que existe para nosotros una posibilidad de derrota y que sufriremos horas duras y terribles... Alemania debe tomar en consideración la *Triple Entente* que dirige Inglaterra. Y apenas hay necesidad de hacer constar que semejante estado de cosas no puede ser soportado más tiempo por una nación altiva y grande, que posee una fuerza considerable y una potencia de perfecta civilización.»

Otro concepto suyo digno de tenerse en cuenta es el que sigue: «Los alemanes han impuesto al mundo entero el sello de su personalidad. El comercio alemán es generalmente más industrioso que el inglés. Los ingenieros y los mecánicos alemanes son superiores a sus competidores ingleses. Aun en Manchester, uno de

los mayores centros manufactureros de Inglaterra, hay numerosas fábricas y numerosos centros industriales dirigidos por alemanes. Se encuentran comerciantes alemanes en todas partes de Inglaterra.»

En su sinceridad considera el aspecto marítimo como el más peligroso, escribiendo en 1913 : «Por lo que toca a una guerra naval, nuestra salvación consiste en el mantenimiento de una defensiva. De día en día se acerca el peligro de una guerra general y el mantenimiento de la supremacía naval inglesa, al menos en el antiguo continente, no será ya posible sino destruyendo la escuadra alemana. Los alemanes deben prever el hecho de que Inglaterra buscará esta destrucción.»

Estudiando los diferentes ejércitos europeos, reconoció Bernhardi que Francia tiene un ejército de primer orden y que los alemanes no serían vencedores mientras en todas ocasiones no pudieran derrotarlo. Reconocía asimismo que la venida de los ingleses sobre el continente, representaría para los franceses un refuerzo de consideración. La guerra boer demostró, sin duda, lo poco que los ingleses son capaces de hacer en guerra contra pueblos que luchan por la vida libre e independiente. Con superioridad numérica, con generales experimentados, con oficiales que se habían batido en todas las partes del mundo, con abundancia de medios, armas y dinero, sufrieron derrotas y desastres militares ocasionados por un pequeño pueblo, con generales y oficiales que no habían pasado por Escuelas de Guerra, ni conocían las oficinas del Estado Mayor, con armas inferiores en número y calidad. Sin embargo, no hay que considerar demasiado bajo el valor del ejército inglés precisamente por la experiencia que adquirió durante la guerra boer. En cuanto al ruso, es un adversario tenaz en su propio terreno y ha preparado defensas importantes. Es igual que se les mate gente o que se les cojan prisioneros muchos miles de hombres, pues siempre permanece superior en número. Mas aunque el soldado ruso sea un excelente combatiente, el ejército ruso queda muy por debajo del francés, a causa de carecer de inteligencia y de iniciativa en muchas prácticas. Lo que da ventajas a este ejército es la naturaleza del territorio en que opera. «En porción de casos (dice Bernhardi) no

será posible destruir por completo la facultad de resistencia del enemigo. Las condiciones de extensión de Rusia hacen imposible su agotamiento por cualquier potencia continental. Y con esto se corre el peligro de asistir a lo ilimitado de la contienda : la guerra por la guerra.»

Bernhardi ha tenido la satisfacción de ver realizadas muchas de sus profecías guerreras en los primeros meses de la campaña. Y, como es tan frecuente en cierta clase de escritores, hablar mal de Alemania, no ya moral, pero también estratégicamente, por los resultados aparentes de su gran labor en la zona occidental de la guerra, recomiendo a quien no posea ideas claras sobre este punto de la historia de la campaña, la lectura íntegra del artículo no ha mucho enviado por Bernhardi a un periódico yanki, artículo del que ya en otro lugar (1) reproduje algunos fragmentos. Después de hablar de las operaciones en Bélgica, que califica de «extremadamente brillantes», el general alemán escribe : «Las fuerzas alemanas pasaron entonces la frontera francesa, deshicieron las tropas aliadas que se hallaban ante ellos, se apoderaron de Maubege después de corto sitio y penetraron avanzando en el territorio de la república, abriéndose paso hasta un sitio próximo a París, poniendo por todas partes en dispersión a los enemigos, capturando numerosos cañones y ametralladoras y haciendo millares de prisioneros.» Dedica unas cuantas líneas a la ofensiva francesa en Alsacia y Lorena «que acabó desastrosamente para los asaltantes», y pasa a la batalla del Marne, que juzga en estos términos : «Es exacto que la vanguardia de las columnas alemanas que se habían abierto camino en Bélgica y en Francia hasta el Marne, encontraron allí fuerzas muy superiores en número. Era el grueso de las fuerzas del ejército francés, y no había razón alguna para entablar con ellas un combate desigual. El ala derecha alemana, fué, pues, llamada a retaguardia y logró separarse del enemigo sin sufrir pérdidas de que valga la pena hacer mención. En cuanto al centro de las fuerzas alemanas sigue manteniéndose en sus posiciones ante las fortalezas de Toul y de Verdun.» Hablando

(1) *Hindenburg yla campaña alemana en el Oriente europeo*, pág. 119

del sitio de Amberes dice : «Fué ésta una operación llevada a cabo de la manera más brillante por el general Beseler. Amberes tenía la reputación de ser la más poderosa fortaleza del mundo y merecía esta reputación ; pero con un empuje incomparable, los alemanes atacaron y sus piezas de grueso calibre hicieron sobre los fuertes un fuego espantoso. En doce días la ciudad fué tomada. La caída de Amberes equivalió para Inglaterra a casi una derrota. En seguida los alemanes persiguieron hasta el Iser a los defensores de la gran ciudad belga, que fueron reforzados por numerosas tropas llegadas de diversas colonias francesas e inglesas. Tenemos que defendernos contra un verdadero mundo en armas; pero hasta ahora todos los ataques de los aliados se han estrellado ante el heroísmo de los alemanes, que ganan lentamente terreno. A la hora actual es imposible prever cómo y por qué medios se llegará a la decisión final. Cada beligerante trata de prepararla de una o de otra manera y el que tenga los nervios más sólidos y sepa dar el golpe más duro y que haga más efecto, obtendrá la palma de la victoria. Parece, sin embargo, que la ofensiva de los franceses está casi agotada, porque sus ataques son cada día más flojos y el Cuartel General francés trata de mantener el espíritu de sus tropas por medios artificiales.»

* * *

Una advertencia corta, pero jugosa, y varias notas breves, pero discretas, permiten al capitán Cienfuegos hacer algunas observaciones generales a determinados pareceres del autor de ALEMANIA Y LA PRÓXIMA GUERRA. Con razón señala la clarividencia de Bernhardi al referirse a lo futuro con una exactitud anticipada que asombra ; pero con razón también pone de manifiesto las exageraciones en que incurre. En una cosa, sobre todo, me parece que acierta : en considerar el libro de Bernhardi, no absolutamente como un reflejo fiel del espíritu germánico, sin más bien como una cantárida aplicada al estado de ánimo del pueblo y aun del Estado alemán que en los últimos años empezaba a perder el orgullo nacional y el gusto belicoso.

No hay duda que el pueblo alemán es el más sumiso, disciplinado y jerarquizado de Europa. *Unser Kaiser* es una expresión que lo dice todo. Pero esas mismas sumisión, disciplina y jerarquía le habían llevado en los últimos años a un régimen de paz interior, que cada vez más reducía el patriotismo al civismo. Y esto es lo que no podían consentir sus directores y pensadores, conscientes de que la Alemania de la décimanona centuria había pasado del romanticismo al positivismo, de Goethe y Humboldt a Bismarck y Moltke y de Kant a Nietzsche (1). ¡Cuántas veces y con cuántos motivos no ha tomado a chacota Treischke a la « vieja Alemania », a la cual trataba de « nación de músicos, de poetas y de pensadores sin política »! La vieja Alemania, en efecto, no era guerrera, sino idealista. Sus músicos, poetas y pensadores no concebían el estado de civilización en el sentido de las grandezas materiales que subyugó a otros pueblos. Nada hay de inmediatamente común entre la ciencia y el arte clásicos de Inglaterra y la ciencia y el arte clásicos de Alemania. La vieja Alemania sentía repugnancia por el utilitarismo y las hazañas de carácter interesado no iluminaron las páginas de su historia.

Dígase lo que se quiera, hoy mismo, el alemán no es, por naturaleza, un guerrero. En expresión del francés Poncet (2), es el hombre de los goces familiares y de las amistades demostrativas. No pide sino trabajar, adquirir el bienestar para él y los suyos. Cumplida la tarea, su placer es ir a la cervecería en busca de sus amigos. En parte alguna se recibe más fácil ni más generosamente al extranjero. Sin embargo, es innegable que en los últimos años toda Alemania a la palabra patria, vibraba al unísono. ¿Cómo fué esto posible? Porque hay en el carácter alemán una dignidad imponente, una capacidad de firmeza extraordinaria. Habituados a ver su país abierto a los ejércitos extranjeros que parecían darse allí cita para ventilar sus contiendas y a vivir bajo un régimen de estrecho particularismo que no les permitía igualarse con las grandes potencias, los alemanes, antes de la

(1) Véase mi obra sobre *Strauss y su tiempo*, pág. 18.

(2) *La puissance guerrière de l'Alemagne* (en *Le Parthénon* de 5 de marzo de 1913.

unidad, no estaban orgullosos más que de sus músicos, poetas y pensadores. Pero he aquí que de pronto sus ejércitos quedan victoriosos de dos grandes naciones vecinas tenidas por invencibles. Hubo en todos los corazones germánicos una inmensa llamarada de noble orgullo. Vino luego la fiebre de intereses materiales, la abundancia de riqueza, la energía de la raza, el carácter agresivo que adquirió la lucha, no ya sólo en el tipo de producciones industriales, sino en el terreno de la competencia artística. Añádase todavía otra nota : el interés por la educación popular, la íntima fe en el valor de la enseñanza (1). Todo esto junto hubo de constituir una fuerza nueva, una fuente de energía considerable, que metódicamente cultivada dió de sí el pangermanismo. Así, el pangermanismo, con toda su tendencia militarista e imperialista, fruto fué, no de la violencia, sino del convencimiento, y su base estuvo en el patriotismo razonado y no en la imposición militar.

Tales son algunas de las muchas reflexiones que el libro del general Bernhardi me ha sugerido, y vuelvo a repetir que convengo con los varios reparos que le pone su traductor el capitán Cienfuegos. Ya queda indicado que el general Bernhardi al escribir sus obras no ambicionó el aplauso, sino, por el contrario, la oposición de los demócratas europeos que, en efecto, viendo destruídos todos sus dogmas por una crítica implacable y positiva, han lanzado a la faz del autor tudesco el ***credo quia absurdum*** de la orgullosa razón vencida y expirante. Pero frente a los ***alldeutsche***, cuyo portavoz es Bernhardi, esos falsos demócratas, cuyos sentimentalismos afectados y cuyos conceptos abstractos se hallan en contradicción con la naturaleza y con la realidad, tendrán que contentarse con mantenerse de los límites de su vida nacional, una vida nacional cada vez más inconsistente y precaria, ya que les faltan los caracteres propios indispensables en la lucha de la política mundial, o sea, la fuerza de la acción y el equilibrio del alma, y lo que importa más, la capacidad de someterse a un gran pensamiento.

EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO

---

(1) Véase mi obra sobre *Alemania y la guerra europea* págs 81, 103, 175, 208, 242 y 277.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

El nombre del autor y aun el título de este libro han figurado tantas veces en los artículos de la prensa, desde el principio de la guerra actual; los han citado con tanta frecuencia los amigos y los adversarios de Alemania, que estamos seguros de prestar un buen servicio a la cultura española al dar al público una traducción de ALEMANIA Y LA PRÓXIMA GUERRA, del general F. von Bernhardi.

Publicado el libro en 1912, es tan clara la visión política y militar de aquel momento histórico en él expuesta, que la mayoría de estas páginas parecen escritas hoy, a los catorce meses de una guerra que tardó dos años en estallar. Al general von Bernhardi, uno de los *leaders* del partido pangermanista y militar de Alemania, han venido a darle triste razón los acontecimientos; pero no podemos ofrecer al público su libro sin una advertencia respecto de las teorías y las ideas en él expuestas y sustentadas. El derecho a la guerra, el deber y aun la necesidad de hacerla, nadie podrá negarlos. Todo país amenazado o vejado en su independencia, en su progreso, en su derecho o en su honor, puede, y en ocasiones debe, no sólo afrontar, sino promover la guerra. Hay también que convenir con él, porque las presentes enseñanzas son otras tantas evidencias, en que uno de los principales deberes del Estado consiste en estar preparado continuamente, en todo momento y sin desfallecer, para la guerra.

Pero el general von Bernhardi sustenta que la guerra constituye un bien en sí misma y aun llega a decir que esto no está en

pugna con las doctrinas de Cristo; que los pueblos débiles no tienen el mismo derecho a la existencia que los fuertes y poderosos; que estos pueblos vigorosos tienen el derecho de imponer su civilización a los demás; que los esfuerzos encaminados a la abolición de las guerras no sólo son vanos y estériles — en esto tiene razón — sino que son absolutamente inmorales; que el Estado está sobre todas las cosas y su fin está en sí mismo, que por lo tanto, tiene derecho a disponer de la paz, de los bienes, de los cuerpos, de las almas; que este mismo Estado debe impedir las *epidemias de ideas y opiniones* que de cuando en cuando pasan por Europa... Todo esto después de combatir a la Iglesia católica por su pretendido *yugo sobre la 'inteligencia* y ensalzar al Protestantismo porque, a su decir, rompió ese yugo y dió libertad al individuo.

Por todo esto y por otras muchas cosas que el autor, desde su punto de vista protestante, sienta contra el Catolicismo, y por sus teorías filosóficas, basadas en el concepto de la «lucha por la existencia» y en la aplicación de las leyes del determinismo a la sociedad humana, no puede recomendarse este libro sin las debidas advertencias, pues ni aun puede presentarse como un sentir general del espíritu germánico. Prueba de esto es que en este mismo libro se ataca al espíritu alemán de amor a la paz y a la política alemana fundada en este mismo amor, de tal modo, que parece escrito precisamente para combatir ese mismo estado de ánimo del pueblo y aun del Estado alemán.

Desdicha enorme para el mundo ha sido que los acontecimientos hayan venido a dar la razón en tantísimas cosas al general F. von Bernhardi y a su libro, que, aparte sus ideas filosóficas y políticas, es la obra de un maestro en materia de ciencia militar en todos sus aspectos: política, estrategia, conocimiento de la historia militar, visión clara de las cosas, arte de las armas y de su empleo, es decir, de una verdadera autoridad en lo que constituye hoy la preocupación, la ansiedad y el espanto del mundo.

No podía carecer el público de habla castellana de un libro como éste, que ha sido traducido a todos los idiomas, logrando en ellos numerosísimas ediciones, aunque no fuera más que como

documento para juzgar de la situación inmediatamente anterior a la guerra actual y de las causas que la han engendrado ; pero todavía nos mueve a su publicación una consideración más alta : la de proporcionar a los que ejercen la nobilísima profesión de las armas un libro en el cual, haciendo la debida abstracción de las ideas religiosas y filosóficas del autor, de los sentimientos de raza y del concepto de la historia, que de ningún modo pueden ser los mismos en España que en Alemania, hallarán algo y no poco en que afirmar y fortalecer el espíritu de caballerosidad, de nobleza, de patriotismo, de previsión, de sacrificio y de organización que pueden hacer de un ejército, no sólo el brazo, sino el corazón y el cerebro de la patria.

PRÓLOGO

DE LAS CINCO PRIMERAS EDICIONES

Una intensa excitación recorrió todos los círculos patrióticos del pueblo alemán durante el verano y el otoño de 1911. En todos los corazones gravitaba el convencimiento de que en la solución que se diese al litigio marroquí iban envueltos, no ya problemas de comercio y colonización, de mediana trascendencia, sino el honor y el porvenir de la nación alemana. Un profundo abismo quedó abierto entre el sentimiento nacional y la acción diplomática del Gobierno. La opinión pública, que tan claramente manifestaba su voluntad de poderío y su enérgico propósito de afirmar los prestigios nacionales, no había comprendido quizá tan claramente los peligros anejos a nuestra situación internacional ni los sacrificios que hubiera exigido una política de grandes alientos. Es un problema que no me atrevo a resolver el de si la nación, que indudablemente habría acudido con entusiasmo y en mayoría abrumadora a un llamamiento a las armas, hubiera estado dispuesta a soportar, con cons-

tancia inquebrantable, las pesadas cargas pecuniarias que supone la preparación a la guerra. El regatear créditos para la guerra es hoy en Berlín, como lo fué en la medioeval Regensburgo, el signo característico del Reichstag alemán.

Estas consideraciones me han inducido a publicar ahora las páginas siguientes, que en parte escribí hace ya algún tiempo.

Que hemos llegado a un punto crítico de nuestro desenvolvimiento nacional y político, es un hecho sobre el cual nadie puede fundar ilusiones. En tales momentos, es de imperiosa necesidad llegar a la visión clara y precisa de los *objetivos* que nos proponemos alcanzar mediante nuestro esfuerzo; de las *dificultades* que hay que vencer y de los *sacrificios* que han de realizarse.

Dilucidar estos problemas de la manera más clara y convincente posible — despojándolos de todo disfraz diplomático — es el tema que me he propuesto, adoptando en su desenvolvimiento, como es natural, un punto de vista nacional, único aplicable al caso.

Con la conciencia — que me enaltece y dignifica y que se funda en el conocimiento de nuestra ciencia y de nuestra literatura y en el historial de nuestras hazañas guerreras — de que pertenezco a una gran nación de intensa cultura; a una nación que, a despecho de todas las debilidades y de todos los errores del presente, tiene ante sí un glorioso porvenir por conquistar, y que indudablemente conquistará, he consignado por escrito mis convicciones, que brotan

de la plenitud desbordante de un corazón alemán. Obrando de este modo, espero despertar en el ánimo de mis lectores el sentimiento patriótico y fortalecer a la vez su voluntad en favor de los intereses y designios nacionales.

El Autor

PRÓLOGO DE LA SEXTA EDICIÓN

Desde la rápida aparición consecutiva de las cinco primeras ediciones de esta obra, numerosos acontecimientos políticos y militares han ejercido en la situación del mundo la más profunda influencia, y para que este libro no pierda su valor de actualidad, he juzgado que debía tomarlos en consideración, al preparar una nueva edición del mismo.

A su vez, se ha operado también una transformación prodigiosa en la opinión pública de Alemania.

La duda que en el prólogo de las primeras ediciones de esta obra juzgué necesario insinuar respecto de si el pueblo alemán estaría dispuesto o no a soportar los sacrificios de orden económico necesarios para una completa organización del ejército, esa duda ha desaparecido hoy por completo.

Bajo la formidable presión de las circunstancias políticas, de los peligros que nos rodean y de la aparente imposibilidad de alzarnos contra la superioridad política y militar de la *Triple Entente* y, por otra parte, ilustrado por la no interrumpida labor de hombres animados por el ideal nacional, el pueblo alemán ha llegado a convencerse de que en la tempestad política

que se nos avecina, sólo podremos salir vencedores si cumplimos todos, una vez más, nuestros deberes militares para la defensa común, y si se llenan, en realidad y cumplidamente, los numerosos vacíos que se notan en la organización de nuestro ejército. Todos los partidos nacionales encuéntranse hoy decididos a aprobar y hacer suyas cuantas disposiciones y exigencias emanen del Ministerio de la Guerra. La única preocupación, la que a todos inquieta, es que también por esta vez pudiera la autoridad superior quedarse a la mitad del camino y que estimase en demasiado poco, tanto la potencia y capacidad de la nación, como su buena voluntad y su asentimiento.

Alemania sabe ahora que dentro de algunos años se tratará para ella de ser o no ser, y sus mejores ciudadanos están dispuestos a arriesgar el todo por el todo. Por donde quiera que prestemos atención en el país nos sale al encuentro el mismo tema : «Nada de términos medios, sino grandes sacrificios y grandes hechos.»

Por lo tanto, el Ministerio de la Guerra tiene carta blanca para exigir. ¡Nuestro deseo más ferviente es que logre levantarse a la altura de su cometido!

El Autor

INTRODUCCIÓN

Es de tal índole el juicio que acerca de la guerra y su importancia, como factor del desenvolvimiento político y moral de la humanidad, han formulado en nuestros días numerosos elementos y personalidades del mundo civilizado, que actualmente constituye un verdadero peligro para el poder defensivo de los Estados, puesto que se esfuerza en socavar y derruir el espíritu guerrero de los pueblos. También en Alemania se han difundido extraordinariamente tales opiniones, y no parece sino que clases sociales enteras de nuestra nación hayan perdido aquel entusiasmo ideal, que formó la grandeza de su historia. Seducidos por el aumento creciente de la riqueza, viven sólo para el momento presente; no son ya capaces, como antes lo fueron, de sacrificar los placeres de la hora actual en el ara de los grandes ideales; y, satisfechos, cierran los ojos ante los deberes que el porvenir impone y ante los apremiantes problemas de nuestra vida internacional, que esperan hoy solución inaplazable.

En pasadas épocas fuimos capaces de remontar nuestro vuelo con impulso soberano; acciones admirables elevaron a Alemania, desde su estado de frac-

cionamiento y desmayo político, hasta colocarla en primera línea entre las naciones de Europa; pero hoy parece que no estamos dispuestos a admitir de buen grado las consecuencias derivadas de este movimiento ascensional, ni a continuar progresando por el camino de nuestro poder cultural y político. Temblamos en cierto modo ante nuestra propia grandeza y nos espantan los sacrificios que de nosotros reclama; mas, por otra parte, no queremos renunciar a los propósitos que derivamos de nuestro glorioso pasado, y así se confirma la exactitud con que Fichte juzgó en cierta ocasión a sus compatriotas, diciendo que «el alemán jamás puede querer una cosa sola; siempre tiene forzosamente que querer, además, la cosa opuesta».

Los alemanes fueron antiguamente el pueblo más aguerrido y el que más ardor bélico mostró entre todos los de Europa. Durante mucho tiempo, fueron la nación dominadora del Continente por el poder de sus armas y por el alto vuelo de su pensamiento. En innumerables campos de batalla, en todas las partes del mundo, han vertido los alemanes su sangre y han sido vencedores; y, en época reciente, probaron que el heroísmo de los antepasados perdura todavía en sus descendientes. En marcada oposición con estas aptitudes guerreras, han llegado a transformarse hoy en un pueblo amante — tal vez demasiado amante — de la paz; y es preciso ejercer una violenta presión para despertar aquellos instintos bélicos e impeler a este pueblo a desenvolver nuevamente sus energías militares.

Tan acentuado amor a la paz tiene diversas y profundas raíces.

Dimanan, en primer término, estas raíces del carácter naturalmente bondadoso del pueblo alemán, que, aun cuando halla intensa satisfacción en toda clase de disputas doctrinarias y en las intransigencias propias del espíritu de partido, no gusta, sin embargo, de extremar las cosas, llevándolas hasta la última consecuencia. Esto se relaciona también con otra característica de la naturaleza alemana. Nuestro ideal es ser justos, con la particularidad de que nos imaginamos que todos los demás pueblos con los cuales mantenemos relaciones participan de iguales designios. Estamos siempre dispuestos a aceptar las manifestaciones pacíficas de la diplomacia y de la prensa extranjera por tan sinceras y verídicas como lo son nuestras propias ideas de paz, y obstinadamente cerramos los ojos a la verdad de que el mundo político se rige únicamente por los intereses y nunca por ideales filantrópicos de carácter general. «La justicia — dijo Goethe con gran acierto — es una cualidad y un fantasma de los alemanes.» Estamos siempre inclinados a creer que las cuestiones entre los Estados pueden solventarse pacíficamente, con arreglo a los principios de la justicia, sin comprender con claridad lo que significa realmente la *justicia internacional.*

A estas causas de amor a la paz, que tienen su origen en lo más íntimo de la naturaleza del pueblo alemán, hay que añadir el deseo que lo anima de que su vida económica no se perturbe.

Los alemanes constituyen un pueblo nacido para el comercio, más que otro ninguno de Europa. Ya en otros tiempos — antes del comienzo de la guerra de

los Treinta Años — fué tal vez Alemania la mayor potencia comercial del globo ; y en los últimos cuarenta años, coincidiendo con el nuevo florecimiento de su poder político, ha logrado el comercio de Alemania un incremento realmente maravilloso. A pesar de la exigua extensión de nuestras costas, hemos creado en pocos años la segunda flota mercante del mundo, y nuestra joven industria no esquiva la competencia con ninguno de los grandes estados industriales de la tierra. Las casas de comercio alemanas están establecidas por todo el mundo y los comerciantes alemanes recorren todas las regiones del globo ; más aún, parte del comercio inglés al por mayor está en manos de alemanes, por más que, a la verdad, éstos deban considerarse en su mayoría como ciudadanos perdidos para su patria. Bajo tales condiciones, nuestra riqueza nacional ha adquirido un rápido incremento.

Nuestras clases mercantiles y nuestros industriales — así patronos como obreros — no desean que este desenvolvimiento se perturbe ; creen que la paz es el requisito más esencial para el fomento del tráfico, suponiendo que todas las naciones nos habrán de conceder una leal competencia y sin tener en cuenta que las guerras victoriosas que hemos mantenido jamás perturbaron nuestra vida económica, ni que sólo el poderío político reconquistado por las armas fué el que, precisamente y ante todo, hizo posible el pujante florecimiento de nuestro tráfico mercantil.

El servicio militar obligatorio contribuye también por su parte a este amor que sentimos por la paz ; porque en nuestros días la guerra no afecta, como antes,

a un círculo limitado y perfectamente definido, sino que, por el contrario, el pueblo entero sufre del mismo modo; todas las clases sociales, todas las familias están obligadas a satisfacer por igual este tributo de vidas humanas. A todas estas influencias hay que añadir, finalmente, la acción ejercida por las generales corrientes pacifistas, que tanto predominan en la actualidad; esto es, la creencia de que la guerra, en sí misma, constituye un signo de barbarie, indigno de todo pueblo progresivo, y de que sólo en la paz pueden madurar los más preciados frutos de la civilización.

Bajo las múltiples influencias de tales puntos de vista y aspiraciones, parece como si hubiésemos olvidado totalmente las enseñanzas que, en tiempos pasados, recibió el antiguo Imperio alemán, «no sin asombro e indignación», de Federico el Grande, cuando dijo: «que los derechos de los Estados sólo pueden mantenerse a viva fuerza», que lo que se gana en cruenta lucha, sólo con esta lucha puede conservarse, y que precisamente nosotros, los alemanes, constreñidos por circunstancias políticas y geográficas, necesitamos de las mayores energías para conservar y aumentar lo que hemos conquistado. Consideramos nuestros aprestos militares como una carga casi insoportable, cuya reducción, hasta donde sea posible, parece constituir la especial misión del Reichstag alemán. Parece que hemos olvidado que cabalmente el incremento meditado y concienzudo de nuestra potencia militar no es un mal impuesto por la necesidad, sino la condición previa más precisa de nuestra salud nacional y la única garantía de nuestro prestigio inter-

nacional. Estamos acostumbrados a considerar la guerra como un azote y de ninguna manera queremos ya reconocer en ella al más poderoso acicate del progreso en lo que respecta a la cultura y al poder.

Junto a esta necesidad de paz, paladinamente defendida, y no obstante la continua repetición de los argumentos que intrínsecamente la justifican, otros sentimientos, deseos y aspiraciones, aunque indefinidos y con frecuencia inconscientes, anidan en las profundidades del alma alemana.

Con la unión política de la mayor parte, a lo menos, de las diversas razas germánicas y con la fundación del Imperio alemán, los alemanes realizaron su sueño secular. Desde entonces existe en todos los corazones — y no quisiera excluir ni aun a los afiliados en los partidos antinacionalistas — una altiva conciencia de la propia fuerza, de la recuperada unidad nacional y del aumento del poder político. Esta conciencia está mantenida por la firme voluntad de no volver a abandonar jamás estos bienes tan preciados, y permanece viva en todos la convicción de que cualquier ataque dirigido contra estas conquistas pondría sobre las armas, con entusiasmo unánime, al pueblo entero. Todos deseamos, en verdad, que se sostenga sin conflictos guerreros nuestra actual situación en el mundo; y vivimos en la creencia de que el aumento de poderío en nuestra nación continuará efectuándose en línea ascendente, sin necesidad de combatir para lograrlo; pero en lo más recóndito de nuestro ser no abrigamos realmente el menor recelo ante las contingencias de semejante lucha; por el contrario, contemplamos su

posibilidad con cierta serena confianza, y nos anima la íntima y firme resolución de no consentir jamás, sin recurrir antes a las armas, que se nos deprima y se rebajen nuestros prestigios. Cualquiera apelación a la fuerza encontraría seguramente poderoso eco en todos los corazones. No sólo en los Estados del norte, donde a la sombra de las banderas prusianas, coronadas de laurel, ha crecido una raza altiva, capaz, laboriosa, amante de sus gloriosas tradiciones; no sólo en el norte, decimos, se guardan vivas en lo más profundo de las almas estas tradiciones como el fondo inconsciente del general pensar, sentir y querer; no; también en la Alemania del sur, donde durante siglos enteros se ha arrastrado una existencia enfermiza, bajo la maldición de su fraccionamiento en Estados de menor cuantía, el altivo espíritu de independencia y de ambición dominadora de la raza germánica alienta todavía en el corazón del pueblo, aunque en algunas partes pueda aparecer como adormecido a la sombra del particularismo y de un separatismo absorbente y como oculto bajo la esplendorosa y lujuriante floración de la vida social, pero vivificado aún por latentes fuerzas en tensión. Fecundos gérmenes de una vigorosa conciencia nacional aguardan aquí también su resurgimiento.

De este modo, aunque la energía política se mantiene viva en lo más íntimo de nuestro pueblo, hállase como cohibida por ese amor a la paz y se disipa en infecundas querellas y aspiraciones doctrinarias. *Carecemos de un ideal nacional y político claramente definido,* que enfrene la fantasía, agite el corazón del pueblo y le obli-

gue a la unidad de acción; de un ideal tal como nos fué inspirado hasta nuestras guerras de unificación, por el deseo ardiente de conseguir la unidad alemana y realizar la leyenda de Barbarroja. En esta falta me parece que existe el gran peligro que amenaza al saludable y continuo progreso de nuestro pueblo; peligro que es tanto mayor cuanto más amenazada se encuentra por graves complicaciones exteriores nuestra situación política.

A pesar de cuantas perspectivas de paz puedan ofrecerse en la actualidad, existe entre las grandes potencias mundiales una tensión enorme y difícilmente puede admitirse que sus aspiraciones, muchas veces opuestas entre sí y sostenidas a menudo con brutal energía, hayan de hallar cada vez pacíficos arreglos.

En estas luchas de energías las más poderosas, en que se tantean primero los métodos pacíficos, hasta que surge de improviso el choque implacable de las antítesis irreconciliables, está amenazada por todas partes nuestra patria alemana. Esto es ya, en primer término, una consecuencia de su situación geográfica, entre rivales hostiles; pero también a causa de haber sido nosotros los últimos en introducirnos, en cierto modo como advenedizos, entre los demás Estados que anteriormente habían extendido ya su poderío, y de pretender ahora nuestra parte en el dominio del mundo, después de haber imperado, por espacio de siglos, solamente en el reinado del pensamiento. De esta manera hemos lesionado una infinidad de intereses y concitado contra nosotros furi-

bundas enemistades. Dilucidar la situación creada por tales circunstancias, queda reservado a uno de los capítulos siguientes; pero, aun sin descender a reflexiones más minuciosas, se puede, desde luego, afirmar que si el estado de tensión actual se resuelve violentamente, y la crisis política en acción militar, la situación de los alemanes se hará difícil, colocados como estamos en medio de todas las fuerzas que contra nosotros se pondrían en juego. Además, el resultado de esta lucha decidirá de todo nuestro porvenir, como Estado y como nación. Somos nosotros los que más tenemos que ganar o que perder en una guerra semejante; rodeados de grandes peligros, estaremos expuestos a los más rudos embates; y únicamente saldremos vencedores en esta lucha contra todo un mundo de elementos hostiles, y daremos glorioso término — coronado por el éxito en los campos de batalla — a esta nueva «guerra de los Siete Años», sostenida para afirmar el lugar que nos corresponde en el mundo, si nos apresuramos a aventajar como *soldados* a nuestros probables adversarios; si el ejército que ha de librar nuestras batallas está sostenido y alentado por las fuerzas morales y materiales de la nación, y si la voluntad de vencer vive, no sólo en las tropas, sino en todo el pueblo unido en una sola fe al enviarlas a luchar en defensa de sus más sagrados intereses.

Estas reflexiones son las que me han conducido a considerar también la guerra desde el punto de vista de la civilización; y, por otra parte, a relacionarla con los grandes problemas del presente y del futuro,

cuya solución, como misión especial, ha confiado la Providencia a Alemania, como al pueblo civilizado más grande que ha conocido la historia.

Desde este punto de vista, me era preciso, ante todo, examinar, en lo que respecta a su verdadero contenido moral, las aspiraciones de paz que parecen predominar en nuestro tiempo y que amenazan introducir también su ponzoña en el alma del pueblo alemán. Procuraré demostrar que la guerra es, no sólo un elemento necesario en la vida de los pueblos, sino también un factor indispensable de la civilización y, sin duda, la manifestación más elevada de vitalidad y energía de las naciones verdaderamente civilizadas. Partiendo de la historia del pasado alemán, en su conexión con el presente, el autor deberá estudiar seguidamente el proceso de los puntos de vista que puedan servirnos de guía a través de las ignoradas regiones de lo futuro. La evolución histórica no puede destruirse; lo que mediante ella ha llegado a ser continúa subsistiendo y ejerce su influencia, según sus leyes intrínsecas; mientras que, por otra parte, el presente impone sus ineludibles exigencias. Pero no es preciso, ciertamente, someterse a la presión de las circunstancias abdicando de la propia voluntad; también las naciones se encuentran a veces como Hércules, el héroe de la fábula, en el punto crítico que separa las dos vías de sus destinos; y pueden elegir la de su engrandecimiento o la de su ruina. «En la vida de los pueblos, los beneficios de una situación política únicamente llegan a realizarse por la voluntad consciente de los hombres que saben

aprovecharla» (1). Considero, por lo tanto, como una necesidad imperiosa y conveniente, al encontrarnos en el punto donde se cruzan los dos caminos de nuestro desenvolvimiento nacional, iluminar con la antorcha de la discusión las distintas rutas que a nuestro pueblo se ofrecen, hasta donde me sea posible discernirlas. Únicamente cuando se da cuenta exacta de las probables consecuencias de su actuación, puede un pueblo adoptar, con clara visión de la realidad, las grandes resoluciones necesarias a su ulterior desenvolvimiento, y sólo entonces le será dado contemplar al destino cara a cara, con mirada firme y serena, hallándose igualmente dispuesto a aceptar los sacrificios que el presente y el porvenir puedan exigirle.

Aunque estos sacrificios radican para nosotros en las esferas financiera y militar, dependen esencialmente de la idea que se tenga formada acerca de lo que Alemania anhela y de lo que está llamada a realizar, en el momento presente y en lo porvenir. Sólo el que participe de mi concepto acerca de la misión y los deberes del pueblo alemán y quien conmigo haya llegado a la convicción de que sin esgrimir la espada no es factible cumplir la una ni llenar los otros, podrá apreciar en su justo valor mis reflexiones y argumentos en el terreno puramente militar, y juzgar acertadamente las consecuencias de orden económico que son su inmediato resultado; pues sólo en lógica y consiguiente conexión con el total desenvolvimiento político y moral del Estado, hallan los requerimientos militares su fundamento y su justificación.

(1) TREITSCHKE: *Deutsche Geschichte* (*Historia Alemana*, I, pág. 28).

CAPÍTULO I

El derecho a la guerra

Desde que en 1795 publicó Kant, ya en la vejez, su *Tratado sobre la Paz perpetua,* se viene admitiendo por muchos, como verdad inconcusa, que la guerra constituye la destrucción de todo bien y el origen de todo mal. A despecho de cuantas enseñanzas se desprenden de la historia, dúdase asimismo que sean inevitables las luchas entre los pueblos y se atribuye a la civilización una potencialidad suficiente para llegar a la abolición de la guerra. Pero no obstante estas opiniones y teorías humanitarias, y a pesar de las vicisitudes y mudanzas propias de los tiempos, continúa la guerra su camino implacable de un país a otro país, acompañada del estruendo de las armas y confirmando, así el poder destructor de que se la acusa, como su energía para crear y su acción purificadora; y sin que, por otra parte, haya logrado aún ella misma ilustrar a la humanidad respecto de cuál sea su verdadera naturaleza. Los grandes períodos de guerra no lograron convencer a los hombres acerca de su necesidad, sino, por el contrario, despertaron cada vez el deseo de excluirla por completo, donde fuera posible, de las relaciones políticas internacionales.

Este deseo y esta esperanza están hoy universalmente extendidos. El mantenimiento de la paz es ensalzado como el único objetivo digno de las aspiracio-

nes del hombre de Estado; es más: este incondicional anhelo de paz a todo trance ha adquirido precisamente en nuestros días un predominio muy singular sobre los ánimos. Estas aspiraciones encuentran su expresión pública en ligas pacifistas y congresos para la paz; la prensa de todos los países y de todos los partidos pone sus columnas a disposición de tales tendencias, y la corriente de la opinión en este sentido es tan poderosa, que la mayor parte de los Gobiernos mismos señalan, al menos públicamente, como el más importante de los fines de su política, la necesidad de conservar la paz; y allí donde a pesar de todo se enciende la guerra, se estigmatiza al pueblo que se lanza al ataque, y todos los Gobiernos, parte en realidad y parte en apariencia, se esfuerzan por apagar el incendio.

Rara vez constituye el verdadero móvil de sus acciones el amor ideal a la paz. La mayoría de las veces la pretendida necesidad de la paz por ellos invocada es tan sólo un pretexto bajo el cual tratan de favorecer sus verdaderos fines políticos. En el fondo, esto fué lo que ocurrió en los Congresos de la Paz, celebrados en La Haya; y así también debe interpretarse la conducta de los Estados Unidos de América del Norte, que en época reciente se ha esforzado, con gran empeño, en celebrar tratados para el establecimiento de tribunales arbitrales, ante todo y sobre todo con Inglaterra, pero también con el Japón, Francia y Alemania, aunque hasta ahora realmente sin resultado práctico.

Difícilmente puede admitirse que el verdadero amor a la paz haya sido el estímulo de tales esfuerzos. Para demostrarlo, basta sólo considerar que precisamente las potencias que, por ser las más débiles, están más expuestas a ser víctimas de una violencia, y por lo mismo tienen más necesidad de la protección internacional, fueron las omitidas en las propuestas hechas

por los americanos para la creación de los tribunales de arbitraje. Debe suponerse, por lo tanto, que otros motivos políticos, de índole muy positiva y nada idealistas, fueron los que impulsaron a los americanos, sagaces hombres de negocios, a dar tales pasos e inducir por otra parte a la «pérfida Albión» a que accediese a sus propósitos. Lícito nos es suponer que Inglaterra ha tenido el designio de guardarse las espaldas, para el caso de una guerra con Alemania, y que los Estados Unidos, a su vez, deseaban tener las manos libres para continuar, sin obstáculo, su política dominadora en América Central y para realizar, con beneficio exclusivo de los intereses americanos, sus planes relativos al Canal de Panamá. Posible es también que ejerzan su influencia consideraciones de orden electoral, decisivas en los países de la Unión, con mucha más frecuencia de lo que en Europa se supone; los votos de los numerosos amigos de la paz pueden ser de mucho peso en la elección presidencial. Por lo demás, ambos Estados abrigaban ciertamente la esperanza de enredar en sus sofismas a los que con ellos pactasen en tales asuntos, y reservarse, mediante ciertos procedimientos leoninos, la mejor parte del botín.

Los teorizantes y los ilusos creen, no obstante, que los esfuerzos del presidente Taft deben reputarse como un gran paso adelante en la vía que conduce a la paz perpetua, y le prestan su ayuda con entusiasmo. Hasta el mismo director de la Política Exterior en Inglaterra, afectando un idealismo teatral muy bien representado, ha llegado a designar la conducta de los Estados Unidos como el comienzo de una era nueva en la historia de la humanidad.

Cual una especie de clorosis ha atacado a la mayor parte de las naciones civilizadas el deseo de paz, señal evidente de abatimiento y de abulia política, como repetidamente se observa en *las generaciones decadentes*

que siguieron a otras de gran energía, en épocas epigónicas (1). « Siempre han sido — dice H. v. Treitschke — tiempos de debilidad, vulgaridad y agotamiento, aquellos en que se ha acariciado el sueño de la paz perpetua.»

Nadie osará discutir que, dentro de ciertos límites, no estén justificados todos los intentos que se hagan para disminuir los peligros de la guerra y los males que trae consigo. Es un hecho incontestable que la guerra perturba temporalmente la vida industrial, interrumpe el pacífico desarrollo económico, ahonda y esparce la miseria, y devuelve al hombre a su primitiva rudeza. Constituiría, por lo tanto, uno de los mayores bienes, que las guerras por razones triviales se hicieran imposibles y que se realizaran los mayores esfuerzos por restringir las iniquidades que necesariamente han de derivarse de un período de guerra, en cuanto sea compatible con su esencial naturaleza. Todo cuanto ha realizado en esta limitada esfera el Congreso de la Paz de La Haya, así como todo lo que tienda a humanizar en lo posible la guerra, merece reconocimiento universal. Pero es cosa enteramente distinta si se pretende llegar a suprimir en absoluto la guerra, negándola su carácter de necesaria para la evolución histórica de la humanidad.

Esta aspiración es directamente opuesta a las leyes generales que rigen toda la vida. La guerra es, en primer lugar, una necesidad biológica; un elemento regulador de la vida de la humanidad, del cual no se puede prescindir, porque sin él obtendríamos un desenvolvimiento enfermizo, incompatible con el mejoramiento de la especie humana, y, por consiguiente, de toda verdadera civilización. « La guerra es el padre de

(1) *Epigónicas*, de *epigonos*, o sean los descendientes de los héroes griegos que sucedieron a los que cercaron a Tebas. *Epígono* significa descendiente, pero en la leyenda heroica los epígonos son los héroes *menores* o decadentes que siguieron las huellas de sus antepasados, aunque sin tener sus méritos, ni alcanzar su fama. — (N. del T.)

todas las cosas» (1). Los sabios de la antigüedad, mucho antes que Darwin, así lo reconocían.

La lucha por la existencia es, en la Naturaleza, la base de todo desarrollo saludable. Todas las cosas existentes se muestran como resultantes de fuerzas en pugna. Así también en la vida del hombre no es la lucha solamente un elemento destructivo, sino el principio vivificador. «Suplantar o ser suplantado es la esencia de la vida», decía Goethe, y el fuerte conquista la supremacía. La ley del más fuerte domina en todas partes. Sobreviven solamente las formas capaces de procurarse por sí mismas las más favorables condiciones de vida y afirmarse en la economía universal de la naturaleza. Todo lo débil sucumbe. Esta lucha se regula y se modera por el ciego influjo de leyes biológicas y al impulso de fuerzas que obran en sentido opuesto. En el mundo de las plantas y de los animales este proceso se realiza en una tragedia inconsciente. En la raza humana se desenvuelve de una manera consciente y está regulado por leyes sociales. El hombre de vigorosa voluntad e inteligencia poderosa trata de afirmarse por todos los medios, el ambicioso procura sobresalir, y en todos estos esfuerzos el individuo dista mucho de dejarse guiar únicamente por la conciencia del derecho. El trabajo y la lucha por la existencia están determinados en muchos hombres, indudablemente, por motivos ideales y desinteresados, pero, en proporción mucho mayor, son las pasiones menos nobles — el deseo ardiente de posesión, de goces, de honores, la envidia y la sed de venganza — las que determinan las acciones humanas. Y todavía más frecuentemente quizá, son los apuros de la vida los que hacen descender, aun a las naturalezas mejor dotadas, a la lucha universal por la existencia y el goce.

(1) πόλεμος πατήρ πάντων *(Heráclito de Efeso)*.

No puede existir duda alguna sobre este punto, y como los pueblos están constituídos por individuos y los Estados por sociedades, todas las causas que influyan en cada miembro influirán igualmente en el conjunto. La lucha persistente por la posesión, por el poder y por la soberanía, es la que, en primer lugar, rige las relaciones de unas naciones con otras, y el derecho es respetado la mayor parte de las veces sólo en cuanto es compatible con las ventajas que de él se obtienen. Mientras existan hombres que alimenten deseos y aspiraciones humanas, en tanto que haya naciones que se esfuercen por aumentar la esfera de su actividad, siempre habrá intereses contrapuestos que provocarán la guerra cuando el momento o la ocasión de presente.

« La ley natural a la cual pueden reducirse las demás leyes de la Naturaleza, es la ley de la lucha. Todos los bienes intrasociales (inmanentes a la sociedad), todos los pensamientos, invenciones e instituciones, así como el orden social en sí mismo, son el resultado de la lucha intrasocial en la que unas cosas sobreviven y otras se eliminan. La guerra es la lucha extrasocial, supersocial, que guía el desenvolvimiento externo de las sociedades, naciones y razas. El desenvolvimiento interno, la lucha intrasocial, es el trabajo diario del hombre — la lucha de pensamientos, sentimientos, aspiraciones, de las ciencias y de los productos de la actividad. — El desenvolvimiento externo, la lucha supersocial, es la lucha sangrienta de las naciones: la guerra. ¿En qué consiste, pues, el poder creador de esta lucha? ¡En lo que aparece y desaparece en la victoria de un factor y en la derrota del otro! En la selección estriba la acción creadora de esta lucha» (1).

Aquel sistema social en que las personalidades más aptas posean la mayor influencia, mostrará la máxima

(1) Clauss Wagner: *Der Krieg als schaffendes Weltprinzip (La guerra como principio creador universal).*

vitalidad en la lucha intrasocial. En la lucha extrasocial, en la guerra, vencerá el pueblo que tenga, para arrojarlo en la balanza, el máximo de fuerza física, mental, moral, material y política, y que, por consiguiente, reúna las mejores condiciones para defenderse por sí mismo. La guerra proveerá a esta nación de condiciones vitales favorables, ampliará las posibilidades de su desarrollo y aumentará su influencia sirviendo así al progreso de la humanidad; porque es claro que los factores que aseguran la superioridad de la guerra y particularmente y ante todo los intelectuales y morales, son también los que hacen, en general, posible un desenvolvimiento progresivo. Dan la victoria porque los elementos del progreso están latentes en ellos. *Sin la guerra, las razas inferiores o decadentes sofocarían fácilmente en su crecimiento a los elementos sanos, dotados de gérmenes vigorosos, y la consecuencia sería una decadencia universal.* «La guerra — dijo A. W. von Schlegel — es tan necesaria como la lucha de los elementos en la naturaleza.»

Por otra parte, es un hecho observado que puede existir una concurrencia pacífica entre pueblos y Estados, como entre los miembros de una sociedad, en todas las esferas de la vida civilizada: una lucha que no necesite siempre degenerar en guerra. La lucha y la guerra no son idénticas. Esta competencia, sin embargo, no se realiza bajo las mismas condiciones que la lucha intrasocial y por lo tanto no puede conducir a los mismos resultados. Sobre la competencia entre los individuos o agrupaciones dentro de un Estado, está la ley que procura enfrenar lo injusto y que hace prevalecer el derecho. Tras la ley está el Estado, armado de un poder, que puede y debe emplear no sólo en proteger, sino en acrecentar activamente los intereses morales y espirituales de la sociedad. Pero no existe poder imparcial que pueda ponerse por encima de la competencia entre los Estados

para restringir la injusticia y fomentar esta competencia entre los diversos Estados con el intento consciente de mejorar los más altos fines de la humanidad. Tratándose de relaciones entre Estados independientes, la única defensa posible contra lo injusto consiste en el empleo de la fuerza, debiendo cuidar cada pueblo por sí mismo de sus intereses morales y de cultura, así como del desarrollo de los mismos, y si al obrar de esta manera se provocara un conflicto con los ideales o puntos de vista de otros Estados, deberá, o someterse y conceder la preeminencia al pueblo o Estado rival, o apelar a la fuerza, llegando a la lucha real y efectiva ; esto es, a la guerra. No existe, por otra parte, autoridad alguna, basada en la naturaleza misma de las cosas, dotada de poder bastante para dictar sentencia en asuntos internacionales y dar valor positivo a su fallo. No queda, pues, realmente más recurso que la guerra para lograr en favor de los verdaderos elementos de progreso la preponderancia que ha de salvarlos de un estado de corrupción y decadencia.

Ciertamente podrá ocurrir que se unan varios pueblos débiles logrando así cierta superioridad para vencer a otro pueblo más fuerte en sí mismo ; y hasta llegarán muchas veces a conseguir temporalmente su propósito ; pero a la larga se hará valer la vitalidad más intensa del pueblo superior, y mientras los adversarios coligados experimentarán los efectos de los gérmenes de corrupción que en sí llevaban, la nación más poderosa parecerá como que surge de su pasajera derrota recobrando nuevas fuerzas, y estas fuerzas le proporcionarán la victoria definitiva, aun en contra de enemigos superiores en número. Precisamente la historia de Alemania constituye un ejemplo elocuente de esta verdad.

La lucha es, por lo tanto, una ley general de la Naturaleza ; y el instinto de la propia conservación, que

conduce a la lucha, se halla completamente justificado, en su calidad de condición natural de toda vida. « Ser hombre es ser luchador.» La renuncia de sí mismo es una negación de la vida, tanto tratándose de los individuos como tratándose de los Estados, que son verdaderas personalidades étnicas. Afirmar la substantividad de la existencia propia es la primera y principal de todas las leyes. Sólo mediante la afirmación de sí mismo, puede el Estado procurar a los ciudadanos condiciones de vida y proporcionarles aquella protección jurídica que cada uno de ellos tiene derecho a exigirle. Esta obligación no puede en modo alguno quedar satisfecha por la sola repulsión de los ataques hostiles ; supone también la obligación de asegurar la posibilidad de vivir y de progresar al conjunto de la nación abarcada por el Estado.

Las naciones fuertes, sanas y florecientes aumentan de población. Al llegar a un punto determinado necesitan, por lo tanto, la constante expansión de sus fronteras ; requieren nuevos territorios para el establecimiento del exceso de población. Y como casi todo el globo está habitado, sólo podrán adquirirse nuevos territorios por regla general a costa de sus poseedores, es decir, por medio de conquista, que de este modo llega a ser una ley necesaria.

El derecho de conquista está universalmente reconocido. Al principio el procedimiento es pacífico. Los pueblos con exceso de población vierten su corriente emigratoria en otros Estados y territorios. Estos emigrantes se someten a la legislación del nuevo país, pero tratan de obtener condiciones favorables de existencia para sí mismos a costa de los primitivos habitantes, y en competencia con ellos, esto es: tratan de conquistar. El derecho de colonización también está reconocido. Vastos territorios habitados por tribus incivilizadas, son ocupados por Estados más progresivos que los sujetan a su Gobierno. El mayor grado de

civilización y la mayor potencia correspondiente son los fundamentos en que descansa el derecho de toma de posesión. Este derecho es en verdad bastante indefinido y es imposible determinar cuál es el grado de civilización que justifica una anexión. La imposibilidad de encontrar un límite legítimo a estas relaciones internacionales ha sido la causa de muchas guerras. La nación sometida no reconoce este derecho de usurpación, y el pueblo de más intensa cultura, por su parte, no quiere reconocer al sometido el derecho a la independencia. Esta situación se hace particularmente crítica cuando las condiciones de la civilización han cambiado a través del tiempo. Las naciones sometidas, pueden quizá haber adoptado formas y conceptos de vida más elevados, habiendo disminuído por tanto la diferencia en el grado de civilización. Tal estado de cosas se ha dejado sentir ya en la India inglesa.

Finalmente, el derecho de conquista por medio de la guerra ha sido admitido en todos los tiempos. Puede suceder que un pueblo crezca rápidamente y no pueda conquistar colonias de raza no civilizada, y, no obstante, deba ser conservado para el Estado ese exceso de población que la madre patria no puede ya alimentar. El único recurso que entonces queda, es adquirir el terreno necesario por medio de la guerra, a la cual obliga el i stinto de conservación. No está el derecho de parte del poseedor, sino del vencedor. Los pueblos así amenazados no deben olvidar el punto de vista que expone Goethe en las siguientes líneas:

> « Lo que heredaste de tus mayores
> para poseerlo, conquístalo. »

Los procedimientos de Italia en Trípoli proporcionan un ejemplo de semejante estado de cosas, mientras que Alemania, en la cuestión de Marruecos, no llegó

a encauzar sus energías para tomar una decisión análoga (1).

En tales casos tiene razón y derecho el que tiene la fuerza necesaria para conservar lo que posee o para hacer nuevas conquistas. La fuerza es a la vez el supremo derecho ; y la contienda jurídica se decide por el adecuado dinamómetro : la guerra ; cuyas resoluciones son, al mismo tiempo, siempre justas, desde el punto de vista biológico, puesto que dimanan de la esencia misma de las cosas.

Siendo, según se ha visto, el aumento de población una de las razones que, en determinadas circunstancias, obligan fatalmente a hacer la guerra, puede también imponerse esta necesidad por causas relacionadas con el trabajo industrial.

En América, en Inglaterra y en Alemania, para no nombrar sino los más poderosos países comerciales, ofrece la industria trabajo remunerador a grandes núcleos de población ; pero la población respectiva de cada Estado no está en condiciones de consumir todos los productos de su propio trabajo ; y de aquí, que la industria viva en gran parte de la exportación. Mientras la industria encuentre mercados dispuestos a admitir de buen grado sus productos, el trabajo y sus beneficios están asegurados, siendo satisfechos por el extranjero ; pero los países extranjeros sienten a su vez la apremiante necesidad, y tienen el natural interés, de libertarse de semejante tributo y de producir por sí mismos cuanto necesiten. En todos los pueblos encontramos, pues, iguales aspiraciones : por una parte crear industria propia, protegida, además, mediante

(1) Con tal afirmación no quiere decirse que Alemania debiera o pudiera haberse posesionado de una parte de Marruecos ; pero soy de opinión, por varios motivos, que precisaba mantener a todo trance la soberanía *de hecho* del Estado marroquí, fundándose en el acta de Algeciras. Entre otras ventajas, de las cuales no ha de tratarse aquí, este procedimiento nos hubiera ofrecido la de que este país habría quedado así como una esfera de colonización posible para nosotros. Esto hubiera servido para fundar justificadas pretensiones en lo porvenir.

limitaciones aduaneras; y, por otra parte, mantener abiertos los mercados extranjeros a la propia industria perjudicando o anulando a la que con ellos compita, conservando los clientes y adquiriéndolos nuevos. Es una lucha enconada la que se mantiene en el mercado mundial. Con bastante frecuencia ha tomado formas marcadamente agresivas en las guerras de tarifas, y sin duda en el porvenir se prepara en este punto una agudización creciente. Cuanto más se cierren al exterior los grandes centros comerciales, por una parte, y, por otra, cuanto más desarrollen su propia industria los países importadores, logrando así condiciones ventajosas de trabajo y producción que les permitan ofrecer sus mercancías a precio más barato que las importadas de los antiguos Estados industriales, tanto más se perjudicará el trabajo de éstos en el mercado mundial, no siendo extraño que un Estado exportador llegue al extremo de no poder procurar a sus trabajadores medios suficientes de vida. Un Estado que se encuentre en situación semejante corre el peligro, no sólo de perder por emigración una parte apreciable de su población útil, sino también el de ver amenguarse poco a poco sus prestigios naturales y políticos a medida que disminuya el rendimiento de su trabajo y vaya desapareciendo el lucro industrial.

En este respecto, nos encontramos hoy en un punto inicial de evolución; pero de ninguna manera se ha de considerar como imposible que la necesidad de proporcionar trabajo remunerador a la población llegue a ser motivo suficiente para forzar al Estado a lanzarse a empresas guerreras. Si en Marruecos se hubiera tratado de intereses mayores que los que por el momento aparecían lesionados, si nuestro comercio de exportación hubiese resultado seriamente amenazado, difícilmente hubiera Alemania cedido, sin lucha, a los franceses, una situación ventajosa en el mercado

marroquí; y, por su parte, Inglaterra, que ya combatió por la posesión de los yacimientos de oro y de diamantes sudafricanos, no rehuiría seguramente la apelación a la lucha armada si viese amenazado su mercado de la India, sobre cuyo dominio descansa hoy su poderío mundial. Así, al reconocer que la guerra se rige por leyes biológicas, se llega, desde luego, a la conclusión de que ha de resultar completamente irrealizable todo intento de excluirla de las relaciones internacionales. Pero no es la guerra solamente una necesidad biológica, sino también una exigencia moral, y como tal, un factor imprescindible de la civilización.

El punto de vista que se adopte respecto del concepto de la guerra, depende de las creencias de cada cual, de las ideas que haya adoptado acerca del mundo y su destino.

Quien considere la vida de los individuos y la de los pueblos como algo puramente sensible, como un proceso que termina con la muerte y con el aniquilamiento externo, ha de suponer lógicamente que el fin supremo a que el hombre ha de aspirar, consiste en hacer la vida tan feliz y rica en placeres como pueda, reduciendo toda clase de padecimientos al mínimum asequible. Quien así piense sólo verá en el Estado una especie de institución aseguradora destinada a procurarle una vida de placeres y ventajas en su sentido más amplio, y a librarle, hasta donde sea factible, de todo género de molestias; hará suya la doctrina que Guillermo de Humboldt (1) expone en su tratado sobre los límites de la actividad del Estado, según la cual el organismo coercitivo del Estado debe limitarse a garantizar la vida y la hacienda; y, por último, concebirá al Estado como una institución

---

(1) W. v. H.: *Ideen zu einem Versuch, die Grenzen der Wirksamkeit des Staates zu bestimmen.*—(G. de H.: *Ideas para un ensayo de determinación de los límites de la actividad del Estado.*)

jurídica, y detestará la guerra como a la mayor calamidad imaginable.

Para aquel que, por el contrario, concibe la vida del hombre y de los pueblos como un fragmento de la existencia universal, cuyo último fin no estriba en el placer, sino en el desarrollo de las energías espirituales y morales; para quien considera el goce tan sólo como fenómeno concomitante de los mudables estados biológicos, para éste será muy otra la función que el Estado debe desempeñar; no será el Estado solamente una institución jurídica y social de seguros; la suma de elementos unidos que constituyen el Estado no tendrán como único objetivo hacer accesibles al individuo en la mayor cantidad posible los bienes de la civilización, sino que atribuirá al Estado la misión más elevada de llevar las fuerzas espirituales y morales de un pueblo a su desarrollo máximo, asegurándoles en el mundo el influjo que les corresponda para el progreso total de la humanidad. Verá en el Estado, como ya Fichte señalaba (1), al educador que guía a la humanidad en su camino hacia el bien y al cual corresponde realizar en la tierra los fines de la moral. «El Estado — dice Treitschke — es una comunidad moral, a la cual se imponen por su naturaleza funciones positivas en la educación del género humano; y su fin último consiste en que, en él y por él, llegue un pueblo a desenvolverse hasta adquirir un carácter real; esto constituye el más elevado objetivo, tanto para los pueblos, como para los individuos» (2).

Este grado superior de evolución nunca podrá ser alcanzado en el individualismo puro. Sólo cuando el hombre se diluye en una colectividad, en un organismo social, por el cual vive y trabaja, puede desenvolver sus más elevadas aptitudes, ya en la familia, ya en la sociedad; y, sobre todo, en el Estado, el cual arranca,

---

(1) FICHTE: *Staatslehre (Doctrina del Estado).*
(2) TREITSCHKE: *Política.*

por decirlo así, al individuo de las mezquinas esferas en que, de otro modo, se deslizaría su existencia, y lo capacita para ejercer su acción en favor de los grandes *intereses* comunes de la humanidad. Únicamente el Estado, según enseñaba Schleiermacher, proporciona al individuo el grado supremo de vida (1).

Desde este punto de vista, se considerará también la guerra como una necesidad moral, toda vez que se lleva a cabo en favor de los bienes más elevados y preciados de los pueblos. Dada la naturaleza de la vida humana, es el idealismo político el que requiere la guerra, mientras que el materialismo, al menos en teoría, la rechaza.

El que, partiendo de este punto de vista más elevado, abarque el concepto del Estado, reconocerá bien pronto que éste sólo puede alcanzar sus grandes fines morales, cuando el poder político aumente, y que el objeto más sublime de sus aspiraciones se encuentra también en inseparable acción recíproca con el fomento de sus intereses materiales. Solamente en el Estado que se esfuerza en ensanchar la esfera de su poder, crea y procura las condiciones precisas para que todo lo humano alcance su florecimiento, en lo que encierra de más noble; sólo en el gran escenario donde se desenvuelven las acciones que el poder sabe engendrar, hay espacio suficiente para la completa evolución de las mejores aptitudes y cualidades humanas. Pero cuando el Estado renuncia a todo aumento de poder y retrocede intimidado ante cualquier contienda armada que se requiera para que el progreso siga su marcha; cuando sólo quiere *ser*, pero no siente

(1) Ampliar el concepto del Estado hasta llegar a identificarlo con el de la humanidad, señalando así al individuo ideales, al parecer más elevados, que realizar, conduce a extraviarse por falsos derroteros; puesto que de la humanidad concebida en su unidad se hallaría excluída la lucha y con ella el más necesario principio biológico, prescindiendo por completo de que prácticamente es imposible una acción sobre el conjunto de la humanidad, fuera de los límites del Estado y de la nacionalidad. Tales ideas pertenecen a la vasta región de las utopías.

deseo alguno de *llegar a ser*; cuando, aquietado en sus aspiraciones, se «tiende perezoso a descansar en deleitoso lecho» (1), entonces todos los ciudadanos languidecen dentro de tal Estado; todos encuentran cercenadas sus aspiraciones y desaparecen los amplios puntos de vista. Las condiciones miserables en que se arrastra la vida de los pequeños Estados prueban suficientemente la exactitud de nuestros juicios, debiendo advertir que igual maldición pesa también sobre toda gran potencia que reduce sus aspiraciones.

Durante los períodos de paz prolongada se agrupan, apareciendo, en primer término, todos los intereses mezquinos y egoístas; la codicia y la intriga dilatan su esfera y los idealismos ceden el paso al anhelo inmoderado de placeres materiales. El dinero adquiere un poder injustificado y excesivo y se niega a los caracteres el respeto debido:

> «Pues el hombre languidece en la paz.
> La calma ociosa es tumba del valor.
> La ley es amiga del débil.
> Tan sólo pretende allanarlo todo.
> De buena gana aplanaría al mundo entero.
> Pero la guerra hace que la alegría renazca.
> Todo se eleva sobre el nivel de lo vulgar,
> Y aun al cobarde inspira valor» (2).

«Las guerras son temibles, pero necesarias, puesto que preservan al Estado de la petrificación y anquilosis interna. Es un bien que la caducidad de los bienes de este mundo sea, no sólo reconocida y afirmada por medio de palabras, sino experimentada y sufrida. Esto sucede en la guerra y sólo en ella» (3).

La guerra es, en oposición a la paz, el mayor excitador de vida y fomentador de energía que se conoce

---

(1) Frase del *Fausto*, libremente traducida. — (N. del T.)
(2) SCHILLER: *Die Braut von Messina (La novia de Messina)*.
(3) KUNO FISCHER: *Hegel*, I, pág. 737.

en la historia de la humanidad. Es cierto que muchas calamidades materiales y psíquicas le sirven de séquito, pero a la vez hace efectiva la más noble actuación de la naturaleza humana, particularmente dadas las condiciones en que hoy en día se manifiesta, no como negocio de príncipes y gobiernos, sino como la realización de la voluntad común de todo el pueblo.

Ya en esta coalición existe una fuerza libertadora cuya acción se prolonga felizmente durante largo tiempo en la vida de un pueblo. Para convencerse de ello, basta considerar tan sólo la eficacia que para la unión de las razas alemanas tuvieron las guerras de liberación contra la Francia napoleónica y la franco-alemana de 1870, así como sus consecuencias históricas. Los actos aislados de barbarie que toda guerra lleva consigo, desaparecen completamente ante el idealismo en que su acción se inspira en general. Todas las grandezas aparentes que al amparo de una paz prolongada sin duda se desarrollan, quedan desenmascaradas. Las personalidades alcanzan el lugar que les corresponde; todo lo fuerte, lo elevado y verdadero surge y se pone en actividad. « En mil rasgos conmovedores se manifiesta el santo poder del amor, que una guerra justa despierta en los pueblos nobles » (1). Federico el Grande reconoce también la acción ennoblecedora de la guerra. «La guerra — dice — proporciona a todas las virtudes el campo más fructífero, pues a cada momento pueden brillar en ella la constancia y entereza del ánimo, la compasión, la grandeza de alma, la nobleza de espíritu, la benignidad; cada instante ofrece la ocasión de ejercitar alguna de estas virtudes. »

En el momento en que el Estado exclama : « ahora se trata de mí y de mi existencia », debe callar todo egoísmo social y desaparecer todo odio de partido. El

(1) TREITSCHKE: *Deutsche Geschichte (Historia Alemana)*, I, pág. 482.

individuo debe olvidar su propio yo y sentirse miembro del todo social; debe reconocer lo poco que importa su vida si se la compara con el bien común. Cabalmente la sublimidad de la guerra consiste en que desaparece completamente el hombre en su pequeñez individual ante la gran idea del Estado; el sacrificio recíproco de los partícipes del Estado, unos por otros, en ocasión alguna se muestra tan magnífico como en la guerra... «¡Qué enorme perversión de la moral resultaría si se aboliese el heroísmo entre los hombres!» (1). Hasta la derrota misma puede ser manantial de grandes bienes. Verdad es que a menudo pesa como una sentencia irrevocable sobre la debilidad y la miseria; pero muchas veces también lleva en sí misma vigorosos resurgimientos y sirve de fundamento a nuevas y sólidas constituciones. Guillermo de Humboldt ha dicho: «Yo reconozco en la influencia de la guerra sobre el carácter del pueblo, uno de los fenómenos más saludables para la educación del género humano.»

Así como el individuo no puede llevar a cabo ninguna acción moral más noble que la de dar su vida por su fe y sacrificar su propio «yo» a la causa que ha abrazado o al concepto de un bien ideal, únicamente beneficioso para su personalidad moral, así tampoco los pueblos y los Estados pueden cumplir nada más elevado que poner todas sus fuerzas al servicio de su propia conservación y en defensa de su honor y su dignidad. Pero este espíritu sólo puede manifestarse en la guerra; sólo existiendo la posibilidad de la guerra, se mantendrá en las naciones el vigor que engendra tal espíritu y que hace capaces a los pueblos de cumplir las tareas más altas de la civilización, por medio del pleno desenvolvimiento de todas sus virtudes morales. No puede ocurrirle a un pueblo inteligente y vigoroso cosa peor que entre-

---

(1) Treitschke: *Política*, I, pág. 74.

garse de lleno al disfrute tranquilo de la paz, en una existencia propia de feacios.

También desde este punto de vista, cuando el pacifismo adquiere influencia en la política, es en grave detrimento de la salud moral de la nación, y los Estados que por cualquier motivo entran por tales vías socavan las raíces de su propia grandeza. Los Estados Unidos de la América del Norte, que recientemente (junio de 1911), se declararon campeones de la idea de la paz universal — con objeto de poder dedicarse tranquilamente a acumular dinero, gozar de sus riquezas y ahorrar así los trescientos millones de dólares que les cuestan su ejército y su flota militar — corren un gran peligro, no tanto por la posibilidad de una guerra con Inglaterra o con el Japón, sino, precisamente, por el hecho de evitar conflictos y tensiones políticas con sus adversarios, conflictos sin los cuales es imposible desenvolver y afirmar el carácter nacional. Si por tal camino siguen, cara tendrán que pagar algún día esta conducta.

También desde el punto de vista cristiano llegaremos a la misma conclusión. Verdad es que la moral cristiana se basa en la ley del amor : « Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. » Pero esta ley no puede servir de norma en las relaciones entre los Estados, puesto que si se aplicara a la política internacional conduciría al conflicto entre distintos deberes. El amor que un Estado profesara a otro Estado implicaría una falta de amor para con el pueblo propio. Una política fundada sobre esta base conduciría por extraviados senderos. La moral cristiana es personal y social y por su misma esencia nunca podrá ser política. Su objeto consiste en perfeccionar moralmente al individuo y dotarle de fuerzas y virtudes para obrar desinteresadamente en beneficio de la colectividad. Nos enseña a amar hasta a nuestros enemigos, pero no descarta el concepto de la

enemistad. En ningún tiempo ha existido religión de más combate que la cristiana. La lucha moral es su verdadera esencia. Si quisiera aplicarse el concepto cristiano a las relaciones políticas entre los Estados, entonces debería pedirse que el poder del Estado, es decir, en su más amplio sentido y no solamente material, se elevase a su grado supremo para utilizarlo en provecho y para el progreso moral de la humanidad entera, y llegado que fuese el caso acudir también a los sacrificios que impone la guerra. Por lo tanto, tampoco siguiendo el punto de vista cristiano puede condenarse a la guerra en sí misma, sino admitir su justificación moral e histórica.

Por otra parte, tampoco estaría puesto en razón admitir que pueda abolirse la guerra partiendo del punto de vista opuesto, o sea el puramente materialista. Los que comparten este modo de ver considerarán la guerra desfavorablemente, puesto que la guerra puede costarles la vida y atentar a su bienestar. El Estado, como a tal, puede resolverse, ello no obstante, a hacer la guerra, aun fundándose en este concepto materialista, si con ello cree favorecer las condiciones de vida de la colectividad, a cambio de ciertos sacrificios en vidas y dichas humanas. El sacrificio se limita, relativamente, a pocos individuos, y puesto que en el mundo la base de todo punto de vista materialista consiste necesariamente en el individualismo, no hay razón alguna, en este sentido, para que la mayoría de los ciudadanos no sacrifiquen a una minoría en interés propio. Por lo tanto, precisamente los que desde el punto de vista del materialismo niegan la necesidad de la guerra, la admitirán con más facilidad como eficaz, por razón de su propio interés individualista.

Claro está que continuamente se operan grandes transformaciones en las ideas sociales y que también respecto de la guerra ha cambiado mucho el concepto

que de ella tenían los antiguos. Estas transformaciones, sin embargo, consisten únicamente en el modo de apreciar las apariencias, puesto que la esencia de las cosas y de la naturaleza humana no pueden cambiar, y así también, mientras la vida se base en la lucha y mientras el hombre sea naturalmente egoísta, la guerra existirá y constituirá una forma de desenvolvimiento de la civilización, a despecho de todas las mudanzas que se operen en el modo de apreciarla.

Así, pues, no sólo demuestran estas reflexiones la necesidad imperiosa de que exista la guerra, sino su justificación íntima desde cualquier punto de vista se la considere, mientras que los medios prácticos que los pacifistas proponen para impedirla han demostrado ya su perfecta impotencia.

Partiendo de la base de que toda guerra significa un atropello contra el derecho y de que el profundo respeto hacia este derecho no solamente representa el más alto grado de civilización, sino que constituye a la vez el verdadero bienestar de los Estados, se renovará a cada momento la proposición de someter a los tribunales de arbitraje la solución de las discordias internacionales, para hacer así imposible la guerra. El hombre de Estado que sin segunda intención haga tales proposiciones, creyendo honradamente que han de realizarse, no demostrará otra cosa que la cortedad de sus alcances.

Dos son las preguntas que, desde luego, se ofrecen respecto de tales proposiciones.

1.ª ¿Sobre qué clase de derecho se fundará la sentencia de ese tribunal?

2.ª ¿Quién garantiza que los litigantes se someterán al fallo?

La primera pregunta sólo tiene una contestación: tal derecho no existe ni puede existir. El concepto del derecho es doble. Por una parte se refiere al sentimiento de la justicia, es decir, al sentimiento vivo de lo que es

justo y bueno; por otra parte se refiere a la ley establecida por la sociedad y por el Estado, escrita y aceptada o sancionada por la tradición. En el primer caso, su concepto es indeterminado y puramente personal; en el segundo caso, mudable y sujeto a evolución. El derecho determinado por la ley es puramente un intento de acercarse a la razón. En este sentido, el derecho es el sistema de los fines de la sociedad impuesto por la coacción. Es, por lo tanto, imposible que el derecho escrito pueda corresponder a todas las variantes de un mismo caso; la aplicación del derecho legal estará siempre subjetivamente influída, a fin de que en cierta medida corresponda a la idea de justicia, y la administración de justicia debe gozar de una cierta libertad para fallar sobre cada caso. De lo cual resulta que dentro de un restringido círculo de ideas la ley establecida es rara vez absolutamente justa.

El concepto del derecho es todavía menos claro, a causa de la compleja naturaleza del sentido del derecho. Así como en cada uno de los individuos, se forma también en cada uno de los pueblos un sentido del derecho completamente distinto, que se manifiesta en las más variadas formas y que en el alma de los pueblos vive fuera del derecho escrito, a veces en contradicción con la ley establecida. En los países cristianos el asesinato es considerado como un crimen; en los pueblos en que la venganza sangrienta constituye un deber sagrado, puede ser considerado el homicidio como una acción moral y como un crimen el no cometerlo. Es imposible conciliar tan distintas apreciaciones del derecho.

Existe, además, otra causa de incertidumbre. En un mismo pueblo la conciencia moral se altera con las mudanzas en las ideas de diferentes épocas y de las distintas escuelas filosóficas y con ellas cambia también el sentido del derecho. Raras veces puede andar la

ley establecida al paso de esta evolución interna y de esta ampliación del sentido del derecho; siempre se queda rezagada. Suele llegarse a una situación en que el sentimiento vivo del derecho se halla en el pueblo en contradicción con el derecho establecido, en el cual las formas legales, no obstante haber caducado completamente, existen todavía; y las irónicas palabras de Mefistófeles encierran un gran fondo de verdad:

> «Ley y derechos se transmiten
> como la enfermedad hereditaria;
> se arrastran de generación en generación
> y se deslizan silenciosos de un lugar a otro lugar.
> Razón se trueca en contrasentido, beneficio en plaga.
> ¡Ay de ti, porque eres nieto!
> Por el derecho que con nosotros nació,
> por ése, desgraciadamente, no se pregunta jamás.»
>
> (*Fausto*, I.)

Así es que ni aun para las personas que participan de las mismas ideas pueden establecerse derechos absolutos en sus relaciones privadas y sociales. Un estado jurídico absoluto es imposible en la práctica y conduciría a situaciones insoportables si no se mitigara el principio jurídico demasiado rígido, por medio del progresivo desenvolvimiento de la ley establecida, de la merced y del apoyo que la sociedad se presta a sí misma. Si hay ocasiones en que entre dos personas solamente el duelo es capaz de llenar la conciencia de su derecho ¡cuánto más difícil será hallar un derecho universal que regule las complicadas relaciones entre naciones y Estados! Cada nación provee por sí misma a sus leyes, cada una tiene sus ideales y fines especiales que son resultado necesario de su carácter y de su historia. Estos conceptos tan variados tienen su justificación en sí mismos y pueden estar en oposición con los de otras naciones, sin que se pueda afirmar que una tenga más razón que otra. Un derecho humano universal no ha existido nunca ni puede existir. To-

davía pueden regularse ciertas relaciones por medio de leyes internacionales; pero la totalidad de la vida de los pueblos se substrae en absoluto a la formación de un código. Pero aunque se intentase la formación de un código así, aunque se formulase un derecho internacional tan complejo, ningún pueblo que se estime a sí mismo podría sacrificar en aras de un derecho escrito su propio modo de apreciar el derecho, sin renegar con ello de sus más altos ideales, sin conformarse con una injusticia que lesionaría su propio sentido del derecho y sin deshonrarse de este modo a sí mismo.

Igualmente ocurre con todas las cuestiones de honor que pueden plantearse entre distintos pueblos y Estados. A pesar de que en todas partes el sentido del honor se basa en los dictados de la conciencia, en cada clase social se desenvuelve un sentido del honor completamente personal, que proviene, en parte, de las circunstancias exteriores, en parte, de las internas. El militar, el comerciante, el campesino, tienen cada uno su especial concepto del honor. Y esto mismo ocurre en los pueblos y en los Estados. En estos casos es, ante todo, el carácter y las costumbres nacionales así como el desenvolvimiento histórico, lo que paulatinamente concreta y forma el sentido del honor y hace encarnar conceptos del honor enteramente distintos entre los diferentes pueblos. Sólo con comparar a ingleses y alemanes puede cada cual cerciorarse de la diferencia fundamental que existe en el concepto que estos pueblos tienen acerca de su honor nacional. De los Estados asiáticos y americanos no hay para qué hablar. Por esto mismo un tribunal arbitral nunca podrá fallar sobre puntos de honor, pues para resolver le faltarán las reglas generalmente aceptadas que existen en las cuestiones de derecho.

Pero los convenios arbitrales serían sobremanera perjudiciales para los pueblos que se hallan en su período de crecimiento, que todavía no han alcanzado

su punto culminante político y nacional y que están obligados a ensanchar todavía su poder para el libre desenvolvimiento de la parte que les corresponde en la civilización mundial. Todo tribunal de arbitraje necesita partir de una definida posición política de los Estados, reconocerla como justa y considerar como infracción del derecho toda modificación contraria a esta posición, a fin de que la aprueben todas las naciones que toman parte en el convenio. Con ello, todo cambio en sentido progresivo quedaría detenido y se crearía un estado jurídico que fácilmente se encontraría en oposición con los hechos y que podría impedir la expansión del poder de un Estado joven y fuerte por consideraciones hacia un Estado decadente en la escala de la civilización.

Estos argumentos nos dan hecha ya la contestación a la segunda pregunta, referente a cómo se lograría el cumplimiento de la sentencia de un tribunal arbitral cuando un Estado no quisiera acatarla. ¿Dónde residiría el poder que obligase a cumplir la sentencia?

En América, en 1908, el entonces Secretario de Estado, Elihu Root, manifestó que el «Alto Tribunal de Justicia Internacional», instituído por la segunda conferencia de La Haya, pronunciaría sentencias que serían definitivas e inapelables por la presión que ejercería la opinión pública. Parece que también los caudillos del actual movimiento en favor de la paz, en América, abundan en este parecer. En su infantil ingenuidad parece como si creyeran que la opinión pública debe patrocinar en todas partes la idea que a los magnates capitalistas norteamericanos les presente más ventajas, y olvidan que el amplio desenvolvimiento de la humanidad se basa todavía en otras cosas que no son precisamente el bienestar material, el tráfico mercantil y el amontonamiento de riquezas. En realidad, la opinión pública no sería unánime y la consabida presión sólo podría ejercerse por medio

de la guerra, que es, justamente, lo que se quería evitar.

Solamente en un Estado universal, como lo fué el Imperio Romano, podríamos imaginarnos la constitución de un Tribunal de Arbitraje que interviniera y resolviera las discordias entre los Estados sometidos; pero un Imperio semejante no puede volver ni volverá a existir, y en todo caso constituiría, lo mismo que cualquier liga de la paz universal, la mayor desgracia que pudiera ocurrir para el progreso humano, el cual se basa, precisamente, en el choque de los intereses y en la libre competencia.

Mientras vivamos en un sistema de Estado como el actual, tendrá razón el Canciller del imperio alemán, quien, en su discurso pronunciado en el Reichstag, en 30 de marzo de 1911, dijo que los convenios de arbitraje entre los Estados deben limitarse a cuestiones jurídicas muy claras y que un convenio general entre dos Estados no es garantía de paz duradera. Un convenio así no significaría otra cosa que la demostración de que los dos Estados no piensan formalmente en la probabilidad de hacerse la guerra; por lo tanto, el convenio no haría más que afianzar las buenas relaciones ya existentes; pero si éstas se modificaran y si entre las dos naciones ocurrieran conflictos de intereses que amenazaran sus condiciones de vida, entonces el contrato de arbitraje ardería como la yesca y acabaría en humo.

Hay que tener, además, en cuenta que el pacífico fallo de un tribunal de arbitraje no alcanzará jamás los efectos de una solución por medio de las armas ni aun para el Estado en favor del cual hubiese recaído la sentencia. Por ejemplo, si Federico el Grande hubiese obtenido la Silesia por medio de una sentencia arbitral, en lugar de haberla adquirido por medio de una lucha heroica, ¿hubiera tenido la anexión de esta provincia el mismo significado para Prusia y Alemania?

Es imposible creerlo. El aumento de poderío material que adquirió el Estado de Federico con esta incorporación no fué despreciable, pero mucha mayor importancia tuvo la circunstancia de haberse mostrado este Estado lo suficientemente fuerte para que la más poderosa coalición europea no lograse vencerlo y que reivindicase su posesión con sus propias fuerzas como el hogar de un libre desenvolvimiento intelectual y religioso. Aquella guerra es la que ha dado a Prusia su poderío, la que acumuló una herencia de gloria y honor que nadie puede disputarle y que forjó una Prusia de temple de acero, merced a la cual pudo formarse la nueva Alemania como un Estado europeo poderoso y una futura potencia mundial. Una vez más demostró la guerra su poder creador, y estos efectos podemos comprobarlos cada vez que consultemos la historia.

Finalmente, hay que tener en cuenta otra cosa. La guerra es una lucha franca y honrada que se lleva a cabo con armas caballerescas, y, no obstante, se la tacha de inmoral y contraria a la civilización, porque en ella peligra la vida. Pero ¿qué juicio merecen las luchas sociales dentro de la misma nación, ese combate que continuamente se libra en medio de la paz exterior? ¿Cómo se juzgan las armas con que se combate y la prenda que se disputa? ¿Acaso serán medios morales los que se ponen en juego para explotar a los débiles en las obscuras operaciones de las Bolsas y de algunos Bancos y en los grandes *trusts* comerciales? ¿No son a menudo millares de pequeñas fortunas, no llega a ser muchas veces la vida y el honor de los engañados la triste presa? ¿Será tal vez la lucha apasionada de los partidos una especial forma de moralidad y nobleza, cuando, como ocurre entre nuestros socialistas, las armas principales son la mentira y la calumnia? ¿Lo es quizá el aplastante poderío financiero con el cual Estados ricos engañan solapadamente al vecino débil y lo encadenan a su servicio; o lo será

acaso la charlatanería y la perfidia con las cuales ciertos Estados procuran conseguir sus fines logrando que se desangren otros en provecho suyo? Yo creo que en estos casos, orgías del más grosero egoísmo, ante los cuales pasan encogiéndose de hombros los amantes del pacifismo, es donde se muestran más al descubierto las raíces de la incultura y la inmoralidad que en la guerra, en la cual se persiguen objetivos ideales, que redundan en beneficio de la colectividad y donde se combate con las armas de la nobleza. En estas como en aquellas luchas cubren el campo de batalla muertos y heridos, pero con la enorme diferencia de que en la guerra se derrama la sangre por grandes ideales colectivos, mientras que en la lucha pacífica se sacrifica a los hombres en el ara del más grosero egoísmo.

Resumamos ahora nuestras apreciaciones y vendremos a parar en que desde los puntos de vista más diversos los esfuerzos encaminados a eliminar la guerra han de considerarse no solamente como inútiles, sino precisamente como inmorales y deben desecharse como contrarios al bien del linaje humano. Porque ¿dónde nos conducirían esas teorías? ¿Ha de privarse al hombre del derecho y la posibilidad de dar su bien material más grande, es decir, su vida, en provecho de una causa ideal, convirtiendo así en hecho el más sublime de los altruismos? Las grandes discordias de los pueblos y los Estados habrán de resolverse por arbitraje, es decir, por arreglos; el derecho uniforme, limitado y puramente formal ha de ponerse en el lugar de las grandes sentencias históricas; al pueblo débil ha de serle confirmado el derecho a la existencia en el mismo grado y en igual medida que al pueblo fuerte y dotado de gran vitalidad... Todo ello no representa más que una ingerencia extraña en las leyes naturales del desenvolvimiento, una ingerencia vana, que únicamente puede acarrear las más desastrosas consecuencias para toda la humanidad.

La paralización de la competencia ilimitada, cuya última apelación, al fin y a la postre, es la de las armas, daría por tierra con todo progreso real y de ello arrancaría una decadencia de la moral y del espíritu que acabaría en verdadera degeneración. Donde quiera que se ha perdido la voluntad de sacrificar los bienes materiales — vida, salud y bienestar — a los ideales, a la conservación del carácter nacional y de la independencia política, al ensanchamiento de la esfera del poder y de la posesión de territorios en interés del bienestar nacional, a la influencia en el concierto de las naciones proporcionada al grado de la propia civilización, a la libertad espiritual en lo referente a creencias y opiniones, al honor de la bandera patria como símbolo del propio honor; donde quiera que esto ocurra se habrá quebrantado el progreso, se ha provocado la decadencia, y la *débacle* interior y exterior sólo es cuestión de tiempo. La historia nos lo enseña claramente. Nos demuestra que el progreso se ha basado siempre en la fortaleza y en el valor. Donde, con el aumento de la cultura y del bienestar material, cesa la lucha, donde disminuye el valor bélico y se anula la voluntad de mantener la propia razón ante todo evento, allí corren los pueblos a su perdición y no podrán sostenerse ni política ni étnicamente.

Clausewitz, el gran filósofo de la guerra, dice de manera irrefutable: «Sólo cuando el carácter nacional y la tradición guerrera se apoyan recíprocamente, podrá un pueblo aspirar a una firme posición en el mundo político.»

Mas los esfuerzos del pacifismo, cuando lograran el triunfo, no acarrearían solamente una general degeneración, como ocurre en la naturaleza donde quiera que se elimina la lucha por la existencia, sino que causarían un efecto inmediatamente nocivo y enervante. Los apóstoles del pacifismo, al arrastrar consigo grandes multitudes con el hechizo de sus utopias, introducen

un elemento de debilidad en la vida del Estado, adormecen el espíritu de independencia y el orgullo nacional, son el sostén de una política endeble, que circundan con la falsa aureola de un humanitarismo elevado y encubren así con especiosos argumentos su propia mezquindad. Con ello sirven perfectamente a sus enemigos menos escrupulosos, como lo hizo la política prusiana en 1805 y 1806 cuando, empapada en ideas de paz general, condujo al Estado al borde del abismo.

La función del verdadero humanitarismo tiene dos aspectos: por un lado consiste en el apoyo que presta a las fuerzas morales, espirituales y militares y al poder público como a suprema garantía del progreso general de los individuos; por otro lado se manifiesta en la vida social e individual con la realización práctica de los ideales basados en la ley del amor.

Considero puesto en razón equiparar las intenciones de los pacifistas con las del partido de la Democracia Social obrera. Estos dos elementos persiguen el mismo fin utópico. Los obreros organizados políticamente laboran por un ideal que sólo podría realizarse en el caso de que se lograse fijar internacionalmente un mismo salario y unas mismas horas de trabajo para todas las industrias del mundo y establecer a un mismo nivel la vida económica en todas partes. Mientras este caso no llegue, seguirá siendo el mercado mundial el que regule los jornales, y el pueblo que, haciendo caso omiso de esta circunstancia, intentase fijar por sí mismo el salario y las horas de trabajo, correría el peligro de perder su puesto en el mercado mundial, por la competencia de otros pueblos que trabajasen más horas y más barato. La falta de trabajo y la más extrema miseria entre los obreros sería la consecuencia necesaria. Por otro lado, si la internacionalización de la industria llegara a suprimir la competencia, haciéndola imposible, se obtendría muy pronto una

inferioridad en la mercancía y una desmoralización profunda en la población obrera.

En muy parecidas condiciones podemos considerar el plan del pacifismo. Su realización sería únicamente posible, según ya hemos visto, dentro de un Estado político universal, y esta idea de Estado es por ahora tan irrealizable como la de una industria uniforme y universalmente regulada. Pero un Estado que, sin tomar en consideración las distintas apreciaciones de los Estados vecinos, quisiera llevar a la práctica su política en sentido pacifista, no conseguiría otra cosa que perjudicarse a sí mismo y se convertiría en presa de sus vecinos más resueltos y mejor preparados a la lucha.

Afortunadamente, podemos considerar como descartada por completo la idea de que el pacifismo llegue a alcanzar su última finalidad en un mundo abarrotado de armamentos, donde todavía se informa la política de los Estados en un saludable egoísmo. Dice Treitschke que « Dios cuidará de que la guerra aparezca siempre de nuevo como una temible medicina para el linaje humano » (1).

No obstante, en nuestra Alemania es, precisamente, donde el pacifismo representa no despreciable peligro. Nosotros, los alemanes, somos inclinados a seguir en pos de toda clase de sueños irrealizables. « La precisión del instinto nacional no es todavía entre nosotros, en modo alguno, un atributo general, como ocurre en Francia » (2). Carecemos del verdadero sentido de las necesidades políticas. Hondas discordias sociales y religiosas dividen al pueblo alemán en varias agrupaciones políticas, que se combaten encarnizadamente; tampoco en el terreno político han logrado vencerse las divisiones tradicionales. En este desmenuzamiento de nuestra vida social y política

---

(1) TREITSCHKE : *Política*, I, pág. 76.
(2) Id., ibid., pág. 81.

introduce el pacifismo un nuevo elemento de debilidad, de discordia y de indecisión. Indudablemente son muchos los campeones de esta clase de ideas que creen verdaderamente en la posibilidad de su realización y están convencidos de que sirven a una causa justa. Pero no es menos cierto que muy a menudo el pacifismo se utiliza como máscara para disfrazar intenciones políticas muy interesadas; y precisamente en su aparente idealismo humanitario se encierra su mayor peligro.

Por lo tanto, debemos oponernos con todas nuestras fuerzas a estos utópicos planes y desenmascararlos públicamente, mostrándolos como lo que en realidad son: como utopías insanas y sin base, o como el manto encubridor de políticas intrigas. Nuestro pueblo debe comprender *que el objeto de la política no podrá ser nunca la conservación de la paz.* La política de un gran Estado debe tender a fines positivos. Se esforzará, naturalmente, en alcanzarlos por medios pacíficos hasta donde sea posible y provechoso. Pero no sólo debe tener presente que *la apelación a las armas constituye un sagrado derecho del Estado* cuando se trata de resolver conflictos que influyen por manera decisiva en el progreso y el bienestar de la nación, sino que *esta convicción debe mantenerse viva en el alma popular.* La política de todo gran Estado debe acentuar cada vez más la necesidad, el idealismo y las ventajas de la guerra como una indispensable e impulsora ley de progreso. Y a los apóstoles del pacifismo hay que oponerles las viriles palabras de Goethe:

«¿Soñáis en el día de la paz?
¡Sueñe quien quiera!
¡Guerra es la divisa,
Victoria el grito!...»

(*Fausto,* II.)

CAPÍTULO II

El deber de hacer la guerra

El príncipe de Bismarck manifestó en el Reichstag, no pocas veces, su opinión de que jamás debe tomar nadie sobre sí la enorme responsabilidad de haber provocado intencionadamente una guerra, y que no es posible prever los sucesos que pueden ofrecerse para modificar toda una situación y hacer superflua la guerra con todo su séquito de peligros y horrores. También en sus *Pensamientos y Recuerdos*, dice que «la responsabilidad de una guerra, aunque ésta conceda la victoria, se puede aceptar únicamente cuando la guerra ha sido impuesta a una nación. No nos es posible entrever los designios de la Providencia para que podamos anticiparnos con el cálculo personal a los sucesos históricos».

No es del caso discutir ahora si el príncipe quiso establecer un principio de carácter general o si le interesaba únicamente dar una explicación acerca de la pacífica política que desenvolvió durante varios decenios. Es también difícil determinar el verdadero alcance de esta máxima. El concepto de imposición de la guerra puede ser explicado de distintas maneras. No es absolutamente necesario que los enemigos exteriores sean los que imponen la guerra; también las

condiciones interiores o bien la presión del conjunto de la situación política pueden imponer al hombre de Estado la necesidad de ir a la guerra.

En todo caso, el príncipe de Bismarck no obró siempre de estricto acuerdo con la letra de esa frase; la verdadera grandeza de su carácter consistió precisamente en no haberle faltado en el momento decisivo la intrepidez necesaria para resolverse a emprender la guerra. El pensamiento que hemos citado y que data de una época posterior, no puede, a mi entender, servir de principio universal aplicable a los actos políticos. Si quisiera dársele este alcance, nos encontraríamos, no sólo en contradicción con las ideas de nuestro gran príncipe prusiano, sino que también excluiríamos de la política la libertad de acción que constituye su fuerza vital. El verdadero arte de gobernar consiste en el claro conocimiento de los hechos; en la justa apreciación de las fuerzas que conduce y guía el político en interés de ellas mismas y en no retroceder ante conflictos inevitables, sino resolviéndolos osadamente por medio de la guerra si las circunstancias son bastante favorables para ofrecer esperanzas de éxito. En este sentido la política viene a ser un instrumento de la Providencia, la cual se sirve de la voluntad humana para alcanzar sus fines. «La historia es obra de los hombres» (1), como la labor del mismo Bismarck lo prueba.

Claro está que en las relaciones políticas, aun después de haber alcanzado la mayor tensión, se pueden lograr inesperadas soluciones pacíficas. Basta a veces la muerte de un hombre, la renuncia a una gran ambición, la supresión de una voluntad activa, para modificar esencialmente una situación política. Pero no se solventan tan sencillamente las grandes discordias en la vida de los pueblos. Aunque desaparezca

(1) TREITSCHKE: *Historia Alemana*, I, pág. 28.

el hombre que quiso acaso darlas solución, resolviéndose así momentáneamente la crisis política, las diferencias mismas quedan en pie, provocando cada día nuevos chispazos hasta arrastrar a la guerra, cuando en realidad se trata de intereses verdaderamente importantes e irreconciliables. Con la muerte del rey Eduardo, de Inglaterra, decayó la política de acorralamiento emprendida por él, con gran habilidad de hombre de Estado, contra Alemania; pero los antagonismos entre Alemania e Inglaterra, basados en opuestos intereses y exigencias, perduran, por más que la diplomacia, que trata de allanar los obstáculos — no siempre provechosamente — haya logrado privarlos por el momento de su carácter agudo, y no sin sacrificios por parte de Alemania.

Es también completamente inadmisible que la acción política haya de depender de eventualidades indefinidas. Constituyen éstas factores inciertos en la política, que tiene que contar ya con bastantes incógnitas. Con ello la política dependería de la casualidad; y la verdad es que el gran político práctico, Bismarck, no debía querer que sus palabras, a propósito del empleo de la guerra como un medio político, fuesen interpretadas en el sentido que hoy a menudo se les da para encubrir la propia debilidad con la autoridad del grande hombre. La acción política debe estar únicamente determinada por circunstancias que se puedan dominar y ser claramente apreciadas. Para la justificación moral de las decisiones políticas no pueden influir las consecuencias eventuales, sino su fin y sus motivos, las condiciones que reúne el agente y la precisión, honradez y sinceridad de las consideraciones que obligan a obrar. El valor práctico de la decisión política se determina, además, por la ponderación de la situación política general, por la apreciación exacta de los recursos propios y de los del adversario, por la clara previsión de las consecuencias probables, en una

palabra, por la inteligencia del hombre de Estado y la oportunidad de su decisión.

Si el estadista obra con este espíritu y en este sentido, no podrá serle disputado el derecho de emprender en el momento favorable una guerra que considere necesaria, reservando a su país el orgullo de tal iniciativa. En el caso de que llegase a estallar más tarde, y en circunstancias mucho más desfavorables, una guerra por la cual el hombre de Estado no pudo decidirse libremente, entonces la enorme responsabilidad por los mayores sacrificios que tengan que hacerse, recaerá sobre los que en el momento oportuno carecieron de la fortaleza y el valor necesarios para llevar a cabo un acto político decisivo. Ante estas consideraciones, es imposible sostener la teoría de que no se debe en ningún caso provocar la guerra. Y, no obstante, esta teoría tiene hoy muchos mantenedores, especialmente en Alemania.

Incluso estadistas que juzgan imposible la completa abolición de la guerra, y que no creen que la *ultima ratio* pueda borrarse de la vida de las naciones, opinan que su advenimiento debe retardarse el mayor tiempo posible (1).

Los que simpatizan con este modo de apreciar las cosas, se hallan aproximadamente en el mismo plano que los partidarios del pacifismo, desde el momento en que consideran toda guerra como una desdicha y no reconocen su poder creador y progresivo o no lo aprecian por lo menos en su valor justo. Según esta teoría, igualmente debería aplazarse por tiempo indefinido cualquier guerra reconocida como inevitable, y el hombre de Estado no podrá aprovechar jamás circunstancias especialmente favorables para realizar

(1) Discurso del Canciller del Imperio, v. Bethmann Hollweg, del 30 de marzo de 1911. También en su discurso del 9 de noviembre del mismo año, se refirió el Canciller a las palabras del príncipe de Bismarck, que hemos citado al principio de este capítulo, con objeto de apoyar con ellas la solución pacífica del conflicto de Marruecos.

con el concurso de las armas aspiraciones justas y necesarias.

Tales teorías sirven para difundii fácilmente la falsa idea de que la conservación de la paz es el inmediato y último fin de la política o por lo menos su principal deber. Contra tales opiniones, derivadas de sentimientos humanitarios mal entendidos, hay que proclamar en voz alta y resueltamente que bajo ciertas circunstancias el promover la guerra, no solamente constituye *un derecho*, sino también *el deber moral y político* del hombre de Estado.

Por cualquier página se abra el libro de la historia se comprueba el hecho de que las guerras emprendidas con viril decisión, en el momento preciso, tuvieron felices resultados en sentido político y social. La debilidad política ha sido siempre causa de desastres, puesto que el hombre de Estado que ha carecido de la decisión firme de echar sobre sus hombros la responsabilidad de una guerra necesaria, desde el momento que ha tratado de lograr por medio de un cambio de notas el arreglo de irreconciliables antagonismos, se ha engañado a sí mismo acerca de la gravedad de la situación y de la verdadera importancia de las cosas. Las vicisitudes de nuestra propia historia moderna nos ofrecen irrefutables pruebas de esta verdad.

Ya el Gran Príncipe Elector puso la piedra fundamental del poderío de Prusia por medio de guerras deliberadas que coronó la victoria. Federico el Grande siguió las huellas de su glorioso antepasado. « Advierte que su Estado vacila en su insostenible posición entre Estados pequeños y grandes y se resuelve a dar un carácter firme *(décider cet être)* a esta situación anómala ; es preciso aumentar el territorio del Estado y *corriger la figure de la Prusse*, si es que Prusia quiere sostenerse sobre sus propios fundamentos y llevar con honor el gran nombre de *Reino* » (1). Tuvo el Rey

(1) Treitschke : *Historia Alemana*, I, pág. 51.

en cuenta esta necesidad política y tomó la atrevida decisión de provocar la guerra con Austria. Ninguna de las guerras que hizo le fué impuesta ni trató de aplazar ninguna el mayor tiempo posible. Cada vez se resolvió él mismo al ataque para anticiparse al adversario y asegurar las probabilidades de éxito. Lo que logró es sabido. Toda la historia de las naciones europeas y con ellas de la humanidad en general hubiera tenido un desenvolvimiento distinto del de hoy si a aquel Rey le hubiese faltado la heroica virtud de la decisión que en tan alto grado poseía.

Una política diametralmente opuesta nos muestra el reinado de Guillermo III, que empieza con el año de la debilidad, 1805, y que nunca será bastante recordado a nuestro pueblo.

Manifiesta era la imposibilidad de evitar por mucho tiempo la guerra con Napoleón. Esto no obstante y a pesar de haber roto Francia su neutralidad, no se resolvió Prusia a prestar ayuda a los aliados rusos y austriacos, sino que sólo trató de conservar la paz aunque con gran detrimento moral. Según todos los cálculos humanos, la participación de Prusia en la guerra de 1805, hubiera proporcionado a los aliados una preponderancia decisiva; pero, a consecuencia de haberse aferrado a la neutralidad, se produjo el derrumbamiento de 1806, y la ruina del Estado prusiano hubiera sido definitiva si en él no hubiesen existido los valores morales creados por Federico el Grande. En el más angustioso momento de la derrota, fué cuando estos valores se mostraron espléndidamente. Las victorias de Federico habían influído de tal modo sobre el alma nacional, que a despecho de aquel derrumbamiento político, mantuvieron vivo el espíritu que el gran Rey había infiltrado en su Estado y en su pueblo. Y esto se advierte mucho más claramente al comparar la conducta que observó el pueblo prusiano bajo la presión y la vergüenza de la

dictadura napoleónica, con la que observaron los restantes Estados alemanes. El vigor que había adquirido el pueblo prusiano en sus largas y gloriosas guerras, demostró valer más que todos los bienes materiales que se cosechan en la paz ; no se quebrantó este vigor por la derrota de 1806 e hizo posible el heroico resurgimiento de 1813.

También las guerras alemanas de unificación son de las que, no obstante los grandes sacrificios que costaron, rindieron pingüe cosecha. La debilidad política que demostró el Gobierno prusiano en 1848 y que le condujo a la vergüenza de Olmütz, hizo otra vez vacilar en sus cimientos la importancia política de Prusia. La serena y concienzuda fortaleza con que cumplió una vez más sus deberes como nación, al empuñar Guillermo I y Bismarck las riendas de sus destinos, dió muy pronto sus frutos. Bismarck, al promover nuestras guerras de unificación, encaminadas a poner radical remedio a una situación que había llegado a ser insostenible y a proporcionar a nuestro pueblo saludables condiciones de existencia, respondió a los anhelos acariciados durante siglos por el pueblo alemán, elevando a Alemania a la indisputable categoría de potencia de primer orden entre todas las de Europa. Los éxitos guerreros y el poder político conquistado, constituyeron el fundamento de un desenvolvimiento material incomparable. Difícil sería imaginar cuán miserable destino hubiera correspondido al pueblo alemán, si aquellas guerras no se hubieran preparado y no las hubiera promovido una política inteligente.

Hechos recientísimos nos ofrecen ejemplos semejantes. Juzgando imparcialmente el punto de vista de los japoneses, veremos que su resolución de provocar una guerra con Rusia fué, no solamente heroica, sino políticamente sabia y moralmente justificada. Constituía un atrevimiento enorme desafiar al coloso

ruso; mas, por otra parte, las circunstancias militares eran favorables y el pueblo japonés, que había subido rápidamente a un grado floreciente de civilización, necesitaba ampliar su esfera política para completar su desenvolvimiento y abrir nuevos horizontes a sus superabundantes energías. Tenía también razón — por lo menos desde su punto de vista — para considerarse llamado a ser el poder civilizado predominante en el oriente asiático y rechazar la rivalidad rusa. El éxito ha dado la razón a los hombres de Estado japoneses. Aquella campaña victoriosa ha creado para el pueblo y para el Estado japonés amplias condiciones de existencia, y los ha elevado de un golpe a factor importante en la vida de los pueblos, dándoles una importancia política que ciertamente conducirá a su material engrandecimiento. Si por debilidad o dejándose deslumbrar por filantrópicos espejismos, el Japón hubiese evitado esa guerra, es muy probable que las cosas hubiesen seguido otras rutas. El aumento de la influencia rusa en la región del Amur y de Corea hubiera eliminado al rival japonés o le hubiera impedido alcanzar la importante posición que esa guerra, militar y políticamente gloriosa, le ha conquistado.

Como se ve, el empleo sabio y oportuno de la guerra como medio político ha conducido siempre a resultados felices. Un ejemplo de que hasta la derrota, bajo ciertas circunstancias puede ser más favorable para un pueblo que el retraimiento cobarde ante cuestiones decisivas, lo ofrece la heroica lucha de los pequeños Estados Boers contra todo el poder mundial de Inglaterra. Descontado estaba que una simple milicia de aldeanos no podría resistir al poder combinado de Inglaterra y sus colonias, y que aquel ejército compuesto de campesinos no había de sostenerse al experimentar grandes pérdidas. No obstante — si no mienten las apariencias — al pueblo boer la sangre vertida le brinda un porvenir floreciente y libre.

No obstante algunas deficiencias, la resistencia fué heroica; hombres como el presidente Stein, Botha y Dewet, con sus valerosos adeptos, hicieron grandes cosas en el terreno militar. El pueblo entero se jugó el todo por el todo, levantándose como un solo hombre para la lucha por la libertad, que Byron celebra en sus versos:

«*For freedom's batlle once begun,*
Bequeathed from bleading sire to son,
Though baffled oft, is ever won.» (1)

Por medio de esta guerra conquistaron los boers ventajas morales que ningún desenvolvimiento posterior podía anular. Se sostuvieron como nación; se mostraron en cierto sentido superiores a los ingleses; sólo ante una superioridad numérica aplastante tuvieron que rendirse, después de haber alcanzado muchas y gloriosas victorias; acumularon un tesoro de gloria y orgullo que, aunque vencidos, les dió renombre de fuertes. La consecuencia de tales hechos es que han logrado el predominio en el Africa del Sur y que Inglaterra tuvo que concederles la autonomía para no verse combatida con su continua hostilidad. En esto descansan los fundamentos de los Estados Unidos libres del Africa del Sur (2). Pero no Cecilio Rhodes, sino el presidente Krüger, de quien fué la decisión de provocar esta guerra, en todos sentidos justificada,

---

(1) En la lucha emprendida por la libertad
que el héroe moribundo lega a su hijo,
no importan las derrotas; se acaba por vencer.
BYRON, *The Giaur.*

(2) ERSKINE CHILDERS: *La Guerra y el arma blanca.* «La verdad se manifestó como un rayo... habíamos conquistado el país, no la raza; ganamos posiciones, no batallas» (pág. 215). «El intento de intimidar el espíritu nacional boer, con objeto de obtener para nosotros un ascendiente político permanente, era superior a nuestras fuerzas. Lograr una fusión política pacífica bajo nuestra bandera, era todo lo que podíamos codiciar. Esto significaba un abandono o una promesa de futura autonomía» (págs. 227 y 228). Para este libro escribió Lord Roberts un prólogo muy laudatorio, sin hacer en él reserva alguna respecto de los juicios que contiene.

será para siempre considerado como el hombre de Estado de más preclaro entendimiento del Africa del Sur, a despecho del trágico fin que tuvo la campaña, porque supo apreciar toda la importancia de aquellos valores morales, no obstante lo desfavorable de las circunstancias materiales. Así las enseñanzas de la historia confirman que las guerras provocadas deliberadamente por hombres de Estado capaces, han tenido como consecuencia los más felices resultados. Sin embargo, la guerra representa siempre un medio político violento, que no solamente encierra el peligro de la derrota, sino también y en todos los casos, exige grandes sacrificios y acarrea innumerables dolores. El hombre de Estado que se decide a promover una guerra acepta siempre una responsabilidad grandísima.

Es obvio, por lo tanto, que únicamente puede adoptarse tal resolución en el caso de que existan poderosísimas razones, mucho más dadas las condiciones en que han sido creados los ejércitos actuales. Se necesita una absoluta claridad de visión para resolver cómo y cuándo ha de tomarse una resolución de tal importancia, para abarcar los fines políticos que justifiquen el empleo de las armas. Así, pues, debemos considerar detenidamente esta cuestión, acerca de la cual no es posible dar una contestación satisfactoria, sino después de haber examinado cuál es el deber esencial del Estado.

Si este deber consiste en facilitar el más alto grado de desenvolvimiento espiritual y moral de los ciudadanos y colaborar en el progreso moral de la humanidad, entonces la obra propia del Estado tiene que supeditarse a leyes morales. Pero la moral privada no debe influir directamente en la obra del Estado. Si éste quisiera seguirla, llegaría a encontrarse en oposición con sus propios deberes. La moralidad del Estado debe desenvolverse fuera de su propia esencia, así como la moralidad del individuo arraiga en la personalidad

propia y en sus deberes sociales. La moralidad del Estado debe juzgarse por la naturaleza y la *razón de ser* del Estado y no por la del ciudadano. *El poder es la esencia y el fin del Estado* « y quien no tiene fortaleza bastante para arrostrar esta verdad, ése debe abandonar la política » (1).

Maquiavelo fué el primero en declarar que el poderío es el punto alrededor del cual debe girar toda la política. Pero este principio ha adquirido, a partir de la Reforma Alemana, otro significado distinto del que quiso darle el genial florentino. Para él el poder era apetecible en sí mismo ; para nosotros « el objeto del Estado no es el poder físico en sí mismo, sino el poder para proteger y fomentar los bienes superiores » ; « el poder debe justificarse empleándolo en beneficio de los más elevados bienes de la humanidad » (2).

Para juzgar de la moralidad personal del individuo « importa saber si el individuo ha reconocido y desenvuelto su propio carácter hasta el grado de máxima perfección que le era dado alcanzar » (3). Si con la misma medida quisiera juzgarse al Estado, entonces resultaría que « *la salvaguardia de su poder constituye su más alto deber moral.* El individuo debe sacrificarse en pro de la suprema colectividad de que forma parte ; pero el Estado es lo más alto en la sociedad humana y, por consiguiente, nunca podrá incumbirle el deber de aniquilarse a sí mismo. El deber cristiano de sacrificarse por algo más elevado no existe para el Estado, porque más allá de él no hay nada en la historia y por lo tanto no puede sacrificarse a cosa más alta que él mismo. Cuando un Estado ve cierta su ruina le aplaudimos si sucumbe espada en mano. Sacrificarse por un pueblo extraño no solamente no sería moral, sino que estaría en contradicción con la idea de la conserva-

---

(1) TREITSCHKE : *Política*, I, § 3, y II, § 28
(2) Id., ibíd.
(3) Id., ibíd.

ción propia, que constituye el fin más alto del Estado» (1).

He creído que sería imposible explicar más claramente los fundamentos de la moralidad del Estado que sirviéndome de las palabras de nuestro historiador. Pero también se llega a la misma conclusión tomando otras vías.

El individuo es responsable solamente de sí mismo. Si no aprovecha sus propias ventajas, sea por debilidad, sea por motivos de moralidad, el daño inmediato recae solamente sobre sí mismo. Pero el Estado se halla en situación distinta. El Estado representa los intereses, muy ramificados y a veces muy discordes, de toda la colectividad. Si los sacrifica, no se perjudica a sí solo como entidad jurídica, sino también a la totalidad de los intereses que está llamado a defender, y el daño a veces incalculable que por sus consecuencias se ocasiona no recae solamente sobre el individuo responsable, sino sobre un gran número de ellos y sobre toda la colectividad. Por tanto, es deber moral del Estado ser fiel a su misión de protector y promotor de los más elevados intereses, pero este deber podrá cumplirlo únicamente cuando posea el poder necesario.

Por consiguiente, también desde este punto de vista, la obligación principal del Estado, la que encierra todas las demás, es la de fomentar su poder. Este punto de vista da la medida exacta con que hay que apreciar la moralidad de los actos del Estado. Muy importante será siempre la cuestión de saber hasta qué grado ha cumplido el Estado sus obligaciones, sirviendo a los intereses de la colectividad, no sólo en sentido material, sino también en aquel otro sentido más elevado que ordena que los intereses materiales estén únicamente justificados en cuanto fomentan

---

(1) TREITSCHKE: *Política*, I, § 3, y II § 28

el poder del Estado y con ello sus más elevados fines.

Natural es que a causa de la multiplicidad de las relaciones sociales tengan que sacrificarse numerosos intereses individuales a este interés de la colectividad y es igualmente natural que, dada la limitación de la comprensión humana, el interés de la colectividad se determine a veces erróneamente; en todo caso, el deber de tener presente, en primer lugar, el poder del Estado, constituye para el gobernante una norma directiva «y por esto hay que afirmar que de todos los pecados políticos el de la debilidad es el más despreciable y abominable; la debilidad es el pecado contra el Espíritu Santo en la política» (1). A esta justificación de la moral política podría oponerse que por este camino se llega a la máxima de que el fin justifica los medios; que para fomentar el poderío del Estado cualquier medio está permitido.

Uno de los más difíciles problemas consiste en saber hasta qué punto es permitido en política, para fines que en sí mismos son morales, el empleo de medios que en el individuo serían considerados como reprensibles. No se ha hallado todavía solución satisfactoria, que yo sepa, y no me considero obligado a buscarla aquí, pues la guerra, de la cual tratamos, no es un medio en sí mismo reprensible, sino que llega a serlo cuando sirve de instrumento a fines frívolos o inmorales y que no guardan proporción con lo terrible de la acción bélica. Sin embargo, aun desviándome brevemente de mi tema principal, quisiera tocar algunos puntos que se refieren a la cuestión de la moralidad política. La discrepancia entre la moralidad política y la del individuo no es tan honda como generalmente se supone. El poderío del Estado no descansa exclusivamente sobre factores de poder material como son el territo-

(1) TREITSCHKE *Politica*, I, § 3.

rio, número de ciudades, número de habitantes, riqueza, fuerzas de mar y tierra, sino también y en muy alto grado, sobre elementos morales que en realidad están siempre en una cierta reciprocidad con los elementos materiales. La energía con que el Estado fomenta en todo tiempo los intereses y derechos de sus súbditos en el extranjero y la decisión de defender estos derechos con las armas, en caso necesario, le procuran con el tiempo un verdadero factor de poder respecto de todos aquellos Estados que no tienen la energía necesaria para llegar al último extremo si se ofreciese la ocasión. Pero también la honradez y la confianza forman en política un elemento de poderío, ya respecto de los aliados, ya respecto de los enemigos. Por lo tanto, el hombre de Estado no debe de ningún modo engañar a los demás, a sabiendas. Puede evitar desde el punto de vista político toda negociación que pudiera poner en tela de juicio su integridad, contribuyendo así a la estima e influencia del Estado que representa, como también servirá a su Estado si procura no acudir a las amenazas políticas a las cuales no correspondan los hechos y si renuncia a las frases y a las fórmulas.

En la antigüedad, el asesinato del tirano era considerado como una acción moral y algunos tratadistas han intentado justificar el regicidio (1). En nuestros días se condena unánimemente el asesinato político desde el punto de vista de la moral política y ocurre también lo mismo respecto del engaño político hecho a sabiendas. El Estado que empleara el medio del engaño, perdería muy pronto toda consideración. El

---

(1) MARIANA : *De rege et regis institutione*. Toledo, 1598.

El P. Juan de Mariana, en el libro que cita el autor, no justifica el regicidio en sí mismo. Tratando de cómo podrá un pueblo deshacerse de su tirano, aduce las opiniones de teólogos y filósofos antiguos y modernos, y concluye que si después de agotados todos los medios no puede conseguir la república librarse del monstruo, será lícito matarlo. En cuanto al rey legítimo, aun siendo tirano, no lo aconseja, y si justifica el asesinato de Enrique de Bearne, es porque no le considera monarca legítimo. Por cierto que el libro *De Rege et regis institutione* está dedicado a Felipe III. — (N. del T.)

hombre que en la consecución de fines morales emplear medios inmorales se pondría en contradicción consigo mismo, destruyendo el fin deseado al combatirlo con sus propios hechos. Cierto que no le es posible comunicar al adversario todos sus fines e intenciones; puede dejársele que por su cuenta forme juicio a su modo acerca de ellos; pero tampoco es preciso engañarle adrede. Por esto mismo la política de los grandes hombres de Estado se ha caracterizado en todas partes por su noble franqueza. Los subterfugios y la falsía son pruebas de un espíritu diplomático muy ruin.

Finalmente, ha de tenerse todavía en cuenta que las circunstancias en que se hallan a menudo dos determinados Estados deben considerarse como una guerra latente. Tal situación justifica completamente, lo mismo que en la guerra, el empleo de otros medios, tales como los ardides y engaños, ya que en este caso ambas partes estarán decididas a adoptarlo. A la postre, creemos que los conflictos entre la moral personal y la moral política pueden evitarse perfectamente con una conducta diplomática sabia y prudente, compenetrada del objeto perseguido y que tenga siempre en cuenta que los medios que emplee deben estar de acuerdo, en último caso, con la moralidad del fin que la guía.

En muchas ocasiones el derecho establecido tiene que ser lesionado por la política. Pero ese derecho no es jamás, como hemos demostrado antes, un derecho incondicional; obra es de los hombres y como tal imperfecta y mudable; circunstancias hay en que no se ajusta ya a la realidad de las cosas; en tal caso el *summum jus, summa injuria* se impone y el atropello de tal derecho está moralmente justificado. La resolución de York de cerrar la convención de Tauroggen constituyó indudablemente un atropello contra el derecho, pero ello no obstante fué una acción moral, puesto que la alianza francoprusiana había sido im-

puesta por la fuerza y estaba en contradicción con los intereses más vitales del Estado prusiano. Teniendo en cuenta la situación y el modo de ser de éste último, dicha alianza era tan sólo aparente y además inmoral. Siempre estará justificado el poner término a una situación inmoral.

De lo expuesto se desprende, en lo que toca al empleo de la guerra como medio político, que *el acudir a la «ultima ratio» constituye un deber*, no solamente cuando se es atacado, sino también *cuando a causa de la política seguida por otro Estado el poderío del Estado propio se considera en peligro* y los medios pacíficos no lograrían mantener su integridad. Y puesto que, según hemos visto, el poderío de un Estado descansa sobre bases materiales, que tienen su expresión en valores éticos, se considerará justa la guerra cuando la influencia moral de ese Estado — que es la que en último caso importa — se halle en entredicho, aunque la base de su poderío material no esté amenazada. De este modo, a veces, motivos sin importancia aparente pueden dar ocasión a una guerra completamente justificada si el honor del Estado y con él su prestigio moral peligra. Este prestigio constituye una gran parte de su poderío. El Estado que esté en pugna con otro no debe creer jamás que le falte a éste la decisión de sostener este prestigio, aunque para ello no quede otro medio que el empleo de las armas.

Ante un problema de guerra o paz, ha de tenerse principalmente en cuenta si la cuestión que se discute tiene para el poderío del Estado la importancia suficiente para que esté justificada la guerra, y si los peligros y males que indudablemente constituirán su séquito no amenazan más los intereses del Estado que las desventajas que, según los cálculos humanos, causaría el no acudir a la guerra. Pero al ponderar unos y otros perjuicios, no deben darse al olvido otros factores muy importantes.

Ante todo, debe tenerse presente que la obligación de todo Estado no se circunscribe a preocuparse por el tiempo presente ni a velar únicamente por los intereses inmediatos de la generación contemporánea, puesto que tal proceder estaría en pugna con lo que forma la naturaleza del Estado. Más bien debe ajustar su conducta a las obligaciones morales que tiene que resolver y que de un grado conseguido conducen a otro superior, preparando el tiempo presente para el porvenir. « En esto consiste precisamente la grandeza del Estado : en saber unir el pasado con el presente y con el porvenir ; por lo tanto, el individuo no tiene derecho a buscar en el Estado un medio para lograr sus fines egoístas » (1).

Así la ley del desenvolvimiento llega a ser en política un factor decisivo, que influye más en la resolución por la guerra que la consideración de los sacrificios de la hora presente. He aquí las palabras que Zelter escribía a Goethe : « Yo no concibo que pueda llevarse a cabo ninguna obra justa sin sacrificio, y creo que todas las maquinaciones contrarias a la justicia han de ser contraproducentes.»

Otro de los puntos de vista que deben tenerse en cuenta, es precisamente el que Zelter con tanto acierto hace resaltar. No pueden conseguirse grandes objetos sin poner en acción grandes recursos materiales e intelectuales, y aun así no se puede estar seguro del éxito. No hay empresa que no encierre un riesgo más o menos grave, y esto, que es tan frecuente en la vida ordinaria, no puede ser de otro modo en política, en la cual siempre tiene que contarse con poderosas fuerzas opuestas y que sólo aproximadamente pueden apreciarse. En los asuntos de índole relativamente poco importantes, se podrá salir del paso con concesiones y arreglos que puedan establecer una situación sopor-

(1) TREITSCHKE : *Política*, I, § 2

table, y esto es labor propia de la diplomacia. Pero es muy distinto cuando se trata de cuestiones vitales decisivas o cuando el adversario exige concesiones y se niega a corresponder con otras, tratando de humillar así al contrincante. Entonces llega el caso de que la diplomacia calle y el hombre de Estado obre con magnas iniciativas : entonces el hombre de Estado ha de estar resuelto a jugar el todo por el todo, sin vacilar ni aun ante la tremenda decisión por la guerra. En tales casos ceder ante el adversario, sacrificar intereses esenciales, intentar arreglos contemporizadores, significaría, no solamente una merma inmediata del prestigio político y en la mayoría de los casos de poder efectivo, sino también un perjuicio permanente a los intereses del Estado, cuyas graves consecuencias generalmente tendrían que experimentar las generaciones siguientes.

No quiere esto decir que en tales casos se haya de llegar siempre a turbar la paz. A menudo bastará la amenaza de la guerra y la decisión de llevarla a cabo para que el adversario ceda. Pero esta determinación debe ser muy evidente, puesto que « negociaciones sin armas son como música sin instrumentos », como decía Federico el Grande. Al fin y a la postre nunca se doblega la voluntad del adversario, sino ante la fuerza efectiva. Por lo tanto, si no basta la amenaza de la guerra para hacer respetar las propias reclamaciones, entonces es cuando debe empezar la acción bélica; el arte político lo exige así; entonces el *derecho* a la guerra se trueca en *deber* nacional y político de hacer la guerra.

Por último, queda otro aspecto que considerar y es el de los casos en que debe acudirse a la guerra como punto de honor, aunque no existan probabilidades de éxito. También de esto debe saberse dar cuenta el político, y así lo hacía Federico el Grande. Después de la batalla de Kolin, su hermano Enrique le había

aconsejado ya que se humillara a los pies de la marquesa de Pompadour, con objeto de lograr la paz con Francia. Otra vez, tras la batalla de Kunersdorf, su situación parecía completamente desesperada; pero el Rey se negó en absoluto a abandonar la lucha. Sabía él mejor que nadie lo que convenía a su honor y al valor moral de su país y prefería morir espada en mano que firmar una paz deshonrosa. Un pensamiento parecido manifestó Roosevelt en su mensaje del 4 de diciembre de 1906, al Congreso de los Estados Unidos. Sus palabras, viriles y memorables, fueron estas: « No hay que echar en olvido que cuando para mantener la paz es necesario hacer el sacrificio de la propia conciencia o del bienestar nacional, la guerra no está solamente justificada, sino que constituye un deber imperativo para los hombres de honor y para una nación digna. Una guerra justa es a la larga más beneficiosa al alma nacional que la paz alcanzada a costa de haber sufrido en silencio una injusticia... y hasta *puede ser mejor salir vencido en una guerra que el no haber luchado.*»

Resumiendo estos puntos de vista, se ve claramente que para resolverse a emprender una guerra moralmente justificada en sí misma, debe influir la conveniencia de un fin elevado. Facilitará en gran manera la decisión por la guerra el considerar que las probabilidades de éxito son mayores cuando se puede escoger el momento más favorable de la situación política y militar. Además, hay que tener en cuenta que todo éxito de la política exterior, desde el momento en que se haya conseguido mediante la fuerza de las armas, no solamente ensancha el poderío del Estado en el exterior, sino que al mismo tiempo refuerza la situación del Gobierno en el interior, haciéndole todavía más apto para cumplir sus deberes educadores y sus fines morales. De modo que no puede ponerse en tela de juicio la doctrina de que en algunas ocasiones cons-

tituye un deber moral y político del Estado emplear la guerra como medio político. Mientras todo progreso humano y todo desenvolvimiento natural se base en la lucha, será permitido también provocar esta lucha en condiciones favorables.

Cuando a un Estado le es materialmente imposible soportar por más tiempo los gastos de armamentos impuestos por el poderío de sus adversarios; cuando se reconoce que los Estados adversarios tienen que adquirir, por motivos naturales, una superioridad que no podrá nivelarse después; cuando se tiene noticia de una alianza entre enemigos que los haga superiores y que únicamente aguardan el momento favorable para atacar, entonces el Estado tiene la obligación moral, respecto de sus propios súbditos, de emprender la guerra si las esperanzas de éxito y las circunstancias políticas se presentan todavía favorables. Si, al contrario, los Estados enemigos están debilitados o atados de manos por circunstancias exteriores o interiores y la fuerza armada propia representa un factor de más alto poderío, entonces es permitido aprovechar las circunstancias favorables para dar impulso a los propios fines políticos. En una situación en que existan probabilidades de alcanzar algo grande con sacrificios relativamente pequeños, se debe retroceder menos aún ante el peligro de una guerra.

Únicamente puede cumplir estos deberes una política vigorosa, activa y resuelta, cuyos ideales sean firmes, que sepa mantener despiertas y unidas todas las fuerzas vivas del Estado, y que no olvide jamás la verdad que encierran los versos de Schiller :

> « El instante fugaz que se ha perdido
> toda una eternidad no lo devuelve. »

Pero el hombre de Estado que no se atreva a aceptar la responsabilidad de una resolución viril y *que sacrifique la esperanza del porvenir a la necesidad de*

la paz presente no podrá afrontar el juicio de la Historia.

Indudablemente, hay ocasiones en que es difícil en extremo contestar a la pregunta de si existen las condiciones que justifican la decisión por la guerra. Esta resolución es tanto más ardua cuanto que encierra siempre importancia histórica y el éxito momentáneo mismo no constituye el juicio definitivo de su íntima justificación.

La guerra no es siempre un juicio de Dios. Hay éxitos pasajeros, mientras la vida de una nación se cuenta por siglos. El juicio definitivo sólo puede obtenerse consultando el conjunto de largas épocas (1).

Por lo tanto, el que asuma el alto deber, lleno de responsabilidades, de guiar los destinos de un gran Estado, debe saber situarse más allá del juicio de su tiempo; mas por esto mismo ha de estar todavía más compenetrado con los motivos que le inducen a obrar y, con todo el peso del imperativo categórico, tener siempre ante los ojos las palabras del gran filósofo de Königsberg: « Obra de manera que la máxima de tu modo de obrar pueda servir al propio tiempo como principio de una legislación universal » (2).

En primer lugar debe tener clara idea de la naturaleza y objeto del Estado, tomándola desde su más elevado punto de vista moral. Sólo desde este punto de vista puede trazarse la definitiva línea de conducta de sus actos y reconocer claramente las leyes de la moral política.

Debe formarse, además, una idea no menos clara de los deberes que especialmente le incumben respecto del pueblo cuyos destinos le han sido confiados. Debe formular clara y definidamente estos deberes como el fin inmutable a que ha de atenerse el arte de gobernar. Únicamente, cuando esté bien penetrado de esto,

(1) TREITSCHKE : *Política*, I, § 2.
(2) KANT : *Crítica de la Razón Práctica*, pág. 30.

podrá juzgar en cada caso lo que responde o no a los intereses reales del Estado; sólo entonces tendrá normas fijas para obrar y allanar con previsión clara los caminos de la política, preparando las circunstancias favorables en los inevitables conflictos; sólo entonces, al sonar la hora de desenvainar la espada y al aproximarse el momento de resolverse por la guerra, podrá elevarse con el espíritu libre y el corazón tranquilo al punto de vista que de manera vigorosa y original expresó un día Lutero: «Cuanto se escribe y se dice respecto de la gran plaga de la guerra, todo es verdad. Pero también debería considerarse cuanto mayor es la plaga que con la guerra se combate. En resumen, en la guerra no debemos fijarnos en las matanzas, incendios, combates, etc., como lo hace la gente sencilla y pusilánime cuando al mirar con ojos de niño tímido cómo corta el cirujano la mano o amputa la pierna, no ven o no se fijan en que eso debe hacerse para salvar el cuerpo. Así también en la guerra se ha de mirar con ojos viriles por qué se mata de esa manera y por qué es tan cruel, y entonces se comprobará que la guerra es un oficio en sí mismo divino y tan necesario para el mundo y tan útil como el comer y el beber o cualquiera otra función» (1).

Por todo lo dicho, si queremos formar criterio sobre los caminos que debe tomar la política alemana, con objeto de que corresponda a los intereses del pueblo alemán, y acerca de cuáles son las probabilidades de guerra que envuelven, debemos ante todo apreciar los problemas de Estado y de civilización que han de resolverse y qué fines políticos corresponden a estos problemas.

---

(1) LUTERO: *De si los guerreros pueden hallarse también en estado de salvación.*

Capítulo III

Breve resumen del desenvolvimiento histórico de Alemania

La vida de los pueblos y los Estados, así como la de los individuos, solamente adquiere valor cuando se aplica a grandes fines. Los Estados representan, por decirlo así, las figuras en el cuadro de la humanidad, infinitamente varias en sus dotes y cualidades características, capaces de múltiples actos y encaminadas a diversos fines en la grandiosa evolución de la humana existencia.

Desde el punto de vista de la filosofía materialista, que tanto prevalece hoy en muchos elementos de nuestra nación, no será aceptada esta teoría.

El materialismo pretende que todo cuanto ocurre en el mundo es consecuencia necesaria de ciertas condiciones y niega la diferencia entre el « Yo » empírico y el inteligente, que constituye la base de la libertad moral.

Pero este sistema filosófico no puede sostenerse ante la crítica científica. Tal filosofía no puede dar un paso fuera de los estrechos límites del insuficiente entendimiento humano. La existencia del universo contradice la ley de una causa suficiente; lo infinito y la eternidad son incomprensibles para nuestra imaginación, que está ligada al espacio y al tiempo; la naturaleza esencial de la fuerza y la voluntad perma-

nece todavía inexplicable. Conocemos del mundo únicamente la apariencia subjetiva y condicional; las fuerzas impulsoras y la naturaleza real de las cosas se substraen a nuestro criterio. Desde el punto de vista humano es enteramente imposible dar una explicación sistemática de los fenómenos del universo. Unicamente parece claro — sin que poseamos la certeza demostrable — que el universo está regido por leyes superiores, incomprensibles para el hombre, según un plan inteligente de desenvolvimiento y en transformación perpetua. Sobre la paulatina evolución de la humanidad parece también velar una ley moral oculta. Por lo menos observamos en la creciente difusión de la cultura y de las ideas morales, una gradual ascensión hacia más elevadas y más puras formas de vida.

Naturalmente, nos es imposible demostrar en cada caso los designios y la finalidad de cada uno de los acontecimientos, puesto que nuestra posición con respecto al universo es demasiado limitada y excéntrica. Pero dentro de los límites de nuestro conocimiento de las cosas y de la íntima necesidad de los acontecimientos, podemos tratar de comprender en sus grandes trazos los designios de la Providencia, que bien podríamos llamar principios del desenvolvimiento. Así obtendremos puntos de partida y líneas de dirección para nuestras futuras investigaciones y procedimientos.

Donde más clara se nos presenta la obra de la Providencia es en el desenvolvimiento histórico, así de las especies y razas, como de los pueblos y Estados. En carta dirigida a Zelter, decía una vez Goethe: «Lo verdadero sólo puede ser mantenido y elevado por su historia; únicamente lo falso se ve empequeñecido y disipado por la suya.»

La formación de pueblos y razas, el nacimiento y decadencia de los Estados y las leyes que determinan su vida, nos dan la norma de las fuerzas que crean y conservan y de las que causan descomposiciones

internas y con ellas el abatimiento inevitable. Investigando de este modo la lógica sucesión de los acontecimientos, no hemos de olvidar que los Estados son personalidades dotadas de cualidades humanas muy diferentes, con caracteres peculiares y frecuentemente muy marcados, y que estas cualidades subjetivas contribuyen como factores muy esenciales al desenvolvimiento colectivo de los Estados. A esto obedece que los impulsos e influencias ejerzan un efecto muy distinto sobre cada uno de los pueblos.

Nosotros vamos a tratar de la historia más bien como psicólogos que como fisiólogos. Cada pueblo deber ser juzgado desde su propio punto de vista si queremos comprender la tendencia de su evolución. Por lo tanto, debemos examinar la historia del pueblo alemán, en sus relaciones con los demás Estados europeos, para conocer los caminos y veredas que ha seguido en su desenvolvimiento y cuáles son las vías que el pasado ha abierto a nuestro porvenir.

Desde su entrada en la historia, mostráronse los germanos como un pueblo civilizado. Cuando el Imperio romano se hundió al empuje de los bárbaros, los principales elementos que determinaron el porvenir de Occidente, fueron dos : el cristianismo y los germanos. El Cristianismo predicó la igualdad en los derechos de los hombres y la comunidad de los bienes en aquel imperio compuesto de amos y esclavos, formulando a la vez el código más elevado de moral, y a una raza que vivía exclusivamente para el goce, mostró la vida eterna como fin verdadero del hombre sobre la tierra. Estableciendo como base de todo progreso el valor del hombre por el hombre mismo y el perfeccionamiento de su personalidad, obró el cristianismo una completa transformación de los conceptos que fueron ley del mundo antiguo, cuya única moralidad era la que se refería a las relaciones entre individuo y Estado. Al mismo tiempo, los germanos procedentes del Norte, ex-

cesivamente poblado, inundaron en grandes torrentes el Imperio romano y los pueblos en decadencia del mundo antiguo. Aquellas hordas, sin embargo, no lograron conservar pura su nacionalidad ni mantener su poder político. Los Estados que fundaron duraron poco. Ya entonces pudo observarse cuán difícil es para las civilizaciones inferiores sostenerse frente a civilizaciones superiores. Los germanos se fundieron poco a poco con los pueblos que habían sometido; pero estos pueblos sacaron nuevas fuerzas vitales del elemento germánico y con ello nuevas condiciones de desenvolvimiento, y se mostraron en su transformación tanto más poderosos y aptos para la civilización cuanto más poderosa fué la mezcla con la sangre germánica.

Entretanto se formaron profundos elementos de lucha en este mundo nuevo. De la mezcla de los germanos con los romanos y con los pueblos sometidos por Roma, fué naciendo la raza latina, que se separó de los germanos, y éstos lograron mantenerse intactos al norte de los Alpes y en las regiones escandinavas. Pero no se había disipado la idea de un imperio universal que animó a todo el mundo antiguo.

En Oriente duró el Imperio bizantino hasta 1453 de la Era cristiana. Pero en Occidente el último Emperador romano fué destituído por Odoacro en el año 476. Italia había caído sucesivamente en manos de los ostrogodos y de los longobardos, los visigodos habían establecido su dominio en España y los francos y los borgoñones en las Galias.

Entonces nació un nuevo Imperio. Carlo Magno extendió con mano poderosa el imperio de los francos hasta más allá de las fronteras de las Galias. Habiendo sometido a los sajones, dominó sobre todos los países situados entre el Rhin y el Elba, y después de haber vencido a los longobardos, extendió su dominio sobre Italia y finalmente intentó reconstituir el Imperio

romano de Occidente. En el año 800 fué coronado Emperador en Roma. Sus sucesores pretendieron también este título ; pero el Imperio de los francos se hizo pedazos muy luego. Al dividirse, formóse de la parte occidental lo que más tarde había de llamarse Francia, así como la parte oriental constituyó lo que más adelante había de ser Alemania. Mientras los germanos que habían formado el Imperio de los francos en la parte occidental, en Italia y en España, abandonaban su idioma y sus costumbres y se amalgamaban paulatinamente con los romanos, los del imperio oriental de los francos y especialmente los sajones y las estirpes vecinas, conservaron su carácter, idioma y costumbres, no obstante su conversión al cristianismo. El poderoso reino germánico (1) que se formó aquí renovó las pretensiones de Carlo Magno sobre el Imperio romano de Occidente. Otto el Grande, fué el primer monarca alemán que dió el paso fatal, cuyo resultado fué la lucha que él y sus sucesores tuvieron que sostener contra los Papas, quienes no se contentaban con ser Cabezas de la Iglesia, sino que pretendían el dominio de toda Italia y no vacilaron en servirse de falsos documentos (2) para probar sus pretendidos derechos sobre el país.

---

(1) *Deutsch* o *Diutisk* (germánico) significa, en su origen, lo mismo que « popular » o sea lo contrario a extranjero, como lo era en aquel tiempo la lengua latina usada por la Iglesia. Hasta el siglo X de nuestra Era, no empezó a usarse el nombre de « Deutsch », como nombre del pueblo.

(2) Se refiere a la llamada *Donación*, de Constantino, que, según la mayoría de los historiadores, no fué invención de Roma, sino que se inventó en Francia, donde sirvió para defender contra los griegos la soberanía imperial que Carlo Magno había recibido del Papa. Efectivamente, el manuscrito más antiguo que se conoce, es francés y del siglo IX. En Roma no se le cita hasta el siglo XI. Georges Goyau, en su *Vue Générale de l'histoire de la Papauté*, dice lo siguiente : « Se ha reconocido unánimemente que este documento era apócrifo. La Edad Media toda entera fué, por lo tanto, engañada por un falsario ; pero al demostrar esta credulidad sólo se engañaba a medias, pues esas grandes mentiras históricas, que durante siglos han ocupado el espíritu de los hombres, ofrecen un singular carácter : no han creado el derecho de que parecen ser la fuente, sino que este derecho existía antes que ellas ; lo han adornado con títulos inexactos, colocándolo sobre fundamentos de mala ley. Y hasta desde ciertos puntos de vista estas fábulas son encarnaciones populares de la verdad ; lejos de desmentirla son sus símbolos. » — (N. del T.)

Pero los Papas no se contentaron con mantener este derecho. Siendo su Sede, Roma, el lugar sagrado del Imperio mundial, y colocados a la cabeza de una Iglesia universal, concibieron también la idea del universal Imperio. Fué una de las creaciones más audaces de la mente humana la del intento de fundar y sostener por medio del poder espiritual el dominio del mundo.

Naturalmente, esta pretensión pontificia se encontró en conflicto con el Imperio. La libertad de las aspiraciones del poder secular chocaba con los designios del dominio espiritual. En la formidable lucha de los dos poderes por la supremacía, lucha que conmovió todo el mundo e infligió terribles pérdidas al Imperio germánico, la causa imperial sucumbió al fin. El Imperio no había sido capaz de unir sus distintas regiones independientes en un todo homogéneo ni de quebrantar el egoísmo y el particularismo de los estados sociales. El último de los Hohenstaufen murió en un cadalso, en Nápoles, a manos de Carlos de Anjou, vasallo de la Iglesia (1). Los grandes días del Imperio romanogermánico habían terminado.

Derribado y roto estaba el poder germánico, y a ello siguió un período casi completamente anárquico. La carencia del sentido colectivo y la inclinación a dogmatizar, características del pueblo germánico, contribuyeron a extender la ruina a la esfera económica. Así también decayó completamente la actividad intelectual del pueblo alemán. Durante el período de brote del Imperio y bajo el inteligente reinado de los Hohenstaufen, llegó la poesía alemana a su primer período

---

(1) De hecho, Carlos de Anjou, no era vasallo del Papa, sino tirano de la Iglesia en Italia. En el caso de Conradino de Hohenstaufen, el tribunal que lo juzgó, casi por unanimidad se pronunció por la libertad del joven príncipe y el Papa instó a Carlos de Anjou a la clemencia, pero el tirano ordenó la decapitación. Las luchas del Imperio contra el Papado, no sólo habían destrozado al Imperio, sino que también debilitaron al Pontificado romano, de tal modo, que éste se halló a merced de sus mismos feudatarios. — (N. del T.)

clásico. El alma alemana encontró expresiones profundas y sentidas en sus canciones y poemas; el idealismo alemán se manifestó en los cantos de sus trovadores; mas todo esto cesó al derrumbarse el Imperio y ni siquiera las bellas artes se salvaron de la trivialidad y la confusión de la situación política. No obstante, el bienestar material del pueblo se regularizó con la afirmación paulatina del orden y hasta se desenvolvió en sorprendente medida; la « Liga Hanseática » hacía flotar su pabellón sobre todos los mares del norte, y por Alemania cruzaban las grandes arterias comerciales que desde Venecia y Génova conducían el tráfico entre el Oriente y el Occidente. Sin embargo, el poderío antiguo no volvió a conquistarse.

Pero, en el fondo del mismo pueblo alemán, que se había sometido al Papado, se mantenía y revivió el espíritu de rebelión. Esta vez la lucha ocurrió en el campo espiritual. Al aumentar su dominio político, perdió la Iglesia mucho de su ascendiente sobre las almas. Por otra parte, había nacido un refinamiento de cultura humanista que reverdeciendo el espíritu de la antigüedad clásica, se hallaba en profunda oposición con la Iglesia. Este movimiento obtuvo gran resonancia en Alemania, donde se le unieron todos los que deseaban y esperaban en la libertad. Por todas partes se oía el grito de guerra de Ulrico von Hutten : « Yo lo he arrostrado. » Así el humanismo fué, en cierto sentido, un precursor de la Reforma, que nació en lo profundo del alma alemana y sacudió a toda Europa en sus cimientos. Como en la lucha de los arrianos góticos contra la Iglesia ortodoxa, derramó otra vez su sangre el pueblo alemán en una guerra religiosa por su libertad intelectual y al mismo tiempo también por la independencia nacional. Lucha tan preñada en consecuencias para la evolución de la humanidad, no se había conocido desde la guerra de los persas. El pueblo alemán estuvo a punto de perecer en ella y

por ella perdió toda su importancia política. Grandes porciones del territorio del Imperio fueron absorbidos por otros Estados. Alemania se convirtió en un desierto. Pero esta vez la Iglesia no logró vencer como lo había logrado con los godos arrianos y los Hohenstaufen ni tampoco fué vencida, sino que continuó siendo una potencia formidable, que sacó nuevas fuerzas de la lucha misma. En la esfera política lograron los Estados católicos bajo el caudillaje de los españoles, la supremacía indiscutible. Por otra parte, se estableció el derecho a la libertad espiritual en las iglesias reformadas, y esta libertad fué el *palladium* del progreso. Pero aun después de la paz de Westfalia, se requirieron largas guerras para mantener la libertad religiosa.

Los Estados de raza latina persistieron en su designio de constituir el Imperio universal, a fin de sojuzgar el espíritu de libertad de los alemanes. Primeramente fué España y después Francia, y las dos se disputaron muy pronto la supremacía. Al mismo tiempo se formaba en la germanizada Inglaterra un poder protestante de primer orden, y la época de los descubrimientos que coincidió con la era de la Reforma y la guerra de los Treinta Años, abrió grandes horizontes al espíritu y la actividad humana. También la vida política recibió nuevos alientos. Un gran torrente de emigración fué vertiéndose en los territorios recién descubiertos, particularmente al Nuevo Mundo, cuya parte septentrional tocó en lote a la raza germánica, y a la raza latina el sur. Entonces se pusieron los cimientos de los grandes Imperios coloniales y de la política mundial. Alemania quedaba excluída de estos repartos, consumidas como estaban sus fuerzas en guerras y disensiones religiosas. Por otra parte, con el apoyo de Inglaterra, Austria y los Países Bajos, logró anular, tras guerras sangrientas, la ambición de dominio de los franceses. Austria rechazaba al mismo tiempo la invasión turca en Oriente. Inglaterra

se hizo, entretanto, la primera potencia colonial y naval, mientras Alemania perdía vastos territorios y decaía cada vez más en su poder político. Dividióse en una porción de Estados débiles, a los cuales faltaba la concordia, como era natural que ocurriese dado el carácter alemán de aquel tiempo. Pero precisamente de esta descomposición surgieron nuevos núcleos de poder. En el norte del país formábase un centro de poderío protestante : Prusia.

Los germanos, tras una lucha que duró varios siglos habían logrado rechazar a los pueblos eslavos procedentes del Este, arrebatándoles vastos territorios y germanizándolos completamente. En esta lucha, tanto como en la que sostuvieron contra la naturaleza pobre del país, se formó una raza fuerte y conocedora de su propia fuerza, que extendió su influencia hasta el litoral del Mar Báltico y esparció la civilización germánica por los países del Norte. Asimismo vencieron los alemanes a los suecos que les disputaban el dominio del Báltico. En esta lucha había cimentado el gran príncipe Elector las bases de un firme poder político, que bajo sus sucesores llegó a constituir un factor de importancia grandísima para Alemania. Este Estado se halló muy pronto a la cabeza de la Alemania protestante y aumentó cada vez más su antagonismo con la católica Austria, que había conseguido elevarse a gran potencia independiente, extendiendo y apoyando su poder, no solamente sobre la población alemana, sino también sobre húngaros y eslavos. En la guerra de los Siete Años arregló Prusia sus cuentas con Austria y su predominio, y se mantuvo como Estado protestante independiente contra Francia y Rusia.

Una vez más, Alemania, que hacía lentamente su camino, tuvo que pasar por un grave período. En Francia, la realeza había agotado las fuerzas de la nación en provecho propio. El abuso por parte de

sus reyes del lema *l'État c'est moi*, había ocasionado una fermentación intelectual que se levantó con fuerza inaudita en la Revolución de 1789, aniquilando en Europa y especialmente en Alemania los restos de las herencias medioevales. El Imperio alemán, como tal, se hundió sin dejar más que fragmentos, entre los cuales surgía Prusia como única potencia efectiva. Otra vez alimentó Francia la idea del Imperio universal y Napoleón I llevó sus águilas victoriosas a Italia, Egipto, Siria, Alemania y España y hasta a los campos desolados de Rusia. Ésta, que por medio de guerras ventajosas contra Polonia, Suecia, Turquía y Prusia, había adquirido en Europa importancia política, procuró unir a todos los pueblos eslavos. Austria, que poco a poco había logrado la unión de los más diferentes grupos de pueblos, tuvo que sucumbir a los golpes del poderoso aventurero corso. Prusia, que parecía haber perdido su virilidad en sus sueños de paz, cayó completamente rendida bajo su planta.

Mas a despecho de tan profunda humillación, floreció en Prusia con nuevo ímpetu el ideal alemán. En el norte protestante, el pueblo subyugado sublevóse contra el opresor con ansias de libertad insuperables por su fuerza y grandeza. Las guerras de la liberación, realizadas con gran entusiasmo, recuperaron para Prusia y Alemania la existencia política y pusieron los fundamentos de su desenvolvimiento futuro. Mientras el pueblo francés con salvaje revuelta había roto las cadenas del despotismo secular y espiritual, en reivindicación de sus *derechos*, otra revolución completamente distinta se llevaba a cabo en Prusia : la revolución del *deber*. La exigencia de los derechos individuales, conducía como consecuencia a la irresponsabilidad del individuo y a la negación del Estado, es decir, lo diametralmente opuesto a lo que había predicado en Königsberg, Emanuel Kant, fundador de la filosofía crítica : el evangelio del deber moral ; y

Scharnhorst inspiró la idea del servicio militar obligatorio. Al exigir al individuo el sacrificio de su vida y de su hacienda para el bienestar de todos, exponía claramente el concepto del Estado y creaba un sano y poderoso fundamento del derecho individual. A la vez ponía Stein los fundamentos de la autonomía en Prusia.

Mientras que de este modo en el Estado que había de decidir la suerte de Alemania se tomaban medidas de importancia verdaderamente histórica, y se desarmaba al mismo tiempo a la revolución por medio de saludables reformas, fundóse en el campo del arte y de la ciencia, como la expresión más preclara del carácter y del ideal alemán, un Imperio alemán de la más alta estirpe : el imperio del espíritu. En este país, de política limitada y pobre en recursos, se había desplegado, a partir del año 1750, una literatura y una ciencia, que, brotando del corazón del pueblo y moralmente basadas en el protestantismo, elevaba las mentes a la cumbre de la libertad intelectual y ponía de manifiesto la fuerza y la superioridad del espíritu alemán. « Así la poesía y la ciencia alemanas constituyeron, durante largos decenios, el lazo de unión del pueblo y decidieron la victoria del protestantismo en la vida alemana » (1).

Una vez más demostró Alemania ser « el hogar de la herejía desde el momento en que desenvolvió la idea matriz de la Reforma dentro del derecho a la investigación libre y sin prejuicios » (2). La ciencia, por medio de las obras de Kant y Fichte, fundó máximas morales que hasta entonces ningún pueblo se había propuesto como norma de conducta, mientras la poesía creaba un idealismo que se inspiraba en los más elevados fines. La ira heroica de 1813, fué expresión y efecto de esta influencia intelectual. « Así nuestra literatura

(1) Treitschke : *Historia Alemana*, I, pág. 88.
(2) Id., ibíd., pág. 90.

clásica, partiendo de puntos muy distintos, se dirigió a los mismos fines que formaron el anhelo político de la monarquía prusiana y de los hombres de acción que emprendieron esta labor en los momentos en que era mayor la ruina» (1).

Acontecimiento grande en la historia del mundo fué aquél en que Napoleón y Goethe, dos conquistadores poderosos, se encontraron frente a frente. Por un lado, el azote de Dios, el gran destructor de todo lo que del pasado sobrevivía aún, el déspota sombrío, último aborto de la revolución francesa, «una parte de aquella fuerza que quiere perpetuamente el mal y causa siempre el bien»; al otro lado, el poeta olímpico, sereno y profundo, que dijo : «Noble sea el hombre, caritativo y bueno» y dió nueva substancia al sentimiento religioso al mostrar todo lo creado como una transformación eterna hacia condiciones más altas y señaló nuevos derroteros a las ciencias naturales; que dió las expresiones más puras a todas las vibraciones del espíritu humano y a todas las tendencias del alma alemana, conduciendo de este modo a su pueblo al propio conocimiento, y que demostró con sus obras que el *reino entero del espíritu humano estaba encerrado en el cerebro alemán*, un profeta de la verdad y un maestro de obras imperecederas que son como testimonio de lo que hay de divino en el hombre.

Frente al gran conquistador del siglo se encontró el héroe de la inteligencia de quien había de ser en lo futuro la victoria; enfrente de la más poderosa fuerza de la raza latina estuvo el gran germánico elevado sobre la cumbre más alta de la humanidad.

Verdaderamente, un pueblo que en el instante de su más profunda decadencia política pudo producir hombres como Fichte, Scharnhorst, Stein, Schiller y Goethe, sin mencionar los grandes soldados de la gue-

(1) TREITSCHKE: *Historia alemana*, I, pág. 90.

rra de la Independencia, un pueblo así está llamado a cumplir grandes destinos.

En los años que siguieron a las luchas de aquellos gloriosos días, como resultado de la miopía, del egoísmo y la debilidad de sus príncipes y también de la envidia de sus vecinos, el pueblo alemán vió malograrse los frutos de su heroísmo, de sus sacrificios y de su puro entusiasmo, y la desilusión de la generación aquélla se manifestó en el movimiento revolucionario de 1848 y en la formidable emigración a los países libres de América del Norte, donde los alemanes cooperaron de modo decisivo al mayor desenvolvimiento de aquel pueblo, pero perdiéndose para la madre patria. La monarquía prusiana se humilló también ante Austria y Rusia y pareció haberse olvidado de sus deberes nacionales.

Pero del centro del Estado prusiano, de la sangre de los combatientes por la independencia, surgió una generación que no se resignó a ser yunque, sino que aspiró a ser martillo. Dos hombres se pusieron al frente: el rey Guillermo I y el titán de Sacshenwalde (1). Con férrea energía unieron las fuerzas de la nación que al principio se resistían porque no habían comprendido a sus caudillos, y rompieron el egoísmo y la obstinación dogmática de los representantes populares. Una guerra victoriosa llevó a una inteligencia con Austria, que no había querido ceder sin lucha su supremacía en Alemania y que salió de la Confederación alemana sin perder su posición de gran potencia. Francia fué vencida con poderoso esfuerzo; la mayoría de las estirpes alemanas se unió bajo la corona imperial ceñida por el rey de Prusia; en la Triple Alianza de Alemania, Austria e Italia revivió en cierta forma la antigua idea del gran Imperio germánico: desde el Mar del Norte hasta el Adriático y el Mediterráneo domi-

---

(1) Bismarck. — (N. del T.)

naba el ideal de Bismarck. Como el ave fénix de sus cenizas, se había despertado el gigante alemán de su postración dentro de la antigua Confederación alemana y estiraba sus miembros vigorosos.

Era natural e inevitable que este despertar de Alemania lesionara los vitales intereses de todos los Estados que hasta entonces se habían repartido el poder político y económico. Por todas partes empezaron a moverse fuerzas enemigas con objeto de paralizar el ulterior despliegue de nuestro poder. Estrechados entre Francia y Rusia, que se unieron contra nosotros, no se logró tampoco esta vez recoger los completos frutos de nuestra victoria. La miopía y el doctrinarismo del nuevo Reichstag, impidieron una política colonial en gran escala. El profundo amor a la paz del pueblo y del Gobierno nos hicieron retroceder una vez más en la competencia entre las naciones.

En el último reparto de la tierra, el reparto de Africa, la victoriosa Alemania obtuvo la peor parte. Francia, la vencida por ella, pudo fundar un imperio colonial que ocupa el segundo lugar entre todos; Inglaterra se adjudicó lo más importante; hasta la pequeña Bélgica neutral tomó posesión de una parte relativamente grande y valiosa; Alemania tuvo que contentarse con algunas porciones de terreno muy modestas. Añadidos a los cambios políticos y en conexión con ellos, han ido naciendo nuevos anhelos y fuerzas nuevas.

Bajo la influencia de las ideas constitucionales de Federico el Grande y al impulso de las que trajo consigo la revolución francesa, modificóse esencialmente, al comenzar el siglo XIX, el concepto del Estado. Del estado patrimonial de la Edad Media, que era posesión, por herencia, del Príncipe, nació el Estado moderno que representa la relación invertida, siendo el Príncipe el primer servidor del Estado y el interés del Estado, no el interés dinástico, lo que determina la acción del gobierno. Con esta mutación del concepto del Estado se ha

desplegado el principio de nacionalidad, cuya tendencia es unir políticamente a las naciones sin atender a los límites históricos y dar así al Estado un carácter nacional unitario e intereses nacionales comunes. Con esta transformación, las bases de las relaciones internacionales se modificaron esencialmente y la política adquirió deberes nuevos, como no los había conocido en tiempos pasados.

Después de 1815 comenzaron a caer los obstáculos que se oponían a la actividad económica, las anticuadas ordenanzas de los gremios y el monopolio de las profesiones. La adquisición y posesión del suelo fueron libres, el comercio y la industria florecieron pronto. « Inglaterra introdujo el empleo del carbón, del hierro y de la maquinaria en la industria, desenvolviendo así las grandes fábricas, las máquinas a vapor y los ferrocarriles ; además, hizo una revolución en la industria por medio del empleo de los inventos en la química y la física y alcanzó el dominio de los mercados mundiales por medio del comercio del algodón. A todo esto debía añadirse la extensión del comercio en gran escala por medio del crédito, la explotación de la India, la extensión de su colonización a la Polinesia, etc. » (1). Al mismo tiempo tendió Inglaterra sus cables telegráficos y esparció su flota por todo el globo, logrando así una posición dominante en el mundo. Inglaterra emprendió la tarea de fundar un nuevo imperio universal, no con armas espirituales o materiales, como antes lo habían hecho el Papado y el Imperio, sino con la fuerza del oro, haciendo que dependieran de los suyos los intereses materiales de todos.

Entretanto, colocados entre el Atlántico y el Pacífico, estableciendo la comunicación del Occidente con el Oriente, los Estados Unidos llegaron a convertirse en potencia industrial y comercial de primer orden.

---

(1) Jacobo Burckhardt : *Consideraciones historicomundiales.*

Este poderoso país, favorecido por la extraordinaria riqueza de su suelo y por el carácter egoísta pero enérgico de sus habitantes, anhela una posición adecuada en el consejo de las naciones y trata de dar más eficacia a su poderío lanzando al mar una flota militar poderosa.

En cuanto a Rusia, no solamente ha afirmado su posición en Europa, sino que ha extendido su influencia a todo el norte de Asia y penetrado cada vez más en el interior del gran continente, no sin los naturales conflictos con los Estados de raza mongola. Esta raza, que puebla todo el Oriente asiático, han despertado de su letargo milenario, naciendo a la vida política y reclamando categóricamente su parte en la vida internacional. La entrada del Japón en el círculo de las potencias mundiales significa una llamada a las armas. «Asia para los asiáticos», es la divisa del Japón, seguro de la fuerza de su demanda. Ya la nueva potencia ha salido vencedora en su primer encuentro con una potencia europea. También China se está preparando para desplegar sus fuerzas hacia el exterior. Un estremecimiento convulsivo recorre toda el Asia: es el despertar de una era nueva.

Mientras de este modo, desde Asia, la cuna de los pueblos, amenazan peligros que hoy tienen ya suma importancia para los países civilizados de Europa, también en el corazón de los pueblos europeos han despertado fuerzas dormidas: las ideas esparcidas por la Revolución francesa y el gran desenvolvimiento de la industria que constituyen la característica del siglo pasado, han hecho comprender a los obreros de todo el mundo su importancia y su poder social. Preocupados solamente al principio por mejorar su situación económica, los obreros han abandonado en teoría el terreno del Estado moderno y buscan su salvación en la revolución que predican. No quieren alcanzar lo posible dentro del Estado histórico, sino que quieren

erigir otro Estado en lugar de éste, en el cual sean ellos los amos. Con estas aspiraciones, no solamente amenazan constantemente al Estado y a la sociedad, sino que en algunos países ponen también en peligro la industria de la cual viven, haciendo imposible su competencia en el mercado mundial, con sus exigencias de aumento de salarios y disminución de horas de trabajo. También en Alemania este movimiento ha arrastrado a las multitudes.

Hasta mediados del siglo pasado, aproximadamente, la agricultura y la ganadería constituyeron la parte principal del trabajo alemán. Desde entonces, con el rápido aumento de la flota mercante alemana y favorecida por apropiados convenios arancelarios, la industria alemana se desplegó enormemente. Alemania ha llegado a ser un Estado industrial y comercial; el aumento enorme de su población halla en ella trabajo y ganancia. La agricultura ha ido perdiendo la posición preeminente que ocupaba en la vida económica del país. Con esto las clases obreras industriales han logrado convertirse en un poder importante dentro del Estado, se han organizado y han sido atraídas por el socialismo internacional ; son enemigas de las demás clases que constituyen la nación y tratan de minar el poder del Estado.

Es evidente que el Estado no puede tolerar en paz agitación tan peligrosa y que por todos los medios que están a su alcance ha de impedir que los esfuerzos encaminados contra la autoridad del Estado lleguen a triunfar. Se lo exige la ley de la defensa y conservación propias ; pero también es evidente que las reclamaciones de los obreros son justas hasta cierto punto. Recto es el derecho con que pide el ciudadano medios para combatir la miseria por medio de su trabajo y elevarse en la escala social, y muy justamente espera del Estado protección para su trabajo, especialmente contra los abusos del capitalismo.

De dos medios dispone el Estado para conseguir este objeto: en primer lugar, procurando que haya ocasión de trabajar y ganar; en segundo lugar, asegurando al trabajador contra la incapacidad para el trabajo por causa de enfermedad, vejez y accidentes, ayudándole económicamente en el paro forzoso y protegiéndole contra las imposiciones que le impidan trabajar. El desenvolvimiento económico de Alemania, como consecuencia de tres guerras victoriosas, ha conquistado mercados para el trabajo alemán, suficientes por el momento, aunque sin intervención directa del Estado. Bajo la protección del poder político, el trabajo alemán ha conquistado por sí mismo sus mercados. Por otra parte, el Estado alemán ha apoyado al obrero con una legislación apropiada. Como en su tiempo Scharnhorst opuso a los derechos del hombre los deberes del ciudadano, así reconoció Guillermo I los deberes del Estado para los que carecen de bienes de fortuna. Con la legislación social los obreros han sido protegidos en sus intereses en cuanto las circunstancias lo han permitido. Así se consiguió amenguar el terreno a las ideas revolucionarias, oponiéndose, al mismo tiempo, resueltamente a las arbitrariedades del socialismo; se tomó el único camino verdadero en que convergen las justas reivindicaciones obreras con las necesidades del Estado y de la sociedad, los dos pilares que sostienen y fomentan la civilización y el adelanto. Verdad es que este problema no está definitivamente resuelto. Todavía están por conquistar los obreros para los ideales del Estado y de la patria. La protección de los que quieren trabajar, en lucha contra la tiranía del socialismo, debe ser más eficaz. Ello no obstante, con respecto a política social, Alemania va a la cabeza de todos los pueblos civilizados.

También la ciencia alemana ha sabido mantener su puesto en el mundo. En ciencias políticas alcanzó Alemania, durante el pasado siglo, el primer lugar y en los

demás dominios de la inteligencia adquirió una posición preeminente por la universalidad de su filosofía y su penetración profunda y sin prejuicios en la esencia de las cosas.

La importancia de Alemania en los dominios de la ciencia y de la literatura se demuestra por el hecho de que la exportación de libros alemanes, según estadísticas comprobadas, es doble que las de Francia, Inglaterra y América del Norte reunidas. Sólo en el campo de las ciencias exactas Alemania ha tenido que ceder varias veces la preeminencia al extranjero; el arte alemán tampoco ha podido alcanzar la supremacía; no obstante sus sanos gérmenes y haber creado obras realmente grandes, padece todavía las consecuencias del caos de nuestra situación política. Políticamente, el Imperio alemán está compuesto de fragmentos. No solamente están en guerra el socialismo y los partidos burgueses, sino que cada uno de estos dos partidos se divide en varios grupos enemigos; la industria y la agricultura están en guerra encarnizada; el espíritu de nacionalidad no ha podido vencer todavía los antagonismos de confesión, y la tradicional hostilidad entre el Norte y el Sur ha impedido que la población se desenvuelva dentro de un cuerpo nacional realmente unido.

Esta es la Alemania de hoy, dividida interiormente, pero llena de fuerza contenida; amenazada por todos lados de grandes peligros, comprimida dentro de fronteras que no son las naturales, y, no obstante, creciendo poderosamente en población, espíritu, ciencia, industria y comercio.

Y ahora, ¿qué caminos para el porvenir nos indica nuestra historia? ¿Qué obligaciones nos impone el pasado?

Pregunta es ésta de gran alcance, pues de la manera como la conteste el Estado depende no sólo nuestro desenvolvimiento futuro, sino, hasta cierto punto, la ruta que seguirá la historia del mundo.

CAPÍTULO IV

Misión histórica de Alemania

Si evocamos el curso de nuestro desenvolvimiento histórico y si pensamos en el vivificador torrente humano que hasta los tiempos más recientes se ha derramado desde el Imperio de la Europa Central hacia todas las partes del globo, y en cuán ricos gérmenes de progreso espiritual y moral han salido de la vida intelectual alemana, se apodera de nosotros con fuerza irresistible el convencimiento y el orgullo de que este pueblo alemán posee una alta, quizá la más alta, importancia para el completo desenvolvimiento del linaje humano.

Este convencimiento se funda en las preferencias intelectuales de nuestro pueblo; en la libertad y universalidad del espíritu alemán, que una y otra vez se han mostrado en el transcurso de su historia. No existe pueblo alguno que piense con tanta libertad y tan ajeno a los prejuicios y a la vez con sentido tan histórico como el pueblo alemán; que sepa armonizar como él la libertad del intelecto con las obligaciones de la vida práctica en su natural desenvolvimiento. Así los alemanes han sido siempre no sólo los portaestandartes de la libertad del pensamiento, sino también un poderoso dique contra los trastornos revolucionarios y anárquicos. Muchas veces fueron vencidos en la

lid por la libertad del pensamiento y por ella han vertido su sangre más preciosa. La opresión del pensamiento ha dominado también a veces a los alemanes; profundas convulsiones han conmovido también a este pueblo, como la gran guerra de los campesinos en el siglo XVI y los políticos ensayos revolucionarios de a mediados del siglo XIX. Pero los movimientos revolucionarios han sido siempre contenidos y encauzados por vías de progreso sanas y naturales; muchas veces la necesidad imperiosa del libre albedrío intelectual se ha desligado de lo más íntimo del alma del pueblo, para adquirir cada vez más importancia en la historia del mundo. Así, del espíritu alemán nacieron dos grandes movimientos, sobre los cuales descansa desde entonces todo el progreso intelectual y moral de la humanidad: la Reforma y la filosofía crítica. La Reforma, que sacudió el yugo intelectual impuesto por la Iglesia (1); y la Crítica de la Razón Pura, que acabó con el lamentable estado de la especulación filosófica, señalando al espíritu humano los límites de su comprensión, y trazando los caminos realmente asequibles al humano conocimiento.

Sobre estas bases se ha desenvuelto la vida intelectual de nuestra época, cuya significación más profunda consiste en hermanar los resultados del libre examen con las aspiraciones religiosas del corazón y poner con esto los fundamentos de una armoniosa organización de la humanidad, que, colocada entre fuerzas hostiles, entre las continuas discordias de la ciencia y la fe, parece haber perdido la verdadera senda del progreso. La reconciliación sólo parecerá posible cuando el espíritu de reforma conduzca a una permanente aclaración de la idea religiosa, y la ciencia,

---

(1) No hay que olvidar el abolengo protestante del autor en este y en otros pasajes en que dirige cargos, cien veces destruídos, precisamente por alemanes, contra la Iglesia y los pretendidos yugos que ésta imponía al pensamiento y a la civilización. — (N. del T.)

por su parte, tenga en cuenta los límites de su poder, renunciando a aclarar los secretos del mundo superior por medio de los conocimientos de la filosofía y de las ciencias naturales.

En esta lucha por la armonía del humano progreso, el pueblo alemán, no sólo ha puesto los cimientos, sino que ha tomado a su cargo la dirección. Esto nos acarrea un deber imperioso para el porvenir ; debemos prepararnos para conducir en adelante esta lucha sostenida por el objeto más elevado que se haya ofrecido jamás al humano esfuerzo. Y no solamente está obligada nuestra nación, por su pasado, a tomar parte en esta empresa, sino que está capacitada para ella por sus especiales dotes.

Ningún pueblo de la tierra es tan capaz como el alemán para abarcar y reunir todos los elementos de cultura, apropiárselos y desenvolverlos en el fondo de su conciencia y devolverlos a la humanidad, enriquecidos con dones más preciosos que los que de ella recibiera. De este modo ha acrecentado el tesoro de la cultura europea « con nuevas ideas y nuevos ideales, conquistando en la gran comunidad de los pueblos civilizados una posición que ningún otro podría llenar ». « Profundidad, idealismo, universalidad ; virtud para mirar libremente, por encima de todos los límites de la existencia finita; simpatía por todo lo humano ; condiciones para atravesar en compañía de los pueblos más nobles, en todos los tiempos, el reino de las ideas ; esto, en todas las épocas, ha sido muy alemán ; esto ha sido ensalzado como una prerrogativa de la cultura alemana » (1). A ningún otro pueblo le ha sido dado el gozar en su « Yo interno » *lo que ha sido repartido a la humanidad entera.* Vemos a menudo en otros pueblos una intensidad mayor de alguna virtud especial, pero nunca igual capacidad para ge-

(1) Treitschke : *Historia Alemana*, I, pág. 195.

neralizar y profundizar como en nuestro pueblo. Esta cualidad, que nos hace especialmente aptos para desempeñar la dirección del mundo del intelecto, nos impone el deber de aceptarla y mantenernos en ella. De esta apreciación se desprenden otras muchas obligaciones para nosotros, que tienen que ser cumplidas si queremos ser fieles a nuestro deber más elevado. Forman estas obligaciones el plano necesario desde el cual deben tender nuestros esfuerzos hacia el más elevado de los fines. Parte de ellas pertenecen a la esfera científica, parte a la política y finalmente también a los linderos en que se tocan la política y la ciencia y donde las investigaciones científicas influyen directamente en aquélla.

Ante todo, la ciencia alemana es la que debe conquistar incesantemente, con un trabajo sin descanso y genial, la superioridad para afirmar sin desmayos nuestro derecho de primogénitos de la intelectualidad. Por un lado debemos ensanchar cada vez más el conocimiento del mundo superior, y por otro profundizar en los secretos de la Naturaleza para adquirir mayor dominio sobre ella y hacer más fructífero y remunerador el trabajo humano. Sobre todo, debemos esforzarnos en resolver científicamente los grandes problemas que agitan a la humanidad, sin limitarnos a la teoría, sino esforzándonos en poner los resultados de la investigación al servicio de la civilización, para crear así condiciones de vida que sean expresión de un ideal más puro de la existencia humana.

Al fin, son los conflictos religiosos y sociales los que más profundamente conmueven a la humanidad y más importancia tienen, no solamente para nuestro desenvolvimiento, sino para la vida superior en general. En ninguna parte han conmovido estas cuestiones tan hondamente y con tanta persistencia el alma de un pueblo como entre nosotros. Sin embargo, carecen los alemanes de espíritu revolucionario, a des-

pecho de las hueras declamaciones de nuestros agitadores socialistas. El carácter alemán tiende hacia un desenvolvimiento sano y lógico, que se cumple lentamente en medio de las luchas de las diversas tendencias. Parece que precisamente los alemanes son los llamados a vencer en su propio país los antagonismos que en la época actual mantienen a los pueblos en discordias intestinas, a allanarlos y conducirlos por las vías de un progreso natural y lógico.

En el terreno social nos hemos encaminado ya en este sentido y sin duda continuaremos en él, mientras sea posible, sin perjuicio para la generalidad del pueblo y de la misma clase obrera. Labor nuestra incansable ha de ser la de buscar todavía otros caminos para guiar a la clase obrera hacia ideas sanas y ganarla en provecho de la patria. En todo caso, confiamos en que si alguna vez hemos de cumplir algún deber nacional grande, que exija el esfuerzo de la nación entera, la clase obrera no negará su ayuda, y que en el momento del general peligro nuestro pueblo hallará la unidad que hoy tan lamentablemente le falta.

En la esfera religiosa no se ha intentado aún la armonía. Este es, precisamente, el punto en que se hallan en Alemania en la más viva oposición las diferencias tradicionales. Tarea del porvenir será la de suavizar las diferencias políticas entre las varias religiones y procurar que se unan en un más alto terreno, dejando a salvo la libertad de conciencia y las personales convicciones. Ninguna señal se trasluce de la posibilidad de que nos aproximemos a este fin. Antes tendrán que ser vencidos, en el protestantismo, el doctrinarismo ortodoxo irreductible, y en el catolicismo, las tendencias ultramontanas. Mientras esto exista, es imposible soñar en una labor común de progreso. Ningún estadista alemán debe perder de vista este punto, ni olvidar que la importancia de nuestra nación radica exclusivamente en el protestantismo.

Legal y socialmente, debe existir completa igualdad de derechos para todas las creencias, pero el Estado alemán no debe renunciar jamás a ser el director y guía en el terreno del libre desenvolvimiento espiritual. Lo contrario significaría su desprestigio.

Así como le han sido legados al pueblo alemán por su grande y glorioso pasado deberes de importancia decisiva para el mayor progreso de la civilización humana, también en el terreno de las relaciones internacionales se le han planteado problemas de no menor importancia. Estos problemas tienen grandísimo alcance, porque influyen profundamente en el desenvolvimiento intelectual, y principalmente porque de la solución que les dé, depende la posición de Alemania en el mundo.

La nación alemana experimentó la pérdida de grandes territorios en las tormentas y las luchas del pasado. Geográficamente, Alemania no es hoy más que un tronco mutilado del poderoso antiguo Imperio. Comprende únicamente una parte del pueblo alemán. Un número considerable de alemanes fueron incorporados a otros Estados o bien viven en Estados independientes, como los Países Bajos, que han formado un pueblo aparte, pero que no pueden negar su origen alemán en sus costumbres e idioma. Alemania fué despojada de sus fronteras naturales; hasta el nacimiento y la desembocadura del río más alemán, el celebrado Rhin, se hallan fuera del territorio germánico. También en la frontera oriental, donde, tras siglos de lucha contra las poblaciones eslavas dió principio el poderío del nuevo imperio alemán, está en peligro nuestra posesión. Las olas eslavas se estrellan cada vez con más vigor contra el germanismo, que parece haber perdido su antigua fuerza vencedora.

Mientras que en esa parte parece ceder la debilidad política, por otro lado, durante largos siglos, el sobrante de las fuerzas populares alemanas se ha derramado hacia países extraños, perdiéndose para nuestra

patria y nuestra raza, absorbido por pueblos extranjeros y adaptándose a su espíritu. Todavía, en la actualidad, no posee la nación alemana país colonial alguno en el cual pueda garantizar a su población creciente la recompensa de su esfuerzo y un medio de vida propiamente alemán.

Esto, naturalmente, no puede ser suficiente para una nación poderosa ni constituye una situación que corresponda a la grandeza y la importancia civilizadora del pueblo alemán. En otra época, cuando a fuerza de largas centurias de humillación, el alemán se acostumbró a verse despojado de toda importancia política, no preocupaba tal insuficiencia a los alemanes. Aun en los tiempos de nuestra literatura clásica, el orgullo nacional de la generación idealista de entonces «se satisfacía con pensar que ningún otro pueblo era capaz de seguir el vuelo del genio alemán y de elevarse a las alturas de nuestra libertad de universal ciudadanía» (1), y en 1797, pudo Schiller escribir la estrofa :

«La majestad y honor de Alemania
no descansa en la corona de sus príncipes.
Aunque la guerra destruya en su llama al imperio,
la grandeza alemana siempre durará» (2).

De distinto modo piensa y siente hoy, por lo menos, la parte mejor y más noble de nuestro pueblo. Apreciamos, aun más de lo que entonces era posible, la importancia del espíritu alemán en lo que respecta a la civilización general de la humanidad, por la razón de que podemos tener en cuenta el desenvolvimiento asombroso de Alemania en el siglo XIX y por ende juzgar mejor, la total valía de nuestra literatura clásica ; además, hemos podido aprender, por las alter-

---

(1) TREITSCHKE : *Historia Alemana*, I, pág. 195.
(2) Fragmento de un poema, *Grandeza Alemana*, publicado en 1902, por Bernhard Suphan.

nativas de ascenso y descenso de nuestro desenvolvimiento histórico, que nuestro pueblo sólo puede alcanzar la medida completa del desenvolvimiento interior que le está reservada, mediante su unión con el Estado; que únicamente bajo las alas del poderío político puede imponerse el pensamiento alemán y que sólo cuando obremos de acuerdo con este modo de ver podremos cumplir con nuestros grandes deberes universales e históricos.

Nuestro primero y más imperioso deber consiste, por lo tanto, en conservar celosamente los territorios de origen alemán tal como están hoy día y no ceder una pulgada del suelo patrio a ninguna nación extranjera. En el Oeste han podido contenerse los anhelos de conquista de la raza latina y es difícil admitir que dejemos arrebatarnos esta prenda de la victoria. En el Sudeste, los turcos, que amenazaban antes a los Estados civilizados de Europa, han sido totalmente rechazados. Hoy, en el sistema de los Estados europeos, ocupan una posición enteramente distinta de la que ocupaban en los tiempos de su avance victorioso hacia el Oeste. También en el Mediterráneo está quebrantada enteramente su importancia y quizá, a consecuencia de la última guerra balkánica, que tan desgraciadamente terminó para Turquía, esta nación deje de contarse entre los Estados europeos. En cambio, los eslavos han alcanzado un poderío amenazador. Grandes territorios, que la influencia alemana había conquistado, se hallan hoy, otra vez, bajo el poder eslavo y parecen haberse perdido para nosotros de manera permanente. Las provincias marítimas del Este, que son rusas hoy, fueron algún tiempo comarcas florecientes de civilización alemana. En Austria, nuestra aliada, es donde el elemento alemán está más amenazado por los eslavos. Alemania misma está expuesta constantemente a una invasión pacífica de trabajadores eslavos. En el centro de Westfalia se han establecido

fijamente numerosos polacos. Contra esta invasión eslava se opone hoy solamente una débil resistencia. Sin embargo, el oponerse al avance del eslavismo, no es solamente un punto de honor que nos legaron nuestros padres, sino que lo es también en interés de la conservación propia y de la civilización europea. La posibilidad de contener esta ola humana por medios pacíficos, no es cosa que se pueda entrever todavía. Lo que no parece inverosímil, es que la cuestión de poderío entre alemanes y eslavos tendrá que solventarse otra vez con las armas en la mano y la probabilidad de esta lucha crecerá tanto más cuanto más débiles nos mostremos en la defensa a toda costa del suelo alemán.

También constituye un deber nuestro apoyar a los alemanes en su lucha por la existencia en el extranjero, conservándolos así para su nacionalidad, deber del cual no podemos substraernos en interés propio. Las agrupaciones alemanas en el extranjero constituyen ventaja grandísima para nuestro comercio, desde el momento que adquieren sus mercancías, con preferencia, en Alemania; pero pueden sernos también útiles políticamente, como sucede hoy en América. Los alemanes de América se han unido allí, políticamente, con los irlandeses, formando con esta unión una fuerza dentro del Estado con la cual tiene que contar aquel gobierno. También desde el punto de vista de la civilización, es necesario conservar esta parte del pueblo alemán como tal y establecer con ella puntos de contacto para la cultura universal.

Aunque nos fuera dado proteger eficazmente nuestras actuales posesiones en el Este y el Oeste, así como a las agrupaciones alemanas en todos los ámbitos de la tierra, no podríamos conservar, ello no obstante, en la gran competencia de los pueblos, nuestra situación actual, a pesar de hallarnos a la misma altura que el pueblo más poderoso, si nos limitamos a mantener

nuestro actual poderío, mientras los Estados que nos rodean ensanchan continuamente el suyo. Si queremos continuar en la competencia con los demás pueblos, a la cual tenemos derecho y a la que estamos obligados por el contingente de nuestra población y por la importancia de nuestra cultura, hemos de procurar no quedarnos atrás en la gran lucha por el dominio de la tierra.

En 1893, dijo en cierta ocasión lord Rosebery, estas palabras : « Se dice que nuestra nación es bastante grande y que poseemos suficientes territorios... ; pero no debemos tener únicamente en cuenta lo que hoy necesitamos, sino lo que necesitaremos en lo porvenir... Hay que saber que una parte de nuestro deber y de nuestra herencia consiste en cuidar que el mundo lleve el sello de nuestro pueblo y no el de otro cualquiera » (1).

Grande y orgullosa es la idea que el político inglés expresa aquí ; y si, partiendo del punto de vista británico, se cuentan los pueblos que hablan hoy aquel idioma, si se tiende la vista sobre los países que se hallan bajo el dominio inglés, no hay más remedio que tener tal idea como justificada. Aunque en ella no se pone la mira en un imperio universal inmediato, sin embargo, por medio de un lenguaje sin eufemismos, se proclama el predominio del espíritu inglés.

Es cierto que Inglaterra ha llevado a cabo una gran obra de civilización, sobre todo material ; pero únicamente en un sentido. Todas las colonias que se hallan bajo su dominio inmediato, son, en primer lugar, explotadas en interés de la industria y del capital inglés. La obra de la civilización que innegablemente ha realizado Inglaterra en ellas, se ha supeditado siempre a este punto de vista, y en parte alguna ha justificado su dominio creando y elevando poblaciones libres e independientes y dando a los pueblos sometidos la

(1) Esta cita está tomada del libro del ex ministro francés Hanotaux. *Faschoda et le partage de l'Afrique.*

bendición de una civilización independiente. Pero en lo que se refiere a aquellas colonias que han alcanzado la autonomía y que son, por lo tanto, más o menos repúblicas independientes, como el Canadá, Australia y Africa del Sur, falta responder a la pregunta de si le será posible a Inglaterra conservar a la larga en ellas el sello del espíritu inglés. No sólo constituyen Estados nacientes, sino que son naciones en formación y ya hoy parece discutible si el imperialismo inglés podrá mantenerlas siempre unidas políticamente, conservándolas en beneficio de la industria inglesa y hasta asegurar que en ellas persiste el carácter nacional inglés. No obstante, las palabras de lord Rosebery, son expresión de una ambición grande y magnífica y testimonio de la suprema confianza de la nación inglesa en sí misma.

Con no menos justificado orgullo contemplan los franceses su obra de los últimos cuarenta años. En el de 1909, el ex ministro francés Hanotaux, expresa este orgullo con las siguientes palabras : « Diez años hace que la obra está terminada. » — Se refiere a la fundación del imperio colonial francés. — « Francia ha mantenido su posición entre las cuatro potencias mundiales. En todos los continentes está en su casa. El francés se hablará siempre en Africa, Asia, América y Oceanía... En todas las partes del globo se han sembrado gérmenes de dominio. Fructificarán bajo la protección del Cielo » (1).

Este mismo hombre de Estado juzga la política alemana no sin encubierta ironía. « Correrá por cuenta de la historia — así escribe — establecer cuál ha sido el pensamiento que ha guiado a Alemania y a su gobierno en las complicadas cuestiones bajo las cuales se ha procedido al reparto de Africa y se ha realizado la última fase de la política colonial francesa. Puede

(1) HANOTAUX : *Faschoda et le partage de l'Afrique.*

admitirse que al principio la política de Bismarck vió con satisfacción como entraba Francia en empresas difíciles y lejanas, que recababan para muchos años la entera atención del país y de sus gobiernos. No obstante, no es muy seguro que a la larga le hayan salido bien las cuentas, pues Alemania ha entrado al fin por el mismo camino — naturalmente algo tarde — con intención de ganar el tiempo perdido. Si este Estado ha dejado por propia voluntad la iniciativa colonial a otros, no debe extrañarle que éstos hayan obtenido las mejores partes» (1).

La crítica francesa no está del todo injustificada. No sin sonrojo ni censura hay que admitir que el vencido de 1870, un pueblo cuya fuerza vital parece estar agotada — puesto que su población ya no aumenta y por falta de hombres no tiene capacidad para la colonización, como se ve en Argelia — haya fundado el segundo imperio colonial del mundo y pueda mostrarse orgulloso como potencia mundial, mientras el pueblo vencedor de Gravelotte y Sedán se queda muy atrás en importancia colonial, y recientemente, en la cuestión de Marruecos, ha retrocedido ante las pretensiones de poderío de Francia de un modo que, según el general sentido popular, no estaba conforme ni con la dignidad ni con los intereses de Alemania.

Contra las pretensiones de Inglaterra y Francia, que se han mostrado abiertamente y que son tanto más dignas de tenerse en cuenta desde que los dos Estados han concertado su *entente*, la nación alemana tiene completo derecho, desde el punto de vista de su importancia dentro de la civilización, no sólo a pretender su puesto debajo del sol, como gustaba de expresarse modestamente el Príncipe de Bülow, sino a alcanzar una parte en la dominación de la tierra, mucho más allá de los límites de su actual esfera de influencia.

(1) Hanotaux: *Faschoda et le partage de l'Afrique.*

Pero este fin podremos alcanzarlo únicamente cuando nos haya sido posible asegurar nuestra posición en Europa, de modo que no pueda ser ya objeto de discusión. Sólo entonces no pesará sobre nosotros el temor de que se nos combata en nuestra actuación mundial por adversarios más fuertes, y podremos dar libre curso a nuestras fuerzas en la legítima competencia con las demás potencias mundiales; sólo entonces podremos imponer el respeto que merecen por su valía la nacionalidad germánica y el espíritu alemán.

Pero una ampliación de poder de esta naturaleza, que responda a nuestra importancia, no constituye únicamente una pretensión ideal, sino que muy pronto se impondrá como una necesidad política.

Ya hemos mencionado el hecho de que a consecuencia de la unidad política y del aumento de poderío, ha ocurrido en Alemania, en sentido económico, un desenvolvimiento formidable en los últimos cuarenta años, período en el cual nuestra industria ha crecido extraordinariamente y nuestro comercio ha ido al mismo compás. La capacidad insuperable del pueblo alemán para el comercio y la navegación ha brillado de nuevo. Los días de la Liga Hanseática han vuelto a lucir. Al propio tiempo, las fuerzas productoras del pueblo alemán crecen continuamente. El aumento de población en la nación alemana llega anualmente a un millón, aproximadamente, de personas, y este aumento ha encontrado hasta ahora, en su mayoría, ocupación remuneradora en la industria.

Mas este espléndido desenvolvimiento tiene también sus inconvenientes. Para la compra de las primeras materias dependemos completamente, y para nuestra exportación, en gran parte, del extranjero, y hasta nos vemos obligados a importar parte de los géneros alimenticios. Con todo, no tenemos mercados como los que tiene Inglaterra en sus colonias; nuestras colonias no pueden comprar mucho y los grandes Estados

tratan de cerrar económicamente sus fronteras contra el extranjero, especialmente contra Alemania, con objeto de proteger la industria propia y para hacerse industrialmente autónomos. En tanto, la existencia de nuestros obreros depende del sostenimiento y el aumento de nuestra exportación. Mantener abiertas las vías marítimas constituye una cuestión vital para nosotros. Muy pronto nos veremos obligados a buscar un modo de vida para aquel sobrante de nuestra población que no encuentre colocación en la industria. Es imposible que ésta y aquélla vayan creciendo en la misma proporción. Una pequeña parte del aumento de la población podrá hallar ocupación en la agricultura; también la colonización interior contribuirá a este fin, pero nunca se encontrará dentro de las fronteras del Imperio alemán ocupación remuneradora para toda la población, aun cuando nuestras relaciones internacionales fuesen muy favorables. Por lo tanto, volveremos a encontrarnos muy pronto ante el dilema de tener que enviar la población sobrante al extranjero o procurarle medios de vida en colonias propias, a fin de conservarla para la patria. La contestación a este dilema no es dudosa. Si el curso infeliz de nuestra historia nos ha impedido hasta ahora lograr un imperio colonial grande, es deber nuestro remediar las faltas del pasado, y crear una flota que, a despecho de todas las potencias hostiles, mantenga abiertas nuestras vías de comunicación a través de los mares.

Hemos tardado mucho en apreciar la importancia de las colonias. Si la posesión colonial sirve solamente para enriquecerse y únicamente para fines económicos; si el Estado no piensa en colonizar, fomentando el bienestar económico y social de la población indígena, entonces la posesión es injusta e inmoral y no podrá mantenerse para largo tiempo. «La colonización que mantiene la unidad con la nación es un factor de grandísima importancia para el porvenir del mundo. De

ella dependerá el grado en que cada pueblo participará del dominio de la tierra por la raza blanca ; y es muy posible que llegue el tiempo en que un país que no tenga colonias no figure entre las potencias europeas por grande que sea su poder» (1).

Hoy pagamos ya muy cara la falta de colonias que respondan a nuestras necesidades. No solamente podrían absorber el exceso de población obrera, sino que nos darían primeras materias y géneros alimenticios, nos comprarían los productos de nuestra industria y constituirían un campo de actividad para el enorme capital intelectual que hoy no halla suficiente despliegue en Alemania o está al servicio de intereses extraños. En todos los países del mundo se encuentran comerciantes alemanes, ingenieros y hombres pertenecientes a las más variadas profesiones al servicio de los capitalistas extranjeros, porque carecemos de colonias en que podrían ser útiles a su propia patria. En lo porvenir la importancia de Alemania dependerá en gran manera de los millones de hombres que hablen alemán en el mundo y de cuantos de ellos sean políticamente miembros del Imperio alemán.

Como se ve, son grandes y variados los deberes que arrancan de la historia de nuestro pueblo y de su situación actual. Debemos también tener presente que ningún pueblo se encuentra tan rodeado de dificultades y enemigos como nuestro pueblo. Todo lo cual tiene por causa la complicación de nuestras relaciones políticas, nuestra posición geográfica poco favorable y nuestra historia.

En la época de formación de los grandes Estados europeos y en que se desenvolvieron las potencias mundiales, nosotros, no sin grave culpa nuestra, nos vimos constreñidos a la inacción política. Sólo más adelante, cuando ya estaba repartida la tierra, hemos entrado

---

(1) TREITSCHKE : *Política*, I, § 4.

otra vez en el concierto de las potencias políticamente importantes. De lo que otros pueblos han logrado durante siglos de desenvolvimiento natural — unid d política, posesión colonial, poderío marítimo y comercio mundial — quedó privado nuestro pueblo hasta ahora. Lo que deseamos alcanzar tenemos que adquirirlo luchando contra fuerzas superiores representadas por intereses y potencias hostiles.

Precisamente por esto tenemos el deber de darnos clara cuenta de cuáles son los caminos que hemos de seguir y cuál la meta a que hemos de llegar, a fin de no debilitar nuestras fuerzas recorriendo rutas extraviadas y no apartarnos de la recta vía de nuestro futuro desenvolvimiento.

Sin embargo, las dificultades de nuestra situación política nos han proporcionado, en cierto sentido, una ventaja : manteniéndonos en tensión continua y creciente, nos ha preservado contra el relajamiento que una larga paz y el aumento de la riqueza hubieran podido acarrearnos. Lo difícil de la posición política nos ha obligado a concentrar todas nuestras fuerzas intelectuales y materiales para poder afrontar en todo momento cualquier situación y ha hecho nacer y crecer energías que forzosamente han de mostrar su influencia cuando llegue la hora de confiar a las armas la solución decisiva.

Capítulo V

Potencia mundial o ruina

Al hablar de las tareas que por su historia y sus cualidades, así generales como particulares, se imponen a la nación alemana, hemos intentado probar la necesidad de afirmar y ensanchar nuestra posición entre las grandes potencias de Europa y aumentar nuestras posesiones coloniales como base de nuestro futuro desenvolvimiento.

Los problemas políticos que ello plantea se refieren a las relaciones internacionales y, por lo tanto, han de estudiarse con alguna detención. No debemos desear lo imposible. Una política de aventuras no correspondería ni al carácter de nuestro pueblo ni a nuestros elevados fines y propósitos. Pero lo posible, sí; lo posible debemos tratar de alcanzarlo, aunque fuera a costa de una guerra. Hemos visto ya que ello constituye un derecho y además un deber. Cuanto más tiempo dure nuestra inacción tanto más difícil será recobrar la delantera que las demás potencias nos han llevado.

> « La decisión debe coger lo asequible,
> por el copete, resueltamente;
> no dejará que se le escape
> y continuará siendo activa, porque debe serlo. »
>
> (*Fausto*, I.)

El campo en que podemos hacer valer nuestros derechos está limitado por las intenciones opuestas de las demás potencias mundiales, por las condiciones de la posesión ya existente y por el poder armado y dispuesto a defender unas y otras. La apreciación justa de estas circunstancias forma, por lo tanto, la base necesaria para nuestras decisiones políticas. Con mucho cuidado y sin prevención, pero también sin pusilanimidad, vamos a examinar cuáles son las circunstancias que obran en favor nuestro y cuáles nos son contrarias, a fin de apreciar con exactitud las fuerzas que están en pugna.

Estas apreciaciones son, en parte, de índole militar, pero ante todo de índole política, puesto que el conocimiento de las agrupaciones de los Estados es lo único que permite calcular las fuerzas militares de los contrincantes. Las variaciones momentáneas de la política no deben influir en este cálculo, puesto que dependen muchas veces de una utilidad pasajera, que no ofrece verdaderos puntos de apoyo. Más bien deben conocerse los puntos de vista políticos y los fines de los Estados, que se basan en la naturaleza y la preponderancia de sus intereses permanentes. Al fin y al cabo estos intereses son los que dan dirección a la política, aunque a menudo sean ignorados por falta de juicio o de decisión, y a pesar de que la política tome a veces derroteros que no están justificados desde el punto de vista del interés permanente del Estado. La política no se desenvuelve necesariamente, según leyes fijas, sino que la realizan personas que le imprimen el sello de su energía o de su debilidad, conduciéndola a veces por caminos que la apartan del interés real del Estado. Estas desviaciones no pueden quedar inadvertidas; el estadista resuelto podrá a menudo utilizar en provecho de su política propia las oscilaciones políticas de este género. Pero el que considere los acontecimientos desde el punto de vista del des-

envolvimiento histórico, tendrá, no obstante, que tomar en cuenta, en primer lugar, los intereses que le parezcan ser permanentes. Así, desde este punto de vista, intentaremos dar una idea acerca de la situación mundial en lo que tenga relación importante con el poderío de Alemania y con sus designios.

Las potencias europeas se nos presentan divididas en dos grandes campos.

De un lado, Alemania, Austria e Italia han formado una alianza que tiene por objeto rechazar los ataques enemigos. El punto céntrico firme, probablemente inquebrantable, de esta alianza, lo forman las dos primeras potencias, a las cuales la naturaleza misma de las cosas, las liga recíprocamente. La situación geográfica es su fundamento. La unión de estos dos Estados forma un puente enorme desde el Adriático hasta el Mar del Norte y el Báltico. Pero su estrecha unión se apoya también en circunstancias históricas, nacionales y políticas. En cien batallas han luchado juntos austriacos, prusianos y alemanes; alemanes son los que forman la medula de los países austriacos y verdadero lazo de unión entre las numerosas razas del imperio. Todavía más que Alemania está Austria amenazada por el avance del eslavismo, por la razón de que ella misma comprende numerosas razas eslavas. Desde que terminó la lucha por el predominio en Alemania no existe diferencia alguna entre los dos Imperios. Los intereses marítimos y comerciales del uno se dirigen hacia el sur y el sudeste; los del otro hacia el norte. La debilitación de uno de ellos tiene que hacerse sentir, inmediata y desventajosamente en el otro, sobre todo en lo que guarda relación con la política. Una contrariedad austroalemana expondría a ambos Estados al ataque de enemigos superiores. En la unión de ambos se basa para cada uno de ellos la posibilidad de mantener su poderío. Debe darse por sentado que las relaciones que unen a los dos Estados serán per-

manentes mientras alemanes y húngaros sean las razas directoras en la monarquía del Danubio y constituye uno de los hechos más geniales de la política de Bismarck haber reconocido la comunidad de los intereses austroalemanes durante la guerra de 1866 y haber llegado, a pesar de todos los obstáculos, a una paz que hizo posible tal alianza.

La debilidad del Estado imperial austrohúngaro radica en la mezcla de elementos eslavos enemigos de Alemania, que muestran inclinaciones paneslavistas. Por ahora no son, sin embargo, bastante fuertes para influir en la situación del Imperio; pero el gran cambio de la situación que en lo que toca al poderío político se operará indudablemente a consecuencia de la guerra balkánica, habrá de ser poco favorable para Austria, según todas las probabilidades.

También Italia está ligada a la Triple Alianza por sus principales intereses. Las diferencias que la separan de Austria y que han perdurado a través de la historia, disminuirían cada vez más si las necesidades de expansión en otras esferas y la de procurarle una salida natural para su aumento de población, fueran reconocidas por la Triple Alianza. Ambas cosas están en la esfera de lo posible. El irredentismo perdería entonces su importancia política, puesto que el lugar que pertenece a Italia, dada su situación geográfica y su pasado y que constituye real interés suyo alcanzar, no puede lograrlo por medio de una guerra con Austria. El interés de Italia está, política y económicamente, en el Mediterráneo. Esta es la herencia natural que Italia puede desear. En este deseo no tendrá, ni en Alemania ni en Austria, un competidor, pero sí en Francia, que se ha establecido en el norte de Africa, apropiándose, principalmente en Túnez, de un país que representaba la colonia natural de Italia y que en realidad ha sido colonizado por italianos. A mi entender, hubiera constituído para nosotros un acierto político, aun con peligro de una guerra

con Francia, oponernos a esa toma de posesión y reservar el país de la antigua Cartago para Italia. Entonces, mientras por un lado hubiéramos reforzado en gran manera la situación italiana en el Mediterráneo, por otro hubiéramos creado un motivo de antagonismo permanente entre Italia y Francia, en beneficio de la solidez de la Triple Alianza. Ultimamente, Italia, con la anexión de Trípoli, en inteligencia con Inglaterra y Francia, ha debilitado mucho su situación militar, pues claro está que perdería en seguida su nueva presa si se dejara llevar a una guerra con las dos potencias occidentales. En 1912, sin embargo, se ha aproximado otra vez a la Triple Alianza, probablemente para tener cubiertas las espaldas por parte de Austria. Pero llegado el caso de una guerra europea, habrá asegurado su neutralidad, de modo que para la Triple Alianza es casi ocioso esperar su cooperación.

La debilidad de esta alianza consiste en su carácter puramente defensivo. Ofrece seguridad contra las agresiones, pero no guarda relación con el necesario desenvolvimiento de la política y no ofrece a ninguno de sus miembros apoyo para la consecución de sus principales y vitales intereses. Se funda en un *status quo* que en su época estaba completamente justificado, pero que hace mucho tiempo se quedó atrasado respecto del desenvolvimiento político. El príncipe de Bismarck en sus *Pensamientos y Recuerdos* indicó ya que esta alianza no respondería siempre a las necesidades futuras (1). Como Italia no halló apoyo en la Triple Alianza para su política en el Mediterráneo, procuró arreglarse pacíficamente con Francia e Inglaterra, desviándose así de sus aliadas. Las consecuencias de esta política están muy claras hoy : Italia se echó en brazos de Inglaterra y Francia para conquistar, en abierta contradicción con la Triple Alianza, su

(1) *Pensamientos y Recuerdos*, 1898, tomo II, pág. 259. Edición popular, tomo II, pág. 287. Nueva edición, tomo II, pág. 298.

necesaria colonia de Trípoli. Esta empresa la puso al borde de una guerra con Austria, que, en defensa de su predominio en los Balkanes, nunca podía tolerar una ingerencia de Italia en estos países. La Triple Alianza, que en sí representa una unión muy natural, se ha debilitado profundamente por esta causa. El motivo debe buscarse en el hecho de que los componentes de la alianza han tomado como punto de mira únicamente el interés propio inmediato, sin tener en cuenta los intereses vitales de los demás aliados. La Triple Alianza recobrará su solidez solamente cuando bajo la protección de las armas comunes cada uno de los tres Estados haya dado satisfacción a sus necesidades políticas. Nuestra política debe consistir en mantener por todos los medios posibles la posición de Austria en los Balkanes y fomentar los intereses de Italia en el Mediterráneo; sólo entonces podremos contar con la ayuda de nuestros aliados en nuestros designios políticos. En lo futuro debería ser punto esencial remediar las faltas del pasado y reconquistar en la próxima guerra a Túnez para Italia. Sólo entonces se habrá realizado el gran concepto de Bismarck sobre la Triple Alianza. Mientras ésta persiga solamente fines negativos, dejando que cada aliado defienda sus intereses vitales con sus solas fuerzas, la alianza será estéril. Aparentemente, los intereses de Italia en el Mediterráneo están muy lejos de nosotros; pero es tal su importancia para Alemania, que la salida de Italia de la Triple Alianza o tal vez su traspaso a la inteligencia anglofrancorrusa, sería la señal de una gran guerra europea contra Alemania y Austria. Una conversión de esta índole sería con el tiempo, ciertamente, muy desventajosa para Italia, puesto que perdería su autonomía política y correría el riesgo de rebajarse a una especie de Estado vasallo de Francia. Y este resultado no es imposible, puesto que, juzgando la política de Italia, deben tenerse en cuenta, además de su relación con

Francia, sus relaciones con Inglaterra. Inglaterra ha de oponerse forzosamente al justificado deseo de Italia de obtener una posición preponderante en el Mediterráneo. Inglaterra posee en Gibraltar, Malta, Chipre, Egipto y Adén, una serie de bases navales que le aseguran el camino marítimo de la India y tiene interés principal en dominar completamente este gran camino a lo largo del Mediterráneo. Inglaterra mantiene en este mar una flota proporcionada al objeto, reforzada todavía por la flota francesa, reunida actualmente en el Mediterráneo, y que amenazaría las costas de Italia si este país se viese envuelto en una guerra contra Inglaterra y Francia. Italia tiene, por lo tanto, gran interés en evitar esta guerra, mientras que la actual condición del poderío marítimo no haya cambiado esencialmente; este es punto que debe tenerse en cuenta en todos los cálculos políticos. Así Italia se encuentra en una posición ambigua muy grave, y en cuanto a partícipe de la Triple Alianza en una posición que la obliga a guardar toda clase de consideraciones con los adversarios de la alianza misma, por lo menos mientras no reciba de sus aliados un apoyo formal en su desenvolvimiento político.

Frente a la Triple Alianza de la Europa Central se aliaron, en primer lugar, Francia y Rusia. La política de Francia en Europa está informada completamente por la idea del desquite. Por esta idea ha llevado a cabo todo género de sacrificios, aun los más grandes; por amor al desquite, Francia ha olvidado su odio secular contra Inglaterra y la afrenta de Fachoda.

Quiere, ante todo, vengar las derrotas de 1870 a 1871, que humillaron profundamente su orgullo; quiere, por medio de una victoria sobre Alemania, aumentar su importancia política y, si es posible, lograr otra vez su predominio en el continente europeo, que supo mantener por tanto tiempo y tan espléndidamente; quiere, si la suerte de las armas le es favorable, re-

conquistar Alsacia y Lorena. Sola, se considera demasiado débil para atacar a Alemania. Toda su política exterior, a despecho de sus continuas afirmaciones de desear la paz, persigue el fin único de ganar aliados para realizar esa agresión. Su alianza con Rusia y su inteligencia con Inglaterra, están dictadas por este mismo espíritu y sus actuales relaciones más íntimas con la segunda de dichas potencias, se deben a que la política francesa espera más ayuda efectiva de la enemistad de Inglaterra con Alemania — y no sin razón — que de la de Rusia.

La política colonial francesa persigue también, en primer término, el fin de alcanzar una supremacía material y, si es posible, militar, sobre Alemania. La formación de un ejército negro, el proyecto del servicio militar en Argelia y la anexión política de Marruecos, donde existe una excelente materia prima para formar soldados, demuestran tan claramente este objeto, que es imposible equivocarse acerca de su alcance.

Desde que a Francia le ha sido posible mantener su poderío militar casi a la misma altura que Alemania, desde que ha logrado la probabilidad de aumentarlo con su imperio en el norte de Africa, de pasar por encima de Alemania en el terreno de la política colonial y no solamente mantener en Alsacia Lorena las simpatías por Francia, sino avivarlas, podemos tener por seguro que esa nación no abandonará su política hostil a Alemania, y que se esforzará en procurarnos enemistades por todas partes y en contrariar en el mundo entero nuestros intereses. Con el hecho de haberse entendido con Italia, conformándose con la conquista de Trípoli, a condición de obrar ella libremente en Marruecos, le ha sido posible introducir en la Triple Alianza una cuña que amenaza hacerla saltar. La cuestión de que cumpla sus compromisos en interés del comercio alemán en Marruecos, honrada-

mente y sin segundas intenciones, puede considerarse absolutamente descartada. Combatir estos intereses fué precisamente uno de los puntos más importantes de su política marroquí, que justamente tiene su importancia en sentido contrario a Alemania. Más que nunca habremos de contar en lo por venir, según sean los éxitos de su política, con la enemistad de Francia y hay que considerar completamente inadmisible la especie de que pueda llegarse a un arreglo entre Alemania y Francia, sin que todos estos litigios se hayan solventado por medio de las armas. Este arreglo es tanto menos de esperar cuanto actualmente Francia está unida con Inglaterra y ésta, como ya lo veremos, tiene especial interés en que el poder de Alemania disminuya y el de Francia se acreciente.

Otro cuadro se nos ofrece al volver los ojos hacia el Este, donde el coloso ruso se levanta sobre todos aquellos territorios.

A causa de su derrota en la Manchuria y de la revolución que la desgraciada guerra hizo estallar, el Imperio del Czar ha entrado aparentemente en una política de recogimiento. En el Extremo Oriente ha tratado de entenderse con el Japón; en el Asia Central con Inglaterra; se esfuerza en mantener en los Balkanes la política del *status quo.* Cuál será el rumbo que tome esa política después de los éxitos militares de los Estados balkánicos y qué forma adoptarán sus relaciones con éstos y con Turquía, no es posible preverlo aún. Parece que con respecto a Alemania haya abandonado por el momento la idea de una guerra. El convenio de Postdam, cuya importancia no puede ponderarse demasiado, da a comprender que por ahora no debemos temer una política agresiva por parte de Rusia. También el Ministerio Kokowzew parece que desea continuar esta política de recogimiento y tiene tanto más motivo para ello cuanto el asesinato de Stolypin, con todas las circunstancias que

lo acompañaron, iluminó como un rayo de luz un cuadro terrible de descomposición interna y de maquinaciones revolucionarias; circunstancias que probablemente no dispondrán mucho a Rusia para empuñar las armas en favor de Francia. Tampoco el ejército parece merecer confianza, y una guerra desgraciada causaría, sin duda, una nueva revolución. Mas, ello no obstante, la alianza francorrusa no se ha roto y no hay que poner en duda que Rusia, llegado el caso, cumpliría sus compromisos, aunque también es indudable que han mejorado algo las relaciones rusoalemanas, pagadas, por cierto, a buen precio con las concesiones hechas por Alemania en el norte de Persia.

Claro está que esta política de recogimiento que actualmente observa Rusia es transitoria. Las necesidades del poderoso Imperio lo impulsan irresistiblemente a una expansión hacia el mar, ya sea en el Extremo Oriente, donde espera obtener puertos que no bloquee el hielo, ya en dirección del Mediterráneo, donde la Media Luna continúa luciendo en la cúpula de *Hagia Sophia*. Difícilmente se contentaría, si triunfara en la guerra, con apoderarse de la desembocadura del Vístula, cuya posesión hace tiempo codicia para robustecer con ella su posición en el Báltico. Predominio en la península de los Balkanes, libre acceso al Mediterráneo y supremacía en el Báltico, son los objetivos naturales de su política en Europa. Al mismo tiempo se considera como potencia directriz de la raza eslava y durante mucho tiempo se ha esforzado en ensanchar y esparcir la influencia de este elemento en la Europa Central.

El paneslavismo continúa ahincadamente su labor.

No puede predecirse aún, cuándo saldrá Rusia de su actual recogimiento para volver a su actividad política mundial. Su actitud política presente depende de la persona del actual Emperador, que cree en la necesidad de aproximarse a un Estado monárquico

fuerte, como lo es Alemania, y también del carácter que adopte el desenvolvimiento interior del poderoso Imperio. La infección revolucionaria y moral del cuerpo social entero es tal, y tan grande el desorden económico de los campesinos, que no es posible prever de qué elementos ha de salir la fuerza regenerativa capaz de curar estos males. La política agraria del Gobierno actual no ha dado tampoco resultados favorables, y, a lo menos hasta ahora, no ha respondido a las esperanzas que se habían fundado en ella. Así es permanente la eventualidad de que, bajo la presión de las circunstancias interiores, se opere también un cambio en la política exterior y de que, por medio de éxitos exteriores, intente Rusia dominar sus dificultades internas. Que se busquen estos éxitos en el Extremo Oriente o en el Oeste lo dirán el tiempo y las circunstancias. Por un lado, el Japón y tal vez China; por otro, Alemania, Austria y quizá Turquía, se verán, probablemente, amenazadas.

Es indudable que estas circunstancias tienen que influir necesariamente en la alianza francorrusa. Los intereses de los dos aliados no son idénticos. Mientras que Francia sólo tiene una intención: rebajar el poder de Alemania por medio de una agresión, Rusia ha tenido desde el principio más bien en vista su defensa. Para sus planes políticos en el Oriente y el Sur, quería asegurarse contra todo ataque de las potencias centrales de Europa, y al mismo tiempo, como precio de la alianza, hacer en Francia empréstitos ventajosos, de los cuales necesitaba con urgencia. Rusia no tiene actualmente motivo alguno que la induzca a emprender una guerra contra Alemania o a tomar parte en ella; pero tampoco conviene a Rusia permitir ningún acrecentamiento de poder por parte de Alemania. Por lo tanto, con el tiempo formará al lado de los que procuran interponerse en nuestras sendas políticas.

Inglaterra ha entrado recientemente en esa misma alianza francorrusa. En Asia llegó a un convenio con Rusia, en el cual se fijan las esferas de influencia de ambos Estados, y con Francia se ha entendido seguramente con la intención de sujetar los brazos de Alemania en todos los terrenos, si es necesario acudiendo a la fuerza de las armas. El verdadero conflicto de los intereses rusos e ingleses en el interior de Asia, no se ha resuelto ciertamente con estos convenios y es probable que resuciten nuevamente cuando llegue el momento propicio. Tampoco es natural la comunidad de intereses entre Francia e Inglaterra. Un fuerte poder naval francés podría ser tan peligroso para Inglaterra como el de cualquier otro Estado. Mas sea como fuere, en la actualidad tenemos que contar con una inteligencia francoinglesa. La común enemistad contra Alemania es el lazo que las une. No existe otro motivo para la avenencia política de estos dos Estados, que carece hasta de pretexto razonable para encubrir sus verdaderas intenciones.

Si se la considera superficialmente, la política de Inglaterra parece incomprensible. Es cierto que la industria y el comercio alemán han adquirido gran incremento en estos últimos tiempos y que la flota alemana crece de modo que puede imponer respeto; también es cierto que nos hemos cruzado en los caminos y planes de Inglaterra en la Turquía Asiática y en el Africa Central. Esto puede contrariar a Inglaterra desde sus puntos de vista económicos, políticos y militares. Pero también la competencia norteamericana en el campo político comercial, es todavía más aguda que la alemana; también la flota militar norteamericana es actualmente quizá más poderosa que la alemana y es probable que mantenga esta superioridad. También los franceses están construyendo una flota considerable y son, en cuanto a poderío colonial, mucho más importantes que nosotros. Ello no obs-

tante, la hostilidad inglesa se dirige en primer lugar contra Alemania. Debemos colocarnos en el plano inglés para comprender el pensamiento que guía a los políticos ingleses. La solución del enigma debe buscarse en la complicada ramificación de los intereses mundiales de Inglaterra.

Por haber cometido Inglaterra la falta imperdonable de no sostener a los Estados del Sur en la guerra de separación americana, se levantó al otro lado del Atlántico un rival suyo en los Estados Unidos de la América del Norte, el cual amenaza gravemente la suerte de Inglaterra. En el campo de la política comercial existe hoy ya una rivalidad entre los dos países más aguda de lo que podemos imaginarnos. La anexión de Filipinas a Norte América y la alianza de Inglaterra con el Japón han ahondado más la divergencia de intereses. Pero ya no es posible poner obstáculos al comercio y a la industria de Norte América y los recursos navales de la Unión americana, siempre en aumento, son ya tan grandes, que una guerra naval, a causa de la gran distancia y la extensión de la costa enemiga, constituiría una empresa muy atrevida o por lo menos muy difícil para Inglaterra. Este es el motivo de que Inglaterra se incline siempre, muy diplomáticamente, ante las exigencias de los Estados Unidos, como hace poco ha ocurrido en las negociaciones relativas a las fortificaciones del Canal de Panamá. Clarísimo parece que Inglaterra evita el choque con los Estados Unidos, porque teme las consecuencias. Tolera la competencia comercial e industrial norteamericana y el aumento de aquella flota militar como un hecho inevitable, y para ello se evoca la comunidad de raza. En este sentido, debe explicarse también el convenio de arbitraje firmado por los dos Estados. Inglaterra quiere, a toda costa, conjurar el peligro de una guerra con los Estados Unidos. Pero el desenvolvimiento ulterior de las cosas

puede acentuar el natural antagonismo entre los dos Estados rivales, de tal manera, que Inglaterra se vea obligada a acudir a las armas para defender su posición en el mundo o por lo menos para mantener su supremacía en los mares, indispensable para el prestigio de su acción diplomática. Los opuestos intereses de los dos Estados en el Canadá, pueden fácilmente amenazar la paz y el momentáneo fracaso del tratado de arbitraje arroja haces de luz sobre el hecho de que el pueblo norteamericano no considera que las actuales relaciones políticas entre las dos naciones puedan ser permanentes.

Aun más de cerca quizá están amenazadas por otro peligro las arterias vitales de Inglaterra. Nos referimos al movimiento nacionalista en la India y en Egipto, al creciente poder del Islam, a la agitación por la independencia en las grandes colonias, así como al predominio del elemento bajoalemán en el Africa del Sur.

Turquía es el único Estado que puede eficazmente amenazar por tierra la posición inglesa en Egipto. Esta contingencia da al movimiento nacionalista egipcio una importancia que quizá no tendría y que explica por qué Inglaterra teme tan profundamente los movimientos panislamíticos y busca el modo de hundir el poderío turco. Oficialmente protesta de que quiere favorecerlo, mientras por todos los medios que la intriga política proporciona se esfuerza en crear en Arabia un nuevo centro religioso en oposición al califato turco.

Los mismos puntos de vista le sirven también en parte para su política en la India, donde bajo el cetro inglés viven, aproximadamente, setenta millones de musulmanes. Inglaterra se ha esforzado constantemente en poner en práctica el principio de *divide et impera*, poniendo en pugna a la población musulmana y la india. Pero ahora que la población india ha emprendido un movimiento claramente revolucionario

y nacionalista, está cercano el peligro de que el panislamismo, levantándose de su modorra, se una con los elementos revolucionarios de Bengala. De la acción mancomunada de estos dos elementos puede surgir un peligro capaz de conmover los fundamentos del poderío mundial de Inglaterra.

Mientras tantos peligros interiores y exteriores le amenazan, por lo menos en lo porvenir, al imperialismo inglés no le ha sido posible unificar el vasto imperio, ni comercial ni militarmente. El sueño de Chamberlain, referente a la unión aduanera del Imperio, ha tenido que abandonarse definitivamente. En la Conferencia Imperial de 1911 ni aun se ha intentado volver a él. «Tanto política como materialmente predominó la tendencia centrífuga... En cuanto se trató de la defensa del Imperio, fué rechazada la tendencia que intentaba asegurar a Inglaterra en cualquier eventualidad imaginable la ayuda de sus dominios de ultramar.» Únicamente como aliados que en la hora de la necesidad se pondrían al lado de Inglaterra, se ofrecieron las grandes colonias autónomas; pero aliados «con la reserva de no ser empleados para objetos que no vieran claramente o no hubieran aprobado» (1). En suma, que la política de los Dominios, aunque por ahora no proyecte separarse de la metrópoli, tiene presente para lo futuro esta contingencia. La indicación no puede ser más clara. Tanto el Canadá, como el Sur africano y Australia, se están organizando, como hemos indicado ya en el capítulo anterior, para formar Estados y naciones independientes y, cuando la hora llegue, reclamarán también su absoluta independencia.

Todas estas circunstancias constituyen fundados y graves peligros para la existencia del Imperio británico y estos peligros influyen también poderosamente

(1) TEODORO SCHIEMANN: *Gaceta de la Cruz*, del 5 julio de 1911.

en la actitud de Inglaterra respecto de Alemania. Si Inglaterra, de grado o por fuerza, tiene que sufrir la rivalidad de Norte América en sus ambiciones comerciales e imperialistas, por lo menos debe anularse la competencia de Alemania. Si Inglaterra se ve un día obligada a combatir con Norte América, debe evitarse por todos los medios que la flota alemana esté en situación de apoyar a la norteamericana. Por lo tanto, dicha flota debe ser destruída.

Parecida es la idea que sugiere la eventualidad de una gran guerra colonial, que obligaría a las escuadras inglesas a acudir a teatros de la guerra muy lejanos. Inglaterra conoce la necesidad y la capacidad de expansión del pueblo alemán y puede justamente temer que un Imperio alemán dotado de poderosa marina aprovecharía esta ocasión para ensanchar su poderío. Esto explica igualmente la aparente indiferencia de Inglaterra ante los anhelos de poderío de Francia. La capacidad de expansión francesa está agotada por la falta de aumento de su población. Como nación no puede llegar ya a ser peligrosa para Inglaterra y muy pronto sería víctima de la codicia dominadora de la Gran Bretaña, en el caso de que Alemania fuera primeramente aplastada.

El deseo de apartar estos peligros, que a su entender parten de Alemania, es tanto más vivo en Inglaterra cuanto las condiciones geográficas parecen permitir una completa paralización del comercio alemán con Ultramar y en cuanto la gran superioridad de la flota inglesa sobre la alemana — y más si coopera a ello la francesa — constituye segura promesa de éxito en la guerra naval. Parece así probable acabar pronto y de raíz con el rival más temible y tener libres las manos para otros propósitos, afirmando para mucho tiempo el dominio de Inglaterra sobre los mares y aniquilando el comercio alemán y los intereses de Alemania en Africa y en el Asia Oriental.

La hostilidad contra Alemania tiene igualmente explicación en otro orden de materias. Desde hace siglos la política de Inglaterra ha consistido en mantener, entre los Estados continentales de Europa, un cierto equilibrio de fuerzas, a fin de que ninguno de ellos adquiera un predominio excesivo. Mientras estos Estados se paralizaban recíprocamente y se estorbaban mutuamente para toda acción, Inglaterra tuvo libertad para lograr sus propios fines y afirmar más su actual Imperio. Esta política continúa hoy, pues mientras las potencias europeas se anulen una a otra, Inglaterra estará segura. De lo cual resulta, inmediatamente, que a Inglaterra le interesa deprimir a Alemania y robustecer a Francia, puesto que Alemania es hoy el único Estado europeo que está en situación de adquirir una posición dominante. Francia, rival histórica de Alemania, sólo puede sostenerse en cierto pie de igualdad con su más fuerte vecina acudiendo al apoyo de sus aliadas. Así también, desde este punto de vista, la hostilidad de Inglaterra contra Alemania se funda en intereses esenciales y hay que contar con ella como un factor que no es posible eliminar.

Se ha dicho muchas veces que el perjuicio mayor que resultaría de una guerra contra Alemania recaería sobre Inglaterra misma, primero porque perdería el mercado alemán, que es su mejor cliente, y luego, porque tendría que renunciar a la considerable importación alemana. Sin embargo, temo yo que, desde el punto de vista inglés, sean estos dos extremos los que, precisamente, ofrezcan estímulo especial para la guerra. Para resarcirse de la pérdida del mercado alemán, Inglaterra trataría de ganar gran parte de los mercados que antes de la guerra se proveyeran en Alemania, mientras la falta de importación alemana en Inglaterra sería saludada por la industria inglesa con júbilo y constituiría para ella, por lo menos, un beneficio parcial.

Finalmente, consideradas las cosas por el aspecto de la conveniencia británica, es necesario detener el curso ascendente del poder alemán y se explica perfectamente que en grandes esferas del pueblo inglés dominara el apasionado deseo de aniquilar la flota alemana al nacer, y humillar al molesto vecino.

No obstante, la política inglesa podría tomar también otros rumbos, y en lugar de promover una guerra, tratar de convenirse con Alemania. Para nosotros esta solución sería, ciertamente, la más ventajosa. Se ha pensado también en una Triple Alianza entre Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos (1). Mas para que fuera posible tal unión con Alemania, Inglaterra tendría que decidirse a dejar campo libre al desenvolvimiento del germanismo, admitir el aumento de nuestro poder colonial y no combatir políticamente nuestra competencia en la industria y el comercio. Inglaterra tendría, por lo tanto, que renunciar a toda su tradicional política de predominio y acostumbrarse a tolerar una agrupación de Estados mundiales completamente nueva.

No es fácil que el orgullo y el egoísmo inglés accedan a ello. Las instigaciones contra Alemania, que hace años se llevan a cabo con el asentimiento tácito del gobierno inglés, no solamente por la mayoría de la prensa, sino también por un poderoso partido nacional, las recientes manifestaciones de estadistas ingleses, los preparativos militares en el Mar del Norte y la febril rapidez en las construcciones navales, demuestran claramente que Inglaterra piensa mantener su política hostil a Alemania, y no era de esperar otra cosa. También en las cuestiones de Marruecos se ha mostrado al descubierto la hostilidad de Inglaterra contra Alemania, llevando a cabo toda clase de esfuerzos para impedir el desenvolvimiento del poderío

(1) *The United States and the War Cloud in Europe*, por TH. SCHIEMANN, « Mc Clure's Magazine » junio, 1910.

alemán. El que se juzga capaz de imprimir al mundo el sello de su espíritu, no renuncia, ciertamente, al predominio cuando cree tener en la mano la victoria.

Un arreglo pacífico con Inglaterra constituye, por lo tanto, una ilusión, en la cual no debe pensar jamás ningún hombre de Estado que en algo se estime. Debemos tener continuamente a la vista la eventualidad de una guerra con Inglaterra, y, de acuerdo con esto, adoptar nuestras medidas políticas y militares, sin hacer caso de las manifestaciones pacifistas de los políticos, publicistas y utopistas británicos, que, indudablemente, inducidos por necesidades del momento, no pueden cambiar en nada la verdadera situación de las cosas. Sobre todo, si en lugar de los liberales, subieran en Inglaterra al poder los unionistas, que tienen rumbos más fijos, deberíamos prepararnos para contrarrestar una política enérgica. Todo arreglo con Inglaterra tendría que comprarse por medio del desdoro de Alemania y a costa de desprendimientos en sus más importantes intereses, y es sensible que en Alemania no falten nunca los hombres, sobre todo entre los que ocupan puestos elevados, que, por amor a la paz, estén dispuestos a tales sacrificios.

En lo relativo a Norte América, que indudablemente representa un papel decisivo en la política inglesa, es éste un país de ilimitados recursos. Mientras por un lado proclama la doctrina de Monroe, por otro alarga su brazo hacia el Asia y el Africa, conquistando puntos de apoyo para sus escuadras. En primer lugar se esfuerza en adquirir la soberanía económica, y hasta donde es posible, la política, en el continente americano, y el dominio del Pacífico. A despecho de todos los tratados de comercio y de otra clase, se halla en la más franca hostilidad con el Japón y con Inglaterra, especialmente en lo económico y en lo político. En realidad, tampoco pueden cambiar este estado de cosas los tratados de arbitraje.

Contradicciones tales, que se funden en la naturaleza de las cosas, no han ocurrido hasta ahora entre Alemania y Norte América, a causa de los esfuerzos hechos por ambas partes, y en todo caso jamás en el terreno político. A juzgar por lo que hasta hoy ha ocurrido, parece que está en el interés de los americanos ir mano a mano con Alemania. Por lo menos, no es admisible que a los americanos pueda serles grato un aumento del poderío inglés, y este aumento ocurriría si Inglaterra llegara a vencer a Alemania política y militarmente.

Por algún tiempo, cuando se trató de los tribunales de arbitraje angloamericanos, pareció que, en efecto, iban a acabar en una alianza contra Alemania. En realidad, hubo en los Estados Unidos una agitación extensa, en que tomaban parte grandes elementos, contra nosotros. Pero frente a esta agitación se encontraron unidos los americanos de descendencia alemana e irlandesa, y es de suponer que el movimiento antialemán de la Unión, fuera un fenómeno pasajero que se ha disipado con el rodar de las cosas. En la esfera comercial existe, naturalmente, una rivalidad aguda; pero no hay motivo alguno para suponer que esto dé ocasión a antagonismos políticos.

El Japón, por ahora, sólo nos interesa políticamente por lo que influye en la situación política rusa, norteamericana, inglesa y china. En el Extremo Oriente, sin embargo, por ser aliado de Inglaterra y haber llegado a un acuerdo con Rusia, según parece, debemos contar más bien con su enemistad que con su afecto. Para nuestras posesiones coloniales del Asia Oriental, pueden tener importancia sus relaciones con China. Si estos Estados se pusieran de acuerdo, lo cual no es de temer por el momento, difícil sería que conserváramos nuestra posición independiente entre los dos. Debemos mantener viva, por lo tanto, la rivalidad entre las dos naciones de raza amarilla. Son enemigas

entre sí y tratarán probablemente de encontrar en sus relaciones en Europa puntos de apoyo, proporcionando así a los Estados europeos medios de conservar sus posesiones en Asia.

Mientras de este modo las nacientes potencias mundiales del Extremo Oriente sólo indirectamente pueden influir en nuestra política, la importancia política del Oriente vecino, es decir, de Turquía, tiene para nosotros significación esencial. Turquía es nuestra más natural aliada. Está en nuestro interés mantener estrechas relaciones con ella. Lo más acertado hubiera sido asociarla oportunamente a la Triple Alianza para evitar el conflicto italoturco, que ha venido a modificar, en perjuicio nuestro, toda la situación política de Europa. Turquía tiene el doble interés de sostenerse contra Rusia e Inglaterra, es decir, contra los dos Estados con cuya enemistad debemos contar también nosotros. Al mismo tiempo, Turquía es la única potencia que puede amenazar la posición de Inglaterra en Egipto y las vías marítima y terrestre de la India. No hemos de reparar en sacrificio alguno para conservar como aliado nuestro a este Estado para cuando llegue el caso de una guerra con Inglaterra y Rusia. Los intereses de Turquía y nuestros propios intereses son los mismos. Habiendo perdido Turquía casi todos sus territorios europeos en la guerra con los Estados balkánicos, nos interesa mucho conservarle la posesión de Constantinopla, Adrianópolis y todos sus territorios asiáticos. El bien entendido interés de Italia exige igualmente que Turquía conserve el dominio del Bósforo y de los Dardanelos y que esta importante posición no pase a manos de quienes dependan de Inglaterra o Rusia.

Si Rusia logra acceso al Mediterráneo, a lo cual aspira desde hace tanto tiempo, predominaría muy pronto en la parte oriental, amenazando así los intereses y ahogando las aspiraciones italianas en el Me-

diterráneo. Y como ello, además, representaría una lesión de los intereses de Inglaterra, de suponer es que ocasionaría un aumento de las fuerzas navales inglesas en este mar. Entonces le sería imposible a Italia conservar una posición independiente y mucho menos dominante entre Inglaterra, Francia y Rusia, mientras que la actual contraposición de Rusia y Turquía le deja más libre el campo. También desde este punto de vista es necesario arreglar en lo posible el conflicto turcoitaliano y satisfacer los justificados anhelos de Italia a expensas de Francia, después de la guerra próxima.

De los demás Estados europeos, únicamente España conserva una cierta importancia independiente. Su política en Marruecos la ha puesto en pugna con Francia y, por lo tanto, podría ser algún día un factor en la política alemana. Los Estados pequeños no constituyen independientes centros de gravedad, pero en caso de guerra pueden tener un valor apreciable, especialmente Dinamarca, Holanda, Bélgica y Suiza, tal vez también Suecia, para Alemania. Los pequeños Estados balkánicos, excepto Rumanía, después de haber concertado una alianza entre sí, han desplegado una gran capacidad militar, sobre todo, Bulgaria. Aspiran todos a grandes expansiones territoriales y no puede preverse todavía en qué forma entrarán después en el concierto de los Estados de Europa. Mas entre Austria y Servia, difícilmente podrán entablarse relaciones amistosas.

Suiza y Bélgica se cuentan como neutrales. El Congreso de Viena, en 20 de noviembre de 1815, declaró neutral a la primera bajo la garantía colectiva (1) de las potencias firmantes. Se declaró neutral a Bélgica en

(1) Por garantía colectiva se entiende el *deber* de las potencias concertadas de proteger la neutralidad del país considerado neutral, si todas concuerdan en estimarla amenazada; pero cada potencia de por sí tiene el *derecho* de salir en su defensa si considera que existe la amenaza.

los convenios de Londres de 15 de noviembre de 1831 y de 19 de abril de 1839, de parte de las cinco grandes potencias, Holanda y la misma Bélgica.

Considerando en conjunto todas estas circunstancias, tenemos que en el continente europeo las fuerzas de la Triple Alianza y las de los demás Estados aliados o convenidos están aproximadamente equilibradas, con tal de que Italia no salga de aquélla. Si se hicieran entrar en el cálculo las *imponderabilidades*, cuya importancia no es posible precisar, quizá la balanza se inclinaría levemente en favor de la Triple Alianza. Por otra parte, Inglaterra domina indisputablemente el mar. Valida de su superioridad naval, aplastante por su unión con Francia, y por su situación geográfica, puede Inglaterra causar grave daño a Alemania con sólo cortar sus comunicaciones marítimas. También puede disponer de un ejército no despreciable para guerrear en el Continente. Considerado todo, nuestros adversarios cuentan con una superioridad política digna de ser apreciada. Si Francia lograra reforzar sus ejércitos con considerables fuerzas coloniales y la ayuda de un fuerte ejército inglés, esta superioridad existiría también en el terreno militar; y si Italia llega realmente a desertar de la Triple Alianza, podrían reunirse fuerzas muy superiores contra las de Alemania y Austria. Debe tenerse, además, en cuenta que en adelante Austria no podrá emplear todas sus fuerzas exclusivamente contra Rusia, pues se ve actualmente obligada a mantener un gran contingente en la frontera de Servia y no hay que contar con la ayuda militar de Italia aunque ésta no llegara a salir de la Triple Alianza.

Por todas estas circunstancias la situación de Alemania es difícil en extremo.

No solamente necesitamos una ancha base política, que corresponda a la importancia intelectual y a la expansión material de nuestra nación, sino que esta-

mos obligados — como lo hemos demostrado ya en el precedente capítulo — a procurar más espacio al aumento de nuestra población y mercados a nuestra creciente industria. Pero a cada paso que demos en esta dirección se nos opondrá decididamente Inglaterra. Puede ser que la política inglesa no haya decidido atacarnos todavía, pero es indudable que está dispuesta a impedir por todos los medios, hasta con los extremos, toda extensión de la política mundial alemana y todo aumento de nuestro poder naval. Los fines políticos de Inglaterra y la actitud de su Gobierno no dan lugar a dudas. Y si un día nos viéramos envueltos en un conflicto con Inglaterra, Francia no dejaría escapar la ocasión de atacarnos por el flanco. Austria tendría que defenderse contra Rusia y nosotros tendríamos también que dejar fuerzas considerables en nuestra frontera del Este. Por lo tanto, nos veríamos obligados a sostener solos y con una parte únicamente de nuestro ejército, la lucha contra Francia e Inglaterra unidas. Precisamente esta doble amenaza por mar y por tierra, constituye el mayor peligro de nuestra posición política, puesto que dificulta nuestra libertad de acción y constituye una muralla contra la necesidad de extendernos.

Pero puesto que la guerra, como lo demuestra el examen de la política mundial, es necesaria e inevitable, tenemos que sostenerla cueste lo que cueste. Al fin y al cabo en lucha nos encontramos ya, aunque por el momento sin desenvainar la espada : por una parte, con la pugna comercial e industrial y con los preparativos guerreros ; por otra parte, con los medios diplomáticos con que luchan los Estados antagonistas en todos los campos donde sus intereses chocan con los nuestros.

Con estos métodos se ha logrado hasta ahora mantener la paz, aunque con grave detrimento del poder y del prestigio. Mas este estado de cosas aparentemente

pacífico no debe engañarnos, sino, al contrario, darnos a entender que vivimos hoy en una crisis latente, pero no menos grave, pues quizá es la más terrible que haya pasado por la historia del pueblo alemán.

Mientras en las grandes guerras últimas luchamos por nuestra unidad nacional y para lograr el puesto de *gran potencia europea*, nos encontramos hoy frente a la gran cuestión de si queremos o no alcanzar el de *potencia mundial* y sostenernos en él, conquistando para el espíritu y el concepto alemán de la civilización el lugar que le corresponde y que hoy todavía se le niega.

¿Nos sentimos con suficientes energías para alcanzar este alto fin? ¿Estamos dispuestos a aceptar los sacrificios que esta tarea exige? O bien, ¿queremos retroceder ante la fuerza enemiga para caer paso a paso cada día más abajo en nuestra importancia económica, política y nacional? Todo esto abarca nuestro problema.

«Ser o no ser»; ésta es la cuestión, encubierta por el aparente equilibrio de los intereses y fuerzas antagónicas, por las falaces maquinaciones de la diplomacia y las aspiraciones (oficiales) de paz de los Estados; pero inexorable en su lógica histórica, inevitable para quien contempla, más allá del estrecho horizonte de los problemas del momento, los sucesos mundiales.

En la historia de las naciones no hay pausas ni descansos. Todo es actividad y desenvolvimiento. Mantener las cosas en su *status quo*, como suele desear la diplomacia, es naturalmente imposible. No hay un hombre de Estado verdaderamente digno de este nombre que cuente formalmente con tal posibilidad: tratará de conservar momentáneamente la situación de las cosas para ganar tiempo, para sorprender a sus adversarios o porque no vea todavía clara la situación; se servirá de estos medios diplomáticos solamente como

medios subordinados a otras circunstancias; pero, en realidad, únicamente tendrá en cuenta las fuerzas actuales y las energías de un continuo desenvolvimiento.

Debemos comprender claramente que para nosotros no puede haber pausas ni debe saciarse nuestra actividad, sino simplemente progreso o atraso, y significaría un retroceso el contentarnos con nuestra posición política actual, mientras nuestros rivales procuran el aumento de su poder con desesperada energía, sin miramientos y hasta a expensas de nuestro derecho. El curso de nuestra decadencia empezaría lentamente, mientras la lucha se efectuara con medios pacíficos; la generación actual podría conservar todavía durante mucho tiempo su bienestar; pero si luego nos viéramos obligados a sostener una guerra contra superiores fuerzas enemigas y bajo condiciones desfavorables, entonces una derrota causaría nuestra decadencia política y la rápida ruina de nuestra nación. Entonces estaría comprometido el porvenir de la nacionalidad germánica, la civilización alemana no podría prevalecer y para largos años los bienes por los cuales han corrido torrentes de sangre alemana, se perderían para ella y para la humanidad; esto es : la libertad espiritual y moral y el idealismo del pensamiento germánico.

Si no queremos contraer la responsabilidad de que éste sea el camino que lleven las cosas, hemos de tener el valor de procurar por todos los medios un aumento de poder proporcionado a nuestras necesidades, aunque ello implique el peligro de una guerra contra enemigos numéricamente superiores.

Dadas las actuales circunstancias no debe discutirse siquiera este aumento de poder basado en adquisiciones territoriales en Europa. Las antiguas colonias alemanas del Este, sólo podrían arrebatarse a Rusia mediante una gran victoria en los campos de batalla

y probablemente sería después germen de nuevas guerras. También la reconquista de la antigua Prusia meridional, la parte de Polonia que fué concedida a Rusia en el segundo reparto, tendría sus dificultades por parte de la población polaca.

Teniendo presente estas circunstancias, hay que buscar por otras vías el aumento de nuestro poder político.

Ante todo, nuestra posición política se consolidaría firmemente si nos fuera posible descartar de una vez para siempre el peligro de ser atacados por Francia tan luego nos veamos envueltos en una guerra contra otros Estados. De un modo o de otro hay que arreglar nuestras cuentas con Francia, si queremos conquistar la libertad de acción en nuestra política mundial. Esta es la primera e imprescindible condición de una política sana de Alemania y puesto que es imposible vencer pacíficamente la enemistad francesa, hay que recurrir a las armas. Francia debe ser derrotada tan completamente que no pueda volver a interponerse jamás en nuestro camino.

Además, hemos de procurar por todos los medios posibles el aumento de poderío de nuestros aliados. Con Austria hemos seguido ya esta política cuando nos declaramos dispuestos a garantizarle la adquisición de Bosnia y Herzegovina, si preciso fuese por medio de las armas. De igual manera debemos obrar con Italia, especialmente si en una guerra francoalemana hallásemos ocasión de prestarle un servicio importante. Así se impone políticamente que apoyemos a Turquía, cuya importancia para Alemania y la Triple Alianza hemos explicado ya.

Dado lo complicadísimo de nuestros deberes políticos, no podemos hacer otra cosa respecto de la guerra en los Balkanes que obrar como conciliadores y mediadores. Si habrá necesidad de intervención más activa no es posible todavía preverlo.

Finalmente, en lo que respecta a nuestra posición en Europa, sólo podremos lograr un aumento en nuestra influencia si despertamos con la lealtad y la firmeza de nuestra política, en nuestros vecinos más débiles, la convicción de que sus intereses y su independencia están bien garantidos bajo la protección de las armas alemanas. Esta convicción podría llevar con el tiempo a que la Triple Alianza se convirtiera en una Federación Central Europea. Con esto aumentaría grandemente la fuerza militar de la Europa Central y mejoraría esencialmente la posición geográfica desfavorabilísima de nuestros territorios. Tal Federación sería al mismo tiempo expresión de una comunidad natural de intereses fundados en condiciones geográficas y naturales.

También por todos los medios debemos fomentar el aumento de nuestros territorios coloniales y precisamente con colonias aptas para recibir nuestro sobrante de población. Recientes sucesos han demostrado que por procedimientos pacíficos es posible adquirir regiones ecuatoriales africanas. Un desastre financiero o político de Portugal podría darnos ocasión de adquirir parte de las colonias portuguesas. Podemos incluso suponer que existen entre Inglaterra y Alemania ciertos acuerdos sobre el eventual reparto de dichas colonias, aunque a estos acuerdos no se les haya dado publicidad. Si Inglaterra estará dispuesta a obrar honradamente cuando llegue la hora y si existe el acuerdo, realmente, el porvenir lo dirá. Inglaterra podría hallar medios de hacer ineficaz el convenio, y, a decir verdad, se sabe que poco después de haber entrado en una inteligencia con Alemania respecto a este punto, el gobierno inglés garantizó a Portugal, en convenio aparte, la posesión de todas sus colonias.

Podrían imaginarse también otros proyectos para acrecentar nuestras posesiones africanas. No hay necesidad de mencionar aquí los pormenores. Si es necesa-

rio, tendremos que procurárnoslas como consecuencia de una guerra europea victoriosa. En estas adquisiciones hay que tener presente que el clima de los territorios que necesitamos han de permitir la colonización hecha por alemanes. Es cierto que también en el Africa Central existen zonas propias para la colonización especial de agricultores y ganaderos y, por lo tanto, una pequeña parte de nuestro exceso de población podría dirigirse allá; pero, en general, las colonias tropicales pueden solamente servir para el cultivo y producción de primeras materias destinadas a la industria y a lo sumo pueden ellas convertirse en mercado para algunos productos industriales. En sí representa esto ventajas apreciables; pero no nos exime de la obligación de procurarnos territorios apropiados para la colonización.

Sin embargo, mientras duren las presentes circunstancias, siempre habrá una parte de nuestro exceso de población obligada a procurarse medios de vida fuera de las fronteras del Imperio. No debe olvidarse a estos emigrados, en el sentido de que se conserven dentro de la nacionalidad alemana, agrupándolos en colectividades que también en los Estados extranjeros constituyan factores políticos favorables a Alemania y nos procuren mercados de exportación y centros propagadores del espíritu alemán.

Es para nosotros condición indispensable la existencia de una política colonial intensa. Se ha dicho mucho entre nosotros que la política de «puerta abierta» equivale a la posesión de colonias y que esta política debiera formar el espíritu de nuestro programa futuro, pero esto se ha dicho, precisamente, porque carecemos de las suficientes colonias. Tal concepto está únicamente justificado en sentido limitadísimo. Política semejante no ofrecería la ventaja de colocar el sobrante de población en dominios propios ni concedería la seguridad de la libre e ilimitada competencia

comercial. Aunque se concedieran a todos los Estados comerciales las mismas condiciones arancelarias, no e lograría establecer condiciones de igualdad para todos. Al contrario, el poder político influye en las relaciones comerciales en favor del comercio nacional. En Egipto, en la Manchuria, en el Congo y en Marruecos está establecida la política de «puerta abierta» y, no obstante, la potencia política soberana domina también la acción comercial : en la Manchuria, el Japón ; en Egipto, Inglaterra ; en el Congo, Bélgica ; y Francia en Marruecos. Esto es muy natural. Todas las obras y suministros públicos se conceden al Estado político dominante : cuantos tienen una relación cualquiera con el Estado, adquieren los productos procedentes del mismo Estado, aparte de que, con rebajas especiales y otras ventajas por el estilo, se anula la concesión de la «puerta abierta». Por lo tanto, una política de esta índole sólo constituye un medio auxiliar o complementario de una política colonial vigorosa. Lo esencial es tener colonias propias e influencia política predominante en los mercados. Estas consideraciones deben ser los guías de nuestra política mundial.

Es cosa cierta que la realización de estas intenciones políticas nos pondría en pugna bajo muchos conceptos con los derechos adquiridos de la política tradicional europea. Ante todo, tendría que venirse abajo el principio del equilibrio europeo, que desde el Congreso de Viena lleva una existencia, por decirlo así, consagrada, pero no justificada. Partiendo de la idea de que los Estados no existen para destruirse unos a otros, sino para cuidar de que la civilización prospere, se formó poco a poco la idea del equilibrio entre ellos. El cristianismo, que más allá de los límites del Estado conduce a una ciudadanía universal de la más alta nobleza, y puso así los fundamentos del derecho internacional, ha ejercido profunda influencia en este respecto. También los intereses materiales han contribuído a la idea del equi-

librio. Comprendiendo que el Estado representa un poder que por su naturaleza misma debe codiciar su crecimiento, sólo se encontró una cierta garantía para la paz en el equilibrio de los poderes. Así fué formándose la convicción de que cada Estado está unido por intereses vitales comunes con los Estados con quienes mantiene relaciones políticas y económicas, y que siempre será posible hallar manera de solventar con ellos cualquier conflicto. Así nació en Europa la idea de una combinación de Estados, que se formó, a la caída de Napoleón, entre las cinco grandes potencias europeas: Inglaterra, Francia, Rusia, Austria, Prusia, que había conquistado su sitio por la fuerza de las armas, y, en 1866, entró Italia como sexta potencia.

« Semejante sistema no puede sostenerse sin un cierto equilibrio, por lo menos aproximado, entre dichas naciones. » « Todas las teorías deben tener por base la práctica, y ésta supone la reciprocidad, es decir, el verdadero equilibrio de las potencias » (1). Pero, en realidad, no existe este equilibrio entre los Estados europeos. Inglaterra por sí sola domina todos los mares, y los 65 millones de alemanes no pueden ponerse al mismo nivel de poderío que los 40 millones de franceses. Se ha tratado de establecer un verdadero equilibrio por medio de alianzas especiales. Con esto se ha conseguido solamente una cosa : impedir el libre desenvolvimiento de todos y especialmente el de Alemania. Esta es una situación injusta. El equilibrio europeo no corresponde ya al estado de cosas existente ni puede durar por más tiempo, puesto que sólo puede dar como resultado hacer ineficaz el poder de los Estados del continente europeo y favorecer los planes de las potencias políticas que se hallan fuera de este círculo. Como ya demostramos en otro lugar, Inglaterra ha seguido siempre la política de mantener

(1) TREITSCHKE : *Politica,* II, §§ 27 y 28.

a los Estados del continente en enemistad entre sí y en un grado de poder aproximadamente igual para conquistar ella, sin verse estorbada, con el dominio del mar, el del mundo.

Hay que renunciar a la idea de este equilibrio que en su engañosa forma actual se opone a nuestros intereses más importantes. Naturalmente, no debe descartarse la idea de un nuevo sistema de Estados que tengan intereses comunes de cultura, sino que debe edificarse sobre bases nuevas y justas. Hoy no puede tratarse ya de un sistema compuesto de Estados europeos, sino de un sistema que abarque todos los Estados del mundo, en el cual el equilibrio esté representado por verdaderos factores de poderío. En este sistema de Estados debemos fundar la conquista de la posición que nos corresponde, colocados a la cabeza de una Federación de Estados de la Europa Central, reduciendo el imaginario equilibrio europeo a sus verdaderos valores y aumentando proporcionalmente nuestro poderío.

Otra cuestión sugiere la actual situación política: la de si todos los tratados internacionales que se firmaron a los comienzos del siglo pasado, en condiciones y hasta con conceptos sobre la esencia del Estado muy distintos de los de hoy, pueden y deben mantenerse. Cuando Bélgica fué declarada neutral, no pensaba seguramente nadie que este Estado reclamara una grande y preciosa parte de Africa. Con razón podría preguntarse si con esta adquisición no se ha infringido ya *ipso facto* la neutralidad, puesto que un Estado que por lo menos en teoría se substrae a todo peligro de guerra, no debiera tener el derecho de entrar en competencia política con los demás Estados. Esta consideración está justificada tanto más cuanto se puede suponer con toda seguridad que en caso de una guerra de Alemania contra Francia e Inglaterra estas dos potencias tratarán de reunir sus fuerzas combatientes precisa-

mente en Bélgica. La neutralidad del Estado del Congo (1) debe llamarse algo más que problemática desde el momento en que Bélgica reclama el derecho de cederlo o venderlo a otro Estado no neutral. A la postre, el concepto de la neutralidad permanente es enteramente contrario a la esencia del Estado, que sólo puede lograr sus fines más elevados en la competencia con otros Estados, y precisamente cuando esta competencia es condición indispensable de su desenvolvimiento.

En contradicción con los más elevados derechos del Estado, se encuentra también el principio de que ningún Estado debe mezclarse en los asuntos interiores de otro. Verdad es que este principio es objeto de las más variadas interpretaciones y los Estados poderosos no han vacilado nunca en intervenir en los asuntos interiores de los Estados débiles. Actualmente, somos nosotros testigos de tales procederes. Recientemente trató Inglaterra de mezclarse, aunque no por la vía diplomática, sino con hechos, en los asuntos interiores de Alemania y precisamente en lo tocante a nuestros armamentos navales. No obstante, es principio aceptado en las relaciones internacionales que entre los Estados de un mismo sistema político se observe absoluta discreción en lo que toca a los asuntos interiores. Pero reconocer este principio como absolutamente justo y adaptarse a él en todas las ocasiones, tiene sus inconvenientes. Esta es doctrina liberal proclamada por primera vez por Francia en 1830 y que el Gabinete inglés de Palmerston adoptó para sus propios fines. Igualmente falsa es la doctrina de la intervención sin restricciones, promulgada por los Estados de la Santa Alianza en 1820, en Troppau. Y es que no pueden establecerse principios estables para la política internacional.

(1) El Estado del Congo fué declarado neutral, por el Acta de 26 de febrero de 1885, pero sin garantía.

En realidad, los Estados están relacionados unos con otros a la manera que lo están los individuos, y como un individuo puede impedir a otro que se entrometa en sus asuntos, así el Estado tiene este derecho. Pero sobre el individuo, en las relaciones de los ciudadanos entre sí, está el Estado, que las regula. Sobre el Estado no hay nadie. Es soberano y juzga por sí mismo si los actos o la situación interior de otro Estado amenazan o no su propia existencia o sus intereses. Por consiguiente, un Estado soberano no puede renunciar de antemano, en absoluto, al derecho de intervención en los asuntos interiores de otro Estado. En todo tiempo pueden ofrecerse casos en que las luchas de partido o los armamentos del país vecino tomen un cariz amenazante para el Estado. «Sólo hay que advertir que cada Estado obra por su cuenta y riesgo al mezclarse en los asuntos de otro y que la experiencia demuestra cuán peligrosa puede ser tal intervención» (1). Por otra parte, hay que decir que los peligros que entraña la renuncia a esa intervención pueden ser más grandes que los de la intervención misma y que en todo este problema nada tiene que ver el derecho internacional, sino simplemente el poder y la conveniencia.

Me he detenido en estos puntos de política internacional porque pueden, en casos quizá no muy lejanos, adquirir gran importancia en la ejecución de nuestras aspiraciones políticas más indispensables y acarrear hostiles complicaciones. Entonces lo esencial será que no nos dejemos coartar en nuestra libertad de acción por consideraciones no derivadas de alguna necesidad política, y únicamente dependan de la conveniencia política sin que sean obligatorias. En tales casos hemos de tener presente que en manera alguna será posible evitar la guerra para defender nuestra posición

---

1) TREITSCHKE : *Politica*, II, § 27.

en el mundo y que el punto más importante no está en retardarla el mayor tiempo posible, sino en provocarla en las circunstancias más favorables. En 3 de julio de 1761, Federico el Grande escribía a Pitt: «Es indudable que ninguna persona dotada de razón dará tiempo a su enemigo para que haga tranquilamente los preparativos destinados a destruirla; lo que hará será aprovecharse de la ventaja que le lleve.»

Si queremos obrar con este espíritu, que fué el que guió a nuestros grandes héroes, hemos de aprender a concentrar nuestras fuerzas y no disiparlas en centrífugos esfuerzos. Siempre, ya desde los principios de su historia, el desenvolvimiento político y nacional del pueblo alemán se ha detenido o se ha lesionado a causa de los tradicionales defectos de su carácter: el particularismo de sus varias estirpes y Estados, los litigios dogmáticos de sus partidos, la incapacidad de realizar un sacrificio voluntario para fines comunes, por falta del sentido de la solidaridad y de la política práctica, a menudo también por mezquindad de los puntos de vista directivos. Hoy mismo da pena observar cómo las fuerzas del pueblo alemán, tan dificultadas y limitadas en su despliegue hacia el exterior, se consumen en estériles luchas internas.

Nuestro deber político y moral consiste en vencer estos defectos hereditarios con objeto de dotar de segura base al verdadero y sano desenvolvimiento de nuestro poder.

Es innegable que la variedad de vida intelectual y social, resultante de la variedad de las nacionalidades y Estados alemanes, tiene sus ventajas y que éstas no son despreciables, pues ha creado muchos centros de desenvolvimiento y fomento de las ciencias, del arte, de la técnica y, en general, de los intereses morales y sociales más elevados; pero debemos combatir el reverso de estas condiciones, es decir, la transferencia

de esta riqueza de variedades y antagonismos al campo de la política.

Ante todo, debemos esforzarnos en fomentar y fortalecer todas las instituciones que obran en sentido contrario a la fuerza centrífuga del carácter alemán y tienden a centralizar sus energías; factores de este género son el común sistema de defensa en mar y tierra y un poderoso imperialismo nacional.

Ningún pueblo tiene tan escasas aptitudes para regir sus propios destinos, por medio de constituciones parlamentarias o bien republicanas, como el pueblo alemán; una mirada dirigida al Reichstag basta para completar este convencimiento, que infunde ya el estudio de la historia alemana y se confirma por la situación presente. Para mover al pueblo alemán a que emprenda unido una acción grande ha sido siempre necesaria la presión imperiosa de las circunstancias, como ocurrió en el resurgimiento de 1813, o el impulso de alguna personalidad poderosa, que supiera despertar el entusiasmo de las muchedumbres y sacudir las profundidades del espíritu alemán, vivificando los ideales de nacionalidad y reuniendo las fuerzas divergentes.

Por lo mismo, debemos cuidar de que no falte jamás a hombres así la facultad de obrar libre y confiadamente con objeto de cumplir grandes fines por medio del pueblo y para el pueblo mismo. Dentro de estos límites es propio del carácter nacional alemán procurar a la personalidad camino libre para que desenvuelva completamente sus fuerzas individuales, sus capacidades, sus aspiraciones intelectuales, científicas y artísticas. «Todo aumento de extensión en las actividades del Estado es beneficioso y legítimo, si despierta, fomenta y purifica la independencia de los hombres libres y razonables; es malo si la perturba o impide» (1).

---

(1) Treitschke: *Politica*, I, § 2.

La independencia del individuo, dentro de los límites impuestos por los intereses del Estado, forma el complemento necesario para el poderoso desenvolvimiento del poder central y concede amplio espacio al libre despliegue de todas las clases sociales.

Es necesario despertar en nuestro pueblo el deseo de poder, en este sentido, juntamente con la decisión de sacrificar por el bien de la patria, no solamente vidas y haciendas, sino también, y muy especialmente, opiniones y particularismos. Sólo así podremos cumplir las grandes tareas que nos reserva el porvenir, sólo así llegará a ser Alemania una potencia mundial y sólo así alcanzará el espíritu alemán el puesto que le corresponde en la humanidad. Pero si persistimos en la división que es la característica de nuestra política, no es posible rechazar la idea terrible de que sucumbiremos sin gloria en la gran lucha de las naciones que inevitablemente tendremos que sostener; de que vamos al encuentro de días tremendos, y que otra vez, como en los días de nuestra primera degradación, se oirá el lamento del poeta:

> «¡Pueblo alemán, oh, pueblo el más glorioso,
> enhiestas se mantienen tus encinas,
> pero tú has caído!»
>
> KÖRNER.

Capítulo VI

Importancia social y política de la preparación para la guerra

Si consideramos cuán grandes son los problemas de política y cultura, cuya solución imponen a Alemania su historia misma y sus deberes nacionales y cuántas y cuán formidables las enemistades que amenazan su desenvolvimiento, es imposible que no veamos la dificultad de mantener nuestra posición actual y asegurar nuestro porvenir sin apelar a las armas.

Con esta certidumbre, que experimentarán cuantos miren la situación serenamente, debemos prepararnos para esta guerra de la mejor manera posible. Pertenecen al pasado los tiempos en que podía formarse un ejército con sólo dar una patada en el suelo y bastaba con hacer una leva y conducir las muchedumbres a la batalla. Hoy, los ejércitos deben estar preparados hasta en los más insignificantes pormenores durante la paz, para que puedan demostrar su eficacia en tiempos de guerra.

A despecho de esta convicción, no se han llevado a cabo en Alemania los sacrificios necesarios para los armamentos guerreros, con la buena voluntad que lo grave de la situación exige. Cuantos presupuestos militares se han presentado, los ha combatido el Reichstag, y, a menudo, desde puntos de vista muy mezquinos;

parecía como si nadie comprendiera que una guerra desgraciada precipitaría a nuestro pueblo en una miseria económica que no guardaría proporción con los gastos hechos para el ejército, por grandes y penosos que fueran, y los cuales, a la postre, vuelven a entrar, en su mayor parte, en las arcas del país. Al contrario, las guerras victoriosas vierten gran copia de bienes sobre el vencedor y forman, según lo han demostrado nuestras últimas grandes campañas, la base del progreso económico. También se olvida muchas veces que el servicio militar mismo, tanto más cuanto que es universal y obligatorio, representa beneficios morales para nuestro pueblo y terreno fértil en fuerza y capacidad. No debe olvidarse que todo pueblo tiene que dar cima a otras tareas, aparte de las meramente económicas. No obstante lo que acabamos de decir, recientemente se ha verificado un cambio en la opinión pública, sin duda bajo la presión de los peligros que nos amenazan. Ahora es el pueblo mismo el que reclama imperiosamente la conservación del servicio militar obligatorio y un considerable aumento del ejército e impone su voluntad al ministerio de la Guerra. Sobre los resultados que se obtengan y acerca de si este ministerio se colocará a la altura de su misión, nada puede decirse todavía. No lo rige hoy un Roon. Antes de examinar el punto de la clase y medida de las disposiciones que deben adoptarse para la guerra, tal como las exige la gran crisis histórica que estamos atravesando, paréceme conveniente considerar en conjunto la importancia que tiene la preparación para la guerra, y no sólo desde el punto de vista puramente militar, sino especialmente del político y social, con objeto de propagar su conocimiento, ya que no puede servirse a la patria de mejor manera que perfeccionando su capacidad militar.

La preparación para la guerra ha de resolver dos problemas. Primeramente ha de mantener y mejorar

en el pueblo la capacidad de defensa como un capital nacional; en segundo lugar, ha de preparar el modo de llevar a cabo la guerra, así como los medios para ello necesarios. La capacidad de la defensa nacional en sí misma es ya un factor educativo y precisamente el más valioso para el desenvolvimiento general de la nación.

Como en la competencia social resisten mejor los individuos fuertes, que, bien pertrechados intelectualmente, no temen la lucha, sino que la emprenden con la confianza y la seguridad en la victoria, así en la rivalidad y las luchas entre los pueblos y los Estados únicamente se sostienen los que saben velar por sus intereses y son capaces de defenderlos con las armas.

El servicio militar, no solamente educa a los pueblos en la capacidad para defenderse, sino que desenvuelve, además, de un modo general, su personalidad moral o intelectual para las tareas de la paz. Educa también al hombre en el dominio de sí mismo y en el empleo y despliegue de sus fuerzas, ensancha su capacidad intelectual, su independencia y discernimiento, el sentido del orden y la subordinación a un fin común, despierta la confianza en sí mismo, y su valor, y robustece así todas las cualidades físicas y morales que forman lo esencial de la vida.

Es totalmente errónea la opinión de que a causa del tiempo que el individuo consume en el servicio militar se substraen fuerzas a la vida económica, que, empleadas en ésta, serían más útiles y provechosas. No se substraen tales fuerzas a la vida económica : se educan para ella. De la educación militar brotan fuerzas morales e intelectuales que recompensan ampliamente el tiempo que se gasta en ella y se convierten después en valores reales. Deber moral del Estado es llamar al servicio militar a cuantos hombres sean aptos para él, no solamente a causa de la guerra, sino para que disfruten de sus beneficios y mejoren

sus cualidades de cuerpo y alma. El dinero que gasta el Estado para poner a la nación en estado de defensa, es, en realidad, un gasto social que sirve para fines sociales y educativos y fomenta los altos intereses de la civilización más eficazmente que las adquisiciones de la técnica, de la industria y el comercio, que, si bien tratan de resolver los problemas de la cultura externa, aumentando la riqueza del pueblo y mejorando su vida, llevan también consigo un cierto peligro, como lo es la inclinación al lujo y al goce y la consiguiente disminución de las fuerzas morales y productivas de las naciones. El servicio militar, como medio de cultura, tiene la misma importancia que la escuela y las dos deben completarse y apoyarse recíprocamente, como demostraremos en otro capítulo. Pero el pueblo que no soporta voluntariamente los sacrificios que imponen la escuela y el servicio militar, niega su voluntad de vivir y sacrifica los altos valores que aseguran su porvenir a ventajas materiales que con facilidad se desvanecen.

Es deber del Estado consciente de sus deberes sociales y educativos, reprimir sin consideración alguna todas las tendencias que se oponen al completo desenvolvimiento de su poder defensivo. El sistema con que se lleve a cabo el mantenimiento y el aumento de este poder, admite muchas variedades. Depende en gran manera de las condiciones de vida del pueblo y de las condiciones geográficas y políticas, como también de las históricas, moviéndose así entre dos extremos.

En los Estados Boers, como también en los Estados no civilizados, el ejercicio de las armas se dejó siempre a la iniciativa y libertad individual, y esto bastaba hasta cierto punto, porque su sistema de vida exigía que se familiarizaran con el uso de las armas y la equitación y acostumbraba al ejercicio de las fuerzas corporales. Naturalmente, este sistema

de defensa no se adapta a las exigencias de la cooperación, la subordinación y la habilidad de maniobrar, y las consecuencias de esta falta se hicieron sentir desfavorablemente en la guerra angloboer. En Suiza y en otros Estados, se trata de conseguir la capacidad de defensa por medio del sistema de milicias, con objeto de estar preparados para las eventualidades políticas.

En los grandes Estados de Europa se mantienen ejércitos permanentes, en los cuales los ciudadanos pasan una temporada más o menos larga recibiendo la instrucción militar. Sólo Inglaterra tiene un ejército de mercenarios y además un ejército territorial (milicia), que se compone de voluntarios.

Con estos varios sistemas se obtiene un grado muy distinto de capacidad para la defensa, mas en general es cierto y está comprobado por la experiencia, que cuanto más radical e inteligente es la instrucción en el manejo de las armas y cuanto más se desenvuelven las cualidades militares en el soldado, tanto más elevada es dicha capacidad.

Al examinar los diferentes sistemas militares hay que tener en cuenta que, al par que avanza la cultura y la civilización, están en mutación continua las exigencias del arte militar. Del legionario romano o del soldado que combatía en línea, según la táctica de Federico el Grande, se exigieron cualidades muy distintas de las que debe tener el infante o el jinete de hoy. No solamente han cambiado las funciones materiales del uso de las armas, sino que son también muy distintas las condiciones intelectuales del combatiente. Esto se refiere tanto al soldado considerado individualmente como al ejército entero. No menos incesantemente ha ido cambiando el arte estratégico. Una cosa era hacer la guerra en la Edad Media o en el siglo XVIII con contingentes reducidos y otra cosa es manejar ejércitos que cuentan por millones de hom-

bres. Por esto la preparación guerrera, tanto en el sentido social como en el militar, en los Estados modernos de cultura muy elevada, debe ser diferente de la de un Estado de inferior grado de cultura, que ya en tiempo de paz cuenta con elementos guerreros y donde se desenvuelve la guerra en formas más rudimentarias.

Pero precisamente en esta diferencia del sistema militar estriba la superioridad del Estado de cultura elevada sobre los pueblos inferiores en civilización y poder defensivo. Por esta superioridad ha logrado en tan poco tiempo el Japón el dominio sobre el Asia oriental. Ahora recoge en el campo de la civilización lo que había sembrado en el campo de la guerra, dando así nueva demostración de la inmensa importancia social y educadora de la capacidad militar. De la misma manera, en nuestra patria, de la actividad militar nació un aumento de cultura y de progreso que nunca hubiera podido lograrse por la vía del pacífico desenvolvimiento.

Al considerar las transformaciones del arte militar, nos encontramos en un terreno en que el deber social de mantener a la nación física y moralmente apta para la defensa, converge con el deber político de prepararla para la guerra misma y con el modo de hacerla. También en los últimos preparativos para emprender una guerra puede haber y hay variedad de procedimientos. Los determina ya el sistema mismo de servicio militar adoptado, pero, además, deben tenerse presentes otros factores.

Los Estados, según su posición geográfica, su relación con otros Estados y el poder militar de sus vecinos; según las exigencias de su historia y la mayor o menor importacia de la posición que ocupan entre los demas Estados, efectúan sus preparativos guerreros con más o menos actividad, eficacia y empleo de medios económicos. Si nos detenemos a examinar en

cuán variadas direcciones se mueve la vida de los Estados civilizados, cuán diferentes son sus fines y variadas las tensiones que producen, tendremos que reconocer cuán justificado está que en la preparación para la guerra influyan las indicadas condiciones. Al fin y al cabo la guerra es solamente un medio de conseguir fines políticos y sostener la fuerza moral.

Así es enteramente comprensible y justificado el hecho de que Inglaterra, por su situación insular y sus grandes intereses en los países de ultramar, prepare principalmente sus fuerzas navales. Y así también hay que buscar en su situación política general la razón de que desenvuelva sus fuerzas terrestres solamente en el sentido de asegurar el dominio sobre sus colonias, rechazar una invasión, poco probable, del enemigo, y participar como potencia auxiliar en una guerra continental. Inglaterra, en realidad, no podrá jamás verse envuelta contra su voluntad en una gran guerra en el continente europeo.

Igualmente justificado está que en Suiza, declarada neutral por las potencias y que no puede emprender la guerra a no ser que se vea atacada, se acentúe más la importancia social del servicio militar, procurando desplegar un sistema principalmente defensivo, apoyado en los naturales medios defensivos del país : las montañas. Asimismo se explica que los Estados Unidos de América del Norte sostengan un ejército terrestre muy limitado y en cambio aumenten principalmente su flota. En el continente americano nunca podrá oponérseles un enemigo de igual fuerza ; no tienen que temer una invasión de alguna importancia ; no obstante, en ultramar, les amenazan conflictos de importancia para la historia del mundo con la raza amarilla, que, situada enfrente de sus costas occidentales, crece temiblemente. También es posible que llegue un día a tener que recurrir a las armas para defender su posi-

ción mundial contra Inglaterra, su gran competidora comercial, si bien ésta ha tenido ya muchas veces que doblegarse ante la voluntad norteamericana.

Mientras en algunos Estados parece muy natural y justificada la limitación de los preparativos para la guerra, es también comprensible que Francia haga los esfuerzos más grandes para mantenerse íntegramente al lado de los grandes Estados militares de Europa. Su gloriosa historia la ha transmitido obligaciones políticas a las cuales no quiere renunciar sin lucha, a pesar de que hoy día no están justificadas esas obligaciones ni por el contingente de su población ni por su importancia internacional. Francia da con esto un ejemplo brillante de sacrificio en aras de propósitos ideales, y demuestra poseer un magnífico concepto de sus deberes culturales y políticos.

Del mismo modo que en Francia, en los demás Estados europeos el sistema y la extensión de la preparación para la guerra está ajustada a las condiciones políticas exteriores y al conjunto de los intereses interiores. Existe una diferencia muy grande entre un Estado dotado de unidad nacional compacta y unidad de cultura, con grandes problemas que resolver en beneficio de la humanidad toda y que al mismo tiempo posee en su pueblo la fuerza necesaria para conservar su independencia, defender sus intereses e imponer, si llegara el caso, su misión civilizadora y sus designios políticos a otros países, y un Estado que carece de condiciones para una vida nacional independiente, de los elementos de cultura propia y de la fuerza y el poder para defender en caso extremo su existencia política.

Un Estado así dependerá siempre de la buena voluntad de su vecino más poderoso, aunque su independencia sea justa o su neutralidad esté declarada por convenios internacionales. En el caso de verse atacado por un lado tiene que contar con el apoyo del otro, y del resultado de la lucha que entonces se

entable y de la situación política con que termine, dependerá su existencia o por lo menos las condiciones de su existencia como Estado, es decir, que depende de unos factores que están fuera de su alcance.

Siendo esto así, hay razón para preguntar si un Estado tal tiene el deber y el derecho de exigir de sus ciudadanos, ya en tiempo de paz, un gran esfuerzo militar y el empleo de los correspondientes medios económicos. Tendrá, sin duda, que participar en la lucha en que se ventile su existencia y en teoría parecerá razonable que despliegue el máximum de su potencia militar. Pero en realidad sería también explicable un concepto muy distinto. El ejército de un Estado semejante puede ser tan pequeño que no tenga importancia alguna frente a los modernos ejércitos de millones de hombres. En cambio, también puede parecer práctico organizar un ejército bastante fuerte, no con el propósito de realizar guerras decisivas, sino principalmente para responder a fines sociales y limitarse a la defensiva en caso de guerra, con objeto de dar tiempo a la intervención de los aliados con los cuales estará convenido de antemano y a quienes incumbe la solución definitiva. Tal ejército, sin embargo, debe constituir en todos los casos un factor de fuerza bastante eficaz para lograr el fin propuesto. Los aliados deben recibir de él un aumento de poder tal, que les asegure en lo posible la superioridad sobre el adversario. Solamente entonces tendrán interés en respetar los derechos del Estado amenazado. De este modo los probables aliados deberán tener cierta influencia y ejercer cierta intervención en la preparación para la guerra de un Estado en dichas condiciones, aprovechando al mismo tiempo sus circunstancias locales, su posición geográfica y la naturaleza del territorio.

Es natural que estas condiciones tan variadas den ocasión a los sistemas de defensa más distintos; y así ocurre, en efecto.

En la fortaleza de montañas de que se compone Suiza, la cual, por otra parte, no puede desatender la situación política y militar de Alemania, Francia e Italia, su preparación para la guerra será muy diferente de la de Holanda, con extensas costas y protegida por muchas vías fluviales y cuya independencia política tiene que contar con las fuerzas terrestres de Alemania y las marítimas de Inglaterra.

Muy distintas se presentan las cosas para un país que dispone de poder propio.

También para éste tiene suma importancia el poder de los probables adversarios y de los aliados supuestos, y el Estado tendrá que tener en cuenta la agrupación de las potencias para llevar a cabo su preparación para la guerra en proporción a la que ellas adopten; pero el gobierno no hará depender únicamente de estas circunstancias sus propios preparativos, puesto que la necesidad de poseer una fuerza militar suficiente es constante y no sujeta a condiciones: la constelación política y la agrupación de las potencias pueden experimentar cambios, y la ayuda de un supuesto aliado constituye siempre un factor incierto y oscilante que no puede servir de base firme. El poder militar de todo Estado verdaderamente independiente debe ofrecer por sí mismo la garantía de fuerza bastante para proteger los intereses de un gran pueblo y para asegurarle la libertad de acción y movimiento. Si desde el punto de vista social es demasiado grande cualquier esfuerzo y sacrificio que se haga para mantener la capacidad de la defensa nacional, también deben soportarse con buena voluntad los sacrificios que las circunstancias políticas pueden exigir, teniendo en cuenta los fines que se quieren alcanzar; puesto que tales fines, cuando los determina el verdadero espíritu de justicia política, contienen las condiciones decisivas del porvenir político y del bienestar del Estado y del individuo.

Solamente donde las facultades sanas y enérgicas de un pueblo se desarrollan libremente en la competencia con los demás pueblos, puede formarse un estado de civilización con valor propio y que represente un factor vivo en el desenvolvimiento de la humanidad; también bajo estas condiciones puede afirmarse libremente la energía del individuo. Pero donde la capacidad natural de crecimiento se ve coartada por las condiciones exteriores, el Estado, la colectividad y el individuo padecen las consecuencias.

El aumento del poder político y el consiguiente aumento de actividad constituyen el terreno más propicio para alimentar intelectual y moralmente el poderío de un pueblo.

El deseo de civilización de un pueblo sano debe manifestarse ante todo en un deseo de poder político y al arte de la política incumbe la primera y esencial labor de alcanzar, proteger y ensanchar este poder, ante todo, por medio de la fuerza militar. Así, la preparación para la guerra, proporcionada a las necesidades políticas, es el primero y más importante deber de todo gran pueblo. La superioridad del enemigo no le exime del cumplimiento de este deber. Al contrario, la superioridad adversa debe incitar al supremo esfuerzo militar y a la máxima actividad política, a fin de lograr las condiciones más favorables para la lucha decisiva. Menos que nunca la fuerza numérica será la que decida la victoria en la guerra próxima, aunque no deje de representar un factor importante en el conjunto. Dentro de ciertos límites, circunscripto por la ley de los números, en la guerra de grandes masas será precisamente la fuerza intelectual y moral el elemento que dé la superioridad, y el ejército bien conducido y dispuesto al sacrificio vencerá a las masas numéricamente superiores. De ello ha dado pruebas fehacientes la guerra rusojaponesa.

Si el desenvolvimiento de la fuerza militar constituye

la primera y más importante obligación del Estado, porque todo lo demás depende de la posibilidad de sostener al Estado y su poderío, no quiere esto decir que el Estado deba dedicar todos sus medios, exclusivamente, al aumento de su poder militar. Esto en la práctica no sería posible ni aun conveniente. El poder militar de un pueblo no depende exclusivamente de las armas, sino que se basa esencialmente en un desenvolvimiento armónico de todos sus elementos de fuerza física, intelectual, moral, financiera y militar. Solamente con la cooperación de todos estos factores se puede alcanzar la fuerza defensiva más alta y eficaz. En la guerra de la Manchuria y en el momento decisivo, cuando parecía que la fuerza ofensiva de los japoneses tocaba a su fin, la fuerza defensiva de los rusos falló, porque su base empezó a vacilar ; el Estado quebró moral y políticamente y el ejército mismo demostró estar infestado por la revolución.

Por lo tanto, si de una parte la necesidad social de mantener las suficientes fuerzas militares y, por otra parte, las necesidades políticas determinan la medida y el grado de intensidad de preparación para la guerra, hay que tener en cuenta que esta medida está sujeta a modificaciones, según el concepto que se tenga de las obligaciones del Estado. Por esto notamos que cada vez que se trata de introducir un aumento en nuestras fuerzas militares se entablan las discusiones más vivas, porque las opiniones, respecto de las obligaciones del Estado y del ejército, son diferentes.

En efecto, no es posible formular los deberes políticos del Estado de tal manera que sea imposible la censura desde algún punto de vista.

El agitador socialista, para quien la agitación constituye un fin en sí misma, considerará las obligaciones del Estado de modo muy distinto que el *dilettante* político que vive de la política sin preocuparse por las consecuencias de las cosas, o que el verdadero hombre de

Estado que ha tomado por meta el bien de todos y cuya vista está fija en los horizontes del porvenir.

No obstante, pueden establecerse algunos puntos de vista que limiten la arbitrariedad en la contestación a problemas tan formidables y que, sin duda, convencerán a los que están avezados a considerar serena y objetivamente las cosas.

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que en estos tiempos el poder militar no puede improvisarse, aun cuando existan todos los elementos que deben componerlo.

Aunque el Imperio alemán cuente hoy con 65 millones de habitantes frente a los 40 millones con que cuenta Francia, esta diferencia constituye un capital infructuoso si no se incorpora todos los años al ejército el correspondiente mayor número de reclutas y si no se crean en tiempo de paz las formaciones necesarias en tiempo de guerra para recibir el mayor número de soldados. La idea de que estas multitudes podrán utilizarse en el momento mismo de la necesidad, es un engaño. No constituirán un refuerzo, sino una debilitación del ejército y hasta un peligro si en la hora de la necesidad quisieran ponerse en campaña, precipitadamente, masas no instruídas aún. La campaña de Bourbaki demuestra lo que puede esperarse de tales medidas.

Dado lo complejo de la vida moderna, dada la perfección de la técnica y de las armas y la necesidad siempre en aumento de la capacidad en el individuo, se necesita una larga y complicada preparación para que puedan utilizarse en la guerra todos estos valores, como indicamos ya al principio de este capítulo. Se necesita un año para terminar un cañón de 30 centímetros. Quien quiera tenerlo a su disposición en el momento oportuno debe encargar su fabricación con el tiempo suficiente. Pasan años antes de que el efecto apetecido en un aumento del ejército se haga sentir en las formaciones de la reserva y de la milicia territorial. El re-

cluta que empieza hoy su servicio necesita años para ser soldado útil. La instrucción superficial de reservistas excedentes y otros recursos por el estilo, constituyen meros engaños para quien piensa substituir con ellos la necesidad de una preparación eficaz. No debemos preocuparnos por el momento presente, sino por el porvenir.

Lo mismo hay que decir respecto de las circunstancias políticas. Quien quiera ajustar la preparación para la guerra a la medida de los cambios políticos del momento, quien quiera fundar la disminución de los armamentos en la aparente tranquilidad de la situación política, cometerá una falta de previsión y un delito de lesa patria. La actualidad no debe servir de norma; las grandes ambiciones políticas, los antagonismos y las tensiones constantes, basadas en la naturaleza de las cosas, deben ser lo decisivo.

Cuando a los comienzos del 60 del siglo pasado, el rey Guillermo emprendió la reorganización del ejército prusiano, no existía tensión política alguna. La crisis de 1859 había pasado. Pero el rey había comprendido que los armamentos prusianos no podían ser suficientes para los deberes que acarrearía el porvenir; por esto logró, no sin reñida lucha parlamentaria, la reorganización del ejército, creando así la base sin la cual la gloriosa ascensión del Estado alemán no hubiera existido. Con parecido espíritu de verdadero hombre de Estado, el emperador Guillermo II fomentó el desenvolvimiento de nuestra armada, sin que le obligase a ello ningún apuro político y se granjeó la entusiasta cooperación de su pueblo, porque lo que él anhelaba se reconoció como necesidad indispensable para el porvenir y fué como el cumplimiento de un antiguo deseo alemán.

Si por una parte la preparación para la guerra debe ser independiente de las influencias políticas del momento, por otra parte, el poder militar del enemigo obli-

ga a mantener un mínimum de fuerza que no se puede rebajar sin poner en peligro la seguridad del Estado.

Además, el Estado se ve obligado a utilizar, para el aumento de su poder defensivo, todos los adelantos de la técnica moderna, en cuanto puedan ser de utilidad militar, porque todos estos medios de combate, si estuviesen exclusivamente en manos del enemigo, constituirían para éste una superioridad notable. Necesidad que nadie podrá negar es la de poner a disposición del ejército todos aquellos medios que la ciencia y la técnica ofrecen, con objeto de facilitar su tarea. Además, el ejército debe ser lo suficiente numeroso para que constituya una escuela para todo el pueblo y en la cual pueda recibir una sólida instrucción militar.

Finalmente, la posición política del Estado influye también en el carácter de los preparativos. Si el Estado ha satisfecho todas sus ambiciones políticas y está obligado principalmente a guardar y defender el puesto conquistado, sus armamentos tendrán, naturalmente, carácter defensivo, mientras que los Estados que se hallan en vías de crecimiento y que tienen necesidad de expansión o que pueden verse atacados en varias fronteras, tendrán que dar a su preparación un carácter más bien ofensivo.

Por más que de este modo pueden establecerse ciertas normas que deben regir en los preparativos para la guerra y que resultan de la realidad misma de las cosas, no se puede negar, por otra parte, que el criterio personal tiene todavía mucha libertad de acción y que, especialmente cuando se trata de deberes positivos del Estado, los cuales exigen una política exterior activa, las opiniones respecto de los armamentos pueden ser muy divergentes. En este caso, al hombre de Estado no le queda otro medio que apelar al convencimiento, desenvolviendo y explicando claramente su concepto, para que por lo menos la mayoría del pueblo haga propias sus convicciones. Las circunstancias propias

para llevar la convicción a la vez que a la inteligencia, al corazón de las muchedumbres, no faltan jamás.

Todo ciudadano inglés está convencido de la necesidad de mantener el predominio naval de su nación, porque sabe que de éste depende, no sólo el poder del Estado, sino también el abastecimiento de los víveres necesarios para su vida propia en caso de guerra. No repara en sacrificio alguno para la flota propia y todo aumento en la de una nación rival preocupa inmediatamente a la opinión pública. Francia entera, con excepción de los pequeños núcleos antimilitaristas, reconoce la necesidad de afirmar, por medio de redoblados esfuerzos en los armamentos militares, el poder del Estado quebrantado en 1870-1871, y, con unanimidad ejemplar, trata de alcanzar este fin. Hasta en la neutral Suiza es tan poderoso el convencimiento de que la independencia nacional depende menos de los convenios internacionales que de la propia defensa, que el pueblo soporta gustoso el grave peso de los gastos militares. También en Alemania ha de ser posible lograr que el pueblo comprenda las grandes obligaciones que pesan sobre el Estado, especialmente si se le descubre la verdadera situación política, sin recurrir a subterfugios diplomáticos, que en el extranjero no engañan a nadie y que únicamente pueden perjudicar al país propio.

Verdaderamente, no hay que retraerse ante la opinión pública, como tampoco se retrajo el rey Guillermo I cuando llegó la hora, pues donde la opinión pública no está influída por una voluntad o por una necesidad imperiosa, fácilmente se deja llevar de las más encontradas influencias. Precisamente en Alemania, por ser un Estado interior y exteriormente dividido, este peligro es más grande. El gobernante que en este caso se incline ante la opinión pública, corre el peligro de perjudicar los intereses del pueblo y del Estado.

Una de las máximas más importantes del arte político y que no admite dudas, es que *jamás deben exponerse intereses permanentes para conseguir ventajas momentáneas*, como podrían ser : disminución de impuestos, mantenimiento momentáneo de la paz u otros beneficios aparentes, que luego se trocarían en graves desventajas.

El hombre de Estado debe dirigirse enérgicamente hacia su meta sin dejarse desviar por la opinión pública, por las dificultades que haya que vencer o los sacrificios que tengan que exigirse al pueblo. Hasta donde sea posible debe tratar de conciliar entre sí y con su propia intención los intereses opuestos. Pero cuando se trate de la resolución de problemas fundamentales como, por ejemplo, la realización completa del servicio militar obligatorio, o de necesidades de las cuales dependa la preparación para la guerra, no debe temer la lucha, a fin de procurar al Estado los medios necesarios para que éste se mantenga a la altura de sus deberes.

Una de las obligaciones esenciales de la política consiste en hacer posible una preparación guerrera que corresponda a las circunstancias, mientras que es tarea encomendada al mando superior del ejército — la cual linda ya con el terreno de la estrategia — llevar a cabo esta preparación y determinar los medios con que ha de contarse para la guerra misma. Política y estrategia se tocan en este campo. La política, al proporcionar los recursos para la guerra y determinar su medida, tiene que resolver en cierto modo un problema estratégico.

Sería debilidad funesta y demostración de menguada habilidad política, hacer que la preparación para la guerra dependiera de los medios financieros momentáneamente disponibles y que éstos dieran la medida de tal preparación. Sería la prueba mayor del absoluto desconocimiento de las obligaciones militares. « Ningún

gasto sin estar en fondos» es la fórmula con que se expresa esta idea. Nuestro gran historiador y político Enrique de Treitschke, enseña que en todo gran Estado civilizado los deberes que han de cumplirse son los que determinan la cuantía de los medios financieros que han de aprontarse, y el mejor ministro de Hacienda no será el que sepa mantener hábilmente el balance del presupuesto, teniendo los mayores miramientos posibles para con las fuerzas económicas del pueblo y renunciando a los gastos políticamente necesarios, sino el que sepa estimular la actividad de todas las fuerzas vivas del pueblo, interesándolas y aprovechándolas para los fines comunes, de manera que los ingresos del Estado sean suficientes para cubrir los gastos políticos reconocidamente justos. Podrá alcanzar esta meta obrando en connivencia con los ministros de Comercio, Agricultura, Industria y Colonias, para librar al individuo de cuanto oprima su espíritu de empresa y su actividad y crear por todas partes condiciones propicias para los negocios. Las medidas financieras y productoras del Estado deben estar animadas de un espíritu grande y generoso si se quieren cumplir los deberes políticos del presente y del porvenir.

Así la preparación para la guerra, que en los tiempos modernos requiere el empleo de recursos financieros considerables, ejerce influencia muy honda en toda la vida social y política de la nación y en los programas financieros del Estado.

Capítulo VII

Carácter de la guerra próxima

La necesidad social de mantener el vigor militar de nuestro pueblo, las exigencias políticas del Estado, y el poder de nuestros probables enemigos; he aquí los factores que principalmente imponen nuestra preparación para la guerra, o por lo menos es lógico que la impongan.

Ya he tratado de exponer y resumir en fórmulas concretas las tareas políticas y civilizadoras a que nuestra historia y nuestro carácter nacional nos obligan. Ahora se trata de determinar las fuerzas militares que probablemente se nos opondrán y contra las cuales tendremos que combatir. Su conocimiento nos permitirá medir los peligros y juzgar hasta qué punto son realizables nuestras aspiraciones políticas; sólo cuando tengamos un claro concepto del poder de nuestros adversarios, podremos formarnos idea clara del carácter de la próxima guerra, en la cual se decidirá nuestro porvenir.

No estriba todo, sin embargo, en el conocimiento de las fuerzas militares de nuestros adversarios, aunque este conocimiento forme la base de nuestro juicio: debemos darnos cuenta, además, de la intensidad de sus sentimientos hostiles y de la capacidad bélica de sus ejércitos. El grado de hostilidad con que tendremos

que contar dependerá de las recíprocas intenciones y fines políticos y del antagonismo de los caracteres nacionales en lucha; y para formar un juicio exacto de la capacidad militar de nuestros adversarios, habrá que tomar como base la experiencia que proporcionan las guerras más recientes.

Examinando en primer lugar el poder militar de los Estados y grupos de Estados probablemente enemigos, obtendremos el cuadro siguiente:

Según recientes comunicaciones del ministro de Hacienda francés, Klotz, el ejército francés en pie de paz contaba, en 1910, con 580,000 hombres, incluso el cuerpo colonial, estacionado en Francia y que una vez rotas las hostilidades se incorporará al ejército de operaciones en el teatro europeo de la guerra, y con el *Service auxiliaire,* compuesto de los 30,000 hombres menos aptos, que no prestan servicio militar armado. En caso de guerra, el ejército se compone, según las indicaciones del mismo ministro, incluídos los territoriales y las reservas, de 2.800,000 hombres movilizables. De esta suma hay que descontar un tanto por ciento de bajas naturales, que, según datos franceses, llega al 20 por 100; por consiguiente, debe contarse con un total de ejército activo y de reserva de 2.300,000 hombres. Tomándolo de la misma fuente, sabemos que las tropas territoriales con sus reservas suman 1.700,000 hombres, de los cuales hay que descontar, por el motivo antedicho, el 25 por 100, o sean 450,000 hombres.

Suponiendo que en caso de guerra la proporción sea la misma que en tiempo de paz, resulta de los presupuestos de 1911, que los 2.300,000 hombres del ejército activo y de reserva, se distribuyen como sigue:

Infantería, en números redondos	1.530,000 hombres
Caballería, » » »	230,000 »

(puesto que gran parte de las tropas de reserva y territoriales de estas dos armas se emplean en el servicio de transportes del ejército)

Artillería, en números redondos	380,000 hombres
Ingenieros y tropas de transporte	70,000 »
Administración militar y sanidad	90,000 »

No es posible aumentar estos contingentes, pues en Francia se declara útil el 90 por 100 del reemplazo anual, y más bien el número de nacimientos disminuye. Mientras en 1870 los nacimientos todavía llegaron a 940,000, en 1908 no fueron más que 790,000.

También se ha tenido que recurrir a medios como el de admitir a los menos aptos para el servicio en filas, empleándolos en servicios secundarios (escribientes, ordenanzas, etc.), para no debilitar las formaciones al privarlas de los hombres necesarios para tales servicios.

Además, se han buscado otras canteras de material humano y se ha resuelto aumentar las tropas con indígenas de Argelia y Túnez, para reforzar con ellas el ejército europeo en caso de guerra. Al mismo tiempo se instituyó el ejército de negros del Africa occidental, tropas que se consideran excelentes. En Argelia se trata de introducir el servicio limitado, como existe ya en Túnez, mientras que el ejército negro debe completarse por el momento con voluntarios y sólo en caso de necesidad se procederá a la leva. Las tropas negras deben servir, en primer lugar, para relevar las de Argelia y Túnez, con objeto de disponer de éstas en Europa. Como los negros que hacen el servicio militar son paganos, esperan los franceses poder servirse de ellos para mantener el equilibrio con los indígenas mahometanos. También se ha demostrado que las tropas negras soportan muy bien el clima del norte de Africa y que constituyen una tropa muy útil. Los dos batallones negros estacionados en Chauia y que

tomaron parte en el ataque de Fez, soportaron perfectamente el clima y mostraron ser buenos soldados. No hay duda que este plan será ejecutado con energía y que tiene probabilidades de éxito, aunque se encuentra todavía en los principios. Hasta ahora no se han presentado proyectos de ley que se refieran al aprovechamiento de las fuerzas indígenas de Argelia y el Africa occidental. La importancia que pueda tener el aumento de estas tropas, no se puede prever todavía. Sin embargo, el ex ministro de la guerra, Messimy, ha insistido siempre en el empleo limitado de indígenas argelinos. Todos los años se procede a un reconocimiento de los eventuales reclutas argelinos de 18 años. La comisión encargada en 1911 de este reconocimiento se manifestó en el sentido de que, con la introducción del servicio activo limitado y de reserva, sería posible disponer, en caso de guerra, de un total de 100 a 120,000 soldados indígenas de Argelia y Túnez. Estas tropas podrían prestar también servicio en Europa y están llamadas a reforzar el ejército del Rhin con tres cuerpos de ejército, que, dentro de algunos años, podrían aumentarse considerablemente con las formaciones de reserva.

Distintas son las cosas en lo referente a las tropas negras. Francia dispone ahora, en todas sus posesiones del Africa occidental, de unos 16,000 soldados voluntarios negros; pero como la población cuenta de 10 a 12 millones, ese contingente podría tener considerable aumento (1). En el sur de Argelia se encuentra desde mayo de 1910, por vía de ensayo, un batallón de tiradores del Senegal, y como en el presupuesto del Ministerio de la Guerra de 1912 se propone el traslado de otro batallón de senegaleses a Argelia, podemos deducir que se mantiene el propósito de trasladar cada vez más tropas negras a dicha colonia.

---

(1) *Revista trimestral de Estrategia y Arte militar*, 1910, cuaderno II: Tropas africanas como refuerzo del ejército francés ».

Sin embargo, no existen bastantes tropas negras adiestradas para que se pueda pensar en trasladarlas al norte de Africa antes de algunos años. Los regimientos de senegaleses 1, 2 y 4, estacionados en Senegambia, bastan apenas para proporcionar las tropas necesarias a otras colonias del Africa francesa. Aunque no haya duda de que Francia pueda formar un ejército negro bastante poderoso, por el momento parece lejana la posibilidad de enviar divisiones negras a la próxima guerra europea. Pero es indudable que dentro de algún tiempo podrá esto realizarse.

Tampoco hay que contar hasta dentro de mucho tiempo con el empleo de tropas indígenas marroquíes en Europa. El país posee muy buenos guerreros; pero el Sultán sólo domina una parte del territorio que llamamos Marruecos. Por lo tanto, no hay que hablar de un ejército marroquí en gran escala; por ahora Francia y el gobierno del Sultán, se esfuerzan en formar un ejército de 20,000 hombres para la seguridad del gobierno y para no verse obligados a mantener tropas regulares francesas en aquel país. La adquisición de Marruecos no constituye por ahora un aumento de poder militar para Francia, pero con el tiempo será un excelente depósito de reclutas y no hay duda que Francia sabrá sacar provecho de ello con toda la energía militar que le es propia.

Para un porvenir próximo, por lo tanto, hay que contar con un refuerzo del ejército europeo francés, formado por las tropas que puedan trasladarse de Argelia y Túnez, cuando se introduzca allí el servicio militar limitado. Este refuerzo será, por lo menos, de 120,000 hombres, y lo que tácticamente valen estas tropas, pueden juzgarlo los que combatieron con ellas en los campos de batalla de Weissenburg y Wörth. Una fuerte división de *turcos* está disponible ya desde ahora.

Después del ejército francés, nos interesa principalmente el ejército ruso. Como en aquella nación no se

publican los presupuestos de paz ni los de guerra, es difícil dar números exactos y no menos difícil averiguar el contingente de cada una de las armas, y aun la masa total del ejército sólo aproximadamente puede calcularse.

Según los contingentes reclutados en los últimos tres años, el efectivo del ejército ruso en tiempo de paz se compone, incluyendo los cosacos y los *guarda fronteras,* de 1.346,000 hombres; la infantería y los tiradores forman 37 cuerpos de ejército (1 cuerpo de la Guardia, 1 de granaderos, 25 cuerpos en Europa, 3 en el Cáucaso, 2 en el Turquestán y 5 en Siberia). La caballería está dividida en divisiones, brigadas independientes y algunos regimientos también independientes. En tiempo de guerra, cada cuerpo de ejército se compone de dos divisiones, formando un total de 42,000, hombres; cada división de infantería consta de dos brigadas con un total de 20,000. Cada brigada de tiradores se compone de 9,000 hombres y la división de caballería de 4,500 hombres. Partiendo de estos datos resulta que las formaciones existentes constituyen una fuerza total para el ejército permanente en tiempo de guerra de 1.800,000 hombres. Hay que añadir las tropas no afectas a los cuerpos de ejército, empleadas en las fortificaciones, etc. Así puede suponerse que el ejército constará de unos 2.000,000 de hombres.

Mas no toda esta fuerza militar puede emplearse en una guerra europea. Primeramente hay que descontar los cuerpos de ejército siberianos y turquestanos que habrá que dejar en el interior y en la frontera oriental. Para mantener el orden en el interior, tendrán que dejarse probablemente tropas en Finlandia, la Guardia en San Petersburgo, por lo menos una división en Moscou y un cuerpo de ejército en el Cáucaso. Así es que hay que descontar 13 cuerpos o sean 546,000 hombres, quedando una fuerza activa

de 1.454,000 hombres. A esto hay que añadir unos 100 regimientos de cosacos del segundo y tercer reemplazo, que pueden calcularse en unos 50,000 hombres, y las reservas y milicias que se movilizan en tiempo de guerra. Para las formaciones de reserva hay disponible suficiente número de soldados instruídos para formar una división de reserva de primero y segundo orden por cada cuerpo. Estas tropas, calculando cada división en 20,000 hombres, sumarían 1.480,000 soldados. De este número hay que rebajar un cierto tanto por ciento de bajas naturales. Tampoco se sabe cuáles de estas formaciones se llamarán, efectivamente, en caso de guerra. De todos modos hay que contar con que podrá ponerse en movimiento para una gran guerra un ejército enorme. Después de haber deducido todos los contingentes que deben quedarse en el interior del país, podrá ponerse con facilidad, en la frontera europea, un ejército de 2.000,000 de hombres. Difícil es saber si existen bastantes armas, utensilios de guerra y municiones para un ejército así, pero tampoco en este sentido debe despreciarse el poder de un Imperio como el ruso.

Otro aspecto presenta la tercera potencia de la triple *entente:* Inglaterra (1).

El reino británico se divide, militarmente, en dos partes: esto es, en el Reino Unido, con las colonias administradas por el gabinete inglés, y en las colonias autónomas; estas últimas disponen solamente de milicias que en parte se hallan todavía en formación. De éstas no hay que hablar porque nada tienen que ver con el teatro de la guerra europea.

El ejército de aquella parte del reino que gobierna directamente el gabinete inglés, se compone de un ejército regular, formado por voluntarios de cada país con oficiales ingleses, y de un ejército territorial pro-

(1) *Revista trimestral de Estrategia y Arte militar*, 1911, cuadernos III y IV: «Las fuerzas terrestres del reino británico».

piamente inglés, es decir, de una milicia que todavía no ha completado el efectivo de 300,000 hombres que se quería alcanzar. Esta milicia consta actualmente de 270,000 hombres y está destinada al objeto exclusivo de la defensa del país. Su valor militar no es muy alto por ahora. Para una guerra en el Continente no se debe contar con esta milicia. A la guerra se destinaría, en primer lugar, una parte del ejército regular inglés, que consta actualmente de 250,000 hombres. Éstos sirven doce años : siete en activo y cinco en la reserva. Para sostenerlo en este pie se necesitan todos los años 35,000 reclutas. En la reserva hay, en la actualidad, 136,000 hombres. Existe, además, una reserva especial, con alistamiento e instrucción aparte; así que el total de las reservas asciende a unos 200,000 hombres.

Del ejército regular inglés se encuentran en Inglaterra 134,000 hombres, en la India 74,500, que forman con los 159,000 soldados indígenas el ejército anglo-indio. Hay, además, en las posesiones inglesas 39,000 hombres (Gibraltar, Malta, Egipto, Adén, Africa del Sur y otras colonias y protectorados). Interesante es, ante todo, la situación militar en Egipto, cuyo ejército se compone de 6,000 ingleses y 17,000 indígenas, que en tiempo de guerra pueden ascender a 29,000 y cuyos oficiales, en una quinta parte, son ingleses. Se comprende que, en vista de la profunda agitación del mundo mahometano, los ingleses consideren su posición en cierto modo amenazada. Por este motivo existe en Inglaterra el propósito de trasladar en breve a las guarniciones del Mediterráneo los 11,000 hombres que se encuentran actualmente en el Africa del Sur. Estas últimas tropas constituirán una división aparte.

Como hemos dicho ya, para la guerra en el Continente se cuenta, en primer término, con el ejército regular que se halla en Inglaterra. Este ejército forma, en caso de movilización, el « ejército regular de cam-

paña» y se compone de seis divisiones de infantería, una división de caballería, dos brigadas montadas y tropas diversas que, excluyendo ingenieros y tropas destinadas a transportes, suman un total de 130,000 hombres. Las tropas regulares del Reino Unido que no pertenecen al ejército regular de campaña, cuentan, además, con unos 100,000 hombres y se componen de un pequeño número de unidades móviles de artillería de a pie e ingenieros, afectos a las fortificaciones de la costa, y de otras formaciones de reserva. Estas tropas, con los 13,000 hombres de artillería e ingenieros de la milicia, forman el ejército de guarnición, en el cual el ejército territorial de campaña recibe su instrucción. Antes de que algunos contingentes de este ejército estuvieran listos para reforzar el ejército regular expedicionario, pasarían algunos meses. De manera que para un cuerpo inglés de desembarco a lo sumo se puede disponer de 150,000 hombres. Pero hay que tener presente que estas tropas constituyen, al mismo tiempo, las reservas de las tropas acantonadas en las colonias, y éstas, en caso de graves complicaciones, necesitarían refuerzos. Este es el punto más débil del poder militar inglés. Únicamente, mientras en las colonias esté todo tranquilo, podrá Inglaterra disponer de su ejército regular para una guerra en el Continente, y se comprende cuánta importancia tendría amenazar a Inglaterra en sus posesiones, especialmente en Egipto.

Frente a los grandes ejércitos de la Triple Inteligencia, dispone Alemania de un ejército activo en pie de paz, de 589,705 hombres (incluso los suboficiales) y 25,500 oficiales; Austria de 361,553 hombres y 20,000 oficiales. La fuerza total de los dos Estados en tiempo de guerra, se puede calcular del modo siguiente:

En Alemania se reclutaron, en 1892, incluyendo los voluntarios y el personal no afecto directamente a las

armas, 194,664 hombres; en 1909, se reclutaron 267,283 hombres, es decir, un promedio anual de 230,975 hombres, en los diez y siete años que van de 1892 a 1909. Esto da un contingente de 3.926,575 hombres, descontando del cual el 25 por 100 de bajas naturales, quedan 2.944,931 soldados instruídos. Añadiendo el contingente en pie de paz, se obtiene una fuerza total de 3.534,636 hombres, a los cuales puede oponer Francia un número igual. Estos datos se refieren al año 1911. Según el presupuesto del ejército alemán para 1912, el ejército alemán consta de 27,267 oficiales, 92,347 suboficiales y 531,004 hombres. Por consiguiente, la fuerza total del ejército alemán en tiempo de guerra, sería algo mayor de lo indicado arriba, pero cuando se trata de ejércitos de millones, estas diferencias son de escasa importancia.

En Austria la recluta anual es de 135,000 hombres. El servicio total dura doce años, aparte del tiempo en que el soldado pertenece a la *Landsturm* (última categoría de reserva). Esto da, quitando los tres años del servicio activo, un total de 1.215,000 hombres o sea, descontando el 25 por 100 de bajas naturales, 911,250 hombres. A este efectivo hay que añadir nueve años de *Landsturm* instruída, que, deducidas las bajas naturales, forman otro total de 911,250 hombres. Con el contingente del ejército en pie de paz se obtiene en tiempo de guerra un total de 2.184,053 hombres, es decir, el mismo total que Rusia puede poner en campaña en Europa después de haber proveído a sus atenciones en el interior. El número de hombres que servirán en Alemania y Austria en caso de guerra, para completar las formaciones de campaña, no es público ni debe serlo. Este número dependerá, en parte, de los hombres disponibles y, en parte, de otras circunstancias que tampoco son del dominio público. Aunque para estas formaciones se supongan sumas muy altas, nunca se llegará a las representadas poı las que reúnan Francia

y Rusia; hay que pensar más bien en contrarrestar la superioridad numérica del enemigo con un mayor valor táctico de las tropas, mejor espíritu en la dirección y un atrevido aprovechamiento de tiempo y espacio, teniendo en cuenta, además, que aunque se sumase el ejército italiano a los de Alemania y Austria, no se lograría el equilibrio con las fuerzas enemigas.

En Francia se pensó hasta ahora en dejar dos cuerpos de ejército en la frontera italiana. Escritores modernos franceses (1) dan por segura la salida de Italia de la Triple Alianza, de manera que no sería necesario dejar ejército alguno en la frontera italiana, sino que Francia podría emplear todas sus tropas contra Alemania.

El efectivo del ejército italiano en tiempo de paz es, es números redondos, de 250,000 hombres, repartidos en 12 cuerpos de ejército y 25 divisiones. La infantería consta de 140,000 hombres divididos en 96 regimientos. Hay, además, 12 regimientos de *bersaglieri*, cada uno con un batallón de ciclistas y 8 regimientos alpinos. La caballería se compone de 29 regimientos, de los cuales 12 están agrupados en tres divisiones de dicha arma. La artillería cuenta con 24 regimientos de campaña y de 1 regimiento montado, con un total de 193 baterías de campaña y 8 baterías montadas. Además: 27 baterías de montaña y 10 regimientos de artillería de plaza con 98 compañías; 6 regimientos de ingenieros, incluyendo 1 de telegrafistas y 1 batallón de aeronautas. La gendarmería se compone de 28,000 hombres.

El efectivo del ejército en campaña en tiempo de guerra es de 775,000 hombres; otras formaciones de primera y segunda línea cuentan con 70,000 hombres. La última categoría de reserva cuenta con 390,000 hombres. El contingente de las tropas de reemplazo disponibles para el caso de movilización no se ha publicado. Se divide todo el ejército de campaña en tres

---

(1) CORONEL BOUCHER: *La ofensiva contra Alemania.*

ejércitos, con un total de 12 cuerpos, 8 a 12 divisiones de territoriales y 4 de caballería.

En cuanto a tropas coloniales, tiene Italia 48 oficiales y 16 suboficiales para mandar los 3,500 soldados indígenas en el Benadir; en Eritrea 131 oficiales y 644 suboficiales italianos y 3,800 soldados indígenas. De esta manera Italia dispone de una fuerza militar considerable, pero es dudoso que las tropas italianas meridionales tengan mucho valor táctico. También podría darse el caso de que Italia necesitase fuerzas considerables para la defensa de las costas, y la conservación de su posesión de Trípoli constituiría también una grave preocupación, si tuviera que defenderla contra Francia.

Mucho ha aumentado el ejército turco. Antes de la guerra de los Balkanes su efectivo en tiempo de paz era de 275,000 hombres. En 1910 este contingente se repartía como sigue :

1. Tropas activas (Nizam) :

Infantería	133,000 hombres
Caballería	26,000 »
Artillería	43,000 »
Ingenieros	4,500 »
Tropas especiales	7,500 »
» de transportes	3.000 »
Mecánicos	3,000 »
En junto	220,000 hombres

2. El Redif (territoriales) compuesto solamente de infantería, con un total de 25,000 hombres, q e según el reglamento del Redif se llaman por turno para breves ejercicios.

3. Oficiales del Nizam y del Redif, empleados y autoridades varias, con un total de 30,000 hombres.

El efectivo total del ejército turco en tiempo de guerra es de 700,000 hombres y está compuesto por tropas de Europa, Anatolia, Armenia y Siria. Pero es

difícil que puedan emplearse todas estas tropas en el teatro de la guerra europeo. Como «refuerzo extraordinario» se considera la reserva de última categoría (Mustafiz) que se emplea en el mantenimiento del orden en el interior y para la defensa de algunas plazas. Se ha pensado en los preparativos necesarios para poder colocar de 30 a 40,000 hombres de la Mustafiz en Europa.

Estos datos se refieren al estado de cosas anterior a la guerra en los Balkanes. La forma que adoptará la fuerza militar turca en el porvenir no se puede precisar hasta que acabe la guerra y mientras la situación política no se aclare. No es probable que hasta dentro de algunos años constituya Turquía un factor de importancia en la política europea, a no ser que haya quienes pretendan repartirse también la Turquía asiática, como consecuencia de la guerra balkánica actual.

Del mismo modo los pequeños Estados balkánicos pueden poner en pie de guerra ejércitos no despreciables.

Montenegro dispone de 40 a 45,000 hombres con 104 cañones y 44 ametralladoras. Además, cuenta con 11 batallones de reserva de un número limitado de hombres para servicios fronterizos y vigilancia local. En *Servia*, el ejército, en tiempo de paz, cuenta con unos 28,000 hombres, pero esta suma no se completa nunca y baja en invierno a 10,000. Para tiempo de guerra se ha previsto un ejército de 250,000 hombres (este efectivo se refiere al número de soldados que se supone podrá mantener la nación), comprendiendo unos 165,000 fusiles, 5,500 sables y 432 cañones de campo y montaña (108 baterías de a 4 piezas); además, cuentan con 6 baterías de grueso calibre de 4 a 6 piezas y 228 ametralladoras. Hay que añadir las formaciones de reserva (tercera línea), de manera que en conjunto se trata de unos 305,000 hombres. El contingente de la reserva de última categoría no es conocido.

El ejército *búlgaro* cuenta en tiempo de paz con 59,820 hombres. La distribución de las diferentes armas no es conocida. En tiempo de guerra hay armamento para 330,000 hombres y precisando más para 230,000 soldados de infantería, con 884 cañones, 232 ametralladoras y 6,500 sables. Incluyendo las tropas de reserva y la guardia nacional, que solamente se emplea en el interior y que comprende los hombres de 41 a 46 años, la fuerza total del ejército alcanza a unos 400,000 hombres.

En *Grecia* se quiere disponer para el caso de guerra de un ejército de campaña de 146,000 hombres, además de 83,000 territoriales y 63,000 hombres de reserva de última categoría.

Es difícil afirmar si esas fuerzas asignadas a los Estados balkánicos han sido efectivas o tal vez superiores durante la guerra actual. En todo caso, los búlgaros han demostrado tener un ejército capaz y también los montenegrinos han combatido muy bien. Los éxitos tácticos de griegos y servios no parecen muy halagüeños, tanto más cuanto luchaban con adversarios débiles y en parte desmoralizados.

Lo que sí puede darse por averiguado es que todos ellos lograrán de esta guerra un aumento de territorio y un proporcionado aumento de sus ejércitos, y que habrá que contar con ellos como verdaderos factores militares, especialmente importantes en lo que atañe a Austria. Gran importancia política tendrán el arreglo entre Bulgaria y Rumanía y la cuestión de si Adrianópolis quedará al fin en posesión de Turquía.

Rumanía, que ocupa políticamente una posición especial, forma también una potencia aparte. Hay en Rumanía, además de las tropas activas, una milicia de caballería llamada « Calaraji « (hijos de aldeanos ricos, con caballos propios), cuyas unidades sirven alternativamente durante cortos períodos.

En tiempo de paz el ejército se compone de 5,000 oficiales y 90,000 hombres en servicio permanente, además de 12,000 hombres de la «Calaraji». Las tropas permanentes se componen de 2,500 oficiales y 57,000 soldados de infantería, 8,000 hombres de caballería permanente (Rosiori) con 600 oficiales, y 14,000 de artillería con 700 oficiales.

Para el caso de guerra se ha previsto un ejército de campaña de 6,000 oficiales y 274,000 hombres con 550 cañones. De éstos pertenecen 215,000 hombres a infantería, 7,000 a caballería y 20,000 a artillería. Por consiguiente, la caballería es más débil en tiempo de guerra que en tiempo de paz, porque, según parece, parte de los «Caralaji» servirán como soldados de a pie. Incluyendo las tropas de reemplazo y la milicia, el ejército tendrá en tiempo de guerra un total máximo de 430,000 soldados. Se dispone de un total de 650,000 hombres instruídos.

Mientras los Estados balkánicos sólo tienen importancia militar directa respecto de Austria, Turquía y Rusia, e indirecta para Alemania, los ejércitos de los pequeños Estados de la Europa central pueden tener un valor directo para nosotros, según se vean obligados o incitados a intervenir en pro o en contra nuestra. Entre nuestros vecinos del Oeste tenemos, en primer lugar, a Suiza y Holanda, y, en segundo, a Bélgica.

Suiza dispone en caso de guerra de un ejército de 263,000 hombres. En primera línea puede colocar 96,000 hombres de infantería, 5,500 de caballería, con 288 cañones de campaña y 48 obuses; en total, 141,000 hombres.

Los territoriales suman 50,000 hombres de infantería, 4,000 de caballería y los necesarios para el servicio de 36 cañones de 12 centímetros. La fuerza total es de 69,000 hombres. Finalmente, la reserva de última categoría asciende a 53,000 hombres.

El ejército *holandés* consta en tiempo de paz de un efectivo medio de 30,000 hombres, que oscila mucho a causa de la breve duración del servicio.

En general, hay en activo 13,000 hombres de infantería, 3,000 de caballería, 5,000 de artillería de campaña, 3,400 de artillería de plaza y 1,400 de ingenieros y comunicaciones. El ejército de campaña contaría en caso de guerra con 80,000 hombres; de ellos 64,000 infantes, ciclistas y secciones de ametralladoras, 2,600 jinetes, 4,400 artilleros y 900 ingenieros. Estaría dividido en 4 divisiones, cada una compuesta de 15 batallones, 4 escuadrones, 6 baterías y 1 sección de ingenieros. Además se formaría un ejército de guarnición de plazas de unos 80,000 hombres, repartidos en la forma siguiente: 12 batallones de infantería de servicio activo y 48 de la segunda reserva, 44 compañías de artillería de a pie del servicio activo y 44 de la segunda reserva y 10 compañías de ingenieros, en parte pertenecientes a la segunda reserva. La costa holandesa está fortificada en varios puntos. Cerca de Helder, Ymuiden, Hoek van Holland, Völkerack y Haringvliet, existen obras de fortificación, mientras que Flisinga está poco fortificada por ahora. También Amsterdam es plaza fuerte dotada de fortificaciones avanzadas hasta la nueva línea de las aguas holandesas (fortaleza « Holanda »).

Por consiguiente, Holanda podría ofrecer grandes dificultades a una tentativa inglesa de desembarco, en especial si sus baterías de costa están provistas de eficaz artillería; pero sucumbiría muy pronto si se prestase a tomar partido contra Alemania.

Bélgica dispone en tiempo de paz de 42,000 hombres, repartidos como sigue: 26,000 hombres de infantería, 5,400 de caballería, 4,650 de artillería de campaña, 3,400 de artillería de fortificación y 1,550 entre ingenieros y tropas de comunicación y transporte.

En caso de guerra el ejército tendría, en números redondos, 100,000 hombres distribuídos en 74,000 de infantería, 7,250 de caballería, 10,000 de artillería de campaña y 1,900 ingenieros y tropas de comunicaciones, formando 4 divisiones de ejército y 2 de caballería. Estas últimas constan cada una de 20 escuadrones y 2 baterías, mientras que las divisiones de ejército se componen de 17 batallones de infantería, 1 escuadrón, 12 baterías y 1 sección de ingenieros. Además, se formaría un ejército dedicado a guarnición de plazas, compuesto de 80,000 hombres y reforzado por la guardia cívica. El punto de apoyo principal lo forma Amberes, que es considerada como una fortificación muy importante. En la línea del Mosa se encuentran las ciudades fortificadas de Lieja, Huy y Namur. En la costa no existen fortificaciones.

Recientemente, y bajo la presión de la situación política, se proyectó un aumento considerable del ejército. Para Amberes se ha previsto una guarnición de 90,000 hombres y aumentando considerablemente las tropas de línea, se intenta formar un ejército de operaciones de 340,000 hombres. No se sabe si se realizarán estos planes militares.

Gran importancia militar tiene para nosotros *Dinamarca*, país que domina las entradas al Mar Báltico. Su capital, Copenhague, es una fortificación muy poderosa, pero el ejército no constituye un gran factor militar, puesto que la instrucción en él se limita a pocos meses. Este Estado mantiene en tiempo de paz unos 10,000 hombres de infantería, 800 de caballería, 2,300 de artillería y 1,100 de armas especiales, en junto 14,200 hombres; pero su fuerza oscila entre 7,500 y 26,000 hombres. Para caso de guerra se ha previsto un ejército de 62,000 hombres y 10,000 de reserva, repartidos como sigue : 58,000 de infantería, 3,000 de caballería, 9,000 de artillería y 2,000 hombres pertenecientes a las armas especiales.

COMPARACIÓN DE LA FUERZA NAVAI

SEGÚN LA SITUACIÓN DI

PESO DE LA ANDANADA DESDE EL CALII

	TERMINADOS								
	ANTIGUOS			MODERNOS			TOTAL		
	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada
1. INGLATERRA.		*Tonelad.*	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*
a. Acorazados de línea..	8	112,790	19,855	54	884,700	131,415	62	997,490	151,270
b. Cruceros acorazados..	.	......	......	39	511,740	38.258	39	511,740	38,258
Dreadnoughts comprendidos bajo *a* y *b* ..	....	......	......	*19*	*384,280*	*72,705*	*19*	*384,280*	*72,705*
c. Cruceros protegidos..	17	89,680	......	67	347 750	......	84	437,430	......
d. Torpederos grandes...	79	30,480	......	145	94,130	......	224	124,610	......
e. Torpederos pequeños.	36	5,000	......	....	....	......	36	5,000	......
f. Submarinos..........	9	1,620	......	59	19,990	......	68	21,610	......
Total......	...	239,570	19,855	....	1.858,310	169,673	....	2.097,880	189,528
2. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.									
a. Acorazados de línea...	....	......	......	31	457,070	82,320	31	457,070	82,320
Dreadnoughts comprendidos bajo *a*	....	......	......	*6*	*117,520*	*22,064*	*6*	*117,520*	*22,064*
b. Cruceros acorazados..	1	8,280	472	14	181,260	11,956	15	189,540	12,428
c. Guardacostas acorazados..............	1	4,150	1,252	4	13,120	3,152	5	17,270	4,404
d. Cruceros protegidos..	4	19,890	......	12	45,380	......	16	65,270	......
e. Torpederos grandes...	15	3,235	......	41	25,400	......	56	28,635	......
f. Torpederos pequeños.	9	1,190	......	...	....	......	9	1,190	......
g. Submarinos..........	7	735	......	18	5,693	......	25	6,428	......
Total......	....	37,480	1,724	....	727,923	97,428	...	765,403	99,152
3. ALEMANIA.									
a. Acorazados de línea..	2	20,120	2,880	28	413,550	52,744	30	433,670	55,624
b. Cruceros acorazados..	....	......	......	11	137,990	13,432	11	137,990	13,432
Dreadnoughts comprendidos bajo *a* y *b*...	....	......	......	*10*	*209,200*	*30,378*	*10*	*209,200*	*30,378*
c. Guardacostas acorazados	5	20,500	2,150	3	12,400	1,290	8	32,900	3,440
d. Cruceros protegidos..	3	14,640	......	34	124,970	......	37	139,610	......
e. Torpederos grandes..	11	3,415	......	120	64,306	......	131	67,721	......
f. Torpederos pequeños..	70	9,700	......	...	....	......	70	9,700	......
g. Submarinos..........	....	......	......	16	?	......	16	?	......
Total	....	68,375	5,030	....	753,216	67,466	....	821,591	72,496

DE LAS OCHO POTENCIAS MAYORES

L 15 DE MAYO DE 1912

RE MAYOR HASTA EL CAÑÓN DE 15 CM.

EN CONSTRUCCIÓN			TOTAL TERMINADOS Y EN CONSTRUCCIÓN			EN SERVICIO					
						Con tripulación completa			Con tripulación reducida		
N.°	Desplaza-miento	Peso de la andanada	N.°	Desplaza-miento	Peso de la andanada	N.°	Desplaza-miento	Peso de la andanada	N.°	Desplaza-miento	Peso de la andanada
	Tonelad.	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Tonelad.*	*Kilog.*
12	296,680	79,099	74	1.294,170	230,369	35	600,410	89,784	16	223,490	29,148
5	120,900	21,136	44	632,640	59,394	32	411,830	30,023	5	60,950	3,082
17	*417,580*	*100,235*	*36*	*801,860*	*172,940*	*16*	*311,790*	*56,829*			
19	80,530	.....	103	517,960	.....	52	197,680	.....	25	191,550	
45	42,710	.....	269	167,320	.....	174	103,980	.....	34	10,070	
....	......	.....	36	5,000	.....	11	1,320	.....	21	3,310	
unos 17	unos 12,350	.....	unos 85	unos 33,960	.....	65	19,660				
....	553,170	100,235	....	2.651,050	289,763	....	1.334,880	119,807	....	489,370	32,230
6	163,700	34,856	37	620,770	117,176	21	342,850	58,528	8	90,800	18,744
6	*163,700*	*34,856*	*12*	*281,220*	*56,920*	*6*	*117,520*	*22.064*			
....	......	.....	15	189,540	12,428	6	78,610	5,016	5	67,950	5,128
....	......	.....	5	17,270	4,404	1	4,150	1,252	3	9,840	2,364
....	......	.....	16	65,270	.....	2	6,720	.....	12	43,610	
9	9,250	.....	65	37,885	.....	37	21,455	.....	14	3,430	
....	......	.....	9	1,190	.....	....	....	.....	7	910	
14	6,090	.....	39	12,518	.....	18	4,414	.....	4	624	
....	179,040	34,856	....	944,443	134,008	....	458,199	64,796	....	217,164	26,236
9	222,300	37,998	39	655,970	93,622	18	297,400	40,856	5	60,400	6,386
4	92,000	13,104	15	229,990	26,536	7	99,900	10,326	1	8,900	610
13	*314,300*	*51,102*	*23*	*523,500*	*81,480*	*10*	*209.200*	*30,378*			
....	......	.....	8	32,900	3,440						
7	31,850	.....	44	171,460	.....	20	81,790				
12	7,644	.....	143	75,365	.....	59	28,969	.....	22	11,770	
....	......	.....	70	9,700	.....	29	4,145				
?	?	.....	?	?	.....	?	?				
....	353,794	51,102	....	1.175,385	123,598	....	512,204	51,182	....	81,070	6,996

	TERMINADOS								
	ANTIGUOS			MODERNOS			TOTAL		
	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada
		Tonelad.	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*
4. FRANCIA.									
a. Acorazados de línea..	1	11,370	1,620	21	300,090	39,666	22	311,460	41,286
Dreadnoughts comprendidos bajo *a*.......	...	......	......	*6*	*109.920*	*18.480*	*6*	*109,920*	*18,480*
b. Cruceros acorazados..	1	4,760	172	21	210,200	9,424	22	214,960	9,596
c. Guardacostas acorazados	3	19,600	1,456	..	....	.....	3	19,600	1,456
d. Cruceros protegidos..	4	7,960	......	10	50,780	.....	14	58,740	......
e. Torpederos grandes ..	6	1,830	......	69	27,387	.....	75	29,217	......
. Torpederos pequeños.	173	16,740	......	...	....	.....	173	16,740	......
g. Submarinos..........	31	3,073	......	38	14,764	.....	69	17,837	......
Total......	....	65,333	3,248	....	603,221	49,090	....	668,554	52,338
5. JAPÓN.									
a. Acorazados de línea..	1	9,830	1,042	15	236,950	32,985	16	246,780	34,027
b. Cruceros acorazados..	...	......	......	13	139,830	14,072	13	139,830	14,072
Dreadnoughts comprendidos bajo *a* y *b*...	...	......	......	*4*	*81.880*	*12,618*	*4*	*81,880*	*12,618*
c. Guardacostas acorazados	....	......	......	2	8,540	1,540	2	8,540	1,540
d. Cruceros protegidos..	7	24,630	......	12	50,760	.....	19	75,390	......
e. Torpederos grandes...	12	3,770	......	47	20,065	.....	59	23,835	......
f. Torpederos pequeños..	49	5,240	......	....	....	.....	49	5,240	......
g. Submarinos..........	2	124	......	10	1,930	.....	12	2,054	......
Total......	....	43,594	1,042	....	458,075	48,597	....	501,669	49,639
6. RUSIA.									
1. **Flota Báltica.**									
a. Acorazados de línea..	1	9,390	982	4	62,300	7,014	5	71,690	7,996
b. Cruceros acorazados..	....	......	......	6	64,950	3,580	6	64,950	3,580
Dreadnoughts comprendidos bajo *a* y *b*...	....	......	......	*2*	*35,360*	*3,936*	*2*	*35,360*	*3,936*
c. Cruceros protegidos..	....	......	......	6	36,450	.....	6	36,450	.....
d. Torpederos grandes..	18	4,530	......	60	25,680	.....	78	30,210	.....
e. Torpederos pequeños.	15	2,180	......	..	....	.....	15	2,180	.....
f. Submarinos..........	4	475	......	21	4,390	.....	25	4,865	.....
Total (flota Báltica)....	....	16.575	982	....	193,770	10,594	....	210,345	11,576
2. **Flota del Mar Negro.**									
a. Acorazados de línea..	2	22,620	2,835	5	61,430	7,582	7	84,050	10,417
Dreadnoughts comprendidos bajo *a*......	..	......	......	...	....	.....	...	....	.....
b. Cruceros protegidos..	....	......	......	2	13,620	.....	2	13,620	.....
c. Torpederos grandes ..	4	880	......	13	5,630	.....	17	6,510	.....
d. Torpederos pequeños.	10	1,090	......	...	....	.....	10	1,090	.....
e. Submarinos	...	......	......	4	640	......	4	640	....
Total (Flota del Mar Negro).............	....	24,590	2,835	....	81,320	7,582	....	105,910	10,41'

EN CONSTRUCCIÓN			TOTAL TERMINADOS Y EN CONSTRUCCIÓN			EN SERVICIO					
						Con tripulación completa			Con tripulación reducida		
N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada
	Tonelad.	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Tonelad.*	*Kilog.*
7	164,290	33,800	29	475,750	75,086	14	217,320	31,256	8	94,140	10.030
7	*164,290*	*33,800*	*13*	*274,210*	*52,280*	*6*	*109,920*	*18,480*			
....	......	......	22	214,960	9,596	14	147,850	7,248	5	48,020	1,624
....	......	......	3	19,600	1,456	....	....	......	1	6,800	584
....	......	......	14	58,740	......	9	43,090	......	2	7,660	
12	9,345	......	87	38,562	......	49	20,345	......	9	2,850	
....	......	......	173	16,740	......	37	4,140	......	48	4,320	
21	9,555	......	90	27,392	......	62	15,937				
....	183,190	33,800	....	85,1744	86,138	....	448,682	38,504	..	163,790	12,238
1	31,300	6,922	17	278,080	40,949	7	116,210	16,630	7	105,700	13.952
4	111,800	28,576	17	251,630	42,648	4	44,090	4,252	9	95,740	9,820
5	*143.100*	*35,498*	*9*	*224,980*	*48,116*	*3*	*62,380*	*9,172*	*1*	*19,500*	*2,906*
....	......	......	2	8,540	1,540	....	....	......	2	8,540	1,540
2	10,000	......	21	85,390	......	12	48,850	......	5	18,540	
2	1,400	......	61	25,235	......	36	14,425				
....	......	......	49	5,240	......	?	?	......	?	?	
3	840	......	15	2,894	......	12	2,054				
....	155,340	35,498	....	657,009	85,137	...	225,629	20,882	...	228 520	25.312
4	93,480	15,552	9	165,170	23,548	4	62,300	7,014	1	9,390	982
....	......	......	6	64,950	3,580	5	52,560	2,922	1	12,390	658
4	*93,480*	*15,552*	*6*	*128.840*	*19,488*	*2*	*35,360*	*3,936*			
....	......	......	6	36,450	......	3	16,020	......	3	20,430	
....	......	......	78	30,210	......	69	26,580	......	8	2,350	
....	......	......	15	2.180	......	8	1,200	......	7	980	
1	500	......	26	5,365	......	25	4,865				
....	93,980	15,552	....	304,325	27,128	...	163,525	9,936	...	45,540	1 640
3	68,580	12,393	10	152,630	22,810	4	47,900	6,124	3	36,150	4,293
3	*68 580*	*12,393*	*3*	*68,580*	*12,393*						
....	......	......	2	13,620	....	2	13 620				
9	9,900	......	26	16,410	......	17	6 510				
....	......	......	10	1,090	......	...	....	......	10	1,090	
7	unos 2,500	......	11	unos 3,140	......	4	640				
....	80,980	12,393	....	186,890	22,810	..	68,670	6,124	...	37,240	4,293

	TERMINADOS								
	ANTIGUOS			MODERNOS			TOTAL		
	N.°	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.°	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.°	Desplazamiento	Peso de la andanada
		Tonelad.	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*
3. En conjunto.									
a. Acorazados de línea..	3	32,010	3,817	9	123,730	14,596	12	155,740	18,413
b. Cruceros acorazados..	....	......	......	6	64,950	3,580	6	64,950	3,580
Dreadnoughts comprendidos bajo *a* y *b*.....	....	......	......	*2*	*35,360*	*3,936*	*2*	*35,360*	*3,936*
c. Cruceros protegidos ..	....	......	......	8	50,070	......	8	50,070	......
d. Torpederos grandes..	22	5,410	......	73	31,310	......	95	36,720	......
e. Torpederos pequeños.	25	3,270	......	....	....	......	25	3,270	......
f. Submarinos	4	475	......	25	5,030	......	29	5,505	......
Total......	....	41,165	3,817	....	275,090	18,176	....	316,255	21,993
7. ITALIA.									
a. Acorazados de línea..	5	72,600	11,229	9	118,730	16,831	14	191,330	28,060
Dreadnoughts comprendidos bajo *a*	...	......	......	*1*	*21,000*	*5,004*	*1*	*21,000*	*5,004*
b. Cruceros acorazados..	1	4,580	182	9	76,540	7,856	10	81,120	8,038
c. Cruceros protegidos..	4	11,050	......	4	10,040	......	8	21,090	......
d. Torpederos grandes ..	7	2,230	......	49	15,160	......	56	17,390	......
e. Torpederos pequeños.	31	2,850	......	19	2,320	......	50	5,170	......
f. Submarinos.	1	100	......	12	2,710	......	13	2,810	......
Total	....	93,410	11,411	....	225,500	24,687	....	318,910	36,098
8. AUSTRIA-HUNGRÍA									
a. Acorazados de línea..	....	......	......	12	117,120	18,218	12	117,120	18,218
Dreadnoughts comprendidos bajo *a*.........	....	......	......	....	....	......	....	....	......
b. Cruceros acorazados .	....	......	......	3	18,870	1,828	3	18,870	1,828
c. Cruceros protegidos..	2	8,060	......	4	10,590	......	6	18,650	......
d. Torpederos grandes..	6	2,600	......	12	4,800	......	18	7,400	......
e. Torpederos pequeños.	24	2,160	......	36	6,120	......	60	8,280	......
f. Submarinos..........	....	......	......	6	1,410	......	6	1,410	......
Total......	....	12,820	......	...	158,910	20,046	....	171,730	20,046

Nota. — *a)* Los buques de la clase *Danton, Satsuma* e *Imperator Pawel I,* son contados en precedente ha servido de base para el cálculo. *c)* En la tripulación completa de los acorazados

EN CONSTRUCCIÓN			TOTAL TERMINADOS Y EN CONSTRUCCIÓN			EN SERVICIO — Con tripulación completa			EN SERVICIO — Con tripulación reducida		
N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada	N.º	Desplazamiento	Peso de la andanada
	Tonelad.	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Toneladas*	*Kilog.*		*Tonelad.*	*Kilog.*
7	162,060	27,945	19	317,800	46,358	8	110,200	13,138	4	45,540	5,275
....	......	......	6	64,950	3,580	5	52,560	2,922	1	12,390	658
7	*162,060*	*27,945*	*9*	*197,420*	*31,881*	*2*	*35.360*	*3.936*			
....	......	......	8	50,070	......	5	29,640	.....	3	20,430	
9	9,900	.....	104	46,620	.....	86	33,090	.....	8	2,350	
....	......	.....	25	3,270	.....	8	1,200	.....	17	2,070	
8	unos 3,000	.....	37	8,505	.....	29	5,505				
....	174,960	27,945	....	491,215	49,938	...	232,195	16.060		82,780	5,933
7	164,500	41,638	21	355.830	69,698	11	138,780	19,015	2	31,550	4,041
7	*164,500*	*41,638*	*8*	*185,500*	*46,642*						
....	......	......	10	81,120	8,038	8	66,370	6,585	2	14,750	1,453
4	12,910	.....	12	34.000	.....	8	21,090				
18	11,260	.....	74	28,650	.....	49	13,280				
32	3,840	.....	82	9,010	.....	42	4,210				
7	2,100	.....	20	4,910	.....	10	1,980				
....	194,610	4,168	....	513,520	77,736	....	245,710	25,600		46,300	5,494
4	85,480	22,692	16	202,600	40,910	6	75,300	12,474			
4	*85,480*	*22,692*	*4*	*85,480*	*22,692*						
....	......	......	3	18,870	1,828	2	12,570	1,216			
3	10,620	.....	9	29,270	.....	4	12,270				
18	7,800	.....	36	15,200	.....	10	4,200				
....	......	.....	60	8,280	.....	33	4,320				
....	......	.....	6	1,410	.....	6	1,410				
....	103,900	22,692	....	275,630	42,738	...	110,070	13,690			

esta lista, como Dreadnoughts. *b)* Donde faltan los detalles de las construcciones nuevas, el tipo de línea ingleses, se ha calculado la tripulación de la segunda flota también como completa.

Suecia dispone de 8 anualidades de tropas de la primera reserva, compuestas de hombres de 21 a 28 años, formando un total de 200,000 hombres y de cuatro anualidades de la segunda reserva formada por hombres de 28 a 32 años con un total de 90,000 hombres. Además, se cuenta con unos 30,000 ex voluntarios, estudiantes o ex estudiantes de la edad de 21 a 32 años.

Las ocho anualidades de la reserva de última categoría suman 165,000 hombres. Estos números permiten apreciar la importancia del probable ejército de operaciones.

España, que en tiempo de paz cuenta con un ejército de 116,232 hombres, de los cuales 34,000 están estacionados en Africa, puede disponer en caso de guerra de un ejército de 327,000 hombres, constituído como sigue : ejército de operaciones 140,000 hombres, tropas de guarnición 154,000 hombres, guardia civil 33,000 hombres. Pero la movilización está tan mal preparada, que durante un mes pueden incorporarse a filas, a lo más, 70 u 80,000 hombres.

En cuanto a las fuerzas navales de los principales países, el estado comparativo que adjuntamos y que hemos tomado del *Nauticus* de 1912, se refiere a la constitución de las flotas en 15 de mayo de 1912. Estos estados demuestran que la armada inglesa, por el número de sus buques, es superior a la alemana en más del doble. Esta superioridad aumenta todavía si se compara el desplazamiento y el número de buques de guerra verdaderamente modernos. Nosotros poseíamos en el mes de mayo 10 dreadnoughts, mientras los ingleses tenían 19 acorazados y cruceros acorazados del tipo dreadnought. Con las nuevas construcciones esta proporción varía aún en perjuicio nuestro. Hay que tener en cuenta que entre nuestros cruceros hay algunos que no tienen ningún valor de combate y que los guardacostas tampoco pueden contarse como buques de tal naturaleza. Francia no podía ya rivalizar con nos-

otros en mayo de 1912, en lo que se refiere a dreadnoughts, y a juzgar por lo que se sabe respecto de la armada francesa, tampoco puede competir con la alemana en lo que se refiere a calidad del material e instrucción del personal. Sin embargo, en unión con la inglesa representaría un factor importante.

Aunque se suponga que tanto Inglaterra como Francia estén obligadas a mantener una fuerza naval determinada en el Mediterráneo y que muchos cruceros tendrán que estacionarse fuera de Europa, los dos países citados podrán reunir en el Mar del Norte más de doble número, solamente en grandes buques de combate (25 dreadnoughts contra 10) contra Alemania, apoyando esta enorme superioridad con un número aplastante de torpederos y submarinos. Si Rusia entra también en la contienda, significará otro aumento no despreciable de la fuerza naval de nuestros adversarios. En efecto, la flota rusa del Báltico disponía, en 1911, de 2 dreadnoughts que, en 1914, aumentarán en otros 4, mientras la flota rusa de cruceros podrá amenazar seriamente nuestras costas y nuestro tráfico marítimo en el Báltico. De una manera o de otra tendremos que arreglar cuentas con la flota rusa. Muy superior a la nuestra sería también la flota enemiga de cruceros auxiliares, de los cuales, especialmente Inglaterra, dispone en gran número.

En cuanto a material y entrenamiento de las tripulaciones, podemos suponer que nuestra flota es superior a la francesa y la rusa y equivalente a la inglesa. Nuestra artillería naval será probablemente superior a la inglesa, así como nuestra flota de torpederos podrá equilibrar de algún modo la desventaja del número con la mayor energía, excelente instrucción y atrevimiento. Sin embargo, habrá que ver en la práctica si estas ventajas valen algo ante la superioridad numérica de una armada antigua y gloriosa como la inglesa.

Estas consideraciones demuestran en todo caso que la superioridad naval enemiga con que tenemos que contar es muy grande y que la proporción del poder naval se hará cada vez mayor en perjuicio nuestro, puesto que los tres Estados de la *entente* en conjunto, pueden, en el mismo tiempo, construir y equipar más buques que nosotros.

Si consideramos ahora desde el punto de vista político el probable proceder de los Estados que suponemos tomarán parte en la próxima guerra contra nosotros, hay que esperar que la intensidad de la lucha no será la misma en todas las eventualidades, ya que los fines políticos de nuestros probables adversarios son de distinta naturaleza.

En cuanto a Francia, juzgo que por sí sola no nos iguala militarmente y que únicamente puede ser peligrosa formando parte de una coalición. El valor táctico de las tropas francesas es muy elevado; numéricamente, el ejército de nuestra vecina occidental equivale al nuestro, y, en algunos sentidos, puede hasta tener superioridad de organización y de equipo; pero en muchos otros les somos superiores. Falto el ejército francés del jefe único soberano, carece, por consiguiente, del espíritu de unidad que distingue al ejército alemán, así como del vigor y la constancia alemana y de la unidad en el cuerpo de oficiales. Tampoco dispone Francia de la reserva de hombres que en caso de necesidad nos permitiría redoblar nuestros esfuerzos. Así están las cosas actualmente. Pero si los franceses logran poner un ejército africano importante en el teatro de la guerra europea, nuestro juicio sobre el poder militar francés, tendría que modificarse esencialmente. Como ya hemos visto, hay que contar con esta eventualidad, puesto que, a juzgar por las apariencias, Francia hará esfuerzos extraordinarios para superar a Alemania militarmente, aunque fuese sólo por un momento. Francia sabe muy bien que única-

mente puede alcanzar sus fines políticos si logra derrotar completamente a su vecina del Este, y que sólo puede pensar en este éxito, con la condición de hacer un esfuerzo verdaderamente extraordinario.

Por lo tanto, es seguro que Francia, no solamente desenvolverá su poder militar con suprema energía, sino que también se defendería con extremo encarnizamiento si se viera atacada por Alemania. Por otro lado, sólo tomará la ofensiva contra Alemania cuando haya aumentado sus fuerzas militares hasta el grado máximo y cuando con la ayuda de aliados activos crea estar segura de su superioridad militar. Sería el peligro demasiado grande para intentar la partida en condiciones menos favorables. Pero tan pronto como juzgue tener en su mano todos los triunfos, no retrocederá ante una guerra de agresión y hará cuanto le sea posible para vencernos. De este adversario debemos esperar la máxima medida de hostilidad. La hora llegaría pronto si la Triple Alianza se disolviera. Si la guerra que entonces estallara fuese hecha contra nosotros por Francia en unión con Inglaterra, habría que suponer que esta principal potencia aliada trataría de esquivar nuestra ala derecha para penetrar directamente hacia el corazón de Alemania, pasando por Bélgica y Holanda, a través de las fortalezas del Wesel y de Flesinga. Esta operación tendría la considerable ventaja de evitar nuestra poderosa línea del Rhin y poder amenazar por tierra nuestra base naval. Dada la superioridad de la flota anglofrancesa, el ejército de invasión podría establecer muy bien su base en la costa. Además, esta operación facilitaría mucho el ataque a nuestro frente del Oeste y con un avance victorioso permitiría a los franceses sitiar a Metz y Diedenhofen y avanzar hacia el Rhin.

En lo que se refiere a Inglaterra misma, con cuya enemistad, unida a la de Francia, tendremos que contar indudablemente, sólo podría emprender la cam-

paña por tierra con el apoyo de un aliado que se encargase de la parte principal de la lucha. Las tropas inglesas no serían más que auxiliares, demasiado débiles para acometer la empresa por su cuenta. Además, los intereses de Inglaterra, son de naturaleza muy diferente de los de Francia.

El principal interés de Inglaterra consiste en aniquilar nuestra flota y nuestro comercio de Ultramar, por motivos que anteriormente hemos explicado. Derrotarnos por tierra y ayudar a Francia para que logre el predominio en el Continente, no le convendría ; más bien le interesa mantener un cierto equilibrio entre los Estados del Continente europeo. Inglaterra sólo se servirá de Francia para sus fines propios y no hará sacrificio alguno que no sea puramente necesario por su aliada. Estos puntos de vista caracterizarán su sistema de llevar la guerra, si a ésta se creyera obligada en vista de la situación política mundial y de los intereses de su predominio marítimo.

Si, como es probable, se resolviese a dar este paso, interés suyo será el de decidir la guerra rápidamente, para que su comercio no padezca demasiado y para que los Estados de su imperio mundial no tengan tiempo de pensar en sus intereses propios en el momento en que las fuerzas de la Metrópoli se vean absorbidas por una guerra. Por ejemplo, no sería imposible que en la India y en Egipto se pensara en una revolución. También los Estados que al principio no tomasen parte en la contienda, podrían decidirse a intervenir en favor nuestro si la solución tardara demasiado. Así nos interesaba en 1870-1871, tomar rápidamente a París, con objeto de evitar que los neutrales interviniesen. Una situación parecida podría resultar esta vez para Inglaterra. Debemos, por lo tanto, estar prevenidos a que el ataque por mar se emprenda con extremado vigor y con la intención expresa de destruir nuestra flota y nuestros grandes

centros comerciales. No solamente es posible, sino muy probable, que Inglaterra mande un ejército al Continente para asegurar la cooperación de sus aliados, que exigirían esta garantía antes de apoyar el ataque naval inglés a la costa alemana. La guerra en tierra firme tendrá, por parte de los ingleses, el único fin de tomar y aniquilar las bases de nuestra flota. No emprenderían los ingleses gran cosa más, porque esta vez les faltará la ayuda de aliados de raza alemana que antiguamente tuvieron que combatir en favor de los ingleses. Todo el esfuerzo inglés se limitará, por lo tanto, a la guerra naval. También es muy dudoso que el ejército inglés tenga condiciones para pensar en una ofensiva contra tropas continentales. Es cierto que en el Africa del Sur, los regimientos ingleses se batieron con mucho valor y experimentaron grandes pérdidas ; pero en la ofensiva sus cualidades tácticas y operativas fueron nulas, casi negativas, como también, salvo raras excepciones, el mando fué igualmente deficiente.

Las últimas grandes maniobras inglesas, realizadas en Irlanda, dirigidas por el general French, no han mostrado al ejército inglés bajo una luz muy favorable, por falta de buena dirección, y en 1912, hasta tuvieron que suspenderse las maniobras porque el desorden se había hecho tan general, que no fué posible desenredar la madeja.

Si volvemos ahora los ojos hacia el Este para deducir el probable proceder de Rusia, hemos de confesar que esta vez, desde el punto de vista ruso, una guerra en el Occidente ofrece más probabilidades de éxito que la que podría ofrecer una nueva lucha contra el Japón o contra China. En el Oeste tiene Rusia aliados poderosos que esperan impacientes combinarse con ella para un ataque contra Alemania. En el Oeste, las condiciones geográficas y de comunicación, permiten un despliegue de fuerzas mucho más rápido y ordenado

que en Manchuria. La opinión pública, en la cual el odio a los alemanes está siempre vivo, sería favorable a esta guerra, y una victoria sobre Alemania y Austria, no solamente abriría a los rusos el camino de Constantinopla, sino que aumentaría también la influencia económica y política del Imperio en la Europa occidental. Un éxito de esta importancia constituiría una excelente compensación a las derrotas experimentadas en el Extremo Oriente y ventajas mayores que las que puede esperar Rusia en la frontera oriental del Imperio.

Ahora, si Rusia, teniendo en cuenta estas circunstancias, entrara en una guerra ofensiva en el Oeste, el carácter de la lucha sería muy diferente del de una simple guerra francoalemana. En primer lugar, Rusia está segura de no ser completamente subyugada, a causa de su vasta extensión. Aunque vencida, le quedaría siempre la ventaja de su población enorme. Así, para Rusia una guerra nunca será de vida o muerte ni la obligaría a los esfuerzos que una lucha de esta índole exigiría. Tampoco la población fundaría un interés supremo en una guerra cuyos fines no fueran para ella muy claros. En la gran mayoría del pueblo, y especialmente entre los campesinos, la educación social y política es tan escasa, que no comprenden las obligaciones que lleva en sí la política exterior de un Estado. Por otro lado, la parte del pueblo que ha recibido instrucción elemental en las escuelas rusas, tan deficientes, pertenecen a los partidos revolucionarios o bien siguen una ciega política reaccionaria, que les parece ser la mejor para conservar sus particulares intereses. Por lo menos, los revolucionarios se aprovecharían de la guerra para fomentar sus designios subversivos, como lo hicieron ya en el momento crítico de la guerra rusojaponesa.

En estas circunstancias no es de esperar un alzamiento nacional unánime que pudiese dar a una

guerra ofensiva un vigoroso espíritu incansable y tenaz. Las circunstancias han cambiado notablemente desde 1812, en que ocurrió algo muy semejante al alzamiento de la nación entera para rechazar una invasión. Si se viera complicada ahora en una guerra contra Alemania y Austria, no podría Rusia desplegar todas sus fuerzas. Por una parte, tendría que contar con los elementos revolucionarios del país, que aprovecharían cualquier motivo de debilidad en el poder del Estado para provocar, sin consideración alguna a los intereses generales de la nación, la caída del régimen político interior. Por otra parte, tendría que atender al peligro de que, en el Extremo Oriente, China o el Japón aprovecharan la ocasión de hallarse Rusia con las manos atadas en el Oeste para imponer al Imperio del Czar sus pretensiones políticas. Contando con esta eventualidad, le es necesario a Rusia mantener fuerzas continuamente dispuestas a este objeto, como hemos indicado ya al tratar del poder militar ruso.

Aunque Rusia, obligada por estas circunstancias no puede aprontar todo su poder militar contra Alemania y Austria, ya que, además de lo expuesto, tendría que guardar sus fronteras meridionales con algunos contingentes, las grandes derrotas la afectan mucho menos que a otros Estados. Ni la guerra de Crimea, ni las enormes pérdidas experimentadas en la misma guerra victoriosa contra los turcos, ni las grandes derrotas de su última guerra con el Japón, han podido rebajar de manera eficaz su prestigio político. Si se la derrota en el Este o el Sur, su espíritu emprendedor procurará recuperar en otras fronteras lo perdido.

Tales circunstancias han de influir inevitablemente en el carácter de la guerra. Es indudable que Rusia pondría en campaña grandes y poderosos contingentes contra nosotros. Así como ocurrió en las guerras contra Turquía y el Japón, y especialmente en esta última,

en que la situación interior del Imperio influyó en la acción militar, por medio de los movimientos revolucionarios, así también se haría notar en la próxima guerra y quizá más eficazmente, en particular, si la propaganda revolucionaria pudiese fundarse en las noticias de derrotas. Más que en ninguna otra guerra será de capital interés en la campaña contra Rusia, lograr un éxito en el primer choque (1). Si las primeras batallas fuesen poco favorables para Rusia, las consecuencias tendrían mayor alcance que en ninguna otra guerra, porque despertarían en el país, al lado de las fuerzas dispuestas a la ayuda, las fuerzas contrarias, revolucionarias y resueltas a paralizar la dirección de la campaña.

Respecto de la valía del ejército ruso, la guerra rusojaponesa ha demostrado que sabe batirse con gran tenacidad. Aquella campaña nos da numerosos ejemplos de heroísmo y las mayores pérdidas fueron soportadas a menudo con gran entereza. En cambio, en la ofensiva falló y en cierto sentido dejó mucho que desear su táctica, especialmente a causa de la insuficiencia en el mando y la falta de aptitud en el personal. El sistema directivo de la campaña fué completamente equivocado; la indecisión y la carencia de osadía fueron características en todos los jefes de todos los grados y en ninguna ocasión hubo nadie que intentara por lo menos sobrepujar el nivel de los demás. No es probable que desde las derrotas en Manchuria el espíritu del generalato y de las tropas haya cambiado ni que se hayan ido formando caracteres superiores a los comunes. Por lo tanto, enfrente de tal ejército convendrá siempre desplegar la más audaz ofensiva.

Al hacer un recuento de todas estas circunstancias, hay que convenir en que tendremos que vencer las

---

(1) VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo II, cap. IX.

mayores dificultades militares, si deseamos alcanzar nuestros propios fines políticos o si queremos rechazar victoriosamente los ataques de nuestros adversarios.

En primer lugar, nos son muy poco favorables la posición y la configuración geográficas. Nuestra frontera oriental, muy abierta, no ofrece puntos aptos para una larga defensa, y Berlín, donde se concentran todos los hilos del Gobierno y la administración, está situado tan cerca de esa frontera, que constituye un verdadero peligro. Nuestra frontera occidental, en sí misma poderosa, puede ser fácilmente rodeada por el Norte, a través de Bélgica y Holanda. Por este lado no se opone ningún obstáculo natural ni fortaleza importante alguna a la invasión enemiga y la neutralidad no es otra cosa que un baluarte de papel. También por el Sur puede evitarse la barrera del Rhin, pasando por Suiza. Es cierto que por este lado el terreno ofrece dificultades considerables y si los suizos están prontos a defenderse no sería cosa fácil vencer su resistencia. Su ejército no es un factor despreciable y si se les ataca en sus montañas sabrán defenderse como en Murten y Sempach.

Los pasajes naturales desde el Mar del Norte al Báltico, el Sund y el Gran Belt, están dominados por cañones extranjeros y pueden caer fácilmente en manos de nuestros enemigos. El estrecho litoral por el cual nos asomamos al Mar del Norte, forma por sí mismo un frente bastante fuerte, pero fácilmente podría ser atacado por la espalda si Holanda diese paso al enemigo. Inglaterra está colocada frente a nuestras costas de tal manera que todas nuestras comunicaciones con Ultramar pueden ser fácilmente cortadas. Solamente al Sur y Sudeste nos protege Austria contra una inmediata invasión. Por todos los demás lados nos rodean los enemigos y debemos defendernos en tres frentes. Esto nos obligaría a luchar en las líneas inte-

riores, lo cual representa ciertas ventajas, pero también los mayores peligros si el enemigo sabe operar según un plan preciso y uniforme.

Si contemplamos ahora el conjunto de la situación política, no hemos de ignorar que estamos solos, que no podemos esperar ayuda por ningún lado cuando se trate de nuestras intenciones políticas positivas. Común interés de Inglaterra, Francia y Rusia es el de quebrantar nuestro poderío. Este interés político las unirá muy pronto militarmente. A nadie puede interesar el aumento del poder de Alemania. Si queremos ampliarlo — he procurado demostrar que esto se impone en la situación en que nos encontramos — tendremos que luchar espada en mano contra enemigos muy superiores en número. Nuestras alianzas no solamente son defensivas en su forma, sino también por su esencia, y que esto, precisamente, constituye su lado débil, lo hemos indicado ya en otro sitio. Ni Austria ni Italia están obligadas a apoyar con las armas una política alemana que tienda a aumentar nuestro poderío. Tampoco podemos estar seguros siempre de su apoyo diplomático, como lo demostró la conducta de Italia en la Conferencia de Algeciras. Hoy parece incluso dudoso el apoyo de la Triple Alianza en caso de defensa. La reciente inteligencia de Italia con Francia e Inglaterra, traspasa con mucho la importancia de una simple «pieza fuera de programa». Si se tiene en cuenta, además, la dificultad en que se vería Italia para hacer valer sus fuerzas militares contra Francia y defender su litoral contra un ataque del enemigo, y si no se olvida que la adquisición de Trípoli representa una nueva posición que no es de fácil defensa contra Inglaterra y Francia, será permitido dudar que Italia se ponga a nuestro lado en una guerra en que Inglaterra y Francia estuvieran aliadas contra nosotros. Austria es indudablemente nuestra fiel aliada. Sus intereses están estrechamente unidos con los nuestros y su política

está informada por el mismo espíritu de fidelidad y sinceridad que anima a la nuestra respecto de Austria. Sin embargo, no hay que cerrar los ojos a la eventualidad de que en un conglomerado de Estados como es Austria y que comprende tantos elementos eslavos, pueden presentarse circunstancias en que el espíritu de la unidad nacional no sea bastante fuerte para dar al Gobierno la confianza necesaria para llevar adelante con toda la energía deseada una guerra contra Rusia, si ésta saliera victoriosa en su lucha con Alemania. Es poco probable que este caso se ofrezca, pero puesto que hay que contar con todas las eventualidades que pueden ser de importancia para nuestra política, tenemos que contar también con ésta.

Así podría ocurrir que nos viéramos solos en una gran guerra mundial y obligados a contar únicamente con nuestras propias fuerzas y con nuestra voluntad de vencer, como en su tiempo Federico el Grande, cuando en medio de la lucha fué traidoramente abandonado por Inglaterra.

Pero una guerra tal, más que para ninguna otra nación, ha de ser forzosamente para nosotros una lucha por la existencia nacional y política.

Y esto será así porque nuestros adversarios no lograrán sus designios si no nos derrotan hasta la destrucción. Con éxitos únicamente medianos tendrían que contar con una renovación de la guerra a breve plazo y esto no convendría a sus intereses. Esto lo saben ellos muy bien y, por lo tanto, temen a la lucha, comprendiendo que nos defenderemos con la mayor energía e indomable perseverancia. Si, a pesar de todo, las circunstancias la hicieran inevitable, entonces la guerra adquiriría un carácter duro en extremo, por existir en el lado opuesto la intención de derrotarnos completamente y por nuestra parte la voluntad de triunfar a toda costa. Una guerra que en estas circunstancias se perdiera, aniquilaría todo nuestro prestigio

político, alcanzado con tanta fatiga; haría dudoso el porvenir de nuestra raza, atrasándonos para algunos siglos y arrebataría al espíritu alemán toda su influencia en el mundo civilizado, retardando el perfeccionamiento general de la humanidad, que necesita el injerto de un fuerte germanismo. Así en la próxima guerra se tratará de los intereses más elevados de nuestra patria y de la humanidad. Esto dará a la guerra una significación histórica. La divisa será: «Poder mundial o ruina.»

Desde este punto de vista debemos proceder a la preparación para la guerra; con la firme voluntad de vencer y la inquebrantable resolución de resistir en una guerra desgraciada hasta el fin.

Por esto no hemos de contentarnos con prepararnos para una guerra breve, de puro desenvolvimiento, sino para la tenaz realización de la guerra decisiva. Debemos estar armados para derrotar completamente a nuestros enemigos, en caso de victoria, o para continuar la defensa en el interior de Alemania, si fuese necesario, hasta alcanzar el éxito final.

No basta ciertamente mantener un cierto equilibrio numérico con nuestros adversarios. Más bien debemos esforzarnos en desplegar toda la energía de nuestro pueblo, prepararlo y armarlo para el próximo gran conflicto mundial. Debemos tratar, además, de conseguir en algún sentido y a toda costa, la superioridad sobre nuestros enemigos, a fin de tener desde el principio algunos triunfos decisivos en la mano.

Estos dos objetos han de tenerse presentes en los preparativos para la guerra. Sólo teniendo muy en cuenta los deberes que ellos nos imponen podremos llevar a cabo la preparación guerrera hasta las últimas consecuencias y estar preparados a lo que nos reclama el porvenir. Una nación de 65 millones de habitantes que pone todo su poder en la balanza para hacer valer y mantener su derecho, no puede ser vencida. Pero

¡ay de ella, si contando con una fuerza aparente o menospreciando el poder del enemigo, se contenta con acudir a mediocres recursos, esperando de la suerte o del acaso lo que solamente pueden dar el esfuerzo y el poder!

Capítulo VIII

La próxima guerra naval

Mientras en la próxima guerra continental Austria estará indudablemente a nuestro lado, para hacer frente a nuestros enemigos con la casi absoluta certeza de alcanzar la victoria, a pesar de toda clase de obstáculos, en la guerra naval estaremos bajo todos conceptos obligados a contar únicamente con nuestras propias fuerzas, y solos tendremos que hacer frente a la superioridad numérica que nos acosará indudablemente.

No puede caber duda de que esta guerra debemos sostenerla contra Inglaterra, porque aun cuando nosotros no pensemos en atacar a esta nación, pues sería sin esperanzas de éxito, ya hemos visto cuán vivo es su interés en poner obstáculos al engrandecimiento de nuestro poder político, y en su consecuencia, llegado el caso, nos atacaría con objeto de aniquilar nuestra flota y ayudar al propio tiempo a Francia. Siempre han cuidado los ingleses de que la perspectiva de una guerra con ellos esté delante de nuestros ojos. Hablan continuamente de un posible ataque alemán y no podrá sorprenderles que esta cuestión se ilumine algún día desde el punto de vista opuesto. De todos modos, los preparativos hechos por ellos en el Mar del Norte demuestran muy claramente que tienen por posible un ataque por parte de Alemania; estos preparativos pre-

sentan todas las trazas de un despliegue estratégico y el aumento de sus bases navales no admite dudas acerca de sus intenciones. El gran puerto militar de Rosyth se está construyendo, según ellos mismos confiesan, para el caso de una guerra con Alemania y no puede responder a otro objeto. En breve Harwich se habrá convertido en base potentísima para su flota y más adelante se construirá en la rada de Scapa Flow, de las islas Orkney, una estación para cruceros. Estas medidas se han tomado tan inmediatamente contra nosotros y están de tal modo a la vista, que reclaman, dada la situación militar así creada, nuestro examen.

Hasta 1902 no habían pensado los ingleses en una guerra con Alemania; antes es probable que ni siquiera imaginasen tal eventualidad y, por lo tanto, es hasta cierto punto natural, que se hayan esforzado en acudir al remedio de lo que no previeron. Esta consideración, no obstante, no altera en nada ni el carácter bélico de las disposiciones mismas ni la circunstancia de que estas medidas militares se dirijan casi exclusivamente contra Alemania. Hemos de contar, por lo tanto, con la probabilidad de una guerra naval con Inglaterra, tanto más cuanto la situación política mundial nos obligará a ella ; y tendremos que batirnos contra la gran superioridad naval inglesa. Tan grande será esta superioridad que no podemos intentar afrontarla tomando la ofensiva desde luego ; mas no debemos abandonar la esperanza en la posibilidad de combatirla en una u otra forma y conquistar la supremacía y la libertad de los mares, si Inglaterra nos ataca. A esta posibilidad están dedicadas las consideraciones que vamos a hacer. Yo hablo de este asunto únicamente desde mi personal punto de vista no basado en especiales conocimientos navales y que se apoya en razones militares que nuestros supuestos enemigos podrían igualmente formular y que formularán seguramente. Secretos del Almirantazgo no puedo ciertamente dar

ninguno, ya que yo mismo los ignoro. Pero considero excelente mi criterio en este punto y aun lo juzgaré provechoso si logro con él que el pueblo alemán se forme clara idea de los peligros con que le amenaza Inglaterra y de la manera de afrontarlos.

Ante estos peligros y ante la circunstancia de que no podemos pensar en lanzarnos a la ofensiva provocando el combate decisivo, por la enorme superioridad de las fuerzas enemigas, preciso es preguntar qué medios de defensiva estratégica naval poseemos para ponernos paulatinamente en situación de hacer frente a un enemigo poderoso y bien preparado y para adueñarnos finalmente de él.

Para no quedar inactivos ante su ataque se podría pensar en tomarle la delantera atacándole por sorpresa, abriendo así la guerra como los japoneses lo hicieron en Port-Arthur, y en tal caso dañar ya muy sensiblemente a la flota inglesa antes de la verdadera ruptura, amenguando en lo posible su superioridad, y retrasando así, aunque no por mucho tiempo, el bloqueo de nuestras costas. No es en ningún modo absurdo que esto pueda ponerse en práctica, aunque no creo que pudiera sacarse gran fruto de esta empresa. Los ingleses se han prevenido contra esta clase de ataques, con toda suerte de puntos de defensa y puertos de refugio bien protegidos. También nos parece arriesgado exponer a nuestros torpederos y submarinos en tan atrevidas empresas, tanto más cuanto más necesitaremos de ellos durante la guerra. Hasta la guerra contra el comercio inglés ofrece menos esperanzas de éxito que nunca. Al principio de una tirantez política se pondrían los buques mercantes ingleses, formando grandes grupos, al amparo de numerosos cruceros. En estas circunstancias no podrían hacer gran cosa nuestros cruceros auxiliares; en cambio, nuestros buques de guerra estacionados en el extranjero tendrían que luchar muy pronto con los buques de guerra enemi-

gos, siempre y cuando pudieran tener provistas sus carboneras, ya que es evidente que habían de ofrecerse grandes dificultades para repostarse.

Esto no excluye que la guerra contra el comercio inglés no haya de llevarse a cabo con toda energía y valor y de un modo inesperado. Así también deben ser destruídas sin miramiento alguno las presas que se nos pongan al alcance, ya que a menudo será imposible ponerlas a salvo, dada la superioridad numérica del enemigo y las escasas bases navales que tenemos fuera de Alemania, sin exponer a nuestros buques a graves peligros. Debiera tratarse también con toda severidad a todo buque neutral que llevase contrabando de guerra. Con todo, no podemos alimentar muchas esperanzas en que nos dé gran resultado una guerra contra el comercio inglés. Con más probabilidad podría Inglaterra destruir por completo, con ayuda de sus muchos cruceros de guerra y auxiliares, nuestro tráfico con Ultramar. Hasta para un ataque imprevisto en tiempo de paz por parte de Inglaterra debemos estar preparados. Cuando se trata de su lucro, no está acostumbrada Inglaterra a dominar sus actos por razones ideales.

Bajo tales circunstancias no nos quedaría otro recurso que reservar nuestra flota de guerra y ponerla al amparo de nuestras fortificaciones costeras, asegurando al mismo tiempo nuestro litoral con la ayuda de minas y dificultando con este mismo sistema el tráfico marítimo inglés. Las líneas de minas constituyen un verdadero obstáculo para todo ataque, pero únicamente son eficaces cuando pueden ser defendidas. Si el enemigo ignora su existencia, pueden, no obstante, causarle gravísimos daños.

También sería ocasión de realizar las gestiones oportunas a fin de asegurar la llegada a nuestro país de los géneros necesarios, ya que nuestro propio tráfico marítimo estaría total e irremisiblemente cortado por los ingleses. Lo más sencillo y menos costoso sería, natural-

mente, adquirir los artículos procedentes de Ultramar por Holanda, quizá también por Bélgica neutral, y que pudiéramos al mismo tiempo exportar parte de nuestros productos por los grandes puertos de Holanda y Flandes. También a través de Dinamarca pueden encontrarse nuevos caminos comerciales. Nuestro tráfico marítimo quedaría naturalmente paralizado, mas no por esto debería quedar detenido completamente nuestro comercio, si adoptáramos estas medidas.

No toleraría seguramente Inglaterra este tráfico hecho con ayuda de los neutrales, ya que amenguaría los efectos de su guerra comercial contra nosotros. La tentativa de cerrar estos caminos comerciales equivaldría naturalmente a una ruptura de la neutralidad y las naciones intermediarias se verían en el apurado caso de tener que optar, o por cumplir la voluntad de Inglaterra, y por lo tanto, atraerse la enemistad de Alemania, o por la agregación geográfica natural al Imperio alemán, concitando la hostilidad de Inglaterra. Tendrían que escoger dichos Estados entre la guerra naval con Inglaterra o una guerra en el Continente con la vecina Alemania, dos probabilidades, que encierran, cada una a su modo, un gran peligro. No es de suponer que los ingleses, que tienen mucho que perder, guarden consideración alguna al vecino débil y neutral.

Es imposible prever lo que resolverán los respectivos Estados neutrales, ya que en su decisión influirá seguramente la situación política en general y las tendencias y la posición que adopten las demás potencias mundiales respecto de la guerra angloalemana. El proceder de Francia y Rusia tendrá gran interés y suma importancia. Se comprende muy bien que en tales circunstancias piensen los holandeses en fortificar poderosamente sus más importantes puntos de la costa, para poder también por el lado marítimo conservar su neutralidad y que no descuiden tampoco su frontera

del Este, que sería atacada por nosotros si se resolvieran a ponerse al lado de nuestros enemigos.

En cuanto a las probabilidades políticas y militares a que podría conducir la intervención de Holanda, Bélgica y Dinamarca no es del caso entrar en pormenores. Sólo quería hacer notar la influencia que podría ejercer o más bien que debe ejercer la guerra en el mar sobre la guerra en el Continente y sobre los problemas políticos en general. De gran importancia sería la actitud en que se colocara Dinamarca, ya que de ella depende el paso del Mar Báltico al del Norte. Tener aquel mar abierto es en sumo grado importante para nosotros y hay que tomar toda clase de medidas para conseguirlo. El paso por los canales del Belt y el Sund puede ser de gran importancia en caso de guerra. El libre tráfico con Suecia es para nosotros de interés grandísimo, ya que estaríamos obligados a adquirir de ella el hierro que indudablemente nos escasearía al quedar paralizada nuestra importación de otros países. Si la conservación de esta ruta podría alcanzarse por la vía diplomática o si tendrán que tomarse medidas más decisivas al efecto, dependerá de la situación general y de la conducta de los países interesados; pero de ninguna manera hemos de tolerar que una potencia enemiga se establezca en las islas dinamarquesas.

Como se ve, son muchas y muy graves las complicaciones que se presentarían en una guerra angloalemana y no sólo de naturaleza militar, sino también política. Nuestro comercio tendría ciertamente que padecer perjuicios muy grandes, ya que el tráfico marítimo podría quedar detenido por todas partes. Y si Francia y Rusia como es de suponer, nos cierran sus fronteras, no nos quedaría más camino abierto que el de Suiza y Austria y naturalmente se dificultaría en extremo nuestra situación interior, al mismo tiempo que nos obligaría a llevar adelante la guerra con redoblada energía. Sea como fuere, deben prepararse con anticipación los ca-

minos por los cuales podamos recibir los víveres y primeras materias necesarias, así como para exportar la parte excedente de nuestra producción industrial. Esta clase de medidas no pueden improvisarse. Hay que prepararlas con mucha anticipación en tiempo de paz y ponerlas a cargo de un departamento gubernativo que a su vez asuma la responsabilidad. El ministerio de Comercio sería, por muchos conceptos, el más indicado para esta labor y con la colaboración de las grandes casas comerciales podría preparar y señalar las vías de salida y entrada que en tiempo de guerra debiera seguir nuestro tráfico mercantil. Se trata de una especie de movilización comercial.

Con esto juzgamos haber indicado las primeras medidas generales que en caso de guerra con Inglaterra debe tomar Alemania. Por de pronto, la guerra debe llevarse de manera que entretenga al enemigo, y si logramos rechazar su probable ataque, tendremos que contar luego con el bloqueo de nuestras costas.

Este bloqueo puede hacerse en dos distintas formas : Inglaterra puede llevarlo a cabo, o bien estrechándolo mucho sobre nuestra costa del Mar del Norte y al mismo tiempo cerrar los estrechos de Dinamarca, para entorpecer también nuestro tráfico desde los puertos del Mar Báltico, o bien cerrar por un lado el Canal entre Inglaterra y el Continente y por la parte opuesta, el mar abierto entre Escocia y Noruega — por ejemplo, en la línea de Peterhead a Ekersund — y en este caso nuestro tráfico con Ultramar quedaría completamente paralizado. Al mismo tiempo, el enemigo dominaría nuestras vías marítimas con Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suecia.

Un bloqueo en la forma primeramente expuesta, ocuparía muchas fuerzas navales. Según opinión de escritores ingleses prácticos en la materia, no puede pasar de doscientas millas marítimas la distancia desde la base de la flota a la línea de bloqueo, si se

quiere mantener éste con éxito durante largo tiempo, y como todos los puertos militares ingleses están a mucha mayor distancia de nuestras costas, esta sola circunstancia lo dificultaría extraordinariamente. Tal es, sin duda, el motivo que les obliga a convertir la bahía de Harwich en un poderoso puerto militar. Este sitio se considera como el mejor de la costa inglesa y no llega a trescientas millas marítimas su distancia desde la costa alemana. Este puerto reúne buenas condiciones para ser fortificado y pueden entrar y salir de él en tiempo de guerra los buques sin el menor peligro. Así y todo, la distancia desde los puertos alemanes a Harwich es muy considerable para el objeto del bloqueo. Por lo tanto, es indudable que los ingleses procurarían establecer bases navales en nuestra misma costa y quizá también en la holandesa en caso de intentar un bloqueo en este sentido: nuestra misión, por consiguiente, es evitar que lo consigan. No solamente deben fortificarse en tiempo de paz los sitios que pudieran utilizar los ingleses como puntos de apoyo en Heligoland, Borkum y Sylt, sino que debe procurarse asimismo dificultar y hacerles imposible todo intento de desembarco. Esta labor se confía de día únicamente a los submarinos y de noche a submarinos y torpederos mientras todavía se encuentran a bordo de los buques enemigos las fuerzas de desembarco.

Además, un bloqueo tan estrecho, ofrece una infinidad de probabilidades para causar daños al que lo intenta, si las costas están fortificadas en sentido ofensivo, ya que pudiendo ponerse a su amparo la flota defensora y maniobrar protegida por las fortificaciones, desde su mismo refugio podrá preparar y hacer una eficaz labor con salidas ofensivas. Como nuestro litoral del Mar del Norte ofrece estas condiciones, todo nuestro empeño debe consistir en aprovecharnos de ellas en lo posible. Por medio de con-

tinuos ataques de sorpresa, especialmente nocturnos, sea con submarinos, sea con torpederos, e incluso con buques de combate, no debemos dar un instante de sosiego a nuestro enemigo y causarle las mayores pérdidas posibles. A una batalla contra fuerzas mucho más poderosas no debemos dejarnos arrastrar, puesto que el combate naval no puede interrumpirse, por faltar el terreno donde substraerse al fuego del enemigo. En general, cuando se ha entablado formalmente un combate, hay que mantenerse firme hasta el final y únicamente pueden causarse graves pérdidas al enemigo si se le ataca rudamente.

Sólo en circunstancias especiales, cuando se está, por ejemplo, cerca de la base fortificada, puede suspenderse un combate sin experimentar grandes daños. Con un buen servicio de exploración es posible, indudablemente, atacar a tiempo al enemigo en sus partes más o menos débiles. El bloqueo, por su naturaleza, hace imprescindible que las fuerzas enemigas estén repartidas y la flota de combate bloqueadora, que debe suponerse apostada detrás de la primera línea de bloqueo y de observación, no puede permanecer con todos sus buques en alta mar por mucho tiempo. En cambio, las fuerzas de combate del bloqueado permanecen ancladas en sitios seguros y siempre dispuestas para una salida y para el combate (1). Un bloqueo de esta índole podría acarrear al enemigo pérdidas importantes.

Por lo tanto, es de suponer que los ingleses optarán por la segunda forma de bloqueo. Seguramente, tanto las obras comenzadas como las que están en proyecto en Rosyth y Scapa-Flow, obedecen a la intención de llevar a cabo el bloqueo en las líneas mencionadas. La línea de bloqueo tendría en la parte norte una longitud de trescientas millas, lo cual, militarmente,

---

(1) Véase VON BERNHARDI : *La Guerra de hoy*, tomo II, cap. XII.

parece factible. El cierre del Canal de la Mancha, por su escasa anchura, exige pocas fuerzas y es casi imposible romper esta línea. Además, existen las grandes bases navales de la flota inglesa, parte en la misma línea, parte inmediatamente detrás de ella, como son: Dover, Portsmouth, Portland y Plymouth. Todo avance contra esta línea desde el Mar del Norte, se vería amenazado por un ataque de flanco desde Sheerness y Harwich, que comprometería, naturalmente, la retirada a la costa alemana. Igualmente favorable para nuestro enemigo sería la línea de cierre en el Norte, una vez terminadas las obras de fortificación de aquellos puertos. La flota dedicada al bloqueo encontraría apoyo en el inmediato puerto de Rosyth, mientras que para su ayuda estaría apostada una escuadrilla de cruceros en las islas Orkney. Todo ataque desde la costa del Mar del Norte, se vería amenazado en su flanco y cortada su línea de retirada desde Rosyth y Sheerness. A causa de la excelencia de la posición inglesa, es de todo punto imposible causar grandes daños a la flota bloqueadora en este sentido, y no nos quedaría más recurso que atacar desde el Mar Báltico la parte nordeste de la línea de bloqueo. En estas operaciones tendríamos una retirada algo más segura.

Al llegar aquí se nos presenta de nuevo claramente la gran importancia que para nosotros tendría la libre navegación por el Sund y el Gran Belt. La posesión de estos estrechos, no sólo nos daría la llave del Mar Báltico, sino que nos mantendría abierta la salida para un asalto ofensivo contra la línea de bloqueo inglesa.

Aun con todas las ventajas que ofrece a Inglaterra esta segunda forma de bloqueo, presenta dos inconvenientes que desde el punto de vista inglés deberán tenerse presentes. En primer lugar, perjudicaría los intereses de los Estados neutrales del Mar del Norte

y del Báltico, y en segundo lugar, obligaría a Inglaterra a dividir su flota en dos o tres grupos.

Con respecto al primer punto, ya se ha dicho que Inglaterra no abandonaría su propósito, aun a riesgo de perjudicar los intereses de un tercero menos poderoso, y además es de suponer que entre ella y los Estados interesados se llegue a un arreglo, respecto del bloqueo, que deje satisfechos a todos. En cuanto a la división de la flota no puede constituir un gran inconveniente. Es fácil reunirla nuevamente y su fuerza total constituye siempre una garantía para las partes momentáneamente destacadas. No obstante, al bloqueado le será posible mientras dure la división de la flota enemiga, atacarla a su vez en una de sus partes y conseguir infligirla graves daños, en especial si logra sorprenderla, aunque los ataques por sorpresa, como suelen en tales casos usarse en la guerra terrestre, son casi imposibles por mar, a causa de la mayor facilidad en vigilar el espacio.

Por lo tanto, también esta clase de bloqueo debilitaría y cansaría con el tiempo al enemigo. Ni debe olvidarse tampoco que sería de más fácil ejecución que el primero, más estrecho, ni que por parte de nuestra flota exigiría un mayor esfuerzo ofensivo, pues no solamente tendríamos que efectuar largas salidas, sino que éstas tendrían que verificarse protegiendo siempre el flanco de nuestra flota.

Además, es inútil pensar que los ingleses se limitaran al bloqueo. Los motivos que los impulsarían a procurar una solución rápida, los hemos mencionado ya en el capítulo precedente. También se hizo mención de que en el caso de ir a la guerra aliados con Francia, procurarían los ingleses desembarcar tropas para coadyuvar desde tierra a la tarea de sus escuadras. De todas maneras sólo podrían lograr una acción decisiva si se apoderaran de nuestras bases navales : Wilhemshaven, Heligoland, la desembocadura del Elba

y Kiel, y si consiguieran derrotar la flota nuestra que hubiese intentado defender estos puntos; de esta manera nos pondrían en situación tal, que no nos sería posible continuar la guerra marítima.

Naturalmente, nuestras tropas tratarían de rechazar las tentativas de desembarco de los ingleses y cuidarían de defender la espalda de nuestras fortificaciones costeras para mantener abiertas las vías de comunicación de éstas con el interior. Mas para lograr hacer frente al ataque inglés, son de suma importancia en esta clase de combates, la capacidad de resistencia y la potencia de la artillería de las fortificaciones, aparte de su eficacia ofensiva.

Todo nuestro porvenir puede depender de la resistencia de las fortificaciones que en unión con la flota están llamadas a defender y proteger nuestras costas y bases navales y a infligir al mismo tiempo al enemigo tales pérdidas que reduzcan la diferencia numérica entre las dos armadas. Hay que tener en cuenta que nuestros buques sólo podrían desplegar su actividad, en tanto que se mantuvieran en pie y en nuestro poder las fortalezas de la costa.

Innecesario es decir cuánta importancia tiene la exploración para una defensiva que al mismo tiempo intenta ataques ofensivos. Sólo a ella deberíamos el poder aprovecharnos ventajosamente del momento indicado para el ataque y que con tiempo avisara los movimientos de la flota enemiga para que la nuestra se pusiera en salvo y no se viera obligada a aceptar un combate con fuerzas superiores. A causa de la gran superioridad numérica de los cruceros ingleses, será sin duda necesario contar con la ayuda de la flota aérea, con objeto de poder precisar rápidamente los movimientos del enemigo. La importancia de la flota aérea no debe, por lo tanto, despreciarse y han de tomarse también las medidas necesarias para ahuyentar las naves aéreas enemigas, bien por medio de artillería

especial o presentándoles combate, tomando nosotros la ofensiva.

Si pudieran aprovecharse las naves aéreas, en caso de ataque, para que desde lo alto hostilizaran con explosivos a los buques contrarios, ayudando así a nuestra flota naval contra la superioridad numérica de los ingleses, es de suponer que contribuyeran mucho a nivelar las dos fuerzas navales. Pero este recurso, en realidad, está todavía bastante lejano. Además de estar provistos los buques de guerra de cubiertas blindadas, que algo les protegen contra los proyectiles que pueden dejarse caer desde una nave aérea, no ofrecen blanco seguro para el tiro desde los globos. Sin embargo, no debemos perder de vista la posibilidad de lograr ciertos efectos en tal sentido.

Es indudable que en lo que respecta a la aeronáutica, nuestra defensa logrará la superioridad sobre el enemigo, ya que desde las costas alemanas podrán operar con mayor facilidad los dirigibles y aeroplanos contra la flota inglesa de ataque que los aparatos aéreos del enemigo contra nosotros, pues éstos tienen que apoyarse en la misma escuadra y en las lejanas costas inglesas (1). Estas eventualidades de superioridad deben tomarse muy en cuenta, pues no hay que descuidar cosa alguna de las que puedan inferir quebrantos al enemigo; y a los medios que ofrece la técnica y el arte de construcción naval y de fortificaciones, debe asociarse el más valeroso espíritu de ofensiva y de empresa. Sólo así podremos y deberemos alimentar la esperanza de debilitar a nuestro orgulloso enemigo, de tal manera, que al cabo nos sea posible provocar en alta mar la batalla decisiva. En esta guerra tenemos que vencer o por lo menos no hemos de ser vencidos, pues ella ha de decidir si al

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo I, cap. IV, y tomo II, cap. XII.

lado o por encima de Inglaterra podemos alcanzar la categoría de potencia mundial.

Esta victoria no redundará únicamente en beneficio de los exclusivos intereses de Alemania. Nosotros representaremos en esta guerra, como otras veces, los intereses generales del mundo, porque no sólo se tratará de igualar nuestros derechos con los de Inglaterra, sino de la libertad de los mares para todos. «Para realizar este designio entraron en lucha, Rusia, en tiempo de la emperatriz Catalina II, y Francia, bajo el primer Napoleón y en intervalos desiguales de su historia, hasta 1904; por este ideal trabaja también con toda energía la gran república de los Estados Unidos de la América del Norte. Lo que las restantes naciones anhelan, es la completa afirmación del derecho de gentes (1).»

En esta guerra no nos encontraríamos solos, espiritualmente. Todo lo que en el globo terráqueo siente y piensa libre y concienzudamente estará con nosotros, contra esa arrogante codicia de enseñoreamiento de un solo pueblo, que, si bien sabe revestir sus actos de una apariencia humanitaria y liberal, no quiere ni piensa en otra cosa que en su provecho particular y hunde para ello, sin miramiento alguno, hasta a sus mismos colaboradores.

En caso de que la flota francesa, como es de presumir, se uniera a la inglesa para combatirnos, la lucha sería aún más difícil que si se tratara de Inglaterra sola. La flota de alta mar francesa ejercería su acción en el Mediterráneo contra nuestra aliada, e Inglaterra podría destinar toda su marina de guerra a combatir con la alemana. También podría ocurrir que así en el Mediterráneo como en el Mar del Norte, operaran las dos flotas combinadas, ya que no es probable que Inglaterra dejara bajo la sola tutela de Francia sus inte-

(1) TH. SCHIEMANN : *Gaceta de la Cruz*, 26 de octubre de 1910.

reses en el Mediterráneo. Entonces se alejaría aún más de nosotros la posibilidad de éxito. Pero esto tampoco debería desanimarnos. Tendríamos que combatir entonces a la flota francesa, por decirlo así, por tierra, o sea que deberíamos colocar a Francia en tan apurado trance que se viera obligada a prescindir de la alianza con Inglaterra y retirar su flota para salvarse de la ruina completa. Como en 1870-1871 avanzamos hasta las costas del Atlántico, tendríamos que tratar también esta vez de lograr la conquista completa y la destrucción de los puertos y las bases navales de guerra franceses. Sería una guerra sin compasión la que tendríamos que hacer entonces, una guerra que, si se viera coronada por el éxito, arruinaría para siempre la posición de Francia como gran potencia. Si Francia quiere una guerra tal, no obstante la decrecencia de su población, tiene que prepararse a salir del concierto de las grandes potencias europeas y adaptarse a la dependencia política para siempre. Esto es lo que Francia arriesga.

Igualmente hay que contar, según como vengan las circunstancias, con una participación de Rusia en la guerra naval. Esta es, no obstante, menos peligrosa, ya que la escuadra rusa del Báltico es por el momento débil y además no es fácil que pueda unirse con la flota inglesa. Podríamos operar contra ella en la línea interior, esto es, aprovechándonos de la posibilidad de hacer pasar rápidamente por el canal Kaiser Wilhelm nuestras fuerzas navales, abrumar con nuestra superioridad a la escuadra rusa y después de realizado el golpe, volver al Mar del Norte. También para esta operación es de suma importancia que los estrechos daneses no estén bajo el dominio del enemigo. Si cayeran en manos de los ingleses, podría considerarse para nosotros imposible operar en el Mar Báltico y nuestro litoral en dicho mar quedaría únicamente al amparo pasivo de las baterías de costa.

CAPÍTULO IX

El punto esencial

He entrado en algunos pormenores respecto de las probables condiciones en que se realizará la guerra naval próxima, porque juzgo que para apreciar nuestra situación general política y militar, es necesario considerar las varias fases de la lucha naval y terrestre y tener presentes las eventualidades y los peligros que pueden resultar de la acción combinada de las fuerzas enemigas en nuestras fronteras de tierra y mar. Paréceme que sólo así es posible formarse claro juicio sobre la dirección que debe darse a nuestros preparativos guerreros.

Las consideraciones hechas acerca de una guerra naval contra Inglaterra y sus probables aliados, nos han demostrado que necesitamos realizar un gran esfuerzo para afrontar con éxito un ataque por mar; también nos han probado que únicamente podremos conseguir en el mar un éxito final si por tierra logramos la victoria. Si por Holanda entrara victorioso en Alemania un ejército anglofrancés y amenazara por la espalda nuestras defensas costeras, se paralizaría muy pronto nuestra acción naval. Lo mismo ocurriría en el teatro oriental de la guerra. Si algunos cuerpos de ejército rusos pudieran avanzar victoriosamente por el litoral del Báltico y operaran sus escuadras en

combinación con alguna de nuestros enemigos, podrían asimismo, por efecto de las operaciones del adversario en el Continente, hacer para nosotros imposible la continuación de la guerra en el mar.

Así, pues, juzgamos que hay que obrar en primer término de tal manera que, en todo caso y eventualidad, aseguremos la victoria en el Continente europeo. Únicamente la completa seguridad de nuestra posición continental europea, nos dará la posibilidad de afrontar eficazmente y con éxito la guerra naval y seguir una política mundial basada en nuestra potencia marítima. Mientras Roma estuvo amenazada por Aníbal, en la misma Italia, no pudo pensar en el imperio del mundo. Sólo cuando se consideró segura en el propio territorio empezó su triunfal camino.

Pero idénticas consideraciones nos demuestran que la guerra naval puede influir de manera decisiva sobre los éxitos en tierra. Si el enemigo consiguiera destrozar nuestras escuadras y desembarcar con poderosos contingentes en nuestro litoral del Mar del Norte, tendríamos que substraer una gran parte de nuestros cuerpos de ejército para rechazarlos, y esto, forzosamente, influiría en el curso de la guerra en las fronteras continentales. Por consiguiente, es de la mayor necesidad preparar de tal suerte la defensa de nuestras costas, que pueda rechazarse desde ellas cualquier ataque por formidable que sea.

Al mismo tiempo, la consideración de la situación política nos obliga a robustecer el convencimiento de que no debemos prepararnos a la guerra desplegando nuestras fuerzas de mar y tierra poco a poco, para no cargar excesivamente la hacienda nacional y dejar margen a otros proyectos de cultura; sino que es de grandísima importancia dejar a un lado toda clase de miramientos y obrar con la mayor energía en los preparativos para la guerra que parece ser inminente y en la cual habrá de decidirse todo el porvenir de nues-

tra política y de nuestra civilización. Considerando las grandes líneas directivas que ha emprendido la política mundial y las pretensiones políticas de los diversos Estados, hemos de convencernos de que para nosotros se ha hecho crítica la situación en el mundo y que nos hallamos en momentos que decidirán nuestra posición como gran potencia o causarán nuestra ruina. La ruptura de la Triple Alianza está demostrada por el proceder de Italia con respecto a Turquía y esto amenaza conducir la crisis mundial a una rápida solución. El plazo que nos concede el destino para preparar y reunir todas nuestras fuerzas y hacer frente a la lucha mortal es quizá muy corto. Tenemos que aprovecharlo y acordarnos de las palabras del gran Príncipe Elector: «Somos alemanes.» Este es el punto de vista en que debemos situarnos para llevar a cabo nuestros preparativos bélicos de mar y tierra: sólo así podremos cumplir nuestro verdadero deber nacional.

Y esto no quiere decir que hayamos de dejarnos arrastrar por tal estado de cosas tomando tan sólo medidas de momento. Lo que en estos preparativos se haga tiene que convenir al doble requirimiento de amoldarse a la necesidad presente y ser eficaz para lo porvenir. Pero en vista de la gravedad de la situación debemos esforzarnos en recuperar algo de lo que en estos últimos años se ha perdido.

Como ante todo importa asegurar nuestra situación militar en el Continente, tenemos que pensar, en primer término, en los medios necesarios para contrarrestar la gran superioridad numérica de nuestros enemigos. Esta superioridad será mayor aún si Italia sale de la Triple Alianza como miembro activo, aunque por pura fórmula quede en ella, o si, peor todavía, políticamente se deja arrastrar por el Irredentismo. Los preparativos para la guerra naval son de secundaria importancia.

La primera condición, la esencial, desde el punto de vista de la guerra terrestre, es la de disponer de todas

las fuerzas de que es capaz nuestro pueblo, instruir en el manejo de las armas a toda la juventud y que sea un hecho el servicio militar universal y obligatorio.

Nacida en la hora del peligro, esta obligación nos libró a su tiempo del yugo extranjero, permitiendo un gran despliegue de nuestro poder, y en los largos años de paz educó a un pueblo poderoso y fuerte en las armas que, en las guerras por la unidad alemana, nos condujo de victoria en victoria. En un capítulo aparte tratamos de su importancia para el progreso social de la nación. Hoy tendría el Imperio alemán una importancia política poderosa si nos hubiéramos atenido fielmente a la máxima de la cual nació nuestra grandeza.

Francia cuenta actualmente con unos 40 millones de habitantes, la Rusia europea, con Polonia y el Cáucaso, con 140 millones, y en cambio Alemania, sólo tiene 65 millones de habitantes. Mas como las fuerzas de Rusia, por diversas causas, no pueden ser aprovechadas de una vez y están algo atrasadas en materia militar, sería posible que un ejército alemán proporcionado a su población, luchase con éxito contra ambos enemigos, si operara con firme resolución en la línea de defensa interior, aun cuando Inglaterra se uniera a Francia y Rusia.

Desgraciadamente, hemos sido infieles a la idea del servicio militar universal y aun parece que hemos renunciado definitivamente a mantenerla. El país del servicio militar universal es ahora Francia. Entre nosotros existe sólo de palabra; en realidad acude a la instrucción militar únicamente el 50 por 100 de los hombres útiles para el servicio. Especialmente los habitantes de las grandes ciudades son los que en número menor son llamados para servir en el ejército. En este sentido debe hacerse una reforma tal que incluya todas las fuerzas disponibles de la nación

y se forme así un verdadero ejército popular, que hoy día nos falta. Sólo cuando cumplamos este deber podremos erguirnos enfrente de las potencias enemigas.

Aunque consideremos esta reforma como una obligación nacional, no podemos ignorar que es imposible recuperar en poco tiempo lo que hasta ahora hemos descuidado. No es posible aumentar en un día nuestro ejército de paz en 150,000 hombres. Para esto faltaría personal instructor y el equipo necesario, ni tampoco podrían hacerse de una vez los gastos que ocasionara. La completa eficacia del aumento en los ejércitos se hace notar poco a poco y solamente cuando el número de reservistas y de la *Landwehr* ha aumentado proporcionalmente. Así es que tenemos que proceder por grados para llegar otra vez al servicio obligatorio universal. Sin embargo, el tiempo de servicio que establece la Ley del Quinquenio no está, por ningún concepto, justificado. Pero aunque quisiéramos aumentar nuestro ejército en medida más extensa, hemos de reconocer que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, se harían sentir tan poco a poco los efectos, que, hasta dentro de mucho tiempo, no podríamos esperar en acercarnos ni aun remotamente a la superioridad numérica de nuestros enemigos.

Además de ir procurando del modo más enérgico el aumento de nuestras tropas, hemos de pensar en otros medios que nos permitan vencer en todo caso la superioridad numérica de nuestros enemigos. Y estos medios pueden solamente encontrarse en el campo intelectual.

Con innumerables hechos enseña la historia que cada vez que el factor decisivo en la guerra ha consistido en la superioridad numérica, lo ha sido solamente cuando en todas las demás cualidades los ejércitos en lucha han estado al mismo nivel o cuando la superioridad en el número de uno de ellos ha sido tal que excediera las pro-

porciones establecidas por la ley numérica (1). En casi todos los casos, no obstante, constituyó una especial ventaja de uno de los combatientes el mejor armamento, la superior calidad de las tropas, la genialidad en la dirección y la superioridad del principio estratégico; estos factores han alcanzado muchas veces la victoria sobre la superioridad numérica. Roma conquistó el mundo con fuerzas siempre inferiores; Federico el Grande supo defenderse con inferiores fuerzas de la Europa aliada contra él. La reciente guerra rusojaponesa nos da el ejemplo de cómo un ejército numéricamente inferior puede lograr la victoria contra una superioridad numérica aplastante. No podemos contar de antemano con tener al frente de nuestros ejércitos a un gran estratega; un Federico, el Único, no es fácil que nazca por segunda vez. Tampoco podemos saber si nuestras tropas podrán ser de superior calidad que las del enemigo. Pero sí podemos saber cuáles serán los factores decisivos en la próxima guerra y de cuáles dependerá la victoria o la derrota. Si apoyándonos en estos conocimientos nos preparamos a la guerra en un sentido determinado y ponemos por obra los puntos de vista que pueden ser decisivos, es posible alcanzar tal superioridad que difícilmente pueda luego recuperarla el enemigo durante la campaña. Además, si en la misma guerra procedemos sobre principios de política superiores a los demás que resultan del especial carácter de la guerra moderna, será posible alcanzar una superioridad efectiva que nivele la superioridad numérica.

Lo esencial no es oponer batallón a batallón, batería contra batería y contar con igual número de cañones, ametralladoras, aeroplanos y otros recursos técnicos que el probable enemigo; absurdo podría llamarse al deseo de igualar a éste en todo lo puramente material. Esto sólo puede conducir a una dependencia del espí-

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo I, cap. II.

ritu y constituye una imitación ridícula. Más bien debe procurarse la superioridad en aquellos factores de los cuales, en última instancia, depende la resolución de las batallas.

Labor del mando supremo del ejército es la de preparar ya en tiempo de paz estos elementos de poder decisivo y emplearlos en la guerra, según planes concretos y un principio de superioridad reconocida. Esto es lo que debe procurarnos ventajas morales y reales sobre el enemigo. De lo contrario, corremos el peligro de vernos aplastados bajo su fuerza numérica.

Siguiendo la tradición y la costumbre y con la insensata competencia en los armamentos, no es posible que se logre este fin. Tenemos que prever las probables consecuencias de la guerra próxima con claridad de entendimiento y no vacilar en tomar por rumbos nuevos, aunque no estén sancionados por la experiencia y el uso. Sólo por vías nuevas pueden lograrse nuevos fines y precisamente nuestra historia militar nos da innumerables ejemplos de cómo la superioridad estriba en el progreso y la innovación basada en la apreciación exacta de las circunstancias. La fuerza intelectiva que sabe, en cada circunstancia, distinguir dónde ha de buscarse la solución, y el ánimo intrépido para poner en práctica la innovación : éste es el terreno donde prosperan los grandes éxitos.

Nos extenderíamos demasiado si intentáramos examinar la esencia de la próxima guerra y desenvolver sistemáticamente todos los puntos de vista que en ella serán decisivos. El examen detallado de estas cuestiones se encuentra en mi obra, recientemente publicada, *La Guerra de hoy.* Aquí recopilaré brevemente el resultado de aquellas investigaciones, para desenvolver sobre la misma base los pormenores de lo que en lo futuro constituirá el problema esencial.

En la próxima guerra europea se operará con *masas* de combatientes como no se ha practicado todavía en

guerra alguna : se emplearán armas que traspasarán en eficacia a todo lo hasta ahora conocido y medios de comunicación que no habrán tenido precedentes en ninguna guerra por su potencialidad y su variedad. Estos formidables factores darán a la próxima guerra una característica especial.

Las *masas* significan un aumento de fuerza ; pero encierran también un elemento de debilidad. Cuanto más grandes sean y cuanto menor el número de soldados profesionales que las conduzcan, tanto más disminuye su valor táctico ; cuanto menos fácil les sea vivir sobre el país mismo, principalmente si están concentradas estrechamente, tanto más sujetas estarán a un diario abastecimiento de medios de subsistencia y tanto más pesadas se harán y difíciles de mover. A causa de la gran extensión de terreno que para su acción necesitan, será muy difícil emplearlas en un mismo momento para un fin único. Las grandes *masas* son también más sensibles a las impresiones morales deprimentes que los más compactos cuerpos de tropas y pueden ser hasta peligrosas para sus mismos caudillos si les faltan los víveres, si la disciplina se relaja y pierde el jefe la autoridad sobre la *masa*, que únicamente puede ser dirigida en circunstancias regulares.

La creciente eficacia de las armas no solamente se caracteriza por su mayor alcance, sino también por ser más mortíferas ; por lo tanto, las cualidades morales del soldado deben resisitir también a pruebas más duras. La zona de peligro empieza mucho antes que antiguamente ; el espacio que ha de cruzarse en el ataque se ha hecho mucho mayor ; el ataque debe hacerse a gatas y a saltos ; el soldado tendrá que hacer uso continuo de la pala para procurarse una defensa mientras esté expuesto al fuego : en todo caso tendrá que disparar muchas más veces que en tiempos pasados. El fuego rapidísimo con que se combate aumenta las pérdidas a cada movimiento poco cauto. Las tropas de todas

las armas tienen que soportar todos estos inconvenientes, y con todo esto el alojamiento y la alimentación serán más deficientes que antes. Para decirlo en dos palabras : mientras las tropas proporcionalmente han bajado en calidad, las exigencias de la guerra se han hecho mucho más grandes.

Es cierto que los modernos medios de transporte facilitan y hacen posible el movimiento y el avituallamiento de las grandes masas, pero también las obligan a mantenerse cerca de las líneas de ferrocarril y de los caminos practicables y si estos medios llegan a faltar en el curso de los sucesos de la guerra, la situación se hará tanto más insoportable y difícil cuanto más acostumbradas estuviesen las tropas y el mando a contar con tales recursos.

De estas consideraciones resulta que las tropas cuyo valor táctico y capacidad operativa sean mayores que los del adversario, tendrán una gran superioridad sobre éste. El caudillo que sepa ejecutar los movimientos de sus tropas más rápidamente que el enemigo y sea más hábil en reunir mayores masas en espacio reducido y mantenerlas en actividad, estará siempre en situación de lograr una superioridad numérica en el punto decisivo. Y si además dispone de tropas más prontas al ataque, logrará estas acciones decisivas contra una parte del ejército contrario y podrá aprovecharse de ellas contra las otras partes del mismo ejército, antes de que éste pueda lograr ventajas en otros puntos del campo de batalla.

Puesto que la capacidad de operar y la moral de las tropas se muestra principalmente en la ofensiva, la necesaria consecuencia es que la salvación se ha de buscar en el ataque.

La superioridad del ataque consiste esencialmente, aparte de los elementos de fuerza moral, en la rapidez de la acción. Teniendo el que ataca la facultad de escoger el punto y la dirección, según su propia iniciativa,

puede reunir en el sitio escogido de antemano una superioridad real sobre el defensor sorprendido. La iniciativa, que es la prerrogativa del que ataca, le da una ventaja de tiempo y lugar que se expresa en ventajas operativas y tácticas. El que se defiende puede equilibrar estas ventajas únicamente cuando conoce con tiempo suficiente las intenciones del que ofende y cuando le es posible tomar las correspondientes medidas. Cuanto más rápidamente opera y lucha el que ataca, es decir, cuanto más capacidad operativa y valor táctico tienen sus tropas, tanto mayor es la superioridad que, por su naturaleza, le garantiza el ataque.

La superioridad aumenta con la importancia de las *masas* combatientes. Cuanto más grandes y pesadas son y cuanto mayores las distancias a cubrir, tanto más difícil será para el defensor y tanto más tiempo necesitará para tomar sus medidas defensivas ; por lo tanto, las probabilidades de éxito del que ataca serán mayores, especialmente si cuenta con la ventaja de disponer de mejores tropas.

Finalmente, la iniciativa ofrece al numéricamente más débil la posibilidad de alcanzar la victoria, aunque las condiciones sean iguales para ambos combatientes ; y precisamente la posibilidad de vencer será tanto mayor cuanto mayores sean las *masas* comprometidas en la lucha. Puesto que en la mayoría de los casos es imposible hacer operar al mismo tiempo y en un mismo sitio la masa total de un ejército moderno, la victoria en la dirección decisiva, es decir, en aquella dirección que afecta directamente a las arterias vitales del adversario (1), es generalmente decisiva para todo el curso de la guerra y hace sentir sus efectos hasta en los puntos más lejanos del teatro de la guerra misma. Por lo tanto, si el que ofende puede operar y vencer en la di-

1) Véase VON BERNHARDI *La Guerra de hoy*, tomo II, cap. V.

rección decisiva y con fuerzas superiores, a causa de que la superioridad numérica del enemigo no pudo hacerse valer oportunamente, entonces es también posible vencer a un ejército numéricamente superior. Esta es la ley a la cual Federico el Grande debió sus victorias sobre enemigos mucho más poderosos que él, en cuanto al número de sus fuerzas.

No es preciso insistir en que la superioridad del ataque es tanto mayor cuanto más rápidamente se procede en él y cuanto menor sea la movilidad del ejército enemigo. Pero de la posibilidad de disimular los propios movimientos y poner obstáculos a la capacidad operativa del enemigo resulta una superioridad efectiva que aunque no tenga importancia directa no debe desdeñarse.

De estas consideraciones se desprende que si se desea lograr la superioridad en la próxima guerra hay que aumentar en tiempo de paz el valor táctico y operativo de las tropas y desenvolver los medios aptos para disimular los movimientos propios y perjudicar la capacidad de operar del enemigo. Y en la guerra misma hay que proceder ofensivamente, conservar la iniciativa y aprovechar la capacidad de operar de las tropas propias para tomar la dirección decisiva y en ella conseguir la superioridad. Ante todo, deberá obrar así el Estado que tenga que llegar a una meta fija y que se vea atacado por enemigos superiores en número. Este Estado debe encargar a su ejército una dirección ofensiva y aun en la defensiva estratégica ha de saber conservar el espíritu de ofensiva.

Este principio se refiere ante todo a Alemania. Para nosotros, los principios aquí explicados deben constituir la norma, si queremos esperar confiadamente en el porvenir. Todas nuestras medidas han de tomarse en el sentido de crear un ejército mejor, más apto para operar y especialmente más fuerte en el ataque ; a este punto de vista deben subordinarse todos los demás.

Así nos situaremos en un plano desde el cual podemos ordenar todas las medidas en sus relaciones internas y enderezarlas todas a un mismo fin, guardándonos al mismo tiempo de extraviarnos por aquellos caminos que fácilmente se toman cuando se quieren considerar las cosas una a una—por decirlo así «por compartimientos» — juzgándolas separadamente, en lugar de abarcar el conjunto dentro del cual han de mostrar su eficacia.

Mucho de lo que hemos hecho o que hemos dejado de hacer hubiera tomado ya más ventajosa dirección si hubiésemos obrado siempre con estas miras de unidad.

La condición que indico yo como decisiva está en cierta oposición con las corrientes hoy directoras y supone un cierto efecto contrario a las iniciativas que dominan en la actualidad. Cuanto más grandes son las *masas* de soldados con que los Estados modernos tratan de sobrepujarse uno a otro y con las cuales quieren hacer la guerra, tanto más padece su capacidad operativa y tanto más se reduce el valor táctico y no sólo el valor medio del ejército, sino el de cada sección. Como hemos visto ya la *masa* puede constituir incluso un peligro para la causa propia. « Se ahogaron en su propia grasa », dijo el general Brandenstein, el gran organizador de la marcha de despliegue de 1870, hablando de las formaciones en *masas* de los franceses. Además, la insuficiente importancia que se da a la caballería en su proporción con el total del ejército, ha privado a los generales en jefe de los medios de causar daño a la capacidad operativa del adversario y de disimular los movimientos propios.

Tampoco se da en la instrucción de las tropas la atención necesaria al servicio de desenfilada, y, finalmente, no se concede a la capacidad operativa de las tropas la gran importancia que la guerra futura impondrá.

El concepto mecánico de la guerra (1), la debilidad ante las presiones de la opinión pública, y muchas veces también la falta de conocimiento de la realidad, han hecho que se tomen medidas que ponen en contradicción lo que militarmente es necesario con lo que efectivamente se hace, y que desde el punto de vista militar no están justificadas. No sería, pues, ni lógico ni práctico insistir en tal sistema una vez se haya reconocido que con él no se llegará a la superioridad sobre el enemigo.

Esta contradicción entre lo necesario y lo conseguido se manifiesta ya en el refuerzo que se ha dado a la ley del servicio militar obligatorio general. Se vacila entre el deseo de llevarlo a cabo por lo menos en cierta medida y el temor a los gastos que ha de ocasionar, y se recurre a toda suerte de subterfugios para salvar las apariencias sin cumplir la obligación misma. Uno de estos subterfugios es la reserva formada con los excedentes de cupo, cuya adopción se ha vuelto a proponer. Pero la superficial instrucción que se quiere dar a esta reserva no es suficiente. Con ella se crea un proletariado militar inapto para formales empresas militares. Una medida de esta clase constituiría una carga muy pesada para el personal instructor del ejército y, por consiguiente, un perjuicio para este último. No se lograría por este camino reforzar el ejército de operaciones, puesto que no existen formaciones especiales para recibir el contingente de los excedentes de cupo. Este contingente no haría otra cosa que llenar los depósitos de reclutamiento y acelerar algo la manera de cubrir bajas.

La misma contradicción se presenta en el modo de emplear las tropas. Cada ejército se divide hoy en tropas de línea, formadas ya en tiempo de paz y que en caso de guerra solamente hay que completar, y en formaciones nuevas que sólo se constituyen en caso de

---

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo II. cap. I.

movilización. El valor táctico de estas últimas varía mucho, según su composición y la edad de los individuos, pero en todo caso es inferior al de las tropas de línea. Las formaciones de territoriales (Landwehr) que se emplearon en la campaña de 1870-1871, dieron de ello buen ejemplo, no obstante haber prestado excelentes servicios y haberse portado de manera digna de elogio, y las nuevas formaciones francesas de la misma clase fueron, tácticamente, del todo insuficientes. El servicio de estas tropas debería limitarse a la segunda línea. En la guerra de ofensiva les incumbe el servicio de custodia de ferrocarriles y de etapas, de guarnición en el territorio ocupado, en parte también el sitio de fortificaciones, es decir, todos aquellos servicios que de otra manera debilitarían al ejército de operaciones. En la guerra defensiva, estas tropas tendrán que ocuparse en la defensa local y esencialmente pasiva. Por medio de esta clase de servicio, al principio bastante limitado, estas formaciones nuevas se adaptarán poco a poco a las tareas de la guerra y alcanzarán aptitud para la ofensiva, con la cual no se podría contar antes, tanto más cuanto en los primeros momentos no estarán adecuadamente provistas de servicio de columnas, trenes y caballería.

Esto no obstante, parece que se intenta asignarles un puesto en primera línea y hasta en operaciones decisivas (1). Las tropas de reserva y de línea se consideran como valores equivalentes y parece que nadie piensa que unas son inferiores a las otras. Este concepto constituye un peligro; en la campaña conviene más limitar las masas y emplear únicamente tropas de línea que encomendar a tropas inferiores tareas para las cuales no son adecuadas. Hemos de tener la audacia de tomar la ofensiva con tropas numéricamente inferio-

(1) El general Freiherr von Falkenhausen, en su libro *Movimientos de flanco y ejércitos de masas*, encomienda las operaciones decisivas a dos ejércitos de reserva.

res, pero tácticamente superiores y de más valor operativo que las del adversario, convencidos de que *la mayor capacidad operativa equilibra las ventajas del mayor número y que precisamente en las actuales guerras de masas, una victoria en un punto decisivo tiene mayor importancia que antes para el éxito final.*

Las acciones decisivas dependen de las tropas de línea, no de las masas que se juntan con ellas al movilizarse. El general que tenga presente esta máxima y haga de las masas un empleo limitado, a fin de conservar a su ejército la libertad de movimientos, gozará de una gran ventaja sobre el que tenga su ejército recargado de tropas de inferior valía, las cuales rebajan el valor del conjunto y privan de la libertad de movimientos a la masa propia. El contingente de las reservas del ejército debe servir, no para operar con las tropas de línea, sino subsidiariamente, y para desembarazarlo de las tareas secundarias. En este sentido, el mayor número de reservas populares de un país darán a éste la superioridad en la guerra actual. Si se considera que las primeras grandes victorias tienen hoy más importancia que la que tuvieron antes (1), se comprenderá cuánto debemos esforzarnos para conseguir que nuestro ejército de línea sea lo más fuerte y capaz posible y constituirá un lamentable error debilitarlo demasiado, privándole de mucho personal para las tropas de reserva, con la intención de convertirlas en tácticamente equivalentes. Este fin no se logra por tal camino; así no se consigue más que rebajar el grado de eficacia de las tropas de línea.

Reforzar y aumentar estas tropas en todo lo posible debe constituir nuestra ambición constante. Un aumento de contingente en el ejército en pie de paz vale más que un número mucho mayor de reservas formadas con excedentes de cupo mal instruídos. Ante

---

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo II, cap. IX.

todo debe aumentarse la fuerza de los cuadros activos. Cuanto más fuerte sea ya cada unidad en tiempo de paz tanto más capaz será para la guerra y lo esencial es tener tropas buenas, no muchas. En la calidad e intensidad de la instrucción de las tropas está nuestra salvación. Si queremos hacer efectivo el servicio militar obligatorio, aumentando el ejército activo, debemos crear nuevas formaciones en tiempo de paz, porque sólo así se puede aumentar el número de los oficiales y suboficiales de profesión, lo cual es muy necesario, porque los cuadros actuales no serían suficientes para recibir la masa de todos los aptos para el servicio y procurarles una instrucción sólida.

El gradual refuerzo del servicio militar obligatorio, juntamente con el aumento de las tropas de línea, es la primera condición que se impone como resultado de estas consideraciones. En el capítulo siguiente trataremos de los puntos de vista de que debe partirse para mejorar el valor táctico de las tropas por medio de la organización, equipo e instrucción, y aumentar la capacidad operativa del ejército, la caballería y el servicio de cobertura.

Antes de entrar en estos pormenores, debo mencionar un factor que se halla en campo muy diferente del de los puntos hasta ahora tratados y que hace sentir su influencia en todas las esferas de la actividad militar, especialmente en la ofensiva, en la cual se exige libre acción e iniciativa propia : me refiero a la importancia de la personalidad.

Desde el jefe supremo del ejército y el jefe de cuerpo o unidad, de los cuales el uno debe llevar a la práctica sus propias concepciones bajo la presión de la responsabilidad y de la suerte inconstante, y el otro debe obrar, según la dirección recibida, pero con iniciativa propia, hasta el solitario jinete enviado en patrulla, que en medio de los peligros debe contar sólo consigo mismo, y el más joven infante que en la batalla tiene

constantemente ante sus ojos la muerte y no obstante debe conservar la iniciativa y el anhelo de la victoria; para todos es decisiva la personalidad en la guerra de hoy, mucho más que lo fué en las guerras pasadas. Los efectos de las armas modernas han abolido todas las formaciones cerradas de la infantería de antaño y obligan al soldado a contar con su propia iniciativa en el combate. La directa influencia de los superiores ha disminuído. En el servicio estratégico de la caballería, que forma la tarea especial de esta arma, el soldado de patrulla y portador de órdenes y partes, se verá más separado que antes de sus cuerpos y más obligado a confiar en sí mismo. También en la artillería la importancia de la acción independiente será más marcada en lo futuro. Al mismo tiempo, con los contingentes de los ejércitos han aumentado el área de los campos de batalla y el espacio de las operaciones. Menos que nunca podrá ver ahora el general en jefe con sus propios ojos el desenvolvimiento de la batalla en las varias unidades de ejército y de tropas; más que nunca se verá obligado a dejarlas obrar con cierta independencia. Y esto sobre todo se hará notar en la ofensiva.

En la defensa tratará cada cual de resistir frente al peligro, mientras será labor del jefe el acertado empleo de las reservas. Pero en el ataque cambian las circunstancias, según sea la oposición que presente el enemigo, cosa que no se puede calcular con exactitud de antemano, y según sean los éxitos y los reveses de las fuerzas propias. Hasta el soldado solitario tendrá que avanzar o detenerse, según lo haga el refuerzo que le acompaña; a menudo tendrá que escoger por sí mismo el blanco, según le indique su propia iniciativa, pero sin perder de vista el objeto principal de la lucha. Para los jefes el ataque constituye un caso de prueba de sus facultades: de astucia y de disimulo, de arrojo y de acción sin vacilaciones, de juicio ponderado y de rápida decisión. Deben ser capaces de cambiar rápida-

mente sus medidas de un extremo a otro : todo esto exige poderosos esfuerzos de personalidad.

De ello se desprende claramente que logrará la superioridad el ejército que cuente con mayor número de individuos capaces de pensar y obrar con criterio propio. Es posible alcanzar esta meta. La personalidad puede desenvolverse, especialmente sobre la base de la actividad intelectual. La capacidad de pensar y de juzgar aumenta con el continuo ejercicio y quien sepa juzgar las circunstancias en que tiene que obrar, quien domine el elemento en que se halla, sabrá también decidirse más rápidamente que el que se encuentra frente a una situación que no comprende. Con el criterio crecen la confianza en sí mismo y la audacia y se aumenta la entereza en la derrota. Esto se demuestra en todas las situaciones. El recluta poco diestro y tímido se transforma en suboficial decidido y juicioso y en los grados superiores de la milicia se opera a menudo el mismo proceso psicológico. Pero donde quede atrasado el desenvolvimiento de la personalidad, allí se notará su falta en el momento de la acción. El elegante general del Cuerpo de Guardia, Bourbaki, se desmayó al encontrarse con la obligación de mandar un ejército cuyas condiciones internas y externas no dominaba completamente ; en cambio, el general Chanzy conservó claro el juicio y la resolución en medio de la derrota. Así, una de las tareas principales de la preparación para la guerra consiste en levantar el nivel intelectual del ejército y formar caracteres.

Muy importante también es educar a los jefes superiores en la posesión de un juicio propio y genial. En las largas carreras militares se desenvuelve con gran facilidad una cierta rutina que acaba por tomar caminos anticuados y se hace incapaz de juzgar las cosas sin prejuicios. La rígida disciplina, al paso que duplica las fuerzas de un ejército, tiene el inconveniente de dar ocasión a una cierta unilateralidad que se encuentra

en oposición con la realidad de las cosas y no permite a la personalidad el revelarse. Algo de esto se demuestra ahora entre nosotros, donde alcanza la categoría de axioma el empleo del ataque de conjunto.

Es necesaria la unidad del querer y del obrar para dar mayor tensión al esfuerzo, pero debe ir acompañada de la mayor independencia intelectual que aprecie las circunstancias y sepa resolver los problemas nuevos por caminos también nuevos. Dícese que no hay hombre necesario ; que la personalidad es nada, que el tipo es todo. Pero esto es un error. En la paz, en que prosperan también las aparentes grandezas, y donde no hay verdadera lucha entre el capaz y el inepto, basta la capacidad mediana. Pero en la guerra decide únicamente la personalidad. Como el agua fuerte hace aparecer limpio el metal puro, así los peligros y la responsabilidad hacen aparecer el valor decisivo de la personalidad. Dichoso el ejército que ya en tiempo de paz logra colocar y mantener en el sitio merecido a los hombres dotados de grandes cualidades. Sólo entonces se evitarán los peligros de la rutina, verdaderos enemigos del progreso y del éxito. Gloria eterna será del emperador Guillermo I haber sabido confiar en tiempo de paz los cargos más elevados a los hombres que en tiempos críticos habían dado pruebas de ser héroes en el espíritu y la acción y que tenían el valor de haber escogido caminos propios e independientes. Esta gloria no es escasa; en general, lo extraordinario solamente inspira envidia y desconfianza y el talento mediano y barato, incapaz de una acción decisiva, aparece como una superioridad; únicamente bajo la presión de la guerra se demuestra la verdad de las palabras de Goethe :

> «Pueblo, villanos y opresores
> en todos los tiempos los habrá ;
> pero el don más preciado del hombre
> es la personalidad.»

Capítulo X

Organización del ejército

Aunque trataré de desenvolver ahora algunos puntos relativos a organización, no tengo intención de hablar de todas las necesidades y esfuerzos con ellas relacionados que ocupan hoy la atención de nuestro mundo militar. Más bien deseo desenvolver los puntos de vista generales que, según mi criterio, deberían constituir la norma de la sucesiva formación y progreso de nuestro ejército, si queremos alcanzar una eficaz superioridad en los sentidos que la gran guerra futura demostrará indudablemente como decisivos. En esta labor sólo me será necesario entrar en pormenores cuando éstos sean de especial importancia o cuando su mención sea imprescindible para la mayor claridad en la exposición. Como fácilmente se comprenderá, en varios aspectos mi criterio será opuesto al estado actual de las cosas; pero nada más lejos de mí que el deseo de someterlas a la censura. Mientras que mis puntos de vista han nacido de investigaciones teóricas, nuestro ejército ha llegado a ser lo que es, después de haber experimentado desde el principio la influencia de los hombres más diferentes y de las más variables opiniones, dificultades financieras y contradicciones políticas. En este sentido está nuestro ejército por encima de toda crítica. Tenemos que aceptarlo como un

legado, cuyo origen sólo debe someterse al juicio de la historia. Pero la sucesiva formación de nuestro ejército pertenece al porvenir y, por lo tanto, es susceptible de influencia. Puede realizarse esta formación sobre planes concretos y definidos y tiene igualmente gran importancia política que este objeto se consiga, en lo posible. No voy, por lo tanto, a considerar lo pasado y consumado para criticarlo, sino que mi único intento es ser útil para lo futuro.

Desplegar la mayor fuerza combatiente y la mayor capacidad táctica, para que por medio de ellas nos sea posible hacer con éxito la guerra ofensiva; esta debe ser, como se expuso en el capítulo precedente, la idea que informe toda nuestra preparación para la guerra; y, por lo tanto, de esos dos propósitos parten, naturalmente, las consideraciones que vamos a hacer.

La fuerza combatiente reside en primer lugar, como ya hemos dicho,—y aparte de la instrucción, de la cual hablaremos más adelante, del armamento y del elemento humano,— en la composición de las tropas. Por lo tanto, en lo que se refiere a las tropas de línea, y de ellas se trata principalmente, pues son en realidad las verdaderas tropas de campaña, esa fuerza combatiente radica en su contingente fijado para tiempo de paz; y ya se ha hecho notar en el capítulo anterior cuán importante es, en el ejército en pie de paz, no sólo tener dispuestos los necesarios cuadros de oficiales para las unidades en pie de guerra, sino dar también a las diversas armas una fuerza tal que sólo necesiten una pequeña adición en caso de guerra.

Son igualmente poderosos factores para el valor y la eficacia de las tropas la capacidad y el espíritu de los jefes, oficiales y suboficiales. Unos y otros mantienen la disciplina, la decisión y la iniciativa, y como además son los maestros de las tropas, ellos son los que determinan su nivel moral. El número de los jefes, en tiempo de paz, es muy reducido, tanto en proporción a la la-

bor de instruir las tropas, como a lo que se exigirá de ellos en caso de movilización. Si se considera cuántos oficiales y suboficiales del ejército permanente tendrán que enviarse a las nuevas formaciones, para hacer de éstas algo vivo y eficaz ; si se tiene en cuenta, además, cuán difícil es en la táctica moderna que los jefes puedan influir inmediatamente en la batalla, se verá entonces con claridad la insuficiencia numérica de la oficialidad existente. Esto es en especial aplicable a la infantería, precisamente cuando en ella, por ser el arma decisiva, es de todo punto esencial contar con suficiente número de oficiales aptos. Importantísimo es, por un lado, mantener el contingente completo de los cuerpos de suboficiales y oficiales de infantería, y, por otro lado, aumentar en lo posible la capacidad de acción de los oficiales y suboficiales excedentes y de supernumerarios en la reserva. Esto último entra de lleno en la esfera de la instrucción y no lo trataremos aquí.

El problema de mantener completos los efectivos es, en cierto sentido, un problema económico. Para el cuerpo de suboficiales, el sueldo y las ventajas que ofrezca la carrera para ulteriores empleos civiles son puntos decisivos y, por lo tanto, es necesario mejorar las condiciones pecuniarias al paso que va encareciendo la vida. Pero también para la formación de los cuerpos de oficiales es de gran trascendencia esta cuestión económica. La carrera militar ofrece hoy tan pocas probabilidades de éxito y exige en cambio tanta capacidad y espíritu de sacrificio, que únicamente tendrá alguna fuerza atractiva permanente cuando no exija grandes sacrificios pecuniarios, como hoy ocurre. Particularmente, los oficiales de infantería deberían estar mejor remunerados. Si para los de caballería y artillería rodada el entretenimiento del caballo ocasiona gastos mayores que los que pesan sobre los oficiales de infantería, el servicio de éstos es más pesado y exige grandes gastos de vestuario. Por lo tanto, a mi parecer, sería

conveniente conceder a los oficiales de infantería mayores sueldos que a los de caballería y artillería para que fuera nuevamente atractivo el servicio en dicha arma. Hoy, cuantos desean emprender la carrera militar solicitan la entrada en las armas montadas, para las cuales hay exceso de aspirantes. Estas armas tendrán siempre suficiente número de oficiales. Su mayor atractivo debe equilibrarse por el mayor beneficio que ofrezca el servicio en infantería. Sólo así podrá contarse con la fuerza necesaria en el arma principal.

Así como para el destacamento aislado la fuerza combatiente viene determinada por su composición y su instrucción, para la cooperación de las tropas en una batalla existen, además, otras circunstancias que influyen en el resultado, aparte del valor táctico de las mismas tropas: por una parte, como es natural, la dirección, que depende, sin embargo, de causas imponderables; y, por otra, la relación numérica de las diversas armas entre sí. Dejando a un lado la caballería, que en la batalla desempeña un papel especial, es de gran importancia determinar la relación en que la artillería y la infantería debieran encontrarse entre sí.

En cuanto a las ametralladoras, debemos ante todo hacer notar que la idea de que con ellas puede reemplazarse hasta cierto punto a la infantería, es indudablemente equivocada. La ametralladora es, en primer lugar, un arma defensiva. En el ataque sólo debe emplearselas en circunstancias especialmente favorables y constituyen únicamente un refuerzo para uno de los factores del éxito en el ataque, esto es, para la intensidad en el fuego; mientras que en ocasiones pueden constituir un obstáculo para aquel impulso de avance que debe ser el alma del ataque. Por lo tanto, esta arma auxiliar sólo se entregará a la infantería en número limitado y se la empleará principalmente en los frentes defensivos y a menudo reunidas dentro de grandes

unidades. Además, las secciones de ametralladoras no deben constituir una impedimenta excesiva para las columnas en marcha.

Más importancia tiene la relación entre infantería y artillería.

La infantería es el arma decisiva. Las demás sólo están en la batalla para facilitarle a ella el camino de la victoria y apoyar, mediata o inmediatamente, su acción. Pero tal relación no debe ser una representación teórica; en último lugar deben ser más bien las necesidades de la infantería las que determinen la importancia de los demás elementos de combate en el conjunto del ejército.

Si tomamos como base este punto de partida, deduciremos lo siguiente: la infantería ha ganado mucho en poder defensivo merced al armamento moderno. El ataque, por lo tanto, exige hoy mucha mayor superioridad que antes (1). Además, a consecuencia de la disgregación que causa hoy el fuego más intenso, las antiguas formaciones tácticas cerradas han ensanchado el frente de batalla. Pero esto únicamente se refiere a los destacamentos aislados y no justifica la conclusión de que en el porvenir bastarán, para cubrir igual espacio, menos tropas que antes. Esta suposición sólo puede aplicarse en cuanto a la defensiva y aun en un sentido limitado. En cambio, en el ataque ocurrirá probablemente todo lo contrario. Por lo tanto, habrá que escalonar las tropas con más profundidad que en las últimas guerras. Según esto, para la proporción que debe existir entre artillería e infantería debe tomarse como norma el ancho medio del frente de ésta en el ataque. No es posible dar para esto una medida exacta. Pero si se pone en relación la consideración teórica con las experiencias de las guerras más recientes, se podrá llegar a conclusiones que, con gran probabilidad, serán

---

1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo II, cap. II.

apropiadas. En los dominios del arte de la guerra no cabe esperar más.

Si nos atenemos a la indicada relación de anchura y profundidad en el ataque de infantería, nos veremos obligados a reducir la artillería en comparación con los tiempos pasados; en cambio, si se considera que la artillería moderna, gracias al fuego indirecto, sostiene ante todo el ataque (1), nos inclinaremos, desde el punto de vista de la guerra ofensiva, al aumento de la artillería. Sólo poseyendo verdaderas experiencias de la guerra actual se puede señalar el justo término medio entre estos dos extremos.

Si nos representamos el despliegue del frente de la artillería de un cuerpo de ejército moderno o, mejor dicho, de dos divisiones, teniendo en cuenta la circunstancia de que los cañones no pueden avanzar en línea conexa, sino que han de aprovecharse los espacios de terreno especialmente apropiados para el despliegue, la consecuencia lógica será que en tales extensiones del frente la infantería casi se contrae a proteger la línea de la artillería. Para juzgar de esta relación no hay que tomar como base, naturalmente, las fuerzas normales de la infantería, sino que hay que tener presente la circunstancia de que en la guerra la fuerza de la infantería disminuye rápidamente. Si se estima el promedio de las compañías en las dos terceras partes de la fuerza normal, más bien se pecará por contar demasiado alto que demasiado bajo. Una fuerza así será siempre para la infantería, suficiente para defender el espacio que haya ocupado la artillería, pero difícilmente lo será para llevar a cabo en dicho espacio de terreno un ataque decisivo que, en las circunstancias modernas, exige mayor número y profundidad que antes.

Es muy instructivo en este respecto el estudio, tanto de la segunda parte de la guerra francoalemana como

---

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo II, cap. I.

de la guerra boer y la campaña de la Manchuria. La infantería alemana, durante el curso de la primera de esas guerras, se había reducido mucho. No era cosa rara encontrar compañías de 120 hombres. En cambio, la artillería conservó su fuerza primitiva. La consecuencia natural de esto fué que el poder ofensivo del ejército alemán disminuyó y que los combates y batallas no tuvieron ya el carácter decisivo que habían tenido en la primera fase de la guerra. Estas circunstancias hubieran sido de gran trascendencia si hubiera tenido que luchar aquel ejército con tropas enemigas de igual valor en lugar de hacerlo con las flojas nuevas formaciones francesas; entonces no hubiera sido posible llevar a cabo la ofensiva. En aquellas circunstancias la poderosa artillería prestó gran servicio a la débil infantería y le proporcionó un apoyo muy eficaz; pero mi juicio imparcial me lleva a la conclusión de que ya en aquella relación de las armas entre sí la infantería era demasiado débil para llevar felizmente a cabo una eficaz ofensiva contra un enemigo de igual calidad. Esto se deduce inmediatamente, si se considera las masas de infantería que fueron necesarias, por ejemplo, en Wörth y Saint Privat, no obstante la ayuda de una artillería muy superior, para derrotar a un enemigo inferior en número, pero de calidad igual.

En el Africa del Sur, la aplastante superioridad numérica de la artillería inglesa nunca logró forzar la victoria. En la Manchuria, las circunstancias fueron especialmente instructivas. Numéricamente, la artillería rusa era superior a la japonesa y los efectos balísticos de los cañones rusos de campaña superiores a los del enemigo; ello no obstante, los japoneses consiguieron derrotar a los rusos, que, también en infantería, eran mucho más fuertes, precisamente porque aquéllos supieron reunir en la dirección del ataque decisivo mayores fuerzas en infantería y artillería a la

vez, mientras que la artillería rusa estaba distribuída a todo lo largo del frente.

Así esta guerra permite reconocer que, aparte de la firme relación de las armas entre sí, en unidades separadas, debe tenerse en cuenta la cooperación simultánea de estas unidades, si se quiere determinar de un modo apropiado las fuerzas de las dos armas hermanas.

La pretensión de que cada unidad táctica sea en artillería igual o superior a la correspondiente unidad enemiga, es puramente mecánica. ¡Cómo si en la guerra tuvieran que luchar siempre división contra división o cuerpo contra cuerpo! En la guerra, lo esencial es obtener la superioridad en el punto decisivo (1). Pero esta superioridad se alcanza por medio de la rapidísima concentración de fuerzas y no se comprende por qué la superioridad en artillería no ha de obtenerse también de este modo. Si por medio de la superioridad en la táctica se consigue unir contra un cuerpo enemigo, que posea 144 cañones, dos cuerpos que sólo tengan 96 cañones cada uno, se tendrá con ello una superioridad de 48 cañones y del doble en infantería. Pero si se oponen dos cuerpos de ejército con 144 cañones cada uno, la facultad de operar habrá quedado de tal modo reducida que ninguna de las dos partes obtendrá superioridad alguna sobre la otra en ningún sentido y resultará un choque de dos fuerzas iguales, en que la casualidad será la que decida la victoria. Por haber tenido los japoneses más capacidad táctica que los rusos y por haber procedido a la ofensiva, pudieron reunir fuerzas superiores en las direcciones decisivas y esta ventaja fué al cabo más eficaz que la superioridad numérica del ejército ruso en conjunto.

Si pesamos todas estas circunstancias vendremos a la conclusión precisa de que la artillería, en el caso de que no se trate de la pura defensa, no debe ocupar nunca

---

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo II, cap. V.

dentro de la línea de batalla un espacio tal que con ello pueda impedir la concentración de una superioridad más importante en infantería. En este respecto, en nuestra actual organización, hemos sobrepasado ya en beneficio de la artillería la proporción conveniente entre ambas armas. Dedúcese, pues, que ante todo, esta arma *nunca debe ser, dentro de cada unidad, tan nutrida que pueda perjudicar la capacidad de operación del ejército. Este es el punto decisivo.* Todo sobrante de artillería puede tenerse de reserva, cuando el espacio es limitado, *en el campo de batalla.* Pero cuando la *capacidad de ataque* de las tropas es reducida, entonces la artillería, de ayuda que es para lograr la victoria, se convierte en pesado lastre para el ejército, pues es mucho más importante reunir una superioridad para el ataque en el punto decisivo que oponer al adversario fuerzas iguales en todo el frente. Si se observa este precepto, es indudable que en los frentes secundarios se será a menudo más débil que el enemigo, pero esta desventaja puede compensarse en parte manteniéndose a la defensiva en dichos frentes. Y aun se habrá convertido en una ventaja, si gracias a haber reunido en una dirección decisiva fuerzas superiores, se ha obtenido la victoria, ya que ésta anulará todos los reveses que quizá se hayan experimentado en otros puntos.

La superioridad operativa de un ejército se determina por la mayor resistencia de las tropas en la marcha, por el funcionamiento rápido y sistemático de las comunicaciones de retaguardia y principalmente por la longitud de las columnas de las tropas que operan (1). Dados los enormes contingentes de tropas de los tiempos modernos, los ejércitos no pueden, en general, vivir sobre el país que ocupan; más bien necesitan recibir diariamente por retaguardia las vituallas indispensables. Para llevar a las tropas estos elementos se utilizan en

---

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo I, caps. VI y VII.

lo posible los ferrocarriles; pero desde el punto en que los ferrocarriles terminan hay que llevarlos por medio de convoyes de automóviles y animales de tiro y carga que van y vienen continuamente desde las tropas a los almacenes de retaguardia y cabezas de ferrocarril. Como los camiones sólo pueden circular por carreteras firmes, el tráfico inmediato con las tropas debe hacerse por medio de convoyes de animales de carga, que pueden circular fuera de los caminos carreteros. Los carros con víveres, que diariamente siguen a las tropas deben alcanzar a éstas el mismo día para que los soldados no padezcan escasez alguna. Pero esto es únicamente posible cuando la longitud de las columnas no excede de cierto límite y cuando se emprende la marcha a las primeras horas de la mañana, de modo que los vehículos que al terminar la marcha han de ir desde la cola de las columnas hasta la cabeza puedan llegar a ésta antes de empezar el descanso nocturno. Sólo efectuando el abastecimiento en esta forma, sin interrupción, es posible mantener la capacidad ofensiva de un ejército; además, éste debe disponer de un número suficiente de raciones de reserva que las tropas mismas han de llevar consigo. Si la longitud de las columnas sobrepasa la medida por esto determinada, entonces las marchas tendrán que ser, en proporción, más cortas. Pero si se hacen marchas extraordinariamente largas, de tal modo que los vehículos de abastecimiento no puedan ya alcanzar a las tropas, habrá que hacerse algún día un alto para volver a regularizar el avituallamiento. Resulta, pues, que la intensidad de las marchas y con ello la capacidad de operar de un ejército están determinadas de un modo inmediato por la posibilidad de abastecerse por retaguardia, y un cálculo exacto y basado en experiencias prácticas demuestra que para una marcha de 20 a 22 kilómetros diarios como término medio, que es lo menos que debe exigirse, ninguna columna en marcha por la carretera

debe pasar de una longitud de 25 kilómetros. Esto nos da también la profundidad del cuerpo de ejército en marcha, pues en las grandes guerras y en la concentración para la batalla sólo raramente se podrán hacer avances en destacamentos inferiores a un cuerpo de ejército.

Este cálculo, que ejerce una presión inevitable sobre el desenvolvimiento de la guerra moderna, hace necesario que se conceda especial importancia a la organización del abastecimiento y de las etapas. La reconstrucción de las vías férreas destruídas, la construcción de ferrocarriles de campaña, la formación de columnas de vehículos, automóviles y de arrastre, debe prepararse ya en tiempo de paz con todos los medios imaginables, a fin de que en la guerra los raíles sigan de cerca a las tropas y los convoyes puedan mantener el tráfico continuo entre aquéllas y los ferrocarriles. Para mantener de un modo estable el funcionamiento de este mecanismo y evitar las crisis de abastecimientos, es de particular importancia disponer de una suficiente cantidad de raciones de reserva. Esta cantidad debe ser lo mayor posible, en consideración a la necesaria concentración en masas. También debe procurarse que, por medio de la organización de trenes y convoyes, puedan ser rápidamente repuestas dichas raciones. Esto se conseguiría más holgadamente por medio de convoyes ligeros especiales que se asignaran al cuerpo de ejército, aparte de los de avituallamiento y municiones. Como estos convoyes están principalmente destinados a facilitar el tráfico entre las tropas y los depósitos y no pueden llevar al mismo tiempo la cantidad necesaria de raciones de reserva para el cuerpo de ejército, los convoyes ligeros especiales deberían seguirlos a una distancia tal que en caso de necesidad pudieran alcanzar a tiempo a las tropas, por medio de marchas forzadas y nocturnas. Existe, como es natural, cierta resistencia a aumentar la impedimenta de los cuerpos

de ejército; pero hay que someterse a la necesidad. Además, hemos de hacer notar que los convoyes indicados no deberían ser muy pesados, pues tendrían que transportar principalmente conservas y víveres análogos acomodados y preparados para ocupar reducido espacio.

Como se ve, es formidable el aparato de convoyes, ferrocarriles, tropas de comunicación y de ingeniería el que hay que preparar para asegurar la capacidad operativa de un moderno ejército de millones de hombres; pero es en absoluto necesario, porque sin él, en la guerra moderna, las tropas serían incapaces de movimiento. El adelantar al enemigo en esta esfera puede ser de importancia más decisiva que el conseguirlo en cualquiera otra, porque en este punto existe la posibilidad de reunir la superioridad en la dirección decisiva y con ello la de poder derrotar a un enemigo más numeroso.

Pero estas ventajas, como ya se ha dicho, sólo pueden lograrse — hasta en el caso de una preparación cuidadosa — cuando el número de las tropas en marcha no traspase la fuerza máxima que el ordenado y completo abastecimiento por retaguardia haga posible. Dentro de esta profundidad de avance deben, por lo tanto, colocarse todos los demás elementos que el cuerpo de ejército necesita para combatir.

Nuestro actual cuerpo de ejército responde, aproximadamente, sin contar la artillería pesada del ejército en campaña, a estas exigencias. Pero si se le añade todavía un batallón de obuses de campaña con las necesarias columnas ligeras de municionamiento, traspasará en mucho, si se cuenta igualmente la necesaria distancia de la vanguardia, la profundidad de marcha permitida; y como, según hemos visto, el contingente de infantería es demasiado débil en relación con el espacio ocupado en el despliegue de la artillería, resulta de ello, tanto en interés de la capacidad ofensiva como de la

de operar dentro de cada formación de tropas, la necesidad de aumentar la infantería y reducir la artillería.

Además de la longitud de las columnas, es también importantísimo para la capacidad operativa, la organización de las unidades. Debe ser ésta de tal naturaleza que permita el más diverso empleo de las tropas y la formación de reservas, sin que sea necesario deshacer de antemano todas las unidades. Nuestra organización tradicional no satisface, desgraciadamente, en modo alguno a esta exigencia, y no se ha encontrado todavía el hombre que ponga enérgicamente la mano en este asunto, a pesar de que es difícil que existan dudas sobre lo inadecuado de la actual organización táctica y de que ya algunos oficiales previsores han preparado proyectos a este propósito.

El cuerpo de ejército está dividido en dos divisiones, la división en dos brigadas de infantería. Las brigadas constan a su vez de dos regimientos. Esto dificulta mucho la formación de reservas y con ello también al general en jefe determinar el centro de gravedad de la lucha, según los acontecimientos y sus propios planes. Cada vez que hay que formar una reserva es necesario deshacer una unidad y así, en la mayoría de los casos, dejar inactivos a los jefes de dicha unidad. Es cierto que asignando a una mitad de las tropas un espacio ancho para el despliegue y a la otra mitad un espacio más reducido, se puede conseguir cierto centro de gravedad para la dirección de la batalla. Pero este procedimiento no substituye en modo alguno a la reserva, pues no siempre es posible juzgar ya, desde la primera ordenación para la batalla, dónde habrá que colocar el peso principal. Esto depende en gran parte de las medidas que haya tomado el enemigo y del curso que siga el combate. El principio napoleónico *je m'engage et puis je vois*, conserva todavía cierta aplicación aunque ya no tan cierta como en aquel tiempo. La división de

las brigadas de caballería en dos regimientos es, además, una disposición tradicional que se ha perpetuado porque sí, sin considerar que la misión de la caballería se ha transformado fundamentalmente y que con respecto a esta misión y prescindiendo de todos los demás inconvenientes, las brigadas compuestas de dos regimientos son demasiado débiles.

La organización basada en esta bipartición contradice los principios militares reguladores y generalmente aceptados, en cuanto limita la libertad de acción.

La organización natural será en todo caso la tripartición de las unidades, como en los regimientos de infantería. Esta organización permite el combate en común de las diferentes unidades y también la extracción de una reserva, la formación de un destacamento o el empleo escalonado de los destacamentos, pues ni aun el principio de la lucha de ala debe permitirse que se convierta en modelo. Finalmente, sirve mejor para la ofensiva, porque permite mover la masa principal de las tropas, colectivamente, en una dirección, para conseguir en ésta el resultado decisivo.

Especial inconveniente para el libre empleo de las tropas es la bipartición completamente mecánica de la artillería, en cuanto usa ésta dos clases de cañones ligeros : cañones y obuses. Estos últimos pueden, efectivamente, emplearse también como cañones, pero, ante todo, tienen que cumplir funciones especiales para las cuales no siempre ni en todas partes se presenta ocasión. Pero su encadenamiento en esta organización los iguala a los cañones y hace con ello imposible, en la mayoría de los casos, utilizarlos como corresponde a su condición peculiar.

En toda esta organización el impulso se ha encaminado visiblemente a hacer que los cuerpos y las divisiones sean iguales a los correspondientes del enemigo y, en lo posible, superiores, repartiendo para ello las baterías uniformemente, según su número, entre las

divisiones. Con esto se consiguió, al propio tiempo, la ventaja innegable de colocar la artillería inmediatamente bajo el mando de los jefes de las tropas. Pero, en cambio, se le quitó al general en jefe el último medio que proporcionaba la organización, de reforzar sus designios tácticos. Ahora se ve forzado a formar para sí una reserva sacada de la artillería de la división y quitarle así a una división la mitad por lo menos de su artillería. Y si tiene el natural propósito de reservarse la sección de obuses que se halla solamente en una división, resultará que siempre será una misma división la que esté sujeta a esta reducción de sus fuerzas y es muy discutible que esto sea lo más propio para la posición táctica. Parece por lo menos digno de tenerse en cuenta si, en tales circunstancias, no sería mejor proveer a cada división de una sección de obuses.

Es también punto importante la distribución, en caso de guerra, de los obuses pesados de campaña. Según los principios fundamentales que rigen en todo ejército en la guerra, lo más apropiado sería distribuirlos bajo un pie de igualdad entre los cuerpos de ejército. Abonaría mucho en favor de esta disposición la circunstancia de que todos los cuerpos de ejército pueden encontrarse en casos en que les fuera provechoso el empleo de baterías de obuses pesados. Pero también pueden dejarse reunidas bajo el mando del general en jefe para que le sigan en segunda línea. La primera disposición que, como hemos dicho, ofrece muchas ventajas tiene, ante todo, el grave inconveniente de que aumenta la longitud de las columnas en varios kilómetros. Por lo tanto, no quedaría entonces más recurso que debilitar las restantes fuerzas del cuerpo de ejército o renunciar a la capacidad de operar absolutamente necesaria. Ninguna de las dos cosas es admisible. Como, además, el empleo de los obuses pesados no es necesario en cada batalla, sino únicamente cuando se ha de atacar a un enemigo que está

fuertemente establecido en posiciones, los obuses pesados podrían llegar a tiempo desde la segunda línea efectuando marchas nocturnas. Además, su movilidad permite destacar las diferentes baterías o secciones y en caso de que fuera conveniente agregarlas temporalmente a un cuerpo de ejército. Mucho se ha esparcido la opinión de que, como los obuses pesados se emplean especialmente para batir la artillería de campaña del enemigo, deberían hallarse a punto en cada combate. ¡Ha llegado a sustentarse la idea de llevarlos en vanguardia! No tengo por muy feliz este pensamiento. La artillería de campaña enemiga hará de antemano fuego indirecto desde posiciones encubiertas y en estas condiciones no puede ser combatida de manera eficaz con los obuses pesados. No me parece justificado en modo alguno que en beneficio de esta finalidad tan problemática se aumente permanentemente la impedimenta de las columnas en marcha con largas columnas de artillería pesada y municiones, dificultando así la capacidad operativa.

Los japoneses, que durante toda la guerra fueron aumentando continuamente sus obuses pesados de campaña, consiguieron, en efecto, incorporar a cada división, cañones de esta clase. Pero hay que guardarse de exagerar las experiencias de aquella guerra o de generalizarlas. Las circunstancias eran de especial índole. Los japoneses combatían en todo el frente contra posiciones fortificadas y reforzadas en todas partes con artillería pesada, y como atacaban la línea enemiga en toda su extensión, necesitaban también por su parte emplear en todos los sitios cañones pesados. No obstante, bueno será tener en cuenta que no repartieron en todo el frente sus muy eficaces obuses de campaña de 12 centímetros, sino que, por lo que hemos podido comprobar, los incorporaron todos al ejército del general Nogi, que debía llevar a cabo el golpe decisivo en Mukden. Por lo tanto, también los japoneses

experimentaron la necesidad de concentrar el efecto de los obuses, y como seguramente no vamos a imitar nosotros sus ataques de frente, sino que, aun en el caso de un rompimiento del frente, procederemos de distinto modo que el suyo, el punto de vista de la concentración me parece importante para nosotros.

En estas circunstancias, será lo más apropiado reunir las baterías pesadas en las manos del general en jefe. Así servirán, además, del modo mejor a los fines de la ofensiva. El general en jefe podrá entonces colocarlas en el punto donde quiera conseguir el efecto decisivo, mientras que la distribución entre los varios cuerpos de ejército no hace otra cosa que dispersar sus efectos. Lo que para el general en jefe es su artillería de reserva deben ser para los jefes de los cuerpos las baterías pesadas; donde su poderosa voz suene, sobre el campo de batalla, allí será donde se luche por la solución definitiva. Esto lo sabrán entonces todos, hasta el último soldado.

Sólo de paso mencionaremos aquí que la actual organización de la artillería pesada de campaña en tiempo de paz no es muy satisfactoria. Las baterías que en tiempo de guerra se distribuyen al ejército en campaña deben también colocarse bajo el mando de los jefes de cuerpo en tiempo de paz, para que lleguen a ser una parte orgánica del conjunto. Hoy, la artillería pesada del ejército en campaña está bajo la inspección general de la artillería de a pie y sólo se agrega a las tropas en caso de maniobras. Así resulta para el ejército un organismo aislado y ni aun ella misma se considera como una parte íntegra del conjunto. Sería más propia una separación entre la artillería de campaña y la de fortaleza.

Esta opinión parece, a primera vista, contradecir la opinión sustentada más arriba de que las baterías pesadas deben constituir una reserva colocada bajo

el mando inmediato del general en jefe del ejército. Como en tiempo de paz los ejércitos no existen y hasta raras veces se verifican maniobras en formaciones de ejército, la consecuencia de la actual organización es que la inteligencia para las relaciones tácticas entre la artillería pesada y las demás tropas no ha adquirido el suficiente desenvolvimiento. Este inconveniente quedaría resuelto si se dotara permanentemente a cada cuerpo de ejército de artillería pesada. Esto no impediría que en caso de guerra esa artillería se reuniera toda en manos del general en jefe. Al contrario, en toda maniobra de cuerpo de ejército se emplearía del mismo modo que luego lo sería en la guerra por todo un ejército.

Además, será también de particular importancia para la capacidad de operar del ejército en país enemigo, disponer libremente de la red de ferrocarriles y carreteras, esto es, no solamente reconstruir los destruídos, sino apoderarse rápidamente de aquellas plazas y fortificaciones que puedan dificultar el avance de los ejércitos por dominar el tráfico ferroviario. Cuán gran obstáculo para las operaciones constituyen las comunicaciones ferroviarias deficientes, tuvimos ocasión de experimentarlo en Francia en 1870-1871. Tiene, por lo tanto, grandísima importancia disponer de tropas que se ocupen especialísimamente en este importante servicio.

Hasta hace poco, teníamos solamente un cuerpo de ingenieros que había sido instruído a la vez para la guerra de campo y para la de posiciones. Pero en la actualidad la guerra de posiciones ha adquirido tal desenvolvimiento que este procedimiento ya no basta para obtener tropas especialmente instruídas para dicha clase de guerra. Las exigencias de la guerra de esta índole, por una parte, y las obligaciones de la ingeniería militar en la guerra campal, por otra, son tan extensas y tan distintas, que parece ya imposible instruir sufi-

cientemente a los mismos cuerpos de tropa en ambas ramas con sólo un servicio de dos años.

Para el ingeniero de campo se trata, en primer lugar, de tender puentes, fortificar posiciones y sostener a la infantería en el ataque contra posiciones fortificadas. Para el ingeniero de fortalezas la parte más importante de su actividad consiste en el trabajo de zapa, sobre todo el de minas, la preparación al asalto a obras permanentes y apoyar a la infantería en el asalto contra obras de esta clase. Con una preparación superficial para este servicio no puede darse el ejército por satisfecho ; exige una preparación más fundamental y detallada.

Partiendo de este punto de vista, el general von Beseler, ex inspector general de fortificaciones e ingenieros, que ha prestado a su patria servicios inapreciables, ha establecido la base para una nueva organización, encaminada a dar distinta instrucción a los ingenieros de campo y de posición para su distinta clase de trabajo, partiendo de principios de instrucción comunes. Sobre esta base debemos seguir edificando y, en particular, desplegando el servicio de ingenieros de posición de manera que corresponda a su importancia.

En conexión con los requirimientos hasta aquí mencionados y que van dirigidos a aumentar y asegurar de un modo inmediato la capacidad táctica del ejército, hemos de mencionar también, finalmente, dos elementos que sirven mediatamente al mismo fin, en cuanto, de un lado, dificultan la capacidad de operación del enemigo, aumentando con ello la propia y, de otro lado, sirven a la ofensiva por medio de la exploración y, sobre todo, de la cobertura, que permita sorprender al enemigo, condición segura para el éxito de la ofensiva. Se trata aquí de la caballería y de la flota aérea.

A la caballería corresponde la doble tarea de explorar y, sobre todo, de encubrir y también de actuar contra

las comunicaciones del enemigo, interrumpir constantemente el regular servicio de retaguardia del ejército enemigo e impedir de este modo su capacidad de movimiento.

Que nuestra caballería, en proporción con el ejército de operaciones, y teniendo en cuenta su importante misión, es demasiado débil, no necesita demostrarse a ningún inteligente en la materia. Si se tienen en cuenta las probables bajas que habrá en la marcha y en los combates; si se considera al mismo tiempo lo imposible que es substituirlas eficazmente y que, además, las unidades de caballería de reserva sólo tendrán capacidad de actuación muy limitada, esta desproporción salta a la vista. Pero la opinión pública tendrá a la caballería por más o menos superflua, porque en nuestras últimas guerras hizo relativamente poco, y porque... cuesta demasiado. Entre nosotros existe siempre la inclinación a juzgar a la caballería tomando como modelo la medida de 1870-1871. Pero esta medida es absolutamente falsa; nunca se repetirá esto lo bastante. De una parte, el armamento era entonces tan deficiente que inutilizó la actividad de los jinetes en sus más importantes acciones y, por otro lado, se partió en su empleo de puntos de vista muy anticuados. Por esta causa la caballería no estaba preparada para actuar independientemente. Por lo tanto, no puede compararse lo que ocurrió entonces con lo que hay que esperar de esta arma en el porvenir. En las guerras en que la tropa montada era realmente capaz de acción y no estaba limitada en su actividad por opiniones preconcebidas, como en la guerra de secesión norteamericana y en la guerra boer, la caballería se aumentó continuamente, porque se vió, especialmente en Africa, el elevado y decisivo valor de su movilidad operativa, a pesar de todas las armas modernas. Estas son las guerras que debemos estudiar si queremos formarnos un juicio exacto. Entonces se adquirirá también el convenci-

miento de que es absolutamente necesario el aumento de nuestra caballería. Verdad es que este aumento sólo tendrá algún valor si se provee a las divisiones de caballería de convoyes y trenes de tal modo que puedan operar con independencia. De la manera como se llene esta exigencia depende la eficacia de la caballería. Es también indispensable ya, en consideración a las medidas adoptadas por nuestros adversarios, reforzar la fuerza combatiente de la caballería agregando a ella nutridas tropas de ciclistas. Esto es tanto más necesario cuanto que, de un lado, el ataque contra las comunicaciones enemigas ha de chocar con fuerte resistencia y por otro lado, el servicio de cobertura, que en la ofensiva es todavía más importante que la exploración, promete muy buenos resultados de la cooperación de la caballería con las tropas ciclistas. Pero también para combatir a las fuerzas enemigas de exploración y cobertura es absolutamente necesario reforzar la caballería.

Juntamente con el aumento de esta arma y la agregación a ella de tropas ciclistas, se requiere otra organización si deseamos que la caballería desempeñe útiles servicios. Como he demostrado repetidamente sin que se me haya contradicho (1), las brigadas de dos regimientos y las divisiones de seis son, en general, demasiado débiles para la guerra, donde todo depende de una acción decisiva.

En la guerra, las brigadas deben constar de tres regimientos, pero las divisiones y los cuerpos de ejército deben tener una fuerza variable según las necesidades del momento. Precisamente por la razón de ser tan débil nuestra caballería, su organización debe ser en alto grado elástica. Es indudable, además, que el beligerante que disponga de una caballería superior y dirigida en sentido moderno, tendrá sobre el enemigo una

(1) Véase VON BERNHARDI: *Nuestra caballería en la guerra futura* y *Servicio de caballería*.

ventaja que nunca se apreciará demasiado y que se hará sentir en el resultado final de la guerra.

Incidentalmente he de observar todavía que las baterías montadas que se agregan a la caballería deben constar de cuatro cañones, de modo que las divisiones, compuestas de tres partes, dispongan de tres baterías y en caso necesario pueda asignarse una a cada brigada. Esto constituye una necesidad antigua, que ya manifestó el emperador Guillermo I, pero a la cual no se ha prestado atención alguna. En las operaciones de la caballería no se trata generalmente de largos combates de artillería, sino casi siempre de aprovechar momentos que pasan rápidamente : se requiere, por lo tanto, una gran movilidad dentro de la mayor eficiencia y adaptabilidad. No se trata, naturalmente, de una sistemática combinación con la artillería, y solamente donde se trate de un ataque decisivo puede tener aplicación el principio de reunir los dos esfuerzos, el de la caballería y el de la artillería.

La exploración y el servicio de cobertura por medio de la caballería deben completarse por la flota aérea. Se trata, en verdad, de algo que no está resuelto todavía ; pero se puede prever ya con certeza cuánta importancia adquirirá esta rama militar en la guerra futura (1). Por lo tanto, es necesario señalar con tiempo los puntos de vista de especial importancia militar y que por esta razón merecen también, y muy particularmente, la atención de la técnica.

Partiendo de este punto de vista, en primer lugar debe exigirse que, aparte la seguridad de funcionamiento e independencia del estado de la atmósfera, los dirigibles aéreos posean una superior fuerza combatiente, pues sólo cuando se está en situación de atacar con éxito a los aviones y cruceros aéreos es posible

(1) La actividad y los éxitos de los aviadores italianos en Trípoli, fueron muy notables, pero no se les debe atribuir un valor exagerado, porque el enemigo no disponía de medios análogos.

ocultar eficazmente los movimientos del propio ejército y tener libre el camino para la exploración.

La posibilidad de combatir y destruir los dirigibles enemigos debe ser, por lo tanto, la idea que informe todas las construcciones y ya ahora debe estudiarsela táctica más a propósito, a fin de tenerla en cuenta en la construcción, así como la táctica dependerá esencialmente de la construcción misma y de la efectividad técnica. Esta recíproca relación debe tenerse en cuenta con tiempo, a fin de poder alcanzar alguna superioridad sobre nuestros enemigos.

Resumiendo ahora las consideraciones precedentes, se deduce que, aparte de la necesidad de poner en absoluto vigor el servicio militar obligatorio, existe la necesidad de emprender algunas reformas de organización, de cuyo cumplimiento dependerá muy substancialmente la eficacia de nuestro ejército :

La organización debe ser de tal naturaleza que la longitud de las columnas en los cuerpos de ejército no exceda de un límite que permita seguir un rápido avance, aun en el caso de que el abastecimiento se efectúe desde los almacenes de depósito.

Para las más *grandes formaciones,* sobre todo la del cuerpo de ejército, como unidad operativa y táctica, debe establecerse la *tridivisión.*

La infantería debe reforzarse mucho en relación con la artillería.

La artillería debe estar organizada de tal manera que permita *concentrar la acción de los obuses* en el punto donde haga falta, sin necesidad de deshacer las unidades.

La caballería debe *aumentarse, reforzándola con tropas ciclistas y organizándola de manera que se asegure su eficacia en la guerra.*

Las formaciones de refuerzo, especialmente para el abastecimiento, deben prepararse de tal modo que el *abastecimiento exclusivo desde los depósitos se man-*

tenga sin interrupción, permanentemente, aun en el caso de un rápido movimiento de avance.

La flota aérea debe organizarse con energía, con la intención de que sea *más fuerte para el combate* que la enemiga.

Finalmente, y esto es tal vez lo más importante, debemos agotar todos los recursos para hacer a nuestra *infantería* la *más táctica del mundo* y cuidar de que en la guerra campal decisiva solamente se utilicen unidades completamente capaces.

Satisfacer todos estos requirimientos sobre la base de nuestra organización actual presenta naturalmente grandes dificultades y es cosa que difícilmente se conseguirá por completo. No podemos pensar en que el Parlamento alemán se resuelva a hacer los necesarios sacrificios en favor del ejército sin que sobre él ejerzan presión las circunstancias. La tentación de representarse ilusiones con respecto a los peligros existentes y limitar los fines políticos para negar la necesidad de hacer grandes sacrificios, es demasiado grande para no someterse a ella, tanto más en unos tiempos en que el mantenimiento de la paz parece ser el substractum de toda la ciencia política. También suelen consolarse esos políticos con la esperanza de que lo peor no vendrá, a pesar de que la historia demuestra que las miserias ocasionadas por la debilidad han sobrepasado muchas veces a todo lo imaginable.

Pero aunque es difícil esperar que la nación se dé cuenta de lo necesario de estas medidas, debe pedirse que el departamento de la guerra procure obtener con la mayor energía lo posible y no se detenga ante la opinión pública. Cuando se trata del porvenir de una nación grande y noble, no debe darse entrada a la pusilanimidad ni a la inacción. *Y sea como fuere, no debe hacerse cosa alguna que esté en contradicción con los principios de una saludable organización adecuada a la guerra,* como desgraciadamente ha ocurrido a menudo.

La tripartición de las grandes formaciones podría conseguirse de diferentes modos. Sobre este particular las opiniones pueden ser muy diversas y debe prestarse mucha atención a las dificultades de su realización práctica. Solamente por vía de ejemplo citaré algunas de las cosas que podrían hacerse.

Uno de los sistemas sería que el cuerpo de ejército estuviera dividido en tres divisiones de tres regimientos de infantería cada una y se abandonara en cambio la que entonces sería superflua instancia intermedia de las brigadas. Otro sería formar en cada cuerpo una de las actuales divisiones compuesta de tres brigadas, de modo que la brigada sobrante pudiera formar, en caso de guerra, una división especial con los obuses ligeros de campaña y el batallón de cazadores a la disposición inmediata del general en jefe. Con nuestra organización actual este último procedimiento sería relativamente fácil de realizar, pero tendría, en cambio, el inconveniente de que se conservaría en las divisiones y brigadas la bipartición, mientras que el procedimiento de dividir el cuerpo de ejército en tres divisiones tendría la ventaja de ser decisivo y hacer posible un diverso empleo de cada grupo.

La proporción entre la artillería y la infantería puede establecerse en el grado conveniente con naturalidad y paulatinamente a medida que se aumente la infantería por medio de la aplicación real del servicio militar obligatorio. La adición de una quinta brigada a cada cuerpo de ejército daría una más apropiada ponderación entre las dos armas que la que existe actualmente. Pero hasta que el aumento del contingente de infantería haya sido tal que obligue a formar nuevos cuerpos de ejército, la artillería para éstos necesaria podría primeramente extraerse de las existentes formaciones y así quedarían éstas reducidas. Para la actuación total del ejército sería forzosamente favorable la reducción, hasta cierto punto, de la artillería asig-

nada a cada cuerpo de ejército, sin disminuir, ello no obstante, su efectivo total. En todo caso debe cuidarse de que sólo lleven permanente e inmediatamente las columnas de tropas combatientes la cantidad de municiones necesarias para comenzar la batalla. Todo lo que pase de esto debería conducirse detrás de los vehículos de abastecimiento y echar mano de ello únicamente en caso necesario, es decir, cuando hay un combate en perspectiva. La posibilidad de abastecer en todos los casos a las tropas y con ello mantener en su justa medida la velocidad de la marcha, es mucho más importante que la ventaja más o menos teórica de tener a mano inmediatamente una gran cantidad de municiones aun durante las operaciones de marcha. Sea como fuere, al empezar una batalla se procurará en general ahorrar municiones y no lanzarse a cañonear objetivos invisibles que sólo pueden ser combatidos por un fuego dispersivo; la intensidad completa del fuego se reservará para los momentos decisivos del combate. Pero entonces se tendrán ya a mano las municiones necesarias si fueren traídas oportunamente.

Debería darse a la artillería una apropiada organización en el sentido de que cada división dispusiera de igual número de baterías y de cañones. Pero convendría que los obuses ligeros de campaña fueran agregados a una de las divisiones, de manera que en caso de guerra pudieran formar un cuerpo de artillería sin que para ello fuese necesario deshacer las formaciones de la división. El contingente de artillería debiera estar en tal relación respecto de la fuerza de infantería del cuerpo de ejército, que la profundidad total de marcha de éste no excediera de unos 25 kilómetros. En cambio, los obuses pesados de campaña en tiempo de paz tendrían que estar bajo las órdenes de los generales en jefe, a fin de que, en caso de guerra, se combinaran en calidad de artillería de ejército.

Para la caballería quizá lo mejor sería su completa separación del cuerpo de ejército, pues dentro de la unidad ejército es también del todo independiente, en caso de guerra. Los regimientos necesarios para el servicio de infantería en tiempo de paz podrían ser llamados por turno a las prácticas de las dos armas unidas, con objeto de adiestrarse en el servicio de caballería de división, para lo cual podrían aprovecharse también los ejercicios y prácticas de guarnición. A esto puede objetarse que los jefes de unidades se instruyen mejor y aprenden mucho más si la caballería está permanentemente bajo sus órdenes; pero esta objeción no me parece muy del caso.

Otro camino para adaptar mejor la organización de esta arma a su actividad bélica, sería reunir en una brigada los cuatro regimientos hoy existentes en cada cuerpo de ejército y ponerla directamente a las órdenes del mando general. Llegado el caso de una movilización, se separaría un regimiento para las dos divisiones, mientras que la brigada, fuerte entonces de tres regimientos, entraría a formar parte de la caballería del ejército. El regimiento destinado a caballería de división, en caso de movilización debería constar de seis escuadrones y destinar tres a cada una de las divisiones. Pero si cada cuerpo de ejército estuviera compuesto de tres divisiones, cada una de éstas sólo podría contar con dos escuadrones.

De este modo, es indudable que la caballería de división sería muy débil y de poco valor y el servicio de campaña se resentiría mucho de ello; pero como es todavía más importante disponer de una suficiente caballería de ejército que de una caballería de división que esté completamente a la altura de su difícil cometido, no queda *de momento* otra solución que obtener la fuerza absolutamente necesaria de la primera a expensas de la segunda. Esta deficiencia, muy perjudicial para el ejército, se debe a los que no apoyaron en el

momento oportuno el aumento del arma de caballería. La completa discusión de este asunto demuestra cuán indispensable es este aumento. Si éste se llevara a cabo, influiría naturalmente en la organización del arma, la cual tendría que adaptarse entonces a las nuevas condiciones. Existen varios medios para lograr el fin de dar a la caballería una organización que la procure un desenvolvimiento eficaz para la guerra.

Las indispensables secciones ciclistas deberían estar agregadas a la caballería ya en tiempo de paz, a fin de que pudieran ejercitarse en la cooperación de ambas armas y el comandante de la caballería aprendiera a utilizar apropiadamente los servicios de este importante elemento.

Las opiniones que he intentado desenvolver aquí en grandes líneas, como puntos de partida para la organización del ejército, pueden, naturalmente, ser combatidas desde muchos puntos de vista. Precisamente las cuestiones militares son de índole tal que se prestan a muy diferentes conclusiones si se aprecian de diverso modo cada uno de los respectivos factores. Sin embargo, juzgo que mis opiniones se desprenden con cierta necesidad lógica de la trabazón completa de las cosas. Según mi parecer, lo esencial en la preparación para la guerra es mantener firmemente las grandes ideas directrices y no dejarse dominar por las cuestiones de pormenor. Cada requirimiento especial debe ser considerado como una parte de la combinación total, único modo como se presenta en la guerra. Los puntos de vista particulares de cada una de las armas deben ser rechazados por injustificados y el espíritu de arma debe descartarse. También hay que guardarse de exagerar el valor de los elementos técnicos y materiales de combate, a despecho de su indudable y grandísima importancia, y dejar a un lado y descuidar el aprecio que merecen los factores intelectuales y morales. Nuestro tiempo, que tan grandes progresos ha lle-

vado a cabo en los dominios de la naturaleza, se inclina a conceder a este dominio sobre las fuerzas naturales un valor más grande del que le corresponde, olvidando que a la postre son siempre los hombres los que llevan en sí la victoria y no los medios de que se sirven.

Hace falta un profundo conocimiento del arte del caudillo y una fuerte e independiente personalidad para poder preparar la guerra de una manera adecuada y a menudo el «organizador de la victoria», se verá abrumado, bajo la variable influencia de diversas causas, por la duda de si debe decidirse en un sentido o en otro. De entre estas dudas sólo hallará la solución satisfactoria cuando de las conexiones de la campaña y sus distintas necesidades, sepa deducir la importancia de cada uno de los factores que cooperan a su obra.

«Pues quien abarca el conjunto del problema
En su pecho ha acallado toda duda.»

CAPÍTULO XI

La instrucción militar

Si hemos de dotar a nuestro ejército de la organiza ción apropiada para que constituya un factor eficaz de nuestra política y una escuela de fortaleza y salud para nuestro pueblo, debemos tratar también de sobrepujar a nuestros adversarios dándole una instrucción superior a la de sus ejércitos. Así corresponderemos a la labor social de nuestro ejército, esforzándonos en levantar el nivel intelectual y moral del soldado y afirmar en él el espíritu patriótico alemán.

Mas para lograr el primero y principal objeto de hacer que nuestras tropas sean superiores a las del enemigo, ya no basta hoy el celo y la abnegación en el personal instructor del ejército, puesto que también en este sentido se trabaja con mucho tesón en los ejércitos enemigos. Lograr una delantera es únicamente posible si rompemos con todo lo anticuado, amoldando la instrucción al espíritu de la próxima guerra que, indudablemente, tendrá exigencias nuevas para la tropa y para el mando.

No es necesario que entremos en pormenores respecto de la instrucción en el uso de las armas modernas y los nuevos recursos técnicos, puesto que esta instrucción se impone por necesidad al introducirse tales medios guerreros. Pero, si damos una mirada al terreno de la instrucción en general, se nos presentarán

dos puntos esenciales para la preparación a la guerra moderna : la mayor necesidad del desenvolvimiento de la personalidad y el empleo de *masas* en una extensión hasta ahora desconocida.

La necesidad del desenvolvimiento de la individualización es un resultado, en lo que toca a la infantería y la artillería, del carácter mismo del combate moderno ; en lo que atañe a la caballería, de la naturaleza de sus tareas estratégicas y de la necesidad de saber combatir también a pie, como la infantería; en lo que respecta a los jefes de todos los grados, de la magnitud de las masas, de la extensión de los campos de operación y de combate, así como de la dificultad del mando directo e inmediato. Por donde quiera, en la guerra moderna, vemos la necesidad de la iniciativa propia, ya se trate del soldado de infantería, ya del de caballería en patrulla por el campo enemigo, o ya del jefe de un cuerpo de ejército que opera en conexión con un ejército completo.

El empleo de las grandes masas exige un sistema de mover y de avituallar las tropas totalmente distinto del que antes se usaba. Es muy distinto conducir 100,000 ó 200,000 hombres por un país rico, cruzado de muchas vías de comunicación a mandar 800,000 hombres en un territorio completamente despojado de todo recurso por el enemigo y en el cual todos los puentes y ferrocarriles han caído al impulso de los modernos explosivos. En el primer caso puede ser suficiente un militar empírico ; el segundo exige un general en jefe y unos jefes adjuntos dotados de instrucción científica militar. Los problemas que han de resolverse en lo futuro deben plantearse de antemano, si se quiere operar con seguridad y rápida decisión en la guerra moderna.

La necesidad de una mayor individualización ha sido reconocida por todos, y, sin embargo, estamos todavía ligados a los sistemas antiguos.

El paso de parada tiene todavía, en algunas partes, una importancia que no está justificada en la instrucción del soldado. También se exagera en algunos puntos el ejercicio en formaciones cerradas. La caballería no ha despertado aún de su vida de ensueño y realiza sus prácticas con desgaste considerable del vigor de los caballos como si no existiesen las armas de tiro rápido de gran alcance o como si se tratase de la antigua caballería de Napoleón o de Federico el Grande. También en la artillería existen todavía ideas más o menos anticuadas; los puntos de vista de la técnica del tiro y ciertas ideas estereotipadas impiden todavía la libertad de la acción táctica; en las grandes maniobras siempre se verifican duelos de artillería, mientras que la concentración del efecto en el blanco y la cooperación con la infantería no siempre se logra con la precisión que correspondería a las condiciones del combate. Hasta en la teoría se afirma aún la necesidad del duelo de artillería (1). Respecto de la artillería pesada domina todavía el espíritu rutinario del arma. Tampoco han desaparecido de los reglamentos y prescripciones modernas los puntos de vista anticuados y estereotipados, que se oponen al adelanto. Sin embargo, en general se ha comprendido que deben aumentarse las facultades del individuo enseñándole a desenvolver la mayor suma de iniciativa propia. En este sentido se encuentra indudablemente dentro del camino recto y si lo sigue el ejército sin dejarse desviar y sabe rechazar la tentación de limitar la iniciativa de los subjefes, podemos esperar que llegará a la meta deseada, la más alta posible, especialmente si se consigue fomentar al mismo tiempo el criterio militar individual.

Mientras en este sentido se ha verificado ya un progreso saludable, no se tiene todavía bastante en cuenta que las condiciones mismas de la guerra han experi-

---

(1) «La guerra actual», *Revista Alemana*, cuaderno de enero, 1909

mentado grandes mudanzas. A pesar de que en la próxima guerra tendrán que operar ejércitos de millones de hombres, la instrucción actual de los jefes se mueve todavía por derroteros que pertenecen al pasado y que nada tienen que ver con las modernas condiciones de la guerra. En este sentido se realizan nuestras maniobras. La mayor parte son maniobras de división o de brigadas, es decir, formas que en nada se parecerán a las batallas decisivas del porvenir. De cuando en cuando—y, por motivos de economía, no todos los años — se hacen unas maniobras de cuerpo de ejército que tampoco bastan como preparación para la guerra en grandes masas; muy raras veces se realizan maniobras de varios cuerpos de ejército bajo el mando de los generales más antiguos que habitualmente toman muy pronto el retiro, de manera que luego su experiencia no sirve para nada al ejército.

Es innegable que las maniobras que actualmente se efectúan son muy instructivas y útiles, especialmente para las tropas mismas; pero no constituyen la preparación inmediata para el mando en la guerra moderna. Las maniobras llamadas imperiales, corresponden a las necesidades de la guerra moderna sólo en cierta medida, porque no incluyen el abastecimiento ni el alojamiento como en caso de guerra. El examen de las maniobras imperiales de 1909, enseña que muchas de las operaciones verificadas en ellas no hubieran podido llevarse a cabo si hubiera tenido que contarse con el abastecimiento de almacén y con la ración de reserva. Es absolutamente necesario que nuestros jefes aprendan a tomar en la debida consideración estas cosas, puesto que en la guerra formarán la regla constante y limitarán mucho la libertad de operar. En teoría se cuenta siempre con los vehículos de abastecimiento; en todas las órdenes se hace debidamente mención de ellos y con la imaginación se los envía detrás del cuerpo de ejército

y de la división, en orden cerrado, como una especie de avituallamiento. Pero en la práctica, se encontrarán en continuo movimiento de péndulo entre las tropas y los depósitos, pues también éstos tienen que avanzar o retroceder cada día y la posición de las panaderías militares es de importancia grandísima : todas estas son cosas poco cómodas y muy molestas para que sean tomadas en cuenta.

También en las maniobras en gran escala, suponiendo, por ejemplo, una guerra en territorio ruso, excluyendo toda vida sobre el país, las cuestiones de avituallamiento se tratan raras veces detalladamente y estoy por dudar que en ciertas ocasiones se haya hecho otra cosa que contar exclusivamente con el abastecimiento por depósito. Todavía se ofrecen a la oficialidad en sus prácticas menos ocasiones de conocer todas estas condiciones, y no obstante es muy difícil aprender con la sola teoría todo el mecanismo de mover y avituallar a un gran ejército. Los rozamientos y dificultades que se presentan en la realidad no pueden expresarse en teoría, y la práctica del manejo de todos estos factores no se halla en el papel.

Si poı un lado el abastecimiento constituye una dificultad, los movimientos de un gran ejército no son menos complicados, como he tratado de probar en otro sitio (1). No debe suponerse que para los que no poseen esta práctica sea fácil vencer las dificultades. Cuando en 1870 tuvo que proceder el ejército a ciertos movimientos complicados, como, por ejemplo, la marcha sobre Sedán, ıesultó que ni aun los generales estaban en condiciones de dominar la situación ; solamente la riqueza del país, teatro de la guerra y la falta de ofensiva por parte de los franceses hicieron posible la operación, por más que Moltke tenía el

---

(1) Véase VON BERNHARDI : *La Guerra de hoy*, tomo I, cap. VII.

mando del ejército. Ciertamente que todas estas cosas se han tenido en consideración y estudio, desde entonces, por nuestro Estado Mayor; pero el trabajo puramente teórico no las hace todavía conocidas de todos.

Por todas estas razones, creo que, ante todo, nuestras maniobras deben fundarse sobre otras bases, y que es hora de abandonar el surco de los métodos actuales. Como se ha practicado hasta ahora, la tropa debe educarse en el máximo grado de capacidad táctica y al mismo tiempo el ejército debe instruirse en la máxima capacidad operativa; éstos son los dos puntos cardinales del éxito en la guerra moderna. Los jefes deben prepararse para la guerra decisiva; pero esto no es posible que se logre por los caminos seguidos hasta el presente.

A estos puntos de vista deben adaptarse todas las medidas referentes a la instrucción.

Renuncio a entrar en pormenores respecto de la instrucción de la infantería y la caballería, puesto que estas cuestiones las he tratado ya en obras aparte (1). Únicamente en lo que respecta a la artillería me parece conveniente hacer algunas indicaciones sobre la instrucción táctica de esta arma.

Según se expresa parcialmente en los reglamentos de la artillería, las exigencias para su acción en el combate, pueden resumirse en la máxima de que debe hacer abstracción de todas las opiniones y teorías referentes a su empleo y guiarse solamente por el propósito de apoyar la acción de la infantería o la caballería en el punto decisivo. Este principio es universalmente reconocido en teoría, pero en la práctica debe ser más robustecido todavía. La artillería debe tratar, más que antes, de adelantar en su labor táctica y poner al servicio de esta idea sus especiales capacida-

(1) VON BERNHARDI: *Táctica e instrucción de Infantería*, 1910; *Nuestra Caballería en la próxima guerra*, 1899, y *El servicio del jinete*, 1910.

des en la técnica. La inclinación constante a combatir la artillería enemiga debe vencerse resueltamente. Es cierto que la defensiva obliga a veces a combatir el ataque de artillería, especialmente cuando existen probabilidades de éxito y porque es el arma adversaria más peligrosa para la infantería colocada en situación de defensa; pero en el ataque el efecto contra la infantería enemiga debe considerarse como punto principal. El principio de tener reunidas en el campo de batalla las formaciones de artillería y lograr una dirección de fuego uniforme no debe exagerarse. Indudablemente, tiene que emplearse a la artillería según un plan amplio, y el general en jefe debe cuidar de concentrar los esfuerzos en la dirección decisiva; pero en los pormenores y en los variados acontecimientos de la batalla, la ejecución de esta idea debe alcanzarse, no tanto por la uniformidad de la dirección, como por la explanación de la idea general a los subjefes, quienes, por su parte, han de intentar el logro de los efectos deseados poniendo en juego todos los recursos. En este sentido debe procurarse que la iniciativa de los oficiales y jefes subalternos se ponga en ejercicio, pues en la práctica esta necesidad se impondrá por sí misma. La gran extensión de los campos de batalla y el natural deseo de aprovechar para el ataque, precisamente, un terreno cubierto y quebrado, obligarán a menudo a la artillería a disponerse en grupos o formaciones separadas o escalonadas y conservar, no obstante, el efecto concentrado sobre el blanco táctico más importante. Esto es difícil de lograr por medio de una centralización del mando y se realiza mejor por medio de la acción independiente de jefes subalternos tácticamente instruídos.

No es éste el lugar propio para entrar en pormenores tácticos ni de la técnica del tiro; sólo quiero indicar algunas cuestiones que juzgo de especial importancia.

El tiro de granada *Bz* no debería emplearse en la instrucción, porque no corresponde a las necesidades ordinarias de la guerra. Este tiro exige, para que obtenga un efecto específico contra las trincheras, una precisión que en la práctica es difícil lograr.

No debe darse excesiva importancia al sistema de regular el tiro por medio de *schrapnell*. Parece que en Francia y también entre nosotros, ha dado buenos resultados; pero hay que guardarse de aplicar las prácticas del campo de tiro directamente a las del campo de batalla. El procedimiento promete un efecto rápido si tiene éxito, pero puede conducir fácilmente a errores de cálculo, especialmente en una batalla en grandes masas. En todo caso conviene más regular el tiro con el proyectil *Az* porque es más seguro, y esto es lo esencial.

Para las últimas fases del ataque tiene que reservarse, y esto como principio, el fuego *Az*, tal como lo prescriben ya los nuevos reglamentos.

Como principio general hay que evitar que se lleve demasiado lejos el refinamiento y la complicación de la estrategia y de sus medios auxiliares. Solamente lo muy sencillo tiene valor práctico en el combate. Este hecho no debería olvidarse jamás.

En cuanto a la instrucción general de la artillería hay que insistir en que los escolasticismos y esquemas—por ejemplo, en las Memorias sobre el tiro—tienen menos importancia que la táctica. Sólo de esta manera podrá demostrar la artillería todo su valor; pero no hay que descuidar tampoco en las Memorias la técnica del tiro. Lo contrario constituiría una simplificación exagerada y la tendencia actual de abolir las Memorias técnicas acerca del tiro por inconvenientes debe ser resueltamente combatida.

A este propósito debemos llamar la atención sobre las maniobras independientes de la artillería, por regimientos o brigadas, ejercicios muy costosos y que

causan más daño que beneficio. Según mi opinión, deberían suprimirse o por lo menos limitarse mucho, puesto que su posible utilidad no está en proporción con su coste y sus desventajas. Estas maniobras conducen a la pronunciada táctica de posiciones que es impracticable en la guerra, mientras que se descuida lo esencial, es decir, el empleo de la artillería en un espacio determinado y para un determinado fin, que hay que alcanzar sin que pueda examinarse de antemano el terreno para hallar una posición favorable para la artillería. A estos ejercicios podría darse un sentido más práctico si se marcara el espacio táctico por medio de tropas; mas con esto no se les libraría tampoco de su mayor defecto, que es el de considerar a la artillería como arma determinante. En general, todo en esas prácticas se reduce a escoger una posición favorable para la artillería y rodearla de un ambiente táctico creado ex profeso.

Para perfeccionar la instrucción táctica de las varias armas, bastará un ligero cambio en el concepto que respecto de su empleo se había hasta hoy admitido; mas para aumentar su capacidad operativa, hay que entrar en un campo completamente nuevo, en el cual, según mi opinión, se pueden alcanzar grandes éxitos y una verdadera superioridad sobre el adversario. Es cierto que tendrán que vencerse grandes dificultades, puesto que se reunirán grandes masas de ejército, pero estos inconvenientes no son insuperables.

Se trata, ante todo, de dos cosas : primeramente, ejercicios de marcha y de operaciones, en unidades formadas con efectivos en pie de guerra y abastecimiento de guerra por depósitos ; y luego una reforma en las maniobras encaminada a perfeccionar la instrucción del alto mando.

Respecto del primer punto, esa clase de maniobras, que yo sepa, no se han hecho nunca. Pero si se considera la importancia que en la futura guerra ha de

tener el movimiento rápido y exacto de masas y las grandes dificultades que para ello se tienen que vencer, vale ciertamente la pena de preparar sistemáticamente al ejército para la solución de estos problemas y lograr con ello, indudablemente, una superioridad sobre el supuesto adversario.

La preparación para maniobras y prácticas de esta índole puede hacerse, naturalmente, también en formaciones reducidas. Importante sería instruir masas grandes — brigadas y divisiones — en marchas prolongadas, campo a través, de día y de noche y con secciones de zapadores en la vanguardia, para dar a la tropa experiencia en la técnica de estos movimientos y la seguridad que se adquiere con la costumbre.

Más importantes aún, porque corresponden a las necesidades de cada día, serían quizá los ejercicios de marcha con abastecimiento de guerra y en columnas de 20 a 25 kilómetros de profundidad. Si no es posible reunir dos cuerpos de ejército para tales prácticas, se puede lograr esa profundidad de marcha aclarando las distancias de una a otra unidad. No proporcionaría esto la verdadera práctica de la guerra, pero sería un expediente útil. Los vehículos tendrían que alquilarse, como en las maniobras, aunque para ahorrar gastos, sólo parcialmente; las vituallas se llevarían por convoyes militares que representarían los escalones de abastecimiento y, por lo tanto, tendrían que arreglar convenientemente su marcha.

También los ejercicios de mera técnica de marcha en grandes formaciones y con abastecimiento por las cocinas de campaña durante la marcha, serían de gran utilidad si se cuidara de que la marcha fuera bastante rápida y que los víveres se suministraran por retaguardia, lo cual sólo tendría valor práctico si esa marcha con abastecimiento al estilo de la guerra durara varios días. Naturalmente, no basta con verificar estos

ejercicios como excepción; deben constituir una regla permanente si se quiere desplegar una técnica perfecta de marcha. Finalmente, tendrían que hacerse también marchas de flanco, ya por columnas aisladas, ya por formaciones de ejército. Las marchas de flanco por columnas tendrían un fin práctico, sólo en el caso de ir acompañadas con ejercicios de abastecimiento de guerra, por ejemplo, haciendo marchar los convoyes por caminos paralelos, desde donde, al final de la jornada, se unieran a las tropas de la formación principal. Las marchas de flanco, en formaciones de ejército, tendrían también cierto valor, aun sin ejercicios de abastecimiento, puesto que el desfilar simultáneo de varias columnas en marcha por carreteras paralelas y la respectiva conversión de varias cabezas de columna, por sí mismo no es cosa fácil. Pero este ejercicio alcanzaría su completo valor sólo en el caso de que se empleasen columnas de abastecimiento que tendrían que seguir los movimientos de las tropas y cuidar de aprovisionarlas. Además, juzgo necesarios los movimientos operativos de varios días y en formación de ejército; marchas hacia adelante y hacia atrás, en combinaciones variadas, movimientos de flanco y doble conversión hacia atrás, interceptándose para ello, si fuese necesario, las comunicaciones a retaguardia. Solamente así, se observarían las dificultades que tales movimientos pueden ofrecer y venir en conocimiento de los medios para vencerlas. Sólo en esta práctica obtendrán los generales en jefe la seguridad necesaria para ejecutar estas formas de operación y emplearlas, llegado el caso, bajo la presión del enemigo. Creo que un ejército instruído de esta manera lograría una marcada superioridad sobre un adversario que tuviera que hacer ensayos de esta clase de movimientos durante la guerra misma. Los grandes movimientos estratégicos que por ambas partes se realizaron en la guerra de 1870 a 1871, lo probaron suficientemente.

Reconozco que todos estos ejercicios son muy costosos y que, por lo tanto, no pueden llevarse todos a cabo ni efectuarlos sistemáticamente uno tras otro. No obstante, he querido hablar del asunto para llamar la atención del mando superior sobre el estudio de las cuestiones que guardan relación con nuestro problema, y luego porque me parece que debiera ser posible realizar prácticamente alguno de estos ejercicios, por ejemplo, con ocasión de las maniobras imperiales u otros casos parecidos. También podría ahorrarse mucho dinero si se abandonaran las prácticas de campo de la artillería que antes hemos mencionado, empleando mejor el dinero que cuestan en la ejecución de los ejercicios que acabamos de exponer. Por razón de economía no habría necesidad de emplear todo el efectivo de carruajes y convoyes de abastecimiento en tales maniobras. Ya tendría alguna utilidad que al lado de una parte del ejército en formación de guerra se encontrasen, con las distancias correspondientes al caso de guerra, los vehículos de cabeza de los demás grupos y se moviesen con la tropa, que podría ser abastecida por las cocinas de campaña. De esta manera sería posible darse una idea del funcionamiento completo del servicio de abastecimiento y se adquiriría experiencia. Cierto es que sería difícil verificar estos ejercicios convenientemente y no es posible negar que se presentarían muchos conflictos y dificultades si las cabezas de los grupos estuviesen solamente marcadas, lo cual podría dar lugar a falsas ideas y conducir a erróneas conclusiones; pero estos ejercicios no serían inútiles si se llevaran a cabo bajo un mando juicioso, especialmente si se tuvieran bien en cuenta los puntos de vista esenciales. En todo caso, estas prácticas tendrían más valor que muchas pequeñas maniobras, que podrían reemplazarse con ejercicios en los grandes campos de instrucción de las tropas, y que los costosos ejercicios de campo, que no

son de utilidad esencial, sin hablar de otras prácticas militares que únicamente tienen relación muy lejana con la instrucción para la guerra. Todo lo que no sirva directamente para este fin, debe eliminarse de la instrucción, en estos tiempos en que las cosas más esenciales están en peligro.

Mas tampoco podrán hacerse muy a menudo estas prácticas de operaciones en gran escala: ya por su coste, ya porque no debe interrumpirse con demasiada frecuencia la instrucción de combate de las tropas.

Por consiguiente, estos ejercicios tendrían que hacerse por turno, en cada una de las grandes formaciones de ejército, de manera que con el tiempo todos los generales en jefe tuvieran ocasión de conocer prácticamente esta clase de operaciones, y a fin de que las tropas se acostumbrasen al moderno sistema de abastecimiento. Pero como de esta manera serían aún bastante incompletos, estos ejercicios prácticos tendrían que completarse por medio de la teoría. No basta con que los oficiales de Estado Mayor e Intendencia conozcan estas materias. Aun la tropa misma debe conocerlas prácticamente, y sobre todo los oficiales empleados en el servicio de convoyes, es decir, los oficiales activos de la administración militar y todos los oficiales de la reserva a quienes se intenta emplear como jefes de columnas de abastecimiento.

El servicio práctico en los batallones de impedimenta y de abastecimiento y el servicio de los oficiales de la reserva en estos batallones, no son suficientes para lograr este fin, puesto que en este servicio no llegan a saber nada de lo que toca al conjunto. Convendría, por lo tanto, preparar a todos estos oficiales en un curso especial en que oficiales de Estado Mayor y oficiales superiores del servicio de Administración, les enseñasen todo el mecanismo del movimiento de un ejército y donde aprendiesen ellos a calcular con ejemplos prácticos y observando con exactitud los datos

de tiempo y espacio, los movimientos de columnas enteras en varias situaciones. Esto tendría más valor para la guerra que los muchos ejercicios de movimientos de bagajes y otros por el estilo con que se pierde el tiempo. El servicio de bagajes en todas las columnas y en las secciones de Administración es, por sí mismo, muy sencillo, pero no lo es tanto conocer lo esencial en todas las situaciones para poder obrar, llegado el caso, por iniciativa propia.

Si, por una parte, la escuela para el manejo del material rodado debe funcionar debidamente, por otra parte constituye una necesidad absoluta en las circunstancias actuales la institución de un curso científico de abastecimiento en el cual podrían aprovecharse los ejemplos que ofrece la historia de las guerras. En otro sitio (1) he demostrado la gran importancia de proceder sistemáticamente en las disposiciones referentes a los abastecimientos, puesto que la capacidad operativa de un ejército depende de este sistema, cuya comprensión no puede bajar como una revelación del cielo a los oficiales al llegar el momento de la movilización. Estos conocimientos deben adquirirse con el estudio y constituye señal clarísima de no conocer la importancia que ha adquirido en la guerra moderna el servicio de abastecimiento e impedimenta, creer que los oficiales puedan emplearse en este servicio sin una preparación ex profeso.

El servicio de transportes de la administración militar ha alcanzado una importancia extraordinaria en las guerras modernas, por lo cual tendría que ser debidamente apreciada; todos los oficiales activos de este cuerpo deberían de frecuentar cursos de instrucción militar científica después de haber prestado algunos años de servicio, y todos los oficiales de la reserva asistir a los mismos cursos. Si se instituyeran éstos

---

(1) Véase VON BERNHARDI: *La Guerra de hoy*, tomo I, cap. VI.

en otoño y en el mismo campo de las maniobras, se ahorrarían gastos y se lograrían ventajas inapreciables.

Naturalmente, el efecto de estas medidas se haría notar en la guerra únicamente cuando los jefes superiores dominasen completamente la materia sin exigir lo imposible. Por consiguiente, sería necesario que dichos generales tuviesen una instrucción práctica de los servicios de Estado Mayor y no circunscripta al mando en el combate.

Estas consideraciones nos llevan a tratar la importante cuestión de cómo deben instruirse y prepararse para la guerra futura los jefes superiores y qué nueva forma han de tomar las maniobras en este sentido. Precisamente éste es el campo en que más claramente se demuestra la contradicción entre el método antiguo de instrucción y las exigencias completamente distintas de la hora presente.

Es cierto que una gran parte de nuestros jefes superiores pasa por el Estado Mayor o por lo menos ha visitado la Academia superior de Guerra. Pero cuando estos hombres llegan a los cargos elevados, lo que aprendieron en la juventud ha envejecido ya y caído en desuso. La escuela de perfeccionamiento falta y sólo puede substituirla el estudio personal; mas para esto falta a veces el tiempo y a veces el interés. El servicio cotidiano de instrucción de las tropas consume ya bastante actividad y se necesita gran fuerza de voluntad e inclinación al trabajo para dedicarse a perfeccionar la propia educación científica. Así es que pocos de nuestros jefes superiores tienen un conocimiento directo o un concepto adquirido por iniciativa propia acerca de las condiciones de la gran guerra futura. Esta negligencia podría pagarse cara en el caso de guerra. También nos muestra la experiencia que no basta agregar oficiales de Estado Mayor como ayudantes de los jefes superiores con objeto de

remediar el inconveniente expresado. Entonces el jefe, si no domina la situación, dependerá en cierta manera de sus subordinados; creerá dirigir, y, en realidad, será él el dirigido. Situación tal no puede admitirse.

Nuestras actuales maniobras son únicamente, por excepción, escuelas de operaciones para los jefes; tampoco corresponden a las condiciones modernas en sentido táctico. En especial las pequeñas maniobras no pueden representar lo que es esencial en la guerra moderna: la enorme acumulación de fuerzas, por un lado, y la imposibilidad por otro, de tomar las medidas correspondientes a causa de lo limitado del espacio. Cierto es que las pequeñas maniobras son también de alguna utilidad. Los jefes aprenden a resolver y a mandar y éstas son dos condiciones importantes. Pero lo mismo podría aprenderse en maniobras en gran escala y que correspondiesen al mismo tiempo a las condiciones de la guerra moderna.

Las maniobras de brigada pertenecen a un tiempo que pasó; no producen otra cosa que conceptos equivocados. Lo que en ellas debe aprender la tropa, es decir, el combate en campo abierto, pueden aprenderlo igualmente en los campos de instrucción.

Las maniobras de división tienen todavía un cierto valor para los jefes. Los fundamentos del mando táctico pueden recibir su expresión, en sentido moderno, con las maniobras de cuerpo de ejército y más importantes son todavía las grandes maniobras de varios cuerpos, especialmente si las unidades que operan se consideran como partes de un gran conjunto y obran como tales en amplio concepto operativo. El arte en la dirección de las maniobras consiste en crear estas situaciones, pues únicamente así puede manifestarse la presión de la situación general y dar ocasión a aquellas medidas de personal iniciativa que en la realidad hace falta. Esto es muy importante. El jefe superior

debe tocar con sus propias manos lo que es posible y lo que es imposible hacer en la guerra de hoy, a fin de prepararse a sí mismo para las grandes ocasiones.

De estas consideraciones se desprende que las pequeñas maniobras debieran limitarse para dar lugar a las grandes y especialmente a las estratégicas y que, además, tendrían que abolirse algunos ejercicios poco útiles para poder invertir el dinero que cuestan en las prácticas operativas que hemos indicado. Nuestra situación exige que se aprovechen los medios propicios para que nuestro ejército alcance una instrucción moderna. Ensanchando los campos de instrucción de las tropas (cosa muy difícil, pero necesaria, pues actualmente esas áereas son generalmente demasiado pequeñas con respecto al alcance del tiro de artillería y de la táctica de las grandes masas), podría llevarse a cabo en ellos una buena parte de la labor que de otro modo tendría que hacerse en las maniobras de división. Las economías que esto representara podrían aplicarse en beneficio de los grandes ejercicios de cuerpo de ejército. Debe tenerse muy presente una cosa: nuestra instrucción por medio de las maniobras debe perfeccionarse con objeto de que cumpla su moderna misión en la misma medida que la cumplió en otro tiempo; especialmente la base y la dirección de las maniobras en grande escala, deben ser modernas, en el más alto sentido de la palabra. En todo caso, imposible será que esta clase de instrucciones se lleven a cabo con tal extensión que por sí solas basten para educar jefes aptos para la gran guerra. Las grandes maniobras sólo serán de verdadero provecho cuando los jefes de todo grado posean una preparación teórica suficiente.

Por lo tanto, una de las tareas esenciales de la preparación para la guerra consistirá en la instrucción teórica de los jefes superiores. No deben éstos creer que su exclusiva obligación consista en la instrucción

de las tropas, sino en la educación de sí mismos y de sus subordinados para que puedan conducir la gran guerra. Los simulacros estratégicos de guerra, en gran escala, dirigidos por los generales en jefe, dentro de los cuerpos de ejército, y por los inspectores dentro de las inspecciones de ejército, me parecen el medio eficaz único para alcanzar este fin. Para juzgar de las aptitudes de un oficial superior debería tenerse presente su habilidad en el gran mando. Los hilos de toda esta instrucción deberían convergir en las manos del jefe del Estado Mayor como persona estratégicamente responsable.

En todo caso parece inconveniente dejar a la casualidad que los jefes superiores estén o no a la altura de sus obligaciones. La circunstancia de que un hombre sea un excelente jefe de división o de cuerpo de ejército no demuestra todavía que sea un buen general en jefe de ejército. De ello nos da más de una prueba la historia.

Que en las circunstancias de la guerra moderna los órganos de exploración y cobertura necesitan igualmente de una instrucción especial, no necesitamos demostrarlo. La posibilidad y el éxito de las operaciones dependen mucho de su actividad. Hace años que estoy insistiendo en que nuestros oficiales de caballería necesitan mayor preparación científica y no puedo hacer más que repetir mi ruego de que se transformen nuestras escuelas de equitación en institutos científicos. También deseo insistir en que es equivocado que toda la suma de la instrucción de esta arma deba consistir en los ejercicios de división de caballería en los campos de ejercicios militares. Estas prácticas no corresponden en manera alguna a la realidad y educan a los jefes en conceptos erróneos, lo cual puede comprobarlo todo jefe superior de caballería que, instruído en el campo de ejercicios de las tropas, tiene que mandar una división de caballería en las maniobras.

El centro de gravedad de la eficacia en la guerra, reside en la capacidad del mando para el paso hábil desde la separación operativa a la unión para el combate. En esta relación se basa la gran dificultad del mando de caballería y precisamente esto es lo que no se aprende en el campo de ejercicios de la tropa, como tampoco se aprende allí el servicio metódico de cobertura y exploración. Lo que se repite siempre en las campos de ejercicio, es decir, el combate cerrado entre dos divisiones de caballería, será muy difícil que se verifique en la guerra. Toda apreciación hecha sin prejuicio acerca de las circunstancias modernas, conducirá a este resultado, y estimulará al arma de caballería para adoptar las medidas propias de una formal preparación para la guerra.

Es un hecho muy notable que la artillería, que sólo puede obrar en conexión con otras armas, haga todos los años sus grandes prácticas independientes, como si ella sola fuese decisiva en la conducción del combate, mientras que la caballería, que siempre opera independientemente, muy raras veces haga ejercicios independientes y que, al contrario, se la prepare con mucho cuidado para cooperar con la infantería, lo cual constituirá una excepción en la guerra. Esto demuestra con evidencia lo poco lógico y lo muy anticuado que es nuestro sistema de instrucción.

Ejercicios de exploración y cobertura, como también los *raids* en gran escala son lo que necesita nuestra caballería para su perfecta instrucción. En lo venidero tendrá que insistirse en la cooperación de la caballería con la flota aérea, tan pronto como los éxitos de ésta sean suficientes para que se la pueda considerar como un factor justificado de nuestra organización militar. Las fuerzas aeronáuticas y la caballería tendrán que contar la una con la otra y cooperar bajo un mando único en el servicio de cobertura, que es el que más interesa.

Para la instrucción de los ingenieros, el general von Beseler ha indicado los caminos que hay que recorrer y que corresponden a las condiciones modernas. Esta arma no necesita más que desenvolverse en la dirección señalada por aquel gran general a fin de cumplir con la labor que la guerra del porvenir ha de imponerle. En la guerra campal la tarea principal del cuerpo de ingenieros será la de apoyar a la infantería en el ataque a posiciones fortificadas. También en estas ocasiones las necesidades tácticas deben ocupar siempre el primer lugar. Toda la instrucción de los ingenieros debe guiarse desde el punto de vista táctico. Esto es esencial. En cuanto a la guerra de fortificación, la instrucción de los minadores necesita atención especial, puesto que se trataría en primer lugar de tomar rápidamente los fuertes avanzados y las fortalezas que puedan resistir los ataques de la artillería.

Las tropas de comunicaciones tienen marcado claramente el camino que habrán de seguir en su instrucción. Deben ser enseñadas de manera adecuada a la guerra, en el servicio de transmisión de despachos, es decir, especialmente en el servicio telegráfico hoy bastante complejo, y deben auxiliar al servicio aeronáutico por todos los medios posibles, facilitando de este modo la capacidad operativa del ejército. Además, es tarea de los instructores del ejército preparar las tropas de comunicaciones para la construcción rápida de ferrocarriles normales y de vía estrecha, reconstrucción rápida de líneas destruídas, seguridad en el servicio de ferrocarriles militares y en el empleo de automóviles. También para estas tropas es absolutamente necesario el conocimiento de las condiciones en que se efectúan las grandes operaciones de un ejército. Unicamente poseyendo los conocimientos necesarios acerca del método y sistema de mover los grandes ejércitos, podrán cumplir con su labor, muy compleja y muchas veces decisiva, en la guerra moderna. Por lo tanto,

tiene mucha importancia que los oficiales afectos a comunicaciones posean una instrucción militar científica suficiente.

Estas consideraciones nos obligan a reconocer en todos sentidos la necesidad de levantar el nivel intelectual del ejército y educarlo en la comprensión completa de la relación que existe entre las grandes y múltiples tareas militares. Pero el mayor conocimiento de las relaciones de unas cosas con otras no es necesario únicamente para los jefes: deben obtenerlo también los oficiales y aun, en cierto sentido, los suboficiales. Pronto se notaría su efecto en la instrucción militar del soldado. Cuanto más elevado es el nivel del maestro, cuanto mejor domina las cosas, tanto más fácilmente conseguirá la confianza y la estimación del discípulo, confianza y estimación que forman la base de la disciplina. Pero también en los demás campos de la actividad práctica darán buenos frutos los medios propios para fomentar la instrucción militar científica y general de nuestro cuerpo de oficiales. La gimnasia intelectual robustece el espíritu y el carácter, y para la profunda comprensión del arte de la guerra y de sus exigencias hace falta una cierta escuela y dirección filosófica que permita apreciar debidamente las cosas y su relación y estimar en su justo punto lo imponderable. La aspiración a un nivel intelectual más alto para nuestro cuerpo de oficiales debería hallar su expresión en la escuela de guerra y alcanzar su meta en un instituto superior de instrucción militar de que hoy carecemos.

Es verdad que Scharnhorst había ideado la Academia de Guerra como un instituto del estilo indicado; pero hoy la Academia ha tomado más bien el carácter de escuela de preparación para el Estado Mayor. Como resto de su significación antigua le ha quedado la enseñanza de la historia y de las matemáticas. Desde que la enseñanza de la historia de la guerra ha sido despo-

jada de su carácter científico a causa del sistema de aplicación empleado, que sirve ahora solamente a la táctica, la esencia del estudio de la historia de la guerra se ha descuidado y, por lo que yo sé, las conferencias de historia de la guerra sirven en primer lugar a la instrucción especial del arma. No me consta si la enseñanza de idiomas extranjeros llega hasta el conocimiento del espíritu de esos idiomas. Esta enseñanza termina con un examen de intérprete y persigue, por lo tanto, un fin puramente práctico.

Este desenvolvimiento de la Academia era, en cierto sentido, necesario. La instrucción específica de nuestros oficiales de Estado Mayor era indispensable en las circunstancias presentes. Pero no quiero decir con esto que fuera necesario limitar por ello su carácter académico científico general. Sea como fuere, necesitamos hoy un instituto que haga posible el estudio libre de la ciencia de la guerra desde un punto de vista elevado y que transmita al mismo tiempo una instrucción general y compleja a sus alumnos. Yo creo que se podría transformar la Academia de Guerra en un instituto de esta clase, sin renunciar por ello a la preparación de oficiales para el servicio en el Estado Mayor. A la par del estudio de las ciencias militares, tendrían que darse conferencias científicas en general, cuya asistencia fuese facultativa. Además, en otras conferencias deberían tratarse los grandes problemas militares desde un punto de vista filosófico y explicar a los asistentes a la conferencia la idea de la legitimidad de la guerra, sus relaciones con la política, la cooperación de las fuerzas materiales e inmateriales; la importancia de la personalidad en los sucesos, los contrastes y las resistencias y las obligaciones del mando del ejército desde un punto de vista superior.

Limitación y concentración de las materias de enseñanza obligatoria en las tres anualidades de enseñanza que se practican hoy, e institución de conferencias

científicas generales propias para formar, no solamente oficiales de Estado Mayor, sino también para educar hombres aptos en las tareas más elevadas de la milicia y el Estado ; esto es lo que debe pedirse al instituto más alto de instrucción militar que posee hoy el ejército en Alemania.

CAPÍTULO XII

La preparación para la guerra naval

«El porvenir de Alemania está en el mar», altiva frase que encierra una gran verdad. Si el pueblo alemán quiere alcanzar un porvenir lleno de grandeza y cumplir su misión civilizadora, debe adoptar una política mundial y actuar como mundial potencia. Mas para cumplir esta labor debe forzosamente apoyarse en un adecuado poder naval. Nuestra flota de guerra debe ser, por lo menos, tan fuerte, que el adversario más poderoso corra el peligro de perder su posición de potencia mundial en una guerra contra Alemania.

Cierto es que únicamente podremos entrar en la política mundial con cierta seguridad cuando nuestra preponderancia política y militar en el Continente quede sólidamente afirmada. Esta meta no se ha alcanzado completamente aún y debemos anhelarla, por lo tanto, en primer término; pero entretanto debemos esforzarnos en poseer en el mar un poder que corresponda a nuestros designios. Por una parte, es indispensable, para asegurar nuestra posición en el Continente, tener defendidas nuestras costas contra los ataques por mar. Por otra parte, constituye una necesidad económica defender la libertad de los mares, si fuese necesario por medio de las armas, puesto que la exis-

tencia de nuestro pueblo depende esencialmente de la exportación y ésta de la importación. El poderío político de Alemania se funda ahora en gran parte en su florecimiento económico y en su comercio de Ultramar. Esta es la causa de que en todos los aumentos de la flota de guerra debamos tener en vista la libertad de los mares. Nuestros esfuerzos deben encaminarse, no solamente a defendernos contra los ataques del enemigo, sino a un ideal más alto, a hacer política mundial teniendo presente que nuestro poder naval será un día llamado a contribuir a esta política.

Lástima es que no hayamos tenido presente este ideal desde el primer día en que nos aventuramos a surcar por todos los mares del globo. Mucho y muy precioso tiempo hemos perdido siguiendo en pos de objetivos insuficientes y limitados. Sólo al emperador Guillermo II le fué concedido apreciar y acometer debidamente cuestión de tanta importancia histórica. Todo lo que en asuntos navales se había hecho hasta entonces debe considerarse como estéril.

Durante estos últimos años nos hemos esforzado en construir una flota. Los puntos de vista más distintos han servido de norma; pero el programa claro y definido no se ha formado hasta la ley naval de 1900, la nueva ley de 1906 y la fijación del tiempo máximo de servicio de las unidades navales decretada en 1908. Naturalmente, debemos evitar que estas disposiciones signifiquen la última palabra para lo venidero. Las necesidades del porvenir irán dando la medida, ya que no puede haber ninguna que sea fija para las fuerzas navales de un Estado; éstas han de depender de los designios propios y de los armamentos ajenos. Al principio se trató únicamente de dar a conocer nuestra bandera en los mares y costas a donde llegaba nuestro comercio. Salvaguardar el tráfico fué la primera labor de nuestra armada. Pero contra estos esfuerzos se levantó una opinión que no solamente consideraba

superflua para Alemania una escuadra, sino hasta peligrosa, y que se opuso a los planes del Gobierno, llamándolos desacertados. Ante tal oposición, se juzgó conveniente, en el primer instante, limitarnos a una simple protección de las costas y se creyó haber alcanzado este fin fortificando y artillando algunos puntos importantes del litoral e instalando en algunos sitios flotillas de cañoneros baratos.

Pero este punto de vista no pudo sostenerse mucho tiempo. Los hombres razonables comprendieron la necesidad que existía de prepararse a salir al encuentro de toda agresión y poder rechazarla en alta mar. Se reconoció que, al efecto, se necesitarían acorazados tan poderosos como los que pudiera emplear el adversario en su ataque. No obstante, también esta vez se pensó que podríamos salir del paso haciendo las cosas a medias. Se acordó la construcción de corbetas, afirmando nuevamente que estaba muy lejos de nosotros la idea de competir con las grandes armadas existentes y que nos contentábamos con una flota de segundo orden. Muy pronto vino el convencimiento de que este propósito era insostenible y siguió a ésta una corriente nueva, cuyos partidarios pretendían suplir la acción de los costosos acorazados por medio de un gran número de torpederos. Éstos, según los que así opinaban, serían suficientes, no obstante su escaso valor táctico, para destruir por medio de torpedos, a los acorazados más potentes. No se tardó mucho en comprender que tampoco esta teoría era válida y que un país como el Imperio alemán, obligado a mantener un gran comercio con el exterior, para ocupar y dar medios de vida a su población creciente, y odiado en todas partes a causa de su adelanto político y económico, no podía dejar de armarse poderosamente en el mar y en la costa. Había llegado a triunfar al fin el modo de ver las cosas que correspondía a la realidad.

Las tentativas para resolver el problema naval gastando poco, nos han costado mucho tiempo y mucho dinero; de modo que hoy, que nos encontramos en una de las más grandes crisis de la historia del mundo, tenemos que hacer esfuerzos inauditos para remediar las faltas del pasado y construir una potente flota de alta mar. Al fin hemos llegado a comprender que la protección de nuestro comercio y la defensa de nuestras costas, no pueden ser el único objeto de esta flota, sino que la armada, del mismo modo que el ejército, debe constituir un medio de llevar a cabo y dar consistencia a los fines políticos del Estado. No vale la pena hablar de fines tan limitados como la protección del comercio y la defensa pasiva del litoral. Para proteger el comercio en tiempo de paz bastan algunos cruceros; pero en la guerra únicamente se puede asegurar el ejercicio del comercio marítimo, venciendo, y, si es posible, destruyendo la flota enemiga. La protección directa de todas las líneas de navegación es imposible. Al comercio sólo puede protegérsele indirectamente, derrotando al enemigo. En la defensa pasiva de las costas no se puede contar con un éxito duradero; esto quedó suficientemente probado en la guerra de secesión norteamericana.

Así, pues, el objetivo de nuestra flota no puede ser otro que el de combatir por mar a nuestro probable adversario y obligarlo a aceptar la paz, con objeto de asegurar así el libre tránsito de nuestra flota mercante por todos los mares y proteger nuestras colonias.

Concepto enteramente erróneo es el de creer que nuestra flota sólo deba servir para la defensa y que en este sentido tengamos que construirla. La marina de guerra debe corresponder a las necesidades políticas y según las eventualidades políticas, emplearla: ofensiva, si las circunstancias políticas lo exigen y si el ataque promete el éxito; defensiva, si juzgamos

más ventajoso este procedimiento. Es cierto que dada la actual agrupación política de las potencias europeas nos sería imposible la ofensiva estratégica naval. Pero debemos contar también con las eventualidades del porvenir y entonces pueden ofrecerse circunstancias que nos hagan posible emprender la ofensiva por mar, en gran escala.

El poder que queremos dar a nuestra flota debe ser, por lo tanto, proporcionado a sus probables deberes en la guerra y claro es que en este cálculo no debemos solamente tener en cuenta a los adversarios que por el momento son más débiles que nosotros, sino también, y en primer lugar, a los que nos son superiores y cuyas tendencias políticas no nos permiten excluir la posibilidad de un conflicto con ellos. En todo caso, nuestra flota debe ser bastante fuerte para que el adversario más poderoso dude en atacarnos sin un motivo imperiosísimo y para que en el caso de que se atreva a hacerlo, estemos en situación de rechazar victoriosamente el ataque, es decir, de causar a nuestro enemigo pérdidas tan graves que en su propio interés tenga que renunciar a la continuación de la lucha hasta la resolución definitiva y que vea amenazada su posición de gran potencia si se expone a tales pérdidas.

Este concepto acerca de lo que tenemos que cumplir en el mar nos obliga a poner los ojos en la flota inglesa : ésta nos da la medida para la importancia que han de alcanzar nuestros armamentos navales. Nuestra próxima guerra naval será probablemente contra Inglaterra ; la posibilidad de rechazar victoriosamente el ataque inglés debe guiarnos en nuestros preparativos navales, y si los ingleses continúan aumentando su flota, lo menos que podemos hacer es seguirles por el mismo camino, aunque para ello tuviéramos que salirnos de los límites de nuestra ley naval vigente.

Todo ello sin olvidar que hasta dentro de mucho tiempo no podremos tomar la ofensiva en alta mar contra la flota inglesa, muy superior a la nuestra, y que sólo podemos tener la esperanza de defendernos contra nuestro mayor adversario por medio de la cooperación de la flota naval, las fortificaciones de la costa, la flota aérea y la guerra comercial, según hemos explicado ya en el capítulo dedicado a la próxima guerra naval. El enemigo debe cansarse y paralizarse en el ejercicio del bloqueo y en la lucha contra las medidas que tomaremos para la defensa de nuestras costas; bajo la protección de estas defensas, nuestra flota debe causarle pérdidas parciales; de esta manera tendremos que ir procurando lentamente la posibilidad de lanzarnos a buscar la solución definitiva en alta mar. Estos son los puntos de vista que han de guiar nuestros preparativos para la guerra naval.

Condición preliminar, reconocida como justa en esta clase de guerra, es la poderosa fortificación de nuestras costas para que sirvan de base a las escuadras y desde las cuales las sea fácil pasar a la ofensiva en cualquier momento; sin la fortificación concebida en sentido ofensivo, nuestra flota podría verse estrechamente bloqueada e impedida en su ofensiva. Los campos de minas por sí solos no permiten cerrar el paso al adversario de manera que éste no pueda forzarlo, ni dejan tener abierto el camino de tal modo que se pueda emprender la ofensiva en el instante deseado. Para esto se necesitan obras permanentes que dominen los canales y los campos de minas.

No puedo juzgar si las fortificaciones del litoral que en el Mar del Norte se apoyan principalmente en Heligoland, Wangeroog y Borkum, responden a estas exigencias; de lo contrario, nuestro primer cuidado tendría que ser cerrar los huecos, con objeto de procurar una base sólida a las operaciones de nuestra armada. Por lo menos, tendríamos que fortificar la

isla de Sylt. Esto constituye una necesidad nacional a la cual no podemos substraernos, aunque exigiese grandes sacrificios. Hasta el aumento mismo de nuestra flota, por necesario que sea, se quedaría en segundo lugar, en importancia, después de la de esas fortificaciones, pues la eficacia de la actividad de dicha flota dependería de ellas.

Además, hemos de considerar esta cuestión desde otro punto de vista.

Las Conferencias respecto de Marruecos en el verano de 1911 y la situación política creada por la crisis actual en los Balkanes han revelado nuevamente la enemistad incondicional de Inglaterra para con nosotros. Se ha visto claramente que Inglaterra está resuelta a impedir por la fuerza todo aumento efectivo del poderío de Alemania. Solamente la preocupación de una intervención hostil de Inglaterra nos ha hecho renunciar a una esfera de intereses propios en Marruecos, y, no obstante, la sola tentativa de salvaguardar nuestros incontrovertibles derechos en el Africa del Norte, ha provocado las amenazas de varios estadistas ingleses. Únicamente las secretas amenazas de Inglaterra y la presión que ejerce, sin duda, sobre nuestro Gobierno, pueden explicar el proceder algo más que prudente de éste y sus arreglos con nuestro mayor enemigo.

Si se pone en relación la conducta de Inglaterra con sus preparativos militares, es imposible dudar que esta nación deje de atacar a Alemania en caso propicio. La concentración de las escuadras inglesas en el Mar del Norte; el establecimiento de nuevas bases navales, dirigidas evidentemente contra Alemania; el aumento del espionaje inglés en las costas alemanas; la continua labor diplomática para conquistar aliados contra nosotros y aislarnos así en Europa; todo esto tiene una sola explicación razonable: la preparación de una guerra contra Alemania. Debemos rechazar en absoluto la

idea de que los armamentos ingleses puedan considerarse como medidas de defensa, puesto que Inglaterra sabe muy bien que Alemania no puede pensar en atacarla, pues lo haría sin esperanzas de éxito. Y como, además de lo que acabamos de exponer, a los intereses de Inglaterra y a sus designios de dominio mundial convendría en extremo la destrucción de las fuerzas navales alemanas, tenemos que contar con un posible ataque inglés, con la circunstancia de que no está en nuestras manos el aplazamiento de tal ataque, ni a la medida de nuestra conveniencia. Tenemos que comprenderlo así y estar prevenidos a que Inglaterra nos ataque bajo un pretexto cualquiera, en tiempo no lejano y antes de que la proporción de los armamentos, que al presente podría ser favorable para Inglaterra, se modifique en contra suya. Especialmente, si los unionistas llegasen otra vez al poder, tendríamos que contar con una activa política inglesa hostil, que probablemente la llevaría a la guerra.

En estas circunstancias no podemos terminar nuestros armamentos navales y, sobre todo, la fortificación de nuestras costas en pacífica tranquilidad, o, por decirlo así, desde un punto de vista teórico; más bien debemos hacer un esfuerzo financiero extraordinario para acelerar el inmediato aumento de la flota y la realización de las fortificaciones costeras. Nunca como en esta ocasión estarían justificados los empréstitos para cubrir las necesidades financieras si no hay otra manera de hacerlo, pues se trata de problemas de tal importancia que podríamos llamarlos cuestiones de vida o muerte.

Imagínese la miseria que causaría a nuestra nación y especialmente a la masa obrera una larga interrupción o hasta la definitiva destrucción de nuestro comercio de Ultramar. Esta sola reflexión basta para comprender la necesidad imperiosa de conseguir que nuestros armamentos y fortificaciones sean bastante

poderosos para que podamos contemplar con tranquilidad la resolución de la lucha. La circunstancia de que acaso no podamos proveer de tripulaciones a todos los buques de guerra que estamos construyendo, no debe retrasar las construcciones, puesto que estos buques constituirían un precioso reemplazo para los que probablemente se perderían. También se impone la rápida terminación del canal Kaiser Wilhelm, para que nuestros buques puedan aparecer por sorpresa, ya en el Mar del Norte, ya en el Báltico, pues todavía el Canal no responde a todas las exigencias militares. Además, tendría que tomarse en consideración, la conveniencia de construir un canal, entre la desembocadura del río Ems, la ensenada de Jahde y la desembocadura del Elba, que facilitaría mucho la concentración de la flota. Estos tres canales forman las puertas de salida para el Mar del Norte y sería muy importante poder unir la flota rápidamente en uno de estos tres puntos. No puedo juzgar si es posible construir dicho canal; pero, si puede hacerse, no tendríamos que temer al sacrificio financiero para realizar el proyecto, que sería de importancia esencial, puesto que nuestro éxito consistiría precisamente en sorprender al enemigo en el momento en que sus fuerzas estuvieran separadas y ocasionarle así grandes pérdidas.

En cuanto a la construcción de la flota, debemos asegurar, ante todo, la de nuestra flota de combate, compuesta de buques de línea y los respectivos grandes cruceros. En su composición actual no posee el valor táctico que corresponde a su número. En esto no hay dudas. Cinco de los buques de línea de la clase «Emperador» son anticuados y los de la clase «Wittelsbach» llevan cañones de 24 centímetros, que no son suficientes para la guerra naval moderna. Peor todavía están nuestros cruceros grandes. Los cinco buques de la clase «Hansa», no tienen ningún valor para el combate naval; los tres grandes cruceros de la clase «Príncipe»

(Adalbert, Friedrich Karl, Heinrich), no corresponden a su destino, ni en velocidad, radio de acción, armamento ni en protección de coraza; tampoco corresponden a las exigencias modernas los cruceros acorazados *Furst Bismarck, Roon, York, Gneisenau* y *Scharnhorst*. Por consiguiente, si queremos estar bien preparados para la guerra, debemos abreviar el tiempo de construcción para reemplazar los buques inservibles — esto es, nueve cruceros grandes y cinco navíos de combate — por otros tantos modernos.

No es posible llenar las necesidades del momento actual con medidas como las que proyecta la ley suplementaria de 1912, la cual establece : 41 buques de línea, 12 grandes cruceros y 30 cruceros pequeños para la flota de combate y 8 grandes cruceros con 10 pequeños para la flota de Ultramar. Tres escuadras de navíos de línea, compuesta cada una de 8 buques y 1 buque almirante con 8 grandes cruceros y 18 pequeños forman la flota activa de combate ; dos escuadras de navíos de línea, 4 cruceros grandes y 12 pequeños, constituyen la flota de combate de reserva. Todos los buques de la flota activa deben estar en servicio ; de la flota de reserva sólo la cuarta parte.

Hasta ahora la flota activa debía constar de dos escuadras y de otras dos la flota de reserva ; cada una con un buque almirante. En la primera debían estar en servicio todos los buques y en la segunda únicamente la mitad. Además, se había previsto una reserva material de 4 acorazados de línea y algunos cruceros grandes y pequeños por cada escuadra. A esta reserva material se renunció con la ley suplementaria.

En vista de la superioridad de Inglaterra no se comprende cómo el departamento de marina haya podido contentarse con una petición tan modesta como la de la nueva ley, y se comprende tanto menos cuanto el pueblo alemán estaba ciertamente dispuesto

a conceder los medios financieros necesarios para la armada como los concedió para el ejército.

Es innegable que la preparación de la flota para el combate ha mejorado mucho con la formación de la tercera escuadra activa. A partir de 1914, habrá constantemente listos para entrar en combate 28 navíos de línea, con 8 grandes cruceros y 18 pequeños. Otro aumento esencial de la preparación para la guerra, se obtendrá también con la organización de los submarinos, que fija la nueva ley en 72. No hay que olvidar que sólo para dentro de algunos años provee la reforma de la ley al aumento efectivo de la flota en 3 buques de línea y 2 cruceros pequeños y que la formación de la tercera escuadra tendrá que pagarse con la renuncia a la reserva material y con la disminución de las tripulaciones de la flota de reserva, es decir, con una merma en su preparación para el combate. No se ha acordado acelerar la construcción de la flota; la tercera escuadra no quedará formada hasta 1914 y la flota de cruceros, quedará, en lo que se refiere a los cruceros acorazados, en su actual estado deplorable; como hemos dicho, una parte de nuestros cruceros grandes no responde ya de ninguna manera a las exigencias modernas y no podrá cumplir con éxito su cometido en la guerra.

De este modo la nueva ley significa un aumento de la preparación para el combate y para el primer momento, pero creando solamente un aumento efectivo insignificante de nuestras fuerzas navales. Tampoco es posible comprender cómo se intenta impedir con estas medidas nuevas la disminución de la preparación para el combate en la época del licenciamiento de los reservistas, a pesar de que, según parecer del departamento de Marina, se pretende haber eliminado este inconveniente con las nuevas disposiciones. Esto es imposible. Únicamente con un aumento considerable en la tripulación de la flota de reserva y su tras-

lado a la flota activa llegada la hora del licenciamiento de los reservistas, se hubiera podido mantener la preparación permanente para el combate, aunque también en este caso a costa de la preparación de la flota de reserva. También la renuncia a la reserva material da mucho que pensar. En la guerra habrá seguramente grandes pérdidas de buques sin que se pierda toda la tripulación. En este caso un buque de la reserva puede equiparse con la tripulación del buque perdido y llenar así el hueco. Pero si falta esta reserva, la flota activa disminuye con cada pérdida, sin la posibilidad de reemplazarla.

No puedo considerar la nueva ley, desde mi punto de vista, más que como un expediente para acallar la resistencia a la preparación para la guerra. No se ve por qué la administración de marina se ha contentado con estas medidas tan incompletas. Según mi parecer, la formación de la tercera escuadra debía ir acompañada de una aceleración general en la construcción de la flota, de la construcción inmediata de los cruceros acorazados indispensables, de la renovación paulatina de la reserva material y del aumento de la tripulación en la flota de reserva, a fin de poder servirse de ella en caso de movilización después del licenciamiento de los reservistas.

Quien observe la tormenta que amenaza el horizonte político, tendrá que admitir mi punto de vista. ¡No importa que se incomoden y se agiten los ingleses! El interés de nuestra patria está por encima de todas las consideraciones políticas y financieras. Debemos construir nuevos tipos de buques de combate que sobrepujen a los ingleses en velocidad y potencia ofensiva. Esto no será fácil, puesto que los nuevos navíos de línea ingleses han alcanzado muy alto grado de perfección y sus nuevos grandes cruceros se acercan mucho a la potencia de los navíos de línea. No obstante, el camino único para llevar a efecto lo más

necesario con pocos buques, es el de lograr la superioridad en algunos pormenores y estar preparados al combate con la mayor perfección. Puesto que los cañones de Krupp son en ciertos sentidos superiores a los de los ingleses, aunque su efecto en el tiro no sea mucho mayor, sería posible alcanzar una ventaja en este punto y dotar a nuestros buques de mayor potencia ofensiva. El efecto mayor de la artillería constituye un poderoso factor para el éxito, tanto más importante cuanto mejor se puedan distribuir las piezas a bordo de tal manera que todos los cañones puedan funcionar en todas direcciones a la vez. Después de la flota propiamente de combate tiene gran importancia la de torpederos, ya para la ofensiva estratégica, ya para la defensiva. También la flota de torpederos necesita, por lo tanto, un aumento, primeramente en vista de la superioridad inglesa y luego porque en lo que se refiere a instrucción tenemos un valor efectivo de superioridad. Merced al altísimo grado de instrucción del personal y a la calidad del material de los buques, hemos dejado atrás, en esta clase de arma, a todas las marinas del mundo y tenemos que velar para que esta ventaja no se pierda, especialmente en lo que se refiere al disparo de torpedos; según noticias de la prensa hay quien pretende hacernos la competencia aumentando la velocidad y la distancia que recorre el proyectil. También tenemos que dedicar nuestra atención a la flota de submarinos y esforzarnos en perfeccionarlos en sentido ofensivo. Si logramos perfeccionar esta arma y desenvolverla técnicamente, de modo que corresponda a las necesidades militares en todos sentidos y que a la mayor velocidad se pueda unir un mayor radio de acción y resistencia a la mar gruesa, entonces podrán lograrse con ella éxitos grandes en la defensa de costas y ataques de sorpresa a la escuadra enemiga. Una capacidad superior en esta clase de buques podría ser de alta conveniencia.

Finalmente, y no como el más insignificante, existe el medio de la aviación aplicada al servicio de la marina de guerra, cuyo perfeccionamiento debemos intentar. Si consiguiéramos construir naves aéreas y aviones aptos para la guerra, es decir, manejables con cualquier tiempo atmosférico y útiles para el ataque, tendríamos con ellos valiosos auxiliares de nuestra flota (1). La flota aérea podría entonces, como hemos explicado ya en el capítulo acerca de la próxima guerra naval, emplearse en el servicio de exploración, espiar las ocasiones favorables para la salida de las escuadras de combate o de los torpederos y anunciar con tiempo la aproximación de fuerzas enemigas. Además, podría impedir la exploración por parte del enemigo, punto esencial cuando se quieren intentar sorpresas, y rechazar o imposibilitar los ataques aéreos del enemigo contra las propias bases y centros navales. Si, además, perfeccionáramos nuestras naves aéreas de manera tal que pudieran emprender ataques estratégicos y llevar el espanto y la destrucción a las costas inglesas, entonces su apoyo a nuestra flota en lucha contra la superioridad inglesa, sería más eficaz. No dudo que nuestra técnica sabrá resolver muy pronto este problema. La notable superioridad de nuestra armada aérea sobre la inglesa podría contribuir en gran manera, durante el curso de la guerra, a equilibrar la diferencia entre las dos marinas. Debe sernos posible lograr una superioridad en este campo, por cuanto nuestro adversario no ha podido tomarnos la delantera y podemos luchar por la palma de la victoria en condiciones iguales.

Además de la preparación para la lucha contra la flota enemiga, debemos también prepararnos en tiempo de paz para la guerra comercial, que podría ser de es-

(1) Al hablar de ataques por medio de naves aéreas contra objetos situados en tierra o sobre el mar, nos referimos a la facultad de arrojar proyectiles explosivos.

pecial eficacia, precisamente en una guerra contra Inglaterra, puesto que este país depende, más que otro alguno, de la importación. Tendría, por lo tanto, gran importancia estorbar sensiblemente el comercio enemigo e introducir el trastorno en sus vías de navegación. Ya hemos indicado la dificultad que ofrece una empresa de esta índole, tanto más cuando tendremos que tomar nuestras medidas de tal manera que los buques rápidos destinados a la guerra comercial puedan llegar de sorpresa a sus campos de acción antes de que el adversario consiga bloquear nuestros puertos. También nuestros cruceros auxiliares deben estar preparados ya en tiempo de paz para que, por medio de la telegrafía sin hilos, puedan recibir las órdenes oportunas y revestirse del carácter de buques de guerra.

Otra cuestión relacionada con la guerra comercial es la de si en caso de guerra hemos de esforzarnos en mantener Tsingtau. Si estuviese bien fortificado, este puerto podría constituir una base segura para nuestra escuadra en Asia. Hay que tener en cuenta que toda nuestra política en aquellas regiones depende de su posesión. Si queremos mantenerla hemos de aumentar inmediatamente su guarnición, puesto que las tropas actualmente estacionadas allí no bastan tampoco para guardar aquella plaza en tiempo de paz. El departamento de Marina, que administra este protectorado, ha gastado muchos millones, pero sin acierto y sin edificar nada medianamente útil. Las fortificaciones que miran a la parte de tierra son completamente inservibles; el puerto y los almacenes están expuestos al fuego desde todos lados; la guarnición es demasiado débil para defender la plaza, aunque sólo fuera por algunos días, y, en una palabra, no hay medios para impedir un desembarco del enemigo, que, además, puede tomar la ciudad y el puerto bajo su fuego sin ser estorbado. Si esta plaza ha de servir de defensa y base para la

flota de Ultramar, tendrían que hacerse trabajos de fortificación dirigidos por técnicos militares, puesto que todo lo que existe para defensa del puerto y de la ciudad es completamente inútil. El dinero hasta ahora gastado allí ha sido echado por la ventana, y hay que darse prisa para remediar la falta. La esperanza de proveer a lo necesario en caso de guerra constituiría una ligereza imperdonable. La plaza debe estar preparada en todo tiempo para la guerra.

Tiene además grandísima importancia poder movilizar rápidamente la marina, ya que debemos estar prevenidos contra una sorpresa hasta en tiempo de paz. Lo que en este sentido puede esperarse de los ingleses nos lo enseña la historia. En plena paz bombardearon la ciudad de Copenhague, desde el 2 hasta el 5 de septiembre de 1807 y apresaron la flota danesa. Ardieron 400 casas, 2,000 sufrieron destrozos y 3,000 habitantes pacíficos perdieron la vida. Aunque lo violento de las circunstancias y el proceder, igualmente duro y sin miramientos, de Napoleón, pudieran explicar, aunque no justificar, el proceder de Inglaterra, el hecho demuestra de cuánto es capaz ésta nación cuando ve amenazado su poder marítimo. Y los ingleses no olvidaron el buen éxito de tal hazaña: el 11 y el 12 de julio de 1882, es decir, hace treinta años, bombardearon a Alejandría en plena paz y ocuparon a Egipto bajo el pretexto hipócrita de que Arabí-bajá había sido causa del asesinato de extranjeros. Estos hechos históricos hablan un lenguaje muy claro. Bueno será que no los olvidemos.

También la guerra rusojaponesa ha dado un ejemplo que constituye una amonestación acerca del moderno sistema de abrir las hostilidades; tampoco hay que olvidar el atropello político y militar de Italia contra Turquía: buques turcos que nada sabían de la guerra fueron atacados y apresados por los cruceros italianos.

No quiero negar que pueden ofrecerse circunstancias en que el modo de abrir las hostilidades preferido por los japoneses y los italianos pueda estar justificado. El interés del Estado puede ser, en bien o en mal, decisivo; pero el mencionado proceder de Inglaterra no tiene nada que ver con el modo de obrar políticamente justificado. Para que esta clase de ataques por sorpresa puedan tener justificación, el ataque debe dirigirse, en primer lugar, contra las fuerzas combatientes del Estado adversario, no contra sus habitantes pacíficos. Otra condición preliminar indispensable es la de que la tensión política haga prever a ambas partes la posibilidad o la probabilidad de la guerra, de modo que pueda suponerse una preparación para la guerra por ambos lados. Cuando no, el ataque por sorpresa constituye un crimen propio de traidores. Si existen las condiciones preliminares mencionadas, tanto el ataque político como el militar por sorpresa están justificados, puesto que se tratará únicamente de aprovecharse de la imprevisión del enemigo. No es posible formular una máxima legal en esta cuestión, porque todo depende del concepto que se tiene acerca de la situación de las cosas, y este concepto puede ser muy distinto en ambos beligerantes. Sólo la historia podrá juzgar definitivamente el proceder de los Estados. En todo caso, las fórmulas legales no pueden limitar los derechos del Estado, especialmente si se trata de cuestiones de vida o muerte como era en realidad el caso para el Japón en la guerra de Manchuria. Si el Japón no hubiese logrado desde el principio el predominio naval, la guerra contra Rusia hubiera sido una lucha sin esperanza. El empleo de los medios extremos estaba, por lo mismo, justificado. Mas para Inglaterra no se trataba, ni en 1807 ni en 1882 de intereses por el estilo, y en cuanto al proceder de Italia en 1911 fué, desde el punto de vista de la moral política, por lo menos muy dudoso.

En todo caso, estos ejemplos demuestran lo que podemos esperar de Inglaterra y debemos estar tanto más prevenidos contra su ataque por sorpresa — quizá también contra Tsingtau — cuanto que nosotros mismos podemos vernos en el caso apurado de tener que emplear este recurso. Nuestros preparativos, para el caso de movilización, deben contar con estas eventualidades, especialmente en la época de licenciamiento de los reservistas.

Cuáles sean las medidas que han de adoptarse para que nuestra flota esté preparada para la guerra en tal época, no puede ser argumento para la discusión pública. Sea como fuere, las fortificaciones de la costa deben hallarse siempre a punto de sostener la lucha y en tiempo de tensión política han de ser completas las tripulaciones. También los campos de minas deben estar en situación de entrar en acción rápidamente, así como ha de estar en ejercicio la vigilancia en las desembocaduras de los ríos y en el canal Kaiser Wilhelm, en cuanto asome la menor tensión política. Esto lo impone la ley de la conservación propia. Al servicio de vigilancia y de comunicaciones en las costas debemos darles la misma importancia que en todo tiempo les da Inglaterra.

Resumiendo el conjunto de los preparativos de la armada, necesarios para defender nuestra posición política en el mundo, hay que reconocer que habrá de exigirse a nuestro pueblo un esfuerzo extraordinario y tanto más grande cuanto que, además de los gastos para la flota, hemos de proveer también a los armamentos extraordinarios del ejército. Si no tenemos la virtud de llevar a cabo este sacrificio, habría que desistir por el momento de la construcción de la flota y limitarnos a terminar nuestras fortificaciones del litoral de manera que respondan a todas las necesidades.

Contra este modo de ver las cosas, hay quien defiende la opinión de que por el momento debemos li-

mitar dichas fortificaciones a lo más indispensable y emplear todos los recursos económicos en impulsar la construcción de la flota, para aumentar el número de los buques y su preparación para la guerra, especialmente en lo que se refiere a la flota de reserva. Este modo de ver, probablemente está influído por la suposición de que Inglaterra, ante la flota fuerte y bien preparada que prevé la nueva ley naval alemana, no se decidirá a la guerra contra nosotros. También se afirma que una flota construída, según un principio táctico uniforme, representa una fuerza de combate mayor que la flota compuesta del mismo número de buques, pero de tipos distintos entre sí.

No comparto estas opiniones. Por un lado hay que temer que la fuerza de combate de la flota enemiga aumente más rápidamente que la de la nuestra; y, por otro lado, creo que la situación general hace inevitable la guerra con Inglaterra, alcance o no nuestra flota en breve tiempo el número de buques que señala nuestra vigente ley naval. Yo opino, por lo tanto, que ante todo debemos edificar la sólida base sin la cual es imposible la acción eficaz de nuestra flota contra la superioridad enemiga. Si las fortificaciones de costa no han de prestar el servicio que de ellas se espera, habrá que renunciar a toda esperanza de éxito.

Nuestro deber consiste en no esquivar los sacrificios necesarios para llevar adelante, así la construcción de la flota como las obras de fortificación y defensa necesarias en nuestras costas. Aunque hayamos dicho que éstas ocupan el primer lugar, esto no implica que el refuerzo de la flota no constituya una gran necesidad. Si no hacemos ahora todo lo posible para reforzarla, de tal manera que tengamos la posibilidad, por lo menos, de salir victoriosos en la guerra; si otra vez dejamos tomar a nuestros adversarios la delantera que difícilmente podríamos recuperar en lo por venir, tendremos que renunciar para muchos años a nuestra po

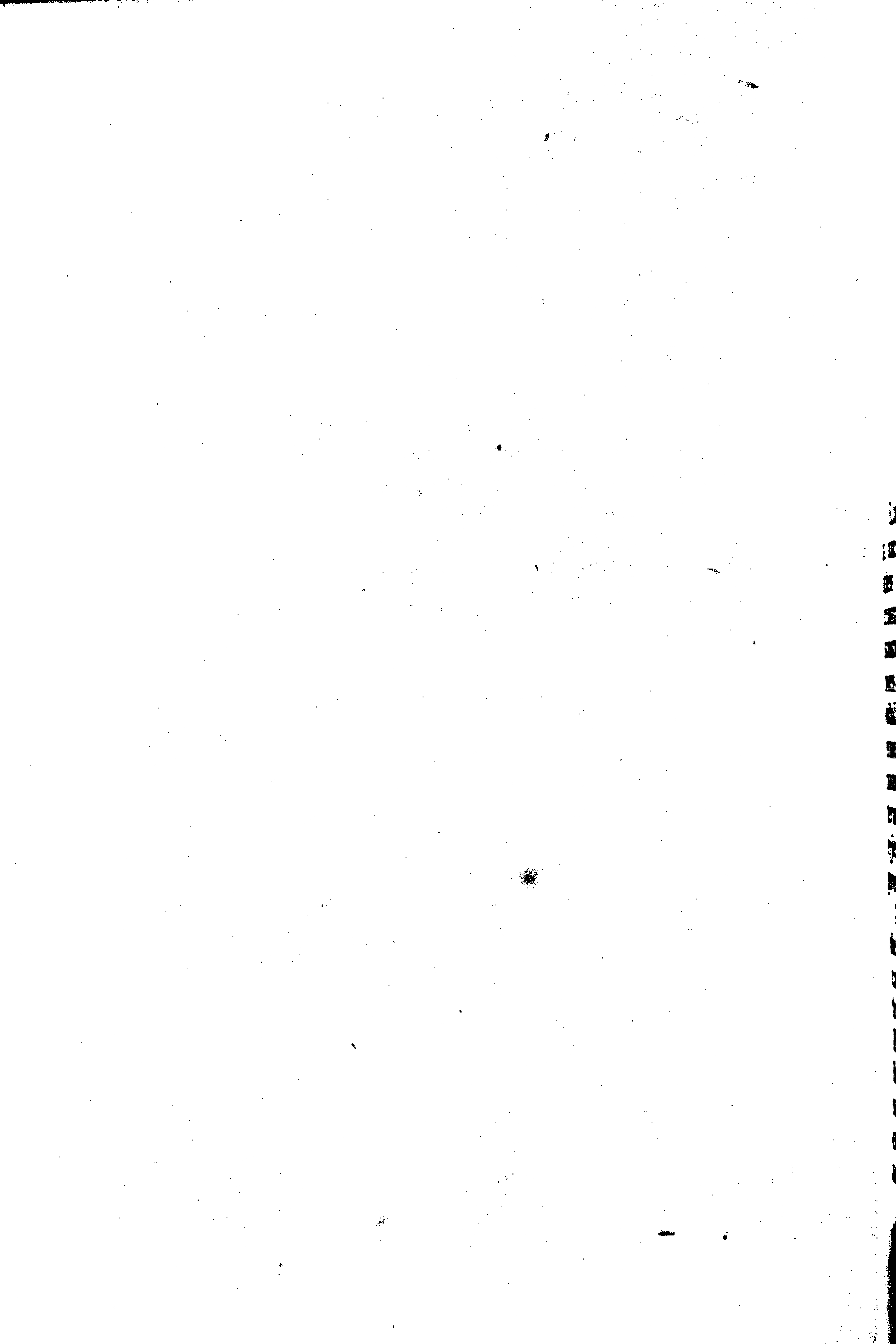
sición, como potencia mundial. En estas circunstancias nadie que espere y sienta como alemán querrá abogar por una política de renunciamiento. Más bien todo el pueblo clamará por que se aceleren la fortificación de las costas y la construcción de la flota, de tal manera, que los proyectos navales queden realizados en 1914; y esto, según el juicio de los técnicos, podría conseguirse.

La forzada situación en que nos encontramos hoy respecto de los armamentos, tiene una doble explicación en el pasado. En primer lugar, esta situación ha sido creada por haber dejado pasar los muchos años que han transcurrido, desde la fundación del Imperio, en una paz risueña y sin preocuparnos en aclarar y afirmar nuestra posición política en Europa, para procurarnos así la libertad de acción en nuestra política mundial, mientras alrededor nuestro las demás naciones han crecido de manera amenazadora. Yo considero como una de las faltas más funestas de la política alemana no haber arreglado definitivamente las cuentas con Francia en una época en que la situación del mundo nos era favorable y en que podía hacerse con esperanzas de éxito. Las ocasiones no han faltado. A nuestra política de paz y renunciamiento debemos el encontrarnos hoy en esta posición tan apurada y ante la alternativa de renunciar a nuestra posición política de potencia mundial o combatir por ella contra un número aplastante de enemigos. La política que hemos hecho hasta ahora puede compararse únicamente con la que observó Inglaterra cuando, en la guerra norteamericana de secesión, rehusó su apoyo a los Estados del Sur, ayudando con ello a los del Norte a alcanzar un poder que ya actualmente — a pesar de no haber transcurrido todavía medio siglo — amenaza la propia posición política de Inglaterra en el mundo. Pero nosotros experimentamos las consecuencias de nuestra política pacífica mucho más que Inglaterra puede experimentar las de su política americana de entonces,

puesto que la Gran Bretaña está mucho más segura en su posición insular que nosotros, rodeados como estamos de enemigos, por todas partes. Cierto que nunca podrá preverse con seguridad el éxito en la guerra y, por lo tanto, en los cuarenta años transcurridos hubiera podido darse el caso de no lograr la derrota de Francia. Pero ni en 1866 ni en 1870 podía prever Bismarck el resultado y no obstante se arriesgó a ir a la guerra. La grandeza del hombre de Estado consiste precisamente en emprender, en el momento favorable y a pesar del riesgo, lo que juzga necesario y lo que, según los cálculos humanos, puede ser más conveniente. Sobre el resultado vela un justo destino.

La segunda causa de nuestra situación actual es, según mi opinión, la de haber empezado demasiado tarde la construcción de nuestra flota. Nuestra falta principal consiste en haber caído, después del año 1889 en que nos habíamos resuelto a la construcción de los buques del tipo *Brandenburg*, en un período de inactividad, durante el cual faltaba enteramente el método en todo cuanto se refería a la flota. También empezamos demasiado tarde la construcción sistemática de nuestras fortificaciones en la costa, de modo que la labor que nos impone ahora la situación política no está hecha, porque no fuimos previsores.

Esta experiencia debe servirnos de enseñanza para lo futuro. Nunca debemos perder de vista, por las fútiles preocupaciones y necesidades del momento, lo que es esencial para nuestra política en el mundo. Deben tomarse cada vez con tiempo las medidas cuya importancia en el porvenir puedan preverse, aunque exijan considerables sacrificios financieros, y en lo que se refiere a nuestros armamentos navales éste debe ser nuestro punto de vista. Todavía podemos, aun llegado el momento crítico, remediar mucho de lo que se ha descuidado y cometeríamos una grave falta si no cumpliéramos gustosos este deber.



Capítulo XIII

El ejército y la educación nacional

La política de paz y de abstención nos ha conducido a un estado en el cual, sólo por medio de los más grandes esfuerzos de nuestros elementos económicos y a costa de mucha sangre y muchos sacrificios, podremos sostener nuestro rango político y asegurarnos condiciones de existencia para el porvenir. Por esto nos veremos obligados a adoptar, sin pérdida de tiempo, especiales medidas para igualar, por lo menos hasta cierto punto, nuestras fuerzas con las de nuestros enemigos : construcción acelerada de la flota y rápido aumento del ejército. Debemos tener muy presente que hemos de prepararnos para el porvenir.

Aparte de las necesidades del momento, no hemos de olvidar el desenvolvimiento de los elementos en los cuales radica, en último extremo, no solamente nuestro poder militar, sino también la fuerza política del Estado : la salud corporal y espiritual de nuestro pueblo, que sólo podrá conservarse de un modo permanente, si procuramos que progrese la educación nacional, en el más alto sentido de la palabra y en proporción con el adelanto material de las condiciones de existencia.

Si es misión del Estado procurar a los ciudadanos el más elevado desenvolvimiento moral y espiritual, también ocurre que influyen en la función y el poder del

Estado las fuerzas que radican en el pueblo. Solamente el Estado que se ve sostenido por la fuerte y unánime voluntad del pueblo, puede realizar grandes cosas; por lo tanto, tiene un doble interés en procurar el desenvolvimiento corporal y espiritual del pueblo. Primeramente, en esta labor consiste su principal deber y su justificación; y luego, del cumplimiento de esta labor saca precisamente el poder y la capacidad de ser útil al pueblo en un sentido cada vez más elevado.

Incluso desde un punto de vista exclusivamente militar, es necesario en las condiciones actuales no sólo cuidar del robustecimiento corporal de la juventud, sino también elevar su nivel intelectual, pues en tanto que las exigencias de la guerra moderna han ido creciendo en todos sentidos, la duración del servicio ha disminuído, para hacer posible el reclutamiento de grandes masas; de modo que sólo puede pensarse en alcanzar los fines completos de la instrucción militar, si los reclutas al entrar en el ejército llegan bien preparados corporal y materialmente y si llevan en su corazón un sentimiento patriótico digno de la honrosa profesión de las armas.

En este sentido ya hemos hecho notar, en uno de los precedentes capítulos, cuán importante es elevar la educación espiritual del cuerpo de oficiales y suboficiales, para conseguir con ello, no sólo una mayor y más completa educación individual en ellos, sino también una más profunda y poderosa influencia sobre los soldados; pero esta influencia del superior será siempre limitada si no puede ejercerse sobre hombres inteligentes y bien dispuestos. Esto se ve más claramente cuando se consideran las condiciones que la guerra moderna exige de cada combatiente y para cuyo exacto cumplimiento debe educarse a los soldados.

En la guerra moderna cada individuo debe poner en todo momento a contribución una gran suma de cri-

terio propio, de reflexión serena y de audaz resolución. En el sistema de combate diseminado, el infante, una vez le ha señalado el jefe el cometido que debe realizar, queda en gran manera abandonado a sus propios recursos y a su voluntad; muy a menudo tendrá que asumir la dirección de su grupo por haberse multiplicado las bajas de oficiales; el artillero tendrá que servir él solo su cañón cuando los oficiales y clases de su batería hayan caído víctimas de los *schrapnells;* el jinete en patrulla o en servicio de comunicaciones se encontrará abandonado a sí mismo en medio de un país enemigo, y el zapador que trabaja audazmente en cavar una contramina se encontrará inesperadamente frente al enemigo y abandonado completamente a su propia inteligencia y decisión.

Pero la guerra moderna, no sólo tiene grandes exigencias con respecto a la iniciativa del individuo, sino que en el porvenir los esfuerzos corporales serán probablemente mayores que en las antiguas guerras. Esto proviene del empleo de grandes masas y además del más amplio radio de acción de las armas de fuego. Todos los movimientos en grandes masas son en sí mismos más rudos que los de los pequeños destacamentos, porque nunca transcurren aquéllos tan llanamente como éstos; además, el abastecimiento y alojamiento de grandes masas nunca pueden ser tan completos como los de las pequeñas unidades; el aumento de profundidad de las columnas en marcha, proporcionado al aumento de masas de tropa, trae consigo otras dificultades respecto de todos los movimientos: reducción del descanso nocturno, irregularidad en las horas de la alimentación, horas extraordinarias de marcha y otras análogas. El mayor alcance de las modernas armas de fuego extiende las zonas de acción, y esto unido a los frentes más amplios obliga a todas las tropas a grandes rodeos en los movimientos envolventes y otros cambios de posición en el campo de batalla.

En proporción con estas exigencias, la labor a realizar en el ejército ha aumentado también extraordinariamente, pero el Estado ha hecho poco para dotar a la juventud de una mejor preparación para la guerra, mientras que en la vida del pueblo se hacen sentir tendencias que influyen muy desfavorablemente en la educación de esa misma juventud. En ellas incluyo, ante todo, la idea socialista, enemiga de la patria, y corriendo parejas con ella, el reflujo de la población hacia las grandes ciudades, lo cual es muy poco favorable para el robustecimiento corporal. Esto se deduce claramente de las estadísticas de reclutamiento. Ya hoy, de todos los soldados nacidos en Alemania, un 6'14 por 100 proceden de las grandes ciudades, un 7'37 por 100 de las ciudades de segundo orden, un 22'34 por 100 de los pueblos, y el 64'15 por 100 del campo (1), teniendo en cuenta, además, que la proporción de los habitantes entre la ciudad y el campo es muy distinta. Según el curso de 1905, del total de la población alemana corresponde un 42'5 por 100 a la población rural, un 25'5 por 100 a los pueblos, un 12'9 por 100 a las ciudades de segundo orden y un 19'1 por 100 a las grandes ciudades. De entonces acá es seguro que la población rural ha disminuído, mientras ha aumentado la de las grandes ciudades. Estos datos permiten darnos una idea de la degeneración física de la población de las ciudades y significan un peligro para nuestra vida nacional, no sólo en su aspecto físico, sino también con respecto al espíritu y a la compacta unidad de la nación. La población rural es la que está en más íntima relación con el ejército. Millares de lazos se tejen entre las tropas y las familias de los soldados procedentes del campo; esto lo sabe todo el que conoce las interioridades de nuestro ejército. El interés por la vida

(1) Véase CONDE POSADOWSKY: *La cuestión de las viviendas*, Munich 1910.

del ejército es en todas partes grande y profundo. Es un mismo espíritu que se transmite de uno a otro : del ejército a la población rural y de ésta al ejército. Muy distinta es la relación que existe entre el ejército y la población de las grandes ciudades, que sólo dan al servicio militar una pequeña parte de sus hijos. Así como entre la población de las grandes ciudades y la del campo — que militarmente constituye el núcleo de la nación — existe una cierta hostilidad, así también se han relajado las relaciones entre la gran ciudad y el ejército, y muchas clases de la población de las grandes ciudades miran con animosidad al elemento armado.

Así, pues, interesa muchísimo al Estado elevar por todos los medios posibles la salud física de la población de las ciudades, no sólo para contar con mayor número de soldados, sino para hacer provechosa para dicha población la bendita influencia del tiempo que se invierte en el servicio militar, y contribuir con ello al saneamiento de nuestras clases sociales. Nada une más en espíritu y en sentimiento que la comunidad del servicio de las armas.

Por lo que he podido juzgar, no es solamente el trabajo en la fábrica el que ejerce por sí mismo una influencia nociva sobre e' desarrollo corporal, y, a causa de la uniformidad de la labor, sobre el espiritual, sino que son las condiciones generales de vida resultantes del trabajo industrial las que obran perniciosamente. Prescindiendo de muchas industrias que son de un modo inmediato perjudiciales a la salud, hay que buscar ante todo los factores que impiden el robustecimiento corporal, en las condiciones de las viviendas, en la vida de placer de la gran ciudad y en el alcoholismo que, por lo que han visto mis ojos, está mucho más extendido en la gran ciudad que en el campo, y que, en todo caso, unido allí a las demás influencias, resulta mucho más perjudicial.

De todo ello se deduce que el Estado tiene el deber absoluto, en primer lugar, de combatir el alcoholismo por todos los medios, si es necesario por medio de impuestos, sin contemplación alguna, sobre las bebidas alcohólicas y la limitación de los establecimientos donde se expenden; y, en segundo lugar, de favorecer toda iniciativa cuya finalidad sea el mejoramiento de las viviendas para la población obrera, así como todas las que tiendan a arrancar a la juventud ciudadana de las perniciosas influencias de la vida de placeres. En Munich, algunos oficiales bávaros se dedicaron recientemente a la meritoria labor de ocupar, en ejercicios militares y saludables, durante las horas libres del trabajo, a la juventud no sujeta a los deberes escolares. También las sociedades juveniles que el mariscal von der Goltz organiza, trabajan con el mismo fin. Estas empresas deberían fomentarse con el mayor celo en todas las grandes ciudades y merecer el apoyo del Estado, tanto por consideraciones de orden físico, como de orden social. Igualmente la enseñanza de la gimnasia en las escuelas y en las sociedades atléticas ejerce una influencia indudablemente beneficiosa en el crecimiento corporal y merece por ello ser fomentada. Finalmente, también desde este punto de vista, debería ponerse en práctica y en toda su extensión el servicio militar obligatorio, para todos, pues es notable la influencia que ejerce sobre el desarrollo corporal el servicio de las armas, y por esto mismo deberían darse a las zonas de reclutamiento órdenes e instrucciones para que llamaran al servicio militar a una gran parte de la juventud de las ciudades.

A mi entender, hay que prevenirse contra dos tendencias: la de acortar cada vez más las horas de trabajo en los establecimientos industriales y la de atribuir a los deportes una influencia exagerada en la higiene popular. Como ya hemos hecho notar, no es únicamente el trabajo en sí lo que obra perniciosa-

mente, sino las circunstancias que acompañan al trabajo. Acortar el tiempo dedicado al trabajo más allá de cierta medida, sin que existan circunstancias especialmente desfavorables en el trabajo mismo, constituye, a mi entender, una tendencia inmoral y un desconocimiento absoluto del valor intrínseco del trabajo. Este es por sí mismo la mayor bendición que conoce el hombre, y desgraciado del pueblo que no lo mira ya como un deber moral, sino como una necesidad para poder mantenerse y gozar de la vida. Sólo en el trabajo rudo se forjan los hombres y los caracteres y precisamente los pueblos que en lucha continua supieron arrancar sus medios de vida de una naturaleza ingrata y pobre, han demostrado a menudo ser los más capaces y dotados de mayor vitalidad. Mientras los holandeses aceraron sus fuerzas en continua lucha con el mar; mientras lucharon por la libertad de su fe contra la supremacía española, fueron un pueblo históricamente importante; pero desde que viven la vida del negocio y del placer y llevan una existencia política neutral, sin grandes fines y sin grandes luchas, su importancia ha decaído y no volverán a levantarse hasta que tomen parte en las luchas de la civilización. Y en Alemania, no fué en las fértiles riberas del Rhin y del Donau, sino en las sedientas arenas de Brandeburgo, donde nació la raza que supo levantar nuevamente a nuestra patria desde una profunda decadencia a su actual importancia histórica.

Sólo conservando el antiguo espíritu prusiano, vigoroso y trabajador, e inculcando en el resto de Alemania un concepto kantiano de la vida; sólo templando nuestras fuerzas en grandes obras políticas y económicas, sin contentarnos con lo conseguido y huyendo de un perezoso deseo de placer, permaneceremos sanos de cuerpo y espíritu y podremos sostener nuestro lugar en el mundo.

Por lo tanto, donde la naturaleza misma no obligue

a un rudo trabajo o donde a consecuencia de la riqueza adquirida muchos elementos sociales se inclinen más al placer que al trabajo, el Estado y la sociedad deben cuidar celosamente de que el trabajo no se convierta en juego y el juego en trabajo, pues únicamente el trabajo considerado como un deber, y no el juego arbitrario, es lo que forja hombres. El deporte, que entre nosotros se extiende cada día más, debe continuar siendo un simple medio de recreo y no convertirse nunca en un fin, si es que ha de merecer alguna justificación. Esto no debe olvidarse jamás. El trabajo difícil y penoso ha hecho grande a Alemania ; en cambio, en Inglaterra, el deporte, si bien ha conservado la salud física del pueblo, ha perjudicado mucho a la nación inglesa, por haberse exagerado y haber substituído al trabajo formal. Bajo el influjo de una creciente riqueza, de un trabajo más corto, que cada vez se acentúa en la tendencia de los « Trades Unions », y de su posición militar segura, el pueblo inglés se ha ido convirtiendo, y cada vez más, en un pueblo de renta y deporte, y cabría hacer la pregunta de si en estas condiciones podrá estar a la altura de las grandes obligaciones que se ha impuesto para el porvenir. Si por medio de un tratado de arbitraje con Norte América pudiera eliminar también Inglaterra la competencia de esta poderosa república, tal circunstancia sería quizá el mojón que separa los caminos de la prosperidad y la decadencia, a despecho de todos los deportes para el fomento del desarrollo muscular.

La salud corporal de un pueblo sólo tiene valor permanente cuando nace del trabajo y corre parejas con el desenvolvimiento espiritual, mientras que, al contrario, es siempre perjudicial cuando éste se subordina a fines físicos y materiales.

No debemos, por lo tanto, satisfacernos con formar una juventud físicamente apta para el ejército, por medio del mejoramiento de las condiciones sociales y

de toda la vida de nuestro pueblo, sino que debemos también trabajar para fomentar por todos los medios su progreso espiritual. El medio para conseguirlo es la escuela. Sólo cuando en la escuela se prepara la instrucción militar, cuando se ha proporcionado a los que han de ser reclutas una educación previa perfeccionada, puede la instrucción militar alcanzar plenamente, en medio de las cada día más difíciles circuntancias, sus fines instructivos. Pero la escuela nacional no llena en modo alguno esta necesidad. Las disposiciones legales que regulan la enseñanza en las escuelas de Prusia, datan de 1872; tienen, por lo tanto, cuarenta años cumplidos y no pueden responder al progreso moderno, que en los citados cuarenta años ha hecho muy rápidamente su camino. Por consiguiente, es muy natural que en principio exista una oposición entre ella y las necesidades de la instrucción militar : la *educación militar* moderna *exige una completa individualización* y un consciente desenvolvimiento de los *sentimientos varoniles ;* en la escuela, en cambio, se hace todo según la educación por masas, con *igualdad para los dos sexos.* Esto se deduce inmediatamente de los reglamentos. En el ejército, los reclutas reciben la instrucción por medio de oficiales especialmente delegados para ello y de suboficiales experimentados, en pequeños grupos y bajo la superior inspección de los jefes; con cada uno se ocupa su oficial de destacamento y los jefes superiores ; en cambio, en la escuela, se le pide al maestro que instruya al mismo tiempo hasta ochenta alumnos y dos profesores deben repartirse en dos clases hasta ciento veinte niños. La separación de los dos sexos sólo se considera conveniente para escuelas de más clases. Así, pues, la instrucción se da en común. Que en tales condiciones es absolutamente imposible profundizar en la personalidad del individuo, es cosa que no necesita demostración ; allí no puede tratarse más que de proporcionar una determinada suma de conocimientos,

de un modo más o menos mecánico, sin consideración a las peculiares cualidades de niños y niñas o del individuo en sí.

Es asunto ya generalmente reconocido que esta clase de enseñanza no es apta para preparar el camino a la instrucción militar. Los principios que determinan la instrucción en la escuela y en el ejército son enteramente distintos, y esto se revela igualmente en la tendencia general de ambas enseñanzas.

La instrucción militar intenta formar la personalidad moral para una actuación y un criterio independientes y despertar al mismo tiempo en el soldado sentimientos patrióticos. Además de la instrucción especial militar, son objeto de la enseñanza en el ejército el concepto del deber y la historia de la patria. Sus esfuerzos se dirigen a instruir a cada uno de los individuos, de manera que piense lógicamente y exprese claramente sus ideas.

Para la escuela elemental estos puntos de vista son del todo secundarios, no intencionadamente y en teoría, pero sí en la práctica, como consecuencia de su carácter esencial. Para ella el objeto principal es la enseñanza formal de la religión y proporcionar al alumno cierto grado de capacidad en la lectura, la escritura y la aritmética. La historia, la geografía y la historia natural son, en cambio, materias secundarias. De treinta horas de clase semanales solamente se dedican seis a estas materias en los grados medio y superior; en el grado inferior se prescinde de ellas, mientras que a la enseñanza de la religión se destinan en cada grado de cuatro a cinco horas. No se habla ni una palabra del concienzudo desenvolvimiento de los sentimientos patrióticos. Los reglamentos no dicen ni una palabra de que haya que conceder a esto importancia alguna, y mientras que en ellos se emplean dos páginas sobre la clase y modo de enseñanza de la religión, sólo se dedican diez líneas a la de la historia, que tanta impor-

tancia tiene para el desenvolvimiento del sentimiento patriótico. En cuanto a conseguir alguna influencia apreciable sobre la personalidad moral y el discernimiento del alumno, es cosa del todo imposible, a causa del sistema de la instrucción en grandes grupos.

Si con esto la distribución del tiempo dedicado a cada una de las materias de enseñanza es ya muy desproporcionado, teniendo en cuenta las horas disponibles, hay que decir que es, además, muy poco acertado el modo de dar esta enseñanza, especialmente en lo que se refiere a la religión. Desde el grado inferior, es decir, desde los seis años, dan los niños la historia, no sólo del Nuevo, sino del Antiguo Testamento. Asimismo, se lee y explica a todos los niños cada sábado el *perícope* (1) del domingo siguiente. La enseñanza del catecismo empieza también a dicha edad; los niños tienen que aprender de memoria hasta veinte himnos y cantos religiosos, además de diferentes oraciones. Es muy notable que se haya considerado necesario prohibir expresamente «aprender de memoria la Confesión General, así como otras partes del servicio litúrgico» y el *perícope*. En cambio, debe explicarse a los niños la disposición del servicio del culto. Esto permite reconocer el espíritu en que ha de darse esta enseñanza, de acuerdo con los reglamentos.

Queda uno sorprendido al leer estas prescripciones. Como objeto de la enseñanza evangélica de la religión se indica el de «iniciar a los niños en la inteligencia de la Sagrada Escritura, y en el credo de la comunidad, para que se hagan capaces de interpretar independientemente las Escrituras y puedan tomar parte activa en la vida y en el servicio divino de la comunidad». Sobre este particular se exigen cosas que no están al alcance de las facultades intelectuales de criaturas de seis a catorce años y que suponen un ciclo de concep-

(1) *Pericope*, párrafo de la *Biblia* que sirve de tema a una plática. — (N. del T.)

tos incomprensibles a esa edad, mientras no se dice una palabra acerca de que la esencia de la religión, principalmente su influencia sobre la conducta moral del hombre, debe ser lo más importante. Ni una palabra tampoco se le dice al maestro de que deba obrar sobre los tiernos espíritus en sentido religioso (1). En toda esa enseñanza, según los reglamentos, no se trata más que de una religiosidad de pura fórmula, que está fuera de toda relación con la vida real y que renuncia a todo efecto moral, si no intencionadamente, a lo menos en cuanto a la práctica. Además, de esta clase de enseñanza nace muy rara vez la verdadera religiosidad; la mayoría de las veces prefieren los niños, después de la Confirmación, olvidar esta enseñanza religiosa que mata el espíritu, y así, en cuanto abandonan la escuela, permanecen extraños a la vida religiosa interior que tal enseñanza no ha despertado siquiera en ellos. La misma preparación religiosa para la Confirmación no puede ejercer gran mudanza en este sentido, pues en general se da con igual espíritu.

Pero a causa de esta rama de la instrucción, quedan descuidadas las demás que podrían elevar el corazón y el espíritu y dar a las almas juveniles una dirección ideal, por ejemplo, la enseñanza de la historia patria; y, sin embargo, para el ciudadano y especialmente para el soldado, tiene el más alto valor el verdadero sentimiento religioso y patrio. Es muy de lamentar que la enseñanza en las escuelas elementales, tal como la imponen los reglamentos y como realmente se da en la práctica, no sea en absoluto adecuada para despertar estos sentimientos y carezca, por lo tanto, de verdadera utilidad para la patria; por el contrario, es grato leer en los reglamentos de 3 de febrero de 1910, para las escuelas de segundo grado, que por medio de la

(1) Sólo una vez ordenan los reglamentos que las narraciones de la *Historia Sagrada* deben explicarse, según su sentido religioso y moral, de manera que sirva para educar el espíritu y el carácter.

enseñanza religiosa debe despertarse y reforzarse la «natural disposición religiosa y moral del niño» y que la enseñanza de la historia debe tener por objeto despertar «el concepto y el sentido de la grandeza de la patria».

El método de enseñanza religiosa que se practica en las escuelas, a mi parecer, debiera darse a la inversa. La instrucción religiosa sólo puede ser fructífera cuando se ha operado ya un cierto desenvolvimiento espiritual y cuando ha nacido en el niño una voluntad consciente. Pero servirse de esa instrucción como base del desarrollo espiritual, como ocurre en las escuelas, es una equivocación, pues no influye en la inteligencia y el juicio, sino en los presentimientos místicos del alma, y en las almas donde entra demasiado temprano causa confusión y perturba el desenvolvimiento natural de las facultades espirituales. Incluso el misionero que quiere lograr un éxito verdadero, se esfuerza primeramente en instruir a su educando por medio del trabajo y de la instrucción profana, antes de comunicarle más o menos sutiles ideas religiosas. En cambio, a los niños de seis años, se les explica todos los sábados el *perícope*.

La verdadera enseñanza de la religión debería empezar en la escuela de segundo grado. Hasta entonces debería considerarse suficiente, desde el punto de vista religioso, inculcar en la imaginación y el espíritu del niño la más sencilla idea de Dios y esforzarse en despertar y fomentar su vida espiritual, para hacerle capaz de recibir más adelante ideas más elevadas.

Pero a este desenvolvimiento espiritual renuncia completamente la escuela, pues, según lo prescripto, los mismos niños que leen la *Biblia* independientemente, sólo deben ser guiados a «un aproximado conocimiento de los fenómenos que diariamente les rodean». Sólo muy laboriosamente aprenden los niños, en el transcurso de ocho años, a leer, escribir y algo

a contar (1); mas para que se comprenda la suma y clase de historia patria que se da en las escuelas, es significativo el hecho de que de 63 reclutas de una compañía, a los cuales se les preguntó quién era Bismarck, no supo contestar ni uno solo. No hay que esperar que los niños adquieran en la escuela una idea, siquiera general, de sus deberes para con la patria y el Estado. Elevar el corazón y la fantasía de los niños por medio de la enseñanza de la historia, sería imposible con sólo considerar el hecho de que niños y niñas reciben la instrucción en común. Al corazón del niño corresponden otras emociones que al de la niña y aun cuando es muy importante que también en las niñas se engendre el sentimiento patriótico, porque más tarde, como madres, pueden transmitirlo a la familia, hay que influir, no obstante, sobre el corazón de las niñas de modo muy distinto que sobre el de los niños. Pero como la enseñanza se da en común, el procedimiento del profesor suele ser ambiguo e incoloro. Es del todo incomprensible cómo se espera alcanzar tanto en el terreno religioso, cuando tan poco se persigue en los demás terrenos.

Cuán lejos se halla del ideal esta escuela pedantesca lo indicó ya Federico el Grande, cuando dijo que el deber del Estado es «educar a la joven generación para pensar independientemente y para amar a la patria hasta el sacrificio (2)».

Nuestra escuela nacional presente necesita, por lo tanto, una reforma profunda y decisiva, si se quiere que sea una escuela de formal preparación, no sólo para el ejército, sino para la vida en general. Lanza a los niños en medio del mundo sin criterio formado y con escasísimos conocimientos, y con ello los hace,

(1) Hace poco me presentaron un niño, que había salido de la escuela nacional reputado como excelente alumno, y entró en el escritorio de un montanero; allí se vió que no era capaz de copiar bien y mucho menos de escribir por su cuenta.

(2) TREITSCHKE: *Historia Alemana,* tomo I, pág. 79.

además de ayunos de independencia, incapaces de resistir las influencias corruptoras de la sociedad. En realidad, la instrucción de los reclutas es la primera que procura desenvolver la inteligencia y el juicio del alumno.

No es, naturalmente, asunto de mi incumbencia, indicar las sendas de esta reforma. Sólo quiero señalar brevemente los puntos que me parecen más importantes, tanto desde el punto de vista militar, como del civil.

Ante todo, la enseñanza debe ser individual. Esto puede conseguirse únicamente aumentando los profesores y disminuyendo el número de alumnos. En este último sentido valdría la pena considerar si la enseñanza debiera empezar antes de los 8 años de edad. Después de ésto, la enseñanza debería tener, como objeto más principal que lo tiene ahora, el desenvolvimiento espiritual del niño y sólo en harmonía con este desenvolvimiento empezar la formal enseñanza religiosa. Finalmente, debiera de concederse gran importancia a la historia y fomentar por todos los medios el sentimiento patriótico; pero en la enseñanza religiosa, habría que anteponer la influencia moral de la religión al contenido formal. También debería darse una base enteramente nueva a la instrucción del maestro. Hoy esta instrucción responde exclusivamente al concepto parcial y limitado de la escuela y no proporciona al maestro capacidad suficiente para desenvolver el espíritu y el carácter de sus alumnos. Hay que señalar además como un gran perjuicio para la juventud el hecho de que, al llegar a los 14 años de edad, cese toda enseñanza, es decir, que en aquel período del crecimiento en que empieza a formarse el juicio, los niños quedan abandonados a sí mismos y a las influencias de toda clase. En estos años, hasta su entrada en el servicio militar, los jóvenes olvidan, no solamente todo lo que quizá

habían aprendido en la escuela, sino que precisamente en este tiempo aceptan ideas equivocadas acerca de la vida, sin someterlas a crítica y hasta se embrutecen, pues les falta todo contrapeso ideal.

Es, por lo tanto, necesidad absoluta de nuestro tiempo, como ya todo el mundo reconoce, la escuela obligatoria para los adultos. También, desde el punto de vista militar, es imprescindible el fomentarla. Si ha de dar buenos frutos, su misión debe consistir, no sólo en que conserve el alumno lo que haya aprendido ya y educarle para una profesión especial, sino desenvolver ante todo su sentido de patria y ciudadanía, haciéndole comprender al efecto, las relaciones entre el Estado y el individuo y explicándole, además, la historia patria, en el sentido de que sólo puede florecer ésta por medio del sacrificio del individuo en aras de la comunidad. Hay que poner, sobre todas las cosas, los deberes del individuo para con el Estado. Esta enseñanza debe estar animada del espíritu que en los tiempos difíciles para Prusia animó las predicaciones de Schleiermacher y que se concretó en la teoría de que todo el valor del hombre reside en la fuerza y la pureza de su voluntad y en el libre sacrificio en favor de la comunidad; que propiedad y vida sólo son bienes que se nos dan en usufructo y deben ser empleados en más elevados fines; que el sentimiento egoísta y encerrado en sí mismo, degenera en débil sensiblería; y que la verdadera dignidad moral sólo crece en el amor por la patria y por el Estado, refugio para toda fe y hogar de justicia y noble rectitud (1).

Sólo cuando la educación del pueblo se ejerza en este sentido, podrán formarse reclutas debidamente preparados para la escuela de las armas y con aquel espíritu militar del que nacen los grandes hechos. Lo que puede el espíritu de un pueblo nos lo enseña la histo-

---

(1) Véase TREITSCHKE; *Historia Alemana*, tomo I, pág. 305.

ria de nuestra guerra de la Independencia, ese manantial inagotable de sentimientos patrióticos, que deberían constituir el núcleo y centro de gravedad de la enseñanza de la historia, en las escuelas de niños y de adultos.

Pero, además, podemos estudiarlo también en un ejemplo de la historia contemporánea : la guerra ruso-japonesa.

« La educación del pueblo japonés, empezada en la casa paterna y continuada en la escuela, estaba animada de un espíritu patriótico y guerrero. Juntamente con los éxitos tan pronto conseguidos en el terreno de la cultura y de la milicia, toda la educación de los japoneses iba encaminada a despertar en ellos una admirable confianza en su propia fuerza. Servían con orgullo en el ejército y soñaban en hechos de guerra ; todos los pensamientos estaban dirigidos a la futura lucha, mientras que en el transcurso de varios años habían dado hasta el último maravedí para la construcción de una fuerte marina y la formación de un ejército poderoso (1). » Este espíritu fué lo que ante todo llevó a los japoneses a la victoria. « El llamamiento a filas de los jóvenes japoneses se consideraba en las familias como un día de fiesta (2). »

En cambio, en Rusia, se predicaba y esparcía por todas partes la idea de que « el patriotismo es una idea anticuada », que « la guerra es un crimen y un anacronismo », que « los fastos guerreros no merecen la menor estimación, el ejército es el principal obstáculo del progreso y el servicio militar un oficio deshonroso ». Así ocurrió que el ejército ruso acudió a la lucha sin entusiasmo, hasta sin idea alguna de la importancia y significación de aquella gran lucha de razas, y obedeció a « la necesidad y no al propio impulso », carcomido

(1) Véase *La Obra del Estado Mayor Ruso*, traducción del BARÓN VON TETTAU, tomo I, parte 1.ª, pág. 169.
(2) Id., ibíd.

ya interiormente por el espíritu revolucionario y el egoísmo antipatriótico, sin un móvil creador y sin iniciativa; simple instrumento mecánico en manos de directores sin inspiración; así se dejó derrotar mansamente por un enemigo más débil.

Me he detenido más en estos pormenores porque atribuyo a la escuela primaria y a la de adultos una importancia grandísima para la instrucción militar de nuestro pueblo y porque estoy convencido de que sólo el ejército de un pueblo guerrero y de sentimientos patrióticos, es capaz de hacer cosas grandes. Sé muy bien, ello no obstante, que la escuela, por sí sola, aunque reuniera elevadas condiciones, no es suficiente para infundir en nuestro pueblo aquel espíritu que debemos inspirarle por todos los medios, en vista de los tremendos problemas que nos reserva el porvenir, si queremos realizar algo grande. La inmediata influencia de la escuela cesa cuando la juventud entra en el mundo, y aun sus efectos pueden hacerse sentir primeramente muy despacio. Sólo las generaciones posteriores recogen los frutos de esta siembra. Su actividad debe completarse, por lo tanto, con otras influencias que no sólo afectan a la juventud, sino que perduran durante la vida entera. Ahora bien: dos medios se ofrecen y los dos apropiados para obrar sobre la opinión pública y sobre la educación espiritual y moral del pueblo: la *Prensa* y los *hechos*.

Si el Gobierno quiere tener sobre el pueblo la influencia que le corresponde, no para la defensa de su política partidista cotidiana, sino para fomentar sus grandes temas educadores, políticos y morales, debe disponer de una *Prensa fuerte y popular* y defender en ella, enérgica y francamente, sus puntos de vista. No podrá contar en la hora del peligro o de la necesidad con un pueblo capaz de guerrear y sacrificarse, si contempla impasiblemente cómo por medio de la prensa se va enterrando sistemáticamente el espíritu

militar y se predican soñolientas teorías pacifistas o si sus propios órganos periodísticos contribuyen a crear este estado de opinión y a presentar el mantenimiento de la paz como objeto primordial de toda la política. Más bien debe esforzarse en mantener el espíritu guerrero y hacer que comprenda el pueblo cuáles son los fines de una política grande y elevada. Debe insistir constantemente en la significación y necesidad de la guerra, como un medio inevitable e imprescindible de la política y de la cultura, y en el deber del sacrificio personal en beneficio del Estado y de la patria.

Un gobierno parlamentario, que sólo representa una mayoría momentánea, puede dejar la defensa de sus puntos de vista en las manos de los jefes de su partido; pero un gobierno como el alemán, que funda su justificación interna en estar por encima de los partidos, no puede hacer esto. Su punto de vista no puede cubrirse con el de ningún partido; escoge, en cuanto se propone el bien de todos, una dirección media; y esto obedece a la naturaleza de las cosas. Por lo tanto, debe también defender independientemente su opinión, así en conjunto como en los pormenores, y ha de esforzarse en extender en el pueblo, en todo lo posible, la razón de sus fines. Por lo tanto, estimo que uno de los más importantes cometidos de un gobierno como el nuestro, consiste en aprovechar hábilmente la prensa para ilustrar al pueblo y no orientando y proporcionando noticias a algunos grandes periódicos en los momentos culminantes, sino principalmente expresando en los periódicos las opiniones del gobierno.

Yo consideraría como un gran beneficio, que todos los periódicos vinieran obligados a publicar determinadas manifestaciones del gobierno, a fin de que el lector no esté siempre tan parcialmente informado acerca de las cuestiones políticas como lo está por la

prensa partidista. Sería una medida de higiene pública, moral y espiritual, que estaría tan justificada como las medidas coercitivas que se toman en interés de la salud pública. Las epidemias de sentimentalismo y de opinión son, en nuestra vieja Europa, más peligrosas y dañinas que las morbosas, y el Estado tiene la obligación de velar por la salud espiritual del pueblo.

Quizá más importante todavía que la ilustración del pueblo por medio de la prensa, es la *propaganda por medio del hecho.* Nada domina tanto el espíritu de las masas como una actuación enérgica, consciente y fructífera en el sentido de la gran política. Precisamente para el pueblo alemán es de absoluta necesidad esta instrucción dada por medio de una política enérgica. Este pueblo posee un exceso de actividad, espíritu de empresa, de idealismo y energía espiritual que le hace capaz de grandes cosas, pero un hada maléfica colocó al mismo tiempo en su cuna el más meticuloso doctrinarismo. Además, un desgraciado desenvolvimiento histórico, que destruyó la unidad política y religiosa de la nación, ha creado, con las diferencias religiosas y los pequeños Estados, medios aptos para nutrir la natural tendencia al separatismo, a menos que no se consiga entusiasmar a todo el pueblo presentándole ideas grandes y unificadoras. Mas para todo lo grande y elevado, aunque sólo pueda conseguirse por la representación del peligro, siempre se podrá disponer de este pueblo. No hay que dejarse engañar por la prensa, que suele representar intereses muy pequeños y que en parte persigue más bien fines internacionales y ocasionalmente antialemanes, que nacionales. No refleja el alma de nuestro pueblo la parte de prensa que obedece a esas miras y pone por encima de todo el mantenimiento de la paz y se declara enemiga de toda actitud política audaz y resuelta, presentándola como política de aventuras.

Al contrario, existe en nuestro pueblo un profundo deseo de hechos viriles y universales. Toda palabra enérgica, todo ademán político decisivo del gobierno halla un eco profundo en el alma popular y deshace en parte el lazo que sujeta sus fuerzas. En una gran parte de la prensa se ha expresado ya repetidas veces este estado de opinión. Y el hombre de Estado que quisiera satisfacer este deseo, siempre vibrante en el corazón de nuestro pueblo, y prescindiera de las protestas de los partidos aislados y de su prensa, se vería seguido de todos los alemanes.

No puede ser calificado de verdadero hombre de Estado el que no quiera contar con estos factores de la psicología popular, tal como lo entendía magistralmente Bismarck, quien practicaba este arte con plena conciencia. Bismarck dió, ciertamente, con una idea que era común a todos : el profundo deseo de unidad y de poder imperial alemán ; pero el pueblo no había sabido encontrar los caminos que habían de conducirle a la realización de esta idea. Sólo a la fuerza y tras dura lucha, entró por el camino recto ; pero la nación entera se inflamó en entusiasmo cuando se dió cuenta del fin a donde le guiaba con tanta seguridad aquel gran hombre de Estado. La victoria fué la base sobre la cual levantó Bismarck el poderoso edificio del Imperio alemán ; pero incluso en los años de paz supo ocupar en alto grado la fantasía del pueblo con una política siempre ambiciosa y activa, y, a despecho de todas las oposiciones, logró conquistar a las muchedumbres en beneficio de sus ideas y las utilizó para sus altos fines. También él se equivocó, como hombre y como político, y también a él puede aplicarse lo de *Homo sum, humani nihil a me alienum puto ;* pero en toda su actuación política hubo siempre un gran ideal histórico, y siempre se dió cuenta de que no puede alcanzar nada grande y permanente el hombre de Estado que no domina el alma de su pueblo.

Esta opinión la compartió Bismarck con todos los grandes hombres del pasado alemán: con el Gran Elector, con Federico el Grande, con Scharnhorst y Blücher, pues también este caudillo militar era una gran fuerza política, es decir, la personificación de una idea política, a pesar de no haberse impuesto en el Congreso de Viena.

El estadista que desee aprender en la historia, debería, ante todo, reconocer que es necesario el éxito para lograr influencia sobre las masas y que sólo puede conservarse esta influencia ocupando constantemente la imaginación popular y ganando su interés para los grandes puntos de vista generales y los grandes fines nacionales.

Esta política es también la mejor escuela de educación de un pueblo para los grandes hechos militares. Cuando los espíritus dirigen su atención hacia grandes fines, se ven obligados al mismo tiempo a considerar virilmente la idea de la guerra y se preparan interiormente a ella :

«El hombre se eleva a compás de sus grandes fines.»

En este respecto podemos aprender de los japoneses. Su política persiguió los fines más elevados; no temió imponer al pueblo los mayores sacrificios; pero al mismo tiempo supo encender el alma de toda la nación por medio de sus grandes ideales políticos y con ello obtuvo un pueblo de guerreros que suministró los mejores soldados imaginables y que estaba dispuesto a todos los sacrificios.

Nosotros, los alemanes, tenemos ciertamente una misión civilizadora que cumplir, mucho más grande y elevada que la de aquella potencia asiática. Pero, lo mismo que ella, no podremos resolverla más que con la espada.

¿Hemos de renunciar al medio más eficaz para preparar a nuestro pueblo en el camino de sus deberes militares, esto es, a una política resuelta y capaz de grandes hechos?

Sólo quien carezca del sentido de la fuerza y el honor del pueblo alemán podría dar consejo semejante.

Capítulo XIV

Preparación financiera y política para la guerra

De lo dicho en el capítulo anterior se deduce inmediatamente que la dirección política del Estado, al obrar sobre los sentimientos y la inteligencia del pueblo, ejerce una influencia indirecta, pero decidida e indispensable, sobre la preparación para la guerra, y hasta en cierto grado, viene a constituir una preparación en sí misma.

Pero en adición a la doble tarea de ejercitar esta influencia moral y espiritual y de dotar al ejército de los medios necesarios para la conservación de su poder, hay que hacer otras demandas a los directores responsables del Estado. En primer lugar, y aparte de los gastos normales y corrientes del ejército, debe prepararse la parte financiera de la guerra, es decir, las reservas del Estado deben estar organizadas de tal modo que pueda éste soportar los inmensos gastos de la guerra moderna sin ir a la bancarrota. Además, como en otro lugar se ha dicho, debe prepararse una especie de movilización político-comercial con objeto de que en todos los casos quede asegurado el abastecimiento de todas las materias necesarias para la industria y la alimentación del pueblo. Finalmente, la guerra debe prepararse también políticamente, es decir, hay que esforzarse en crear en lo posible una situación política

general, para aislar hasta donde se pueda a los enemigos con los cuales sea inevitable la guerra; y, cuando esto no se consiga, intentar alianzas en las que, llegado el momento crítico, se pueda poner entera confianza.

Por lo que respecta al aspecto político-comercial y financiero del asunto, sé demasiado el poco alcance de mis conocimientos especiales, para atreverme a emitir juicio en estas cosas. Sobre todo, en el terreno de la política comercial, no puedo ni aun indicar los caminos por los cuales se llegaría al fin deseado. Ello no obstante, considero necesaria la cooperación de las grandes casas importadoras con el gobierno (1). Pero, en cuanto a los recursos financieros, juzgo que, aun a los que no somos peritos en esta materia, nos será permitido pensar que no sólo es esencial contar con una administración pública ordenada, sino también, y ante todo, mantener el crédito del Estado para que al estallar la guerra sea posible obtener las grandes sumas de dinero necesarias para llevarla adelante sin tener que someterse a condiciones onerosas.

Ahora bien, el crédito del Estado depende principalmente de que la administración financiera sea ordenada y cuide de que los gastos corrientes se cubran con los ingresos corrientes; pero, además, depende de la riqueza nacional, de la deuda del Estado y, finalmente, de la confianza que inspira su capacidad productora y militar.

En cuanto al primer punto, ya he hecho notar en otro sitio que en un gran Estado mundial y civilizado el equilibrio del presupuesto no debe nunca obtenerse desde puntos de vista mezquinos, suprimiendo gastos para cosas necesarias, sobre todo para la fuerza armada, cuya conservación constituye la base de una total prosperidad. Más bien deberían aumentarse los ingresos en proporción a las necesidades. Pero especial-

(1) Véase el capítulo VIII de este libro.

mente en un Estado que está siempre amenazado por la guerra, como el Imperio alemán, nunca debe abandonarse el antiguo y viril principio de mantener desveladas todas las fuerzas y no caer en la afeminada filantropía de la época presente. Sólo existe una virtud: olvidarse de uno mismo; y sólo hay un vicio: pensar en sí solo; así nos lo enseñó Fichte; y en último caso el Estado es el depositario de toda cultura y, por lo tanto, tiene derecho a disponer de todas las fuerzas del individuo (1). Estas ideas, que en otro tiempo nos levantaron desde la más baja humillación a las luminosas cumbres del éxito, deben continuar siendo la estrella que nos guíe, en unos tiempos que se parecen en muchos aspectos a los primeros años del siglo XIX. Entonces reinaba en Prusia una pacífica satisfacción, como si hubiera llegado ya el tiempo de la paz perpetua, semejante a la que se ha infundido en gran parte de nuestro pueblo y ejerce una cierta influencia sobre los gobernantes. Como entonces, en el pacífico pueblo «que dentro de las vallas de sus fronteras observaba con filosófica tranquilidad cómo dos naciones poderosas luchaban por el exclusivo dominio del mundo» (2) y donde nadie quería fijarse en la gran mudanza de los tiempos, también ahora muchos alemanes contemplan filosóficamente el reparto de la tierra y cierran los ojos ante los grandes deberes que ello nos impone. También hoy, como entonces, se extiende entre nosotros «la supraterrena generosidad, la misma espiritual debilitación de la voluntad que en nuestra historia, siempre, con regularidad misteriosa, suele seguir a las grandes épocas de acción audaz y decisiva» (3).

En las circunstancias actuales, el Estado tiene no sólo el derecho, sino el deber de fomentar en el más alto grado el empleo del poder financiero de sus ciudada-

---

(1) TREITSCHKE: *Historia Alemana*, tomo I, pág. 2[illegible]1.
(2) Id. ibíd., pág. 150.
(3) Id. ibíd., pág. 636.

nos, pues se trata de problemas de vida o muerte; y de igual importancia es su misión de fomentar por todos los medios el crecimiento de la riqueza nacional, elevando así su capacidad financiera.

Hasta cierto punto, la riqueza nacional está determinada por la capacidad productora del país y por los tesoros minerales que encierra en su seno. Pero el trabajo de todos los ciudadanos, este poderoso capital que con nada puede substituirse, es el que utiliza dichos bienes y aumenta su valor. Y aquí es donde el Estado puede prestar su ayuda, en cuanto regula y ordena las condiciones del trabajo, lo protege y lo asegura contra usurpaciones injustificadas. Por medio de favorables tratados de comercio puede abrir mercados y provechosas condiciones de compra; por medio de una enérgica defensa de los intereses alemanes en el extranjero puede ayudar y facilitar las operaciones del comercio alemán; puede fomentar la navegación, que del comercio internacional obtiene elevados beneficios (1); por medio de una activa colonización interior, de los cultivos pantanosos y de apropiadas medidas protectoras puede aumentar la producción agrícola para hacernos independientes del extranjero, a lo menos en cierto modo, en lo relativo a los productos alimenticios. También puede contribuir a ello el fomento de la pesca de altura (2).

Desde el punto de vista militar, tiene naturalmente grandísima importancia el aumento de la producción permanente de cereales y de carne, de modo que, a pesar del crecimiento anual de la población, el consumo interior quede cubierto en la misma medida que hoy; esto parece perfectamente realizable. Hoy la producción nacional suministra el 87 por 100 del consumo de

---

(1) Inglaterra gana con el tráfico marítimo, unos 1,400 millones de marcos anuales; Alemania, unos 300 millones.

(2) Todos los años compramos al extranjero unos 50 millones de marcos de pescado.

cereales y el 95 por 100 del de carne. Para conservar esta proporción, debería aumentarse la producción durante los próximos años en 200 kilogramos por hectárea, lo cual parece perfectamente asequible, si se considera que la cosecha de centeno en los últimos veinte años ha aumentado en dos millones de toneladas (1).

Una activa política colonial elevará también la prosperidad del país, si se esfuerza en producir en nuestras colonias las primeras materias que en grandes cantidades recibe hoy nuestra industria desde el extranjero, haciéndonos así poco a poco independientes de él, y si convierte estas colonias en mercado seguro para nuestras manufacturas, por medio de un acertado fomento de la emigración, de los ferrocarriles y del cultivo. Cuanto menos tributarios seamos del extranjero, al cual pagamos hoy muchos millares de millones (2), tanto más crecerá nuestra riqueza nacional y tanto mayor será la capacidad financiera del Estado.

Si de este modo logra el Estado contribuir al fomento de las rentas nacionales, puede también aumentar su crédito, reduciendo la deuda nacional y mejorar con ello su situación económica. Sin embargo, el pago de la deuda en tiempos de gran tensión política, es un arma de dos filos cuando se hace a expensas de los gastos necesarios. Lo que en este caso se gana en aumento de crédito puede perderse fácilmente en otro sentido. Ante todo constituye una falta grave, aun desde el punto de vista financiero, ahorrar en la preparación a la guerra con objeto de mejorar la situación económica. Sobre esto no deja lugar a dudas la experiencia. La fuerza militar es quizá el más im-

(1) Conferencia del profesor doctor A. Dade, de Berlín, el 22 de febrero de 1910, en la 35.ª reunión general de los Reformistas contributivos y económicos.

(2) Por ejemplo, en 1907 recibimos del extranjero 176,000 toneladas de algodón, 185,300 de lana, 5,500 millones de toneladas de hierro, 121,000 de cobre, etc.

portante sostén del crédito. Disminuir esta fuerza equivale a poner en peligro la seguridad financiera. Una guerra desgraciada lleva consigo tal ruina económica, que los acreedores del Estado pueden experimentar fácilmente grandes pérdidas. Pero un Estado cuyo ejército permite esperar en la victoria final, ofrece a sus acreedores muy diferentes garantías que el Estado militarmente débil. Si nuestro crédito no puede señalarse hoy como excepcionalmente grande, no tiene de ello la culpa en lo más mínimo nuestra amenazada situación política. Si descuidáramos el armamento de nuestro ejército y nuestra marina, nuestro crédito descendería mucho más, a despecho de todas las amortizaciones que tal ahorro hiciera posible. Con tanto mayor motivo debemos, por lo tanto, aumentar más cada vez nuestro poder militar y fomentar al mismo tiempo la capacidad productora nacional, procediendo, además, a la amortización de la deuda en cuanto nuestros medios lo permitan.

Es natural ahora la pregunta de si es posible realizar este doble cometido.

Que el pueblo alemán haya llegado al límite de su capacidad contributiva, es inconcebible. En Prusia, los impuestos han aumentado, desde 1893-1894 hasta 1910-1911 en un 56 por 100, es decir, de 20'62 marcos a 32'25 marcos por habitante (impuestos y aduanas juntos) y en el resto de Alemania la proporción debe ser parecida. Frente a esto hemos de poner, sin embargo, un gran aumento de la riqueza particular. Esta es hoy, en el Imperio alemán, de unos 330 a 360 millares de millones de marcos, o sea de 5,000 a 6,000 marcos por habitante. En Francia, hechos del mismo modo los cálculos, no es mayor la riqueza, y, sin embargo, allí se gastan todos los años, en ejército y marina, 20 marcos por habitante, mientras en Alemania se gastan 16 marcos y en Inglaterra, donde la riqueza media por individuo es de unos 1,000 marcos más que

en Alemania y Francia, los gastos militares llegan a 29 marcos por cabeza. Por consiguiente, nuestros más probables adversarios hacen por su poder militar mayores sacrificios que nosotros, aunque políticamente sus peligros son mucho menores.

Hay que observar, además, que el aumento de riqueza en Alemania se encuentra en continua progresión ascendente. El comercio y la industria han adquirido poderoso empuje y aun cuando el año 1908 señaló un cierto retroceso, es indudable que el movimiento progresivo ha vuelto a empezar.

El desenvolvimiento de la industria y del comercio, que empezó con la fundación del Imperio, ha sido extraordinario. «La suma total de la importación y la exportación ha subido de 32 millones de toneladas a 106 millones en 1908, o sea en un 232 por 100; en cuanto al valor ha subido de 6,000 millones de marcos a 14,500 millones y aun 16,000 millones en los últimos años, de los cuales corresponde a la importación un aumento de 3,000 a 8,900 millones, y de 3,500 a 6,500 o 7,000 millones a la exportación. El valor de la importación de primeras materias para la industria ha aumentado desde 1,500 millones de marcos en el año 1879 a 4,500 millones en los últimos años y el valor de la exportación, también de primeras materias, ha aumentado de 850 millones a 1,500 millones de marcos. La importación de productos manufacturados en 1879 alcanzó un valor de 600 millones de marcos y en 1908 un valor de 1,250 millones, mientras que la exportación de dicha clase de productos ha aumentado desde 1,000 millones a 4,000 millones. El importe de la importación de víveres ha subido desde 1,000 millones hasta unos 2,500 millones, mientras que la exportación de estos productos alimenticios ha permanecido casi estacionaria.

»También la producción minera de Alemania ha alcanzado en los últimos treinta años un crecimiento extra-

ordinario. La producción de hulla sólo alcanzó en 1879 un total de 42 millones de toneladas; en 1908 había subido a 148 millones y medio de toneladas, o sea, en cuanto a su importe, desde 100 millones de marcos a 1,500 millones. La producción de lignito en 1879 fué solamente de 11 millones y medio de toneladas; en 1908 fué de 66 millones y su valor pasó de 35 millones de marcos a 170 millones. La producción de mineral de hierro ha subido desde 6 millones de toneladas a 27 millones, y según el valor, desde 27 millones de marcos a 119 millones. Desde 1888 hasta 1908 la producción de hulla en Alemania ha aumentado en un 127 por 100, mientras que en Inglaterra sólo ha aumentado en un 59 por 100. La producción de hierro en bruto ha aumentado en Alemania, desde 1888 hasta 1908 en un 172 por 100, mientras en Inglaterra sólo ha aumentado en un 27 por 100» (1). Datos análogos podríamos dar respecto de otros terrenos. Además, desde la reforma financiera de 1909, ha mejorado mucho la situación de la hacienda imperial, de modo que existe la esperanza de equilibrar el presupuesto en los próximos años sin necesidad de empréstitos, a menos que no sean necesarios nuevos gastos.

Que con un desenvolvimiento tan prodigioso crecen constantemente las rentas y la capitalización, es cosa que no necesita demostrarse. Este es también un hecho y por cierto muy elocuente. Desde 1892 a 1905, en Prusia solamente, la riqueza particular ha aumentado anualmente en 2,000 millones de marcos. En los grados contributivos de 6,000 hasta 100,000 marcos, durante unos catorce años, el número de contribuyentes y del capital, aumentó en la misma Prusia en un 29 por 100; pero de 1905 a 1908 ha aumentado ya en un 11 por 100; o sea, en el primer período, en un 2 por 100 anual y en los últimos años en un 3 por 100 anual. Así, pues, en

(1) Conferencia citada.

estas clases contribuyentes aumenta el bienestar; pero más en las que poseen grandes capitales. En las tarifas contributivas, desde los 100,000 a los 500,000 marcos, los contribuyentes y capitales han aumentado durante dichos catorce años en un 44 por 100, o sea en un 3 por 100 anual y, en los últimos tres años, en un 4'6 por 100 anual. En los grados contributivos superiores a 500,000 marcos, el aumento de contribuyentes en los citados catorce años fué de 54 por 100 y de 62 por 100 en los capitales y mientras que en ese período el término medio de aumento fué de 4'5 por 100 anual, en los últimos tres años, desde 1905 a 1908, ha subido al 8'6 por 100. Esto significa un aumento de 650 marcos en los grados de 6,000 a 100,000 marcos; de 6,400 marcos en los de 100,000 a 500,000 y de 70,480 marcos en los de 500,000 para arriba, por contribuyente y año (1).

Observamos, pues, especialmente en los grandes capitales, un aumento importante de la renta, que aumenta de año en año y que el ministro de Hacienda de Prusia ha calculado para los próximos tres años, en este país solamente, en 3,000 millones anuales, de modo que para todo el Imperio alemán se puede calcular en 5,000 millones en el mismo lapso de tiempo. Asimismo han aumentado en todas partes los salarios. Para citar solamente algunos ejemplos, diré que el jornal diario de los obreros de la casa Krupp, de Essen, ha aumentado en un 77 por 100 desde 1879 a 1906; el jornal por hora de los albañiles ha aumentado en un 64 por 100 desde 1885 a 1905 y los salarios anuales en el distrito minero de Dortmund han aumentado en un 121 por 100 desde 1886 a 1907. Este aumento en los salarios se revela también en el hecho de que el aumento de las imposiciones de las Cajas de Ahorros, desde 1906, ha alcanzado la suma de 4,000 millones de marcos, lo cual es una prueba elocuente de que tam-

(1) Datos expuestos por el diputado von Dewitz, en la sesión de la Cámara de Diputados, de 18 de enero de 1911.

bién en las clases media e inferior de la población se nota un importante crecimiento de la riqueza. También es una señal de que las circunstancias tienden a mejorar el hecho de que la falta de trabajo y la emigración han descendido mucho en Alemania. En 1908 sólo 20,000 emigrantes abandonaron la patria; además, según las estadísticas de las Sociedades obreras sólo un 4'4 por 100 de sus miembros carecía de trabajo en dicho año, mientras en el mismo tiempo emigraron de Inglaterra 336,000 personas y el 10 por 100 de los obreros (en Francia un 11'4 por 100) carecían de trabajo.

Frente a este brillante progreso, existe, es verdad, una deuda del Estado muy considerable, tanto del Imperio, como de cada uno de los Estados. El Imperio alemán tenía en 1910 una deuda de 5,016.655,500 marcos y las deudas particulares de los Estados eran, en 1.º de abril de 1910, las siguientes:

	Marcos
Prusia	9,421.770,800
Baviera	2,165.942,900
Sajonia	893.042,600
Würtenberg	606.042,800
Baden	557.859,000
Hessen	428.664,400
Alsacia-Lorena	31.758,100
Hamburgo	684.891,200
Lübeck	66.888,400
Bremen	263.431,400

Es verdad que contra estas deudas existe una importante riqueza del Estado en terrenos, bosques, minas y ferrocarriles. El capital de los ferrocarriles del Estado era, en 31 de marzo de 1908, como sigue:

	Marcos
Prusia (Hessen)	9,888.000,000
Baviera	1,694.000,000
Sajonia	1,035.000,000
Würtenberg	685.000,000
Baden	727.000,000
Alsacia-Lorena	724.000,000

En total, incluyendo los de los pequeños Estados, 15,062 millones de marcos. Esta cantidad ha subido todavía mucho desde entonces y a fines de 1911 en lo que toca a Prusia solamente, a 11,050 millones. Ello no obstante, las deudas de Estado representan una carga no insignificante, que obra de un modo tanto más perjudicial cuanto que casi todas han sido contraídas en el interior y que pesan de manera extraordinaria, porque también los Ayuntamientos tienen muchas deudas particulares.

Las deudas de las ciudades prusianas y los municipios de más de 10,000 habitantes importan 3,000 millones de marcos y en todo el Imperio unos 5,000 millones. Esto representa un interés anual de 150 millones de marcos, de modo, que muchos municipios, particularmente en el este y en las regiones industriales del oeste, se ven obligados a aumentar los impuestos en un 200, 300 y aun 400 por 100. Además, los impuestos tampoco están repartidos en proporción a la capacidad productora. El peso principal gravita sobre la clase media; en cambio, los grandes capitales están mucho menos afectados, y algunas fuentes de riqueza quedan libres de impuesto, como sucede, por ejemplo, con las ganancias adquiridas en especulaciones de Bolsa, que sólo pagan impuestos después de convertirse en capital. Pero, a despecho de todo, el pueblo alemán estará en situación desahogada para pagar el armamento que indispensablemente necesita para defender y cumplir sus fines políticos y culturales, tan pronto como se tomen medidas apropiadas y decisivas y los partidos se resuelvan a sacrificar sus escrúpulos doctrinarios en el altar de la patria.

Sea como fuere, la lucha por la llamada « Reforma financiera del Imperio » ha demostrado en cuán alto grado dominan a la representación popular el egoísmo y los intereses de partido ; no constituía un espectáculo edificante ver cómo cada cual procuraba echar la

carga sobre los hombros de los demás para evitarse todo sacrificio pecuniario. Hay que contar con que en el porvenir se harán sentir también estas tendencias, y, sin embargo, es necesario procurar un rápido e importante aumento de los ingresos del Imperio, si queremos estar a la altura de la situación y no abandonar sin lucha nuestro porvenir nacional.

Indudablemente, obtener de un Reichstag alemán los créditos necesarios hallaría grandes dificultades; pero creo que un pueblo que todos los años gasta en bebidas alcohólicas y tabaco 5,000 millones, puede gastar también algunos centenares de millones en defensa de su honor, su independencia y su porvenir.

Como uno de los medios asequibles considero el pronto establecimiento del derecho imperial de sucesión. Esta fuente de ingresos no pesaría sobre una sola clase en particular, sino, proporcionalmente, sobre todas y aportaría al mismo tiempo los recursos necesarios para completar nuestros armamentos y reducir nuestra deuda.

Si los parientes colaterales, con excepción de los hermanos, se vieran remitidos a la institución testamentaria, de modo que sólo pudieran heredar cuando exista testamento a su favor, pero en el caso de faltar éste fuera el Estado quien heredase, podría contarse, según cálculos basados en datos oficiales, con un ingreso anual de 500 millones. Este cálculo es realmente demasiado halagüeño, especialmente si consideramos que la recaudación de este ingreso tropezaría con grandes inconvenientes y mermas. No obstante, puede suponerse que la cantidad recaudable sería enorme.

Puesto que esta contribución es de la clase de las llamadas impuesto sobre el capital, parece lo más natural que su importe se dedicara, en primer lugar, a la mejora de la situación financiera del Estado, es decir, a la amortización de la Deuda pública. De otro modo

se correría el peligro de obrar como el particular que vive a expensas de su capital. Este concepto es recomendable también porque el importe recaudado no sería fijo, sino sujeto a oscilaciones. Por consiguiente, convendría emplear este importe en el citado sentido y destinar una parte de él a la amortización de la Deuda, saneamiento financiero que parece necesario. Sin embargo, este principio no debe obstar para que, en casos de apuro, el Estado emplease estos ingresos, excepcionalmente, para otros fines importantes, como, por ejemplo, el perfeccionamiento tan necesario de nuestros armamentos de mar y tierra.

Dos argumentos se aducen en contra del derecho de herencia a favor del Estado o del Imperio : uno económico y otro ético. Se dice que el importe de esa contribución se substraería a la riqueza nacional, que el Estado se enriquecería, se empobrecería el pueblo y que con el tiempo el capital acabaría por reunirse en las manos del Estado ; que el investigador independiente se vería reemplazado por el empleado gubernativo y que se cumpliría así el ideal del socialismo. Además, en la obligación de asegurar a sus parientes la herencia por medio de testamento, hay quien ve una amenaza para la unión de las familias. En la *Gaceta de la Cruz*, del 18 de noviembre de 1910, escribe Bolko von Katte: « Según nuestro derecho consuetudinario, el que quiera substraer todo o parte de su capital a su familia debe hacer un acto positivo. Debe dictar un testamento a favor de tercera persona, de un instituto benéfico o de quien más le plazca. Es decir, que se le hace presente que sus parientes, su familia, son sus herederos naturales y se les exige un testamento si quiere excluir a sus herederos legales. Sabe que interrumpe y modifica arbitrariamente el curso natural de las cosas por medio de un documento. El derecho de sucesión del Imperio se basa, por lo tanto, en la idea de que al individuo debe serle más allegada la comunidad que

su propia parentela. Esto, en su esencia, constituye un rasgo de socialismo. El régimen social que se compusiera de una sociedad de átomos, en la cual cada individuo quedara libre de los lazos familiares, y atado por el lazo uniforme del socialismo, podría abrigar tal pretensión.»

Estos argumentos sólo están justificados hasta cierto punto.

Si el Estado utilizara el importe de las herencias recaídas a su favor en pagar deudas y cubrir gastos necesarios, que de lo contrario tendrían que satisfacerse con otros ingresos, tal contribución beneficiaría a todos los ciudadanos, porque éstos tendrían que pagar menos contribución por otros conceptos; además, podría evitarse la acumulación de capital en manos del Estado, reduciendo poco a poco este derecho de sucesión o impidiendo de otra manera la temida socialización del Estado. La técnica financiera suele ser abundante en recursos. En todo caso no hay obligación alguna de llevar al extremo esta clase de contribución.

Las llamadas objeciones éticas tienen todavía más débil fundamento. Si reina en la familia el espíritu de concordia, el propietario no tendrá inconveniente alguno en testar, tanto más cuanto la ley vigente facilita mucho el procedimiento. Pero si dentro de la familia no existe ese espíritu de concordia, tampoco se le fomentará instituyendo herederos de una persona a los parientes que en vida le fueron desafectos. Precisamente, la probable consecuencia del derecho de herencia del Imperio sería un aumento en la otorgación de testamentos y un mayor robustecimiento de los lazos de familia. El «antiguo concepto germánico del derecho» que se expresa en nuestra actual ley de sucesión y cuya base consiste en el concepto de que al individuo debe interesarle más su estirpe que el Estado, ha tenido en Alemania las peores consecuencias, ocasionando la división alemana, el nacio-

nalismo particularista y la falta de unión. Sería conveniente y aun necesario que, por lo menos para las venideras generaciones, se creara un contrapeso en el sentido de realzar la significación del Estado ante la familia y el individuo.

Sea como fuere, estas objeciones más o menos teóricas, no bastan para rechazar una medida como la introducción del derecho de herencia del Imperio, en el caso de que el peligro exigiera una ayuda rápida e inmediata para salvar el porvenir de Alemania.

Por consiguiente, si no se proponen otros medios para proporcionar recursos al Estado, habrá muy pronto la necesidad de poner otra vez en planta la ley de sucesión a favor del Imperio, a fin de procurar el sostenimiento de nuestra patria gravemente amenazada por todas partes. Es de necesidad urgente arbitrar recursos a este objeto, y una ley por el estilo tendría tanto mayores probabilidades de éxito en el Reichstag cuanto más claramente explicase el gobierno nuestra verdadera situación política (1).

Igual importancia que la preparación financiera para la guerra tiene la preparación política. En efecto, vemos como todos los Estados del mundo tratan de ponerse en estado de defensa contra los ataques de enemigos superiores, por medio de alianzas o convenios especiales y de ganar aliados para llevar a cabo sus intentos. A veces procuran sembrar discordias entre los demás Estados para tener así libertad en las empresas propias. Esta es la política sobre la cual ha edificado Inglaterra su poder frente a Europa, para desenvolver libremente su política mundial. Error sería reprocharla por ello, pues aunque en su política haya procedido con extrema desaprensión moral, ha logrado el fin de toda política, que consiste en crear un

(1) Véase la revista *Grenzboten*, 1910, núms. 41, 43 y 44 : «La ley de herencia del Imperio», por el consejero de justicia BAMBERGER-ASCHERSLEBEN.

gran poderío, y ha proporcionado al pueblo inglés el modo de extender su actividad. No debemos fundar ilusiones sobre las máximas de la política inglesa, sino tener en cuenta que Inglaterra sólo se guía por su egoísmo, y que no retrocede ante los medios, sean los que fueren, desplegando en ello una admirable habilidad diplomática.

Tampoco hay que fiar demasiado en los convenios políticos, que tienen siempre un valor relativo y se conciertan con una reserva tácita. El *rebus sic stantibus* se supone en todos los tratados (1), pues ya que su fin es satisfacer los intereses de las dos partes, natural es que tenga consistencia sólo mientras fomenta dichos intereses. Es éste un principio incontrovertible de derecho político. Efectivamente, nada puede obligar a un Estado a obrar contra sus intereses, de los cuales dependen los intereses de sus súbditos. Pero esta consideración impone a todo Estado honrado la obligación de proceder con extremada cautela al firmar y establecer la duración de los convenios políticos; esto, precisamente, para no verse obligado a faltar a su palabra. Sin embargo, pueden ofrecerse circunstancias más fuertes que la voluntad más leal. En este caso, el interés del propio Estado — naturalmente en su más elevada acepción ética — debe ser el que, en último término, resuelva. «Durante toda su vida fué calificado Federico el Grande, de infiel y astuto, porque ningún tratado ni ninguna alianza pudo nunca obligarle a renunciar a su libre albedrío (2).»

Por lo tanto, el verdadero estadista sólo contraerá uniones o alianzas políticas, en cuya duración quiera contar, cuando haya adquirido la convicción de que cada una de las partes halle su verdadero provecho en la unión acordada. Según mi opinión, como ya he

---

(1) Véase PRÍNCIPE DE BISMARCK: *Pensamientos y Recuerdos*, 1898 tomo II.

(2) TREITSCHKE: *Historia Alemana*, tomo I, págs. 52 y 53.

demostrado en otro lugar, la alianza austroalemana pertenece a esta clase. No sólo política, sino militarmente, se completan ambos Estados del modo más feliz. El campo alemán de batalla en Oriente lo protege Austria contra un movimiento envolvente por el sur, mientras que Alemania, por su parte, cubre la frontera norte de Austria y puede coger de flanco todo ataque ruso contra Galitzia.

Las alianzas en que cada parte persigue distintos intereses, no serán permanentes en todas las circunstancias, y, por lo tanto, no podrán constituir un sistema político duradero.

«No hay en el mundo alianza ni lazo que pueda considerarse sólido si no lo ligan los comunes y recíprocos intereses; cuando en un tratado todo el provecho está de una parte y ninguno en la otra, la desproporción misma anula cada vez la obligación.» Estas son palabras de Federico el Grande, que, a pesar de haber existido un Bismarck, continúa siendo nuestro mejor maestro en política.

En política no hay que dejarse ofuscar por los propios deseos y esperanzas, sino que hay que ver las cosas serenamente y juzgar la verdadera actitud de los demás Estados *desde el punto de vista de sus propios intereses.* «Lo más peligroso — dijo Bismarck — son las ilusiones. Debe partirse de la base de que los demás no buscan tampoco otra cosa que su provecho.» Conducirá siempre al fracaso el querer obligar a un gran Estado, por medio de negociaciones diplomáticas, a una acción o conducta que esté en pugna con sus verdaderos intereses. Cuando llegue el momento decisivo, se inclinará siempre la balanza hacia el lado de estos intereses.

Cuando Napoleón III proyectó la guerra contra Prusia, intentó aliarse con Austria e Italia, y el archiduque Albrecht estuvo en París con objeto de ponerse de acuerdo respecto de las comunes medidas mili-

tares (1). Parece que éstas se convinieron, según todas las probabilidades, pues también con el mismo objeto estuvo en Viena un general francés (2) ; pero así Austria como Italia dejaron sola a Francia, tan pronto como la primera bandera prusiana ondeó victoriosamente en lo alto del Geisberg. Un político menos influído por las prevenciones que lo estaba Napoleón, hubiera podido preverlo, porque no existía interés suficiente, ni para Austria ni para Italia, en tomar parte en una guerra bajo condiciones desfavorables.

En el mismo espíritu del interés de Estado, ha prescindido Francia del Acta de Algeciras, que no satisfacía este interés, y del mismo modo dejará sin cumplir todos los convenios, que deberían de proteger el comercio alemán en Marruecos, tan pronto como crea contar con suficiente poder para ello, pues a sus intereses conviene ser dueña absoluta de Marruecos y explotar éste país. Ninguna Acta del mundo será bastante para obligar a Francia a conceder al comercio alemán y a las empresas alemanas en Marruecos, una situación de libre competencia, en cuanto no le impongan temor las armas alemanas, y desde su punto de vista tiene razón.

Cuando reconozcamos que la conducta política de cada Estado no tiene más norma que su propio interés y según este concepto juzgamos la oposición y la agrupación de las diferentes potencias, no cabrá ya duda acerca de que será siempre extraordinariamente dificultoso influir en las agrupaciones políticas buscando

(1) Cuando el coronel Stoffel, el conocido agregado militar francés en Berlín, regresó a París, en 1870, fué recibido por el Emperador, a quien hizo notar el peligro de la situación y la perfección de los preparativos bélicos de Prusia. Napoleón manifestó estar mejor enterado y sacó de su escritorio una Memoria sobre la situación militar de Prusia, que, según todas las apariencias, le había proporcionado el archiduque Albrecht, con datos diferentes de los que poseía el coronel Stoffel. Sobre estos datos había basado el Emperador sus cálculos políticos y militares. — Noticias del coronel Stoffel al ex Ministro de la Guerra Verdy, quien las comunicó al autor.

(2) Général Lebrun : *Souvenirs militaires. Mission à Vienne et en Belgique.*

el propio interés; esta influencia sólo será realizable en cuanto sirva al fomento de los intereses de los Estados con los cuales deseemos unirnos para perjudicar a los contrarios. Pero una política que quiera obrar sin indisponerse con nadie, ni tampoco en interés de nadie, corre el peligro de indisponerse con todos y encontrarse sola en el momento del peligro. Por lo tanto, no hay política fructuosa posible, sin arriesgar algo. El buen político debe saber claramente lo que se propone y no perderlo de vista jamás. Debe obrar con la intención de utilizar en favor de sus propios proyectos todas las mudanzas de las cosas y los sucesos imprevistos, pero, ante todo, debe saber aprovechar las ventajas del momento y no temer a la acción audaz cuando la situación general permite entrever la probabilidad de llevar adelante los fines políticos propios o de emprender en favorables condiciones una guerra necesaria. « El gran arte de la política — dice Federico el Grande — no consiste en nadar contra la corriente, sino en aprovechar todas las circunstancias en beneficio propio. El arte de la política consiste más bien en sacar provecho de las coyunturas favorables que en preparar éstas coyunturas », y ya en los días de Rheinsberg, reconocía el principio que sostuvo durante toda su vida : « La prudencia es muy a propósito para conservar lo que ya se tiene; pero solamente la audacia sabe adquirir algo. » « Os doy un problema a resolver — dijo a sus consejeros al tener noticia de la muerte del Emperador Carlos VI : — Cuando se tiene la ventaja ¿hay que aprovecharla o no? »

Fines políticos claros y concretos, sabia previsión, exacta comprensión de los intereses propios y ajenos, cálculo acertado acerca de las fuerzas combatientes amigas y enemigas, defensa decidida, no sólo de los propios intereses, sino de los de los aliados, y audacia en el momento crítico; éstas son las reglas infalibles

tanto del éxito político como del militar. En ellas se resume también la preparación política de la guerra. Quien, al contrario, se deja alucinar por las apariencias de la fuerza y no sabe decidirse a obrar, no prepara bien la guerra necesaria. «La jactanciosa impotencia, que gesticula como potencia; el privilegio inmoral, que hace alarde de la santidad del derecho histórico; el temor a la acción, que esconde su perplejidad tras vacías consideraciones, no hallaron quien las despreciara con más desdén que el gran Rey de Prusia», dice Enrique von Treitschke, en su *Historia Alemana*. ¡También en este respecto sea el «Viejo Federico» nuestro modelo; sean sus enseñanzas las que guíen nuestra política, de tal manera, que la situación mundial venga a ser favorable a nuestros fines y sepamos aprovechar la ventaja del momento!

Constituye un abuso del lenguaje, que, en esta época de inacción, se trate de calificar de *política aventurera*, toda política enérgica e impulsada por positivos designios. Este título lo merece aquella política arbitraria, que no aprecia exactamente las consecuencias y que realmente se mete en aventuras, como a su tiempo la de Napoleón III en México o la de Italia en Abisinia.

Pero la política que trata de convertir en realidad los grandes deberes de un Estado, deberes que constituyen un legado histórico, que se fundan en la naturaleza de las cosas y que tiene en cuenta todos los coeficientes, está justificada aunque calcule atrevidamente sobre la posibilidad de una guerra. A esta convicción se llega también cuando se ofrecen al pensamiento las consecuencias que tendría para el Estado una guerra que le fuera impuesta bajo condiciones desfavorables. Basta recordar el año 1806 y la terrible catástrofe que ocasionó la política endeble y pacífica de Prusia al renunciar a toda misión histórica.

En este respecto, la guerra entre Rusia y el Japón habla un lenguaje muy claro. El Japón había preparado la guerra, no sólo militar, sino políticamente y de manera muy juiciosa, firmando una alianza con Inglaterra y asegurando la benévola neutralidad de Norte América y China. Con política tan circunspecta como decidida y valerosa, no vaciló en emprender la guerra en el instante oportuno, guerra sin la cual no podía lograr sus designios políticos. Además, Rusia no estaba preparada para la guerra, ni política ni militarmente. A causa de su alianza con Francia, había adoptado una actitud hostil frente a Alemania y no se atrevió a desguarnecer de tropas su frontera occidental para llevarlas al Extremo Oriente. También su situación interior la obligó a mantener fuerzas considerables en la parte occidental del Imperio. Por esto tuvo que enviar contra el Japón tropas en su mayor parte de reserva y de calidad dudosa. Tampoco había tomado las medidas militares que hacía precisas la situación política, no obstante no desconocer que era inevitable el conflicto. Así la guerra empezó con funestas retiradas y en ninguna ocasión se condujo con resolución y energía. Muy de otra manera hubieran ocurrido las cosas si Rusia se hubiese preparado resueltamente para la guerra y hubiese emprendido ella la ofensiva.

También Inglaterra se vió políticamente sorprendida por la guerra de los boers y no había adoptado las medidas mili.ares correspondientes a los designios de su política en el Africa del Sur. Asimismo Turquía se dejó sorprender por los Estados balkánicos, en 1912, y se desplomó completamente ante el inesperado ataque.

De estas consideraciones se desprenden dos consecuencias.

Primeramente observamos que entre la preparación política y la preparación militar, existe una relación directa. Sólo podrá prepararse políticamente la guerra,

y de una manera beneficiosa, cuando el estadista se apoye en un poder militar suficientemente fuerte para fundar en él la energía de sus demandas, y si no se aventura en asuntos que, llegado el caso, no pueda defender con las armas. Además, la preparación militar debe hacerse de manera que corresponda a las intenciones políticas. Por consiguiente, el consejo de que los jefes del ejército no se ocupen en política ni en tiempo de paz ni en los de guerra, sólo se justifica hasta cierto punto. Al contrario, el ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor, deben estar enterados de las variaciones y las probabilidades de la política y hasta debe concedérseles una cierta influencia para que tomen sus medidas según las necesidades de la política y para que puedan, con conocimiento de causa, invitar al hombre de Estado a obrar cuando la situación militar sea especialmente favorable. Los directores de la política exterior no deben perder de vista los límites de lo que, militarmente, es posible hacer y deben estar informados del estado de la preparación militar, para que, como ya hemos dicho, traten de alcanzar políticamente lo que en caso necesario se debería conseguir por medio de la guerra. La amenaza, abierta o velada, de guerra, es el único medio de que dispone la política para lograr sus fines, pues, en último caso, el recuerdo o la imagen de las eventuales consecuencias de la guerra será siempre lo que determine a ceder al adversario. No usar de este medio da ocasión, la mayoría de las veces, a una política de compromisos que no deja satisfecha a ninguna de las partes y que rara vez conduce a situaciones duraderas. Cuando el hombre de Estado da a entender la posibilidad de una resolución por medio de las armas, la amenaza no debe ser vana, pues de otro modo llevaría al fracaso político y moral.

El segundo aspecto de la cuestión es que una política tímida y expectante, que deja la iniciativa al

adversario y no se atreve a acudir a las armas para llevar adelante sus designios, es causa continua de una situación militar desfavorable. Esta máxima, que puede probarse también en teoría, la enseña la historia en ejemplos innumerables, como enseña también que el hombre de Estado resuelto y activo, que sabe mantenerse con fortaleza frente a todos los esfuerzos enemigos, influye favorablemente en la situación militar.

La guerra y la política están sujetas en este sentido a las mismas leyes; y sólo donde la previsión y la decisión política y militar van de acuerdo se pueden esperar éxitos grandes.

Si desde estos puntos de vista consideramos los preparativos políticos para la guerra que Alemania tendrá que hacer, hemos de llegar a la conclusión de que, cuanto más desfavorable se vaya haciendo la situación, tanto más decidida y activa debe ser nuestra política, a fin de procurarnos condiciones discretamente favorables para la guerra que inevitablemente nos amenaza.

Antes, cuando teníamos que contar solamente con la eventualidad de una guerra en dos frentes, es decir, contra Francia y Rusia, y en cambio existía en nuestro favor la probabilidad de la participación de todos los Estados de la Triple Alianza, la cosa era bastante sencilla. También entonces existía una serie de probabilidades estratégicas, pero siempre la tarea se limitaba a la simple fórmula siguiente : ataque estratégico por un lado, defensa estratégica por el otro, o, contando con el ejército austriaco : ofensiva hacia los dos lados. Hoy las cosas han cambiado mucho.

No solamente hemos de prevenirnos contra el ataque de Francia y Rusia, sino también contra un ataque de Inglaterra a nuestras costas del Mar del Norte, el desembarco de tropas inglesas en el Continente y la violación de la neutralidad belga y holandesa por parte de nuestros adversarios. Tampoco podemos estar

seguros de que Inglaterra no desembarque tropas en Schleswig o Jutlandia para obligar a Dinamarca a tomar parte en la lucha contra Alemania. Además, cabe la duda de si Austria podrá ayudarnos con todo su ejército o si se verá obligada a defender militarmente sus intereses en sus fronteras del sur y del sudoeste. También un ataque de Francia a través de Suiza adquiere probabilidades si la agrupación de los Estados europeos se modifica radicalmente y, finalmente, nos veríamos gravemente amenazados en el Mar Báltico si Rusia tiene tiempo de terminar su flota.

No se presentarán probablemente a la vez todas estas circunstancias desfavorables; pero todas son más o menos probables desde el punto de vista de las posibles combinaciones de la política y por lo mismo hay que tenerlas militarmente en cuenta. Esto nos crea una situación militar muy desfavorable.

Si bajo tales circunstancias fuese necesario poner el ejército en pie de guerra y prepararlo para la lucha, no quedaría más recurso que obrar según las circunstancias, separando las reservas estratégicas, que tendrían que ser tanto más fuertes cuanto más fuerte fuera el adversario con cuya participación en la lucha tendría que contarse eventualmente. Esta reserva estratégica habría de ser también, en cierto modo, política. Una serie de precauciones, necesarias en cada caso, tendrían que tomarse en seguida, mientras que la masa del ejército podría adoptar su dirección definitiva sólo cuando se viera claramente toda la situación general y cuando hubieran podido apreciarse todas las necesidades. Hasta que este momento llegase, las tropas de la reserva estratégica tendrían que dejarse, según las circunstancias, en sus guarniciones o reunidas a lo largo de las líneas férreas y puntos de enlace, de manera que en un caso dado pudieran ser transportadas en una u otra dirección. El material rodado de los ferrocarriles habrá de estar

preparado según los mismos planes, los horarios elaborados según las posibles variaciones en la dirección del transporte, y asegurado el abastecimiento en las varias regiones del eventual despliegue de las fuerzas. También tendrían que prepararse, según los varios puntos de vista políticos y ya en tiempo de paz, las instalaciones de carga y descarga en las estaciones de ferrocarril. En todo caso nos veríamos obligados a adoptar una posición expectante y acogernos a la defensiva estratégica que, precisamente, en las circunstancias actuales sería, militarmente, muy poco favorable: no podríamos evitar una invasión de uno u otro enemigo.

No es preciso demostrar que una guerra emprendida en estas condiciones no ofrece muchas perspectivas de éxito. Hasta el ejército más valiente tiene que sucumbir cuando se le conduce a la lucha en condiciones demasiado desfavorables y contra una superioridad aplastante, además de resultar del examen militar la circunstancia de que, precisamente para los ejércitos en grandes masas, esta manera de defenderse en la línea interior tropieza con grandes dificultades y con condiciones operativas muy difíciles.

Lo desfavorable de esta situación podría remediarse únicamente si la política ofreciera la posibilidad de proceder de manera ofensiva y si fuese posible derrotar a un adversario antes de que el otro pudiera tomar parte activa en la lucha. En esta iniciativa está nuestra salvación, como en los tiempos de Federico el Grande. Esta verdad debe estar continuamente presente a nuestros ojos. Podría objetársenos que precisamente nuestro ataque nos pondría en condiciones desfavorables, porque caería bajo las cláusulas en que la alianza francorrusa entraría en vigor, y, por lo tanto, si atacásemos a Francia o a Rusia la otra de estas aliadas vendría obligada a prestar ayuda a la atacada y quedaríamos entonces en la grave situación de luchar a la vez con dos adversarios. Además, suele decirse

que la labor de nuestra diplomacia debería consistir en barajar los naipes de tal manera que Francia se viera obligada a atacarnos y así habría probabilidades de que Rusia quedara neutral.

Indudablemente este punto de vista merece cierta atención. Sólo que tal ataque no debemos esperarlo mano sobre mano. Ni Francia, ni Rusia, ni Inglaterra, tienen necesidad de atacarnos para lograr sus propósitos. Mientras nosotros no las ataquemos podrán imponernos su voluntad por los medios diplomáticos, como lo han demostrado las negociaciones respecto de Marruecos y como, probablemente, lo demostrará el resultado de la crisis de los Balkanes.

Si queremos dar ocasión a un ataque por parte de nuestros enemigos, debemos comenzar una acción política que, sin atacar a Francia, perjudique tan gravemente sus intereses o los de Inglaterra, que estos dos Estados se vean por su parte obligados a atacarnos. Para tal procedimiento se ofrecen probabilidades tanto en Africa como en la misma Europa, y quien haya leído atentamente las precedentes consideraciones políticas, las reconocerá fácilmente.

En contraposición a este modo de ver las cosas, se sostiene muy a menudo la opinión de que debiéramos aguardar tranquilamente, dejando que el tiempo combata por nosotros, pues por la fuerza de los hechos vendrían a nuestras manos muchas cosas por las cuales tendremos que luchar muy seriamente. Por desgracia, los políticos que así opinan se olvidan siempre de citar clara y concretamente cuáles son esos hechos que tan a nuestro favor trabajan y qué beneficios son los que nos aportarán. Tanta sabiduría política no puede ser tomada en serio, pues no pisa terreno firme. Mejor nos será contar con las circunstancias concretamente reconocidas y tener presente que el miedo a obrar y el dejar pasar las cosas no han logrado nunca grandes éxitos.

A los que vivimos alejados de las interioridades de la política exterior, no nos es posible juzgar qué clase de pasos y medidas incumbirían a dicha política, a fin de crear una situación favorable, en caso de que las cuestiones vitales para Alemania, que están hoy día pendientes, dieran lugar a una guerra. Para ello es necesario un profundo conocimiento, que yo no puedo poseer, acerca de la situación política y diplomática. Solamente una cosa puede decirse con toda autoridad : por encima de los trastornos y contradicciones de la situación actual debemos tener presentes y no olvidarlos nunca los grandes puntos de vista permanentes.

Italia, que ha aprovechado un momento favorable con objeto de obtener territorios aptos para colonizar, a fin de dar salida a su numeroso aumento de población (en 1908 emigraron de Italia 487,000 personas), no podrá alcanzar jamás al lado de Francia e Inglaterra su meta política de ser la potencia dominante en el Mediterráneo, porque dichos dos Estados pretenden también esa posición. Sólo el deseo de deshacer la Triple Alianza les ha movido a aprobar momentáneamente la política de expansión italiana. Pero este incidente no altera en nada el hecho de que la conveniencia de Italia reclama su unión con la Triple Alianza, única que puede proporcionarle a Túnez y Bizerta. El peso de esta circunstancia tendrá siempre un gran valor.

Tampoco Turquía puede andar siempre del brazo con Inglaterra, Francia y Rusia, cuya gran política tiende y debe tender a la destrucción de la Turquía actual. Hoy, como antes, los más poderosos enemigos del Islam son Inglaterra y Rusia y más o menos pronto se verá obligado a procurar su unión con los Estados del Centro de Europa, a pesar de que hemos cometido la falta de abandonarlo en Marruecos. Ni aun el resultado de la guerra balkánica, sea éste cual fuere, podrá alterar ninguna de estas circunstancias.

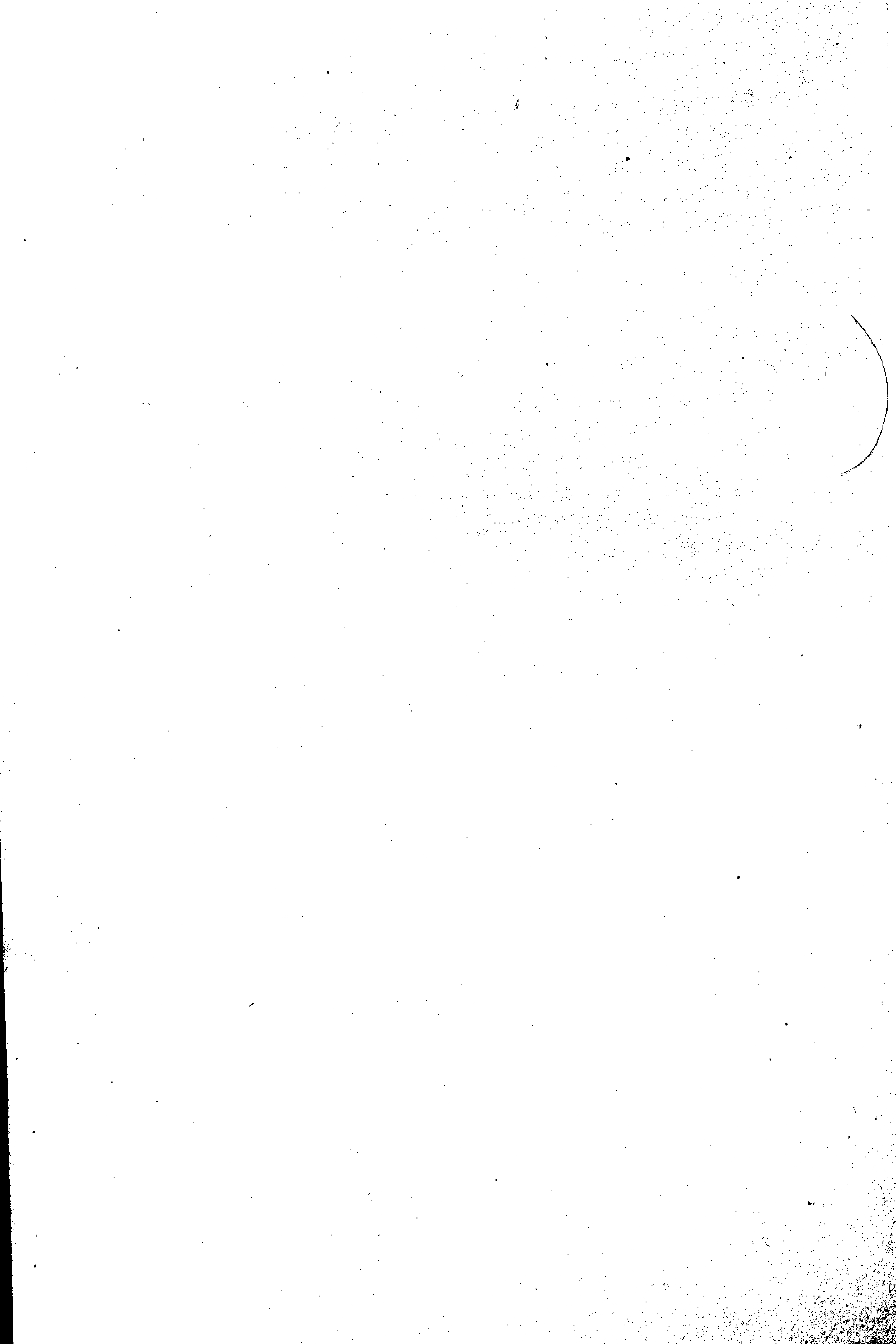
Entre Rusia e Inglaterra no existe verdadera comunidad de intereses : en el Asia Central, en Persia y lo mismo en el Mediterráneo están frente a frente, a pesar de todos los esfuerzos y de todos los convenios. También las circunstancias en el Japón y China impulsan a una resolución que perjudica mucho los intereses de Rusia, y por lo menos atan en parte sus manos.

Todas estas circunstancias abren a la política alemana, si quiere mostrarse a la altura de su misión, muchas esperanzas, y por lo menos permiten que la situación general no aparezca para nosotros tan mala como podría creerse, en vista de los últimos acontecimientos políticos. Pero, además, nuestra política puede contar con un factor de poderío como no lo tiene ningún otro Estado : con un ejército cuya capacidad de acción militar, a mi entender, no puede ser bastante bien apreciada. No es que sea perfecto en todos los aspectos y pormenores ; ya hemos dicho que no lo es. Pero el espíritu que anima a las tropas, el deseo y la alegría del ataque y la disciplina que en él reinan justifican las más grandes esperanzas. Estoy convencido de que, si algún día se le llama a obrar, sus hechos asombrarán al mundo por poco bien y decididamente que se vea dirigido. También el pueblo alemán se mostrará — estoy seguro de ello — a la altura de su misión. Descansa en su alma una fuerza poderosa, que sólo aguarda quien la despierte. Quien supiera hoy despertar el idealismo latente en este pueblo, quien supiera poner ante sus ojos grandes y concretos objetivos, dignos de su entusiasmo, podría elevarlo a los mayores esfuerzos y sacrificios y conseguir de él algo verdaderamente grande.

Convencido de que podrá en todo momento apelar a estas fuerzas y con la firme confianza de que no le faltarán en la hora del peligro, debe nuestro gobierno andar con paso firme por el camino que conduce a un gran porvenir ; pero sólo podrá desatar las fuerzas de

este pueblo cuando gane su confianza con hechos y éxitos y haga lema suyo e tas palabras de Goethe:

«Sostenerse con firmeza contra todas las fuerzas enemigas, sin doblegarse jamás; mostrarse fuerte e invocar la ayuda de los dioses.»



Epílogo

Después de haber escrito estas páginas, en el otoño de 1911, han ocurrido muchas cosas que han modificado en gran manera la situación política : se ha firmado el convenio francoalemán relativo a Marruecos y a las compensaciones en el Congo ; ha estallado la guerra turco-italiana terminada en la paz de Ouchy ; Trípoli y la Cirenaica han llegado a ser italianos ; la revolución china ha transformado el imperio en república bajo el gobierno de Yuan-Chi-Kai y esta nueva república parece estar en grave conflicto con Rusia y amenazar también la esfera de intereses de Inglaterra; se ha sabido que entre Inglaterra y Francia existe, no solamente una «entente cordiale », sino una verdadera alianza para la guerra, y es natural que las negociaciones para un arreglo entre Alemania e Inglaterra, dirigidas por el ministro de la guerra inglés, lord Haldane, quedaran sin éxito. Todavía últimamente trató Inglaterra de influir en nuestra política con veladas amenazas de guerra; finalmente, se formó la alianza balkánica para hacer la guerra a Turquía, mal preparada para el conflicto. Casi toda la Turquía europea se ha perdido ; Adrianópolis está sitiada, y en la península de Galípoli se combate ; todos los esfuerzos de las grandes potencias para restablecer la paz han sido inútiles ; entre Servia y Austria se han presentado

desacuerdos graves, que probablemente tendrán duradera influencia en las relaciones de los dos Estados. También han ocurrido graves rozamientos entre Italia y Austria que un momento hicieron temer la guerra entre ellas. Con la renovación de la Triple Alianza el peligro se ha conjurado por el momento; pero el carácter de la alianza parece haberse modificado esencialmente.

Yo he podido tener presentes estos sucesos en esta sexta edición. No obstante, me parece propio del caso hablar más en detalle de algunos puntos que considero de especial importancia.

Entre ellos pongo en primer lugar el convenio franco-alemán respecto de Marruecos, que, más por sus consecuencias que por las estipulaciones mismas, ha causado grave daño a Alemania, daño que todavía pesa sobre toda nuestra posición política. Parece que en 1911 el gobierno alemán se había decidido, por motivos que se substraen a la discusión, a evitar, a toda costa, la guerra, y a no retroceder ante un descalabro político para lograr este fin. Sólo así puede explicarse, a mi entender, el proceder del gobierno alemán frente a Francia e Inglaterra. De la actitud adoptada por Inglaterra resulta claramente que estaba decidida a no retroceder ante el peligro mismo de la guerra. Sus inmediatos preparativos para ésta, los movimientos de sus escuadras y el asalto de que fueron objeto nuestros institutos bancarios por los acreedores de la gran banca inglesa, disipan toda duda. De Francia hemos obtenido algunas concesiones, hechas probablemente porque no le parecía llegado aún el momento favorable para la lucha. Es de suponer que quiera aguardar hasta que la Triple Alianza haya aflojado más todavía sus lazos; hasta que las fuerzas rusas de mar y tierra estén completas y hasta que el propio ejército africano sea bastante fuerte para ofrecer una ayuda eficaz al ejército francés del Rhin.

Aunque la política del gobierno alemán en Marruecos pudiera tener alguna explicación, no cabe duda que el convenio hecho no corresponde en sí de ninguna manera a nuestros justificados anhelos. No puede negarse que dicho convenio político-comercial ofrece a nuestros industriales, negociantes y hombres de empresa favorables condiciones de competencia y que la adquisición de territorios en el Congo francés tiene cierta importancia, especialmente si se lograra adquirir el territorio español de aquella costa, pues con él aumentaría todo el valor de la nueva posesión. Pero no podemos considerar lo obtenido como compensación suficiente de lo que hemos tenido que ceder.

En otro lugar de este libro hemos manifestado que las concesiones políticas y comerciales que nos ha hecho Francia sólo tienen valor si logramos imponer su observancia con la amenaza de nuestro poderío militar. Cierto es que los territorios adquiridos en el Congo, como afirmó el Canciller del Imperio en su discurso de 9 de noviembre de 1911, tienen un valor de porvenir, pero precisamente desde este punto de vista me parecen inferiores en comparación con el valor de Marruecos, pues es indudable que el porvenir de Marruecos será mucho más precioso para Francia que el del Congo para Alemania, especialmente si no logra ésta adquirir la posesión española. También el acceso al Ubangi y al Congo tiene por el momento un valor más o menos teórico y, en caso de guerra, puede ser cerrado por algunas compañías de senegaleses. Nos engañaríamos a nosotros mismos si nos empeñásemos en ver en el convenio colonial con Francia una mejora de nuestras relaciones con este Estado. No es de suponer que Francia abandone, en el momento en que está segura del apoyo de Inglaterra, su política de desquite, seguida durante decenios con la mayor energía sólo porque respecto de un rincón perdido en el centro de Africa ha hecho un

arreglo con nosotros, por consideraciones de oportunidad. Contra la opinión manifestada por el canciller del Imperio, von Bethmann Hollweg, en su discurso de 9 de noviembre de 1911, no es posible que podamos conceder importancia alguna a este punto de vista. Y por esta causa no podemos considerar como definitivo el actual convenio, que puede estar tan sujeto a revisión como el Acta de Algeciras, y ofrece además la desventaja de que crea nuevos y numerosos peligros de rozamiento con Francia.

Por de pronto, la adquisición del Congo representa una causa de debilitación para Alemania, puesto que la nueva colonia no es susceptible de prosperidad más que invirtiendo en ella mucho dinero, y cada céntimo que hoy se distrae de los armamentos significa una merma para nuestra posición política. Además, creo que juzgando el caso en conjunto no hemos de poner exclusivamente en la cuenta el valor de los objetos permutados, sino su importancia política y sus consecuencias para nuestra política general. Es innegable que, desde este punto de vista, el citado convenio significa una disminución de nuestra importancia ante el mundo, pues es indudable que hemos renunciado a nuestra pretensión, manifestada al principio con una cierta ostentación, de mantener la soberanía de Marruecos, y hemos tolerado tranquilamente que Francia rompiera violentamente el Acta de Algeciras, a pesar de tratarse de nuestros más importantes intereses. Aunque en el mismo texto del acuerdo sobre Marruecos éste se manifiesta como una explicación del convenio de 1909, dando así la apariencia de que nuestra política se ha movido en línea lógica, esta explicación parece más bien el reverso de lo lógico.

La circunstancia de que el abandono de Marruecos haya modificado en disfavor nuestro la posición de Alemania respecto del Islam, ha constituído ciertamente un daño para nuestra política. Creo que no

habrá quien dude de que hemos perdido la estimación del mundo mahometano, que para nosotros tiene tanta importancia. Hay que suponer, además, que el convenio de Marruecos ha dado motivo al proceder de Italia en Trípoli y al consiguiente aflojamiento de los lazos de la Triple Alianza. El aumento de poderío que Francia ha logrado con el acuerdo de Marruecos ha hecho parecer conveniente a los italianos afirmar su posición en el Mediterráneo.

Pero la peor de todas las consecuencias de nuestra política en Marruecos ha sido sin duda el profundo desacuerdo que ha ocasionado entre el gobierno y el partido nacional, la pérdida de confianza en él por parte de grandes elementos populares y de aquellas clases de la sociedad que hasta ahora, a pesar de su oposición, en los asuntos exteriores estaban a su lado. Este quebrantamiento de la confianza pública, que se manifestó abiertamente en la prensa y en el Reichstag, es, a mi entender, el resultado peor que ha tenido el convenio francoalemán, pues en los días difíciles que vamos a atravesar, el gobierno deberá apoyarse en el pueblo unánime, si quiere resistir con éxito a la tempestad. Respecto de ésta no puede haber ya duda, después de las revelaciones del convenio anglofrancés para el caso de una guerra y del proceder de la diplomacia inglesa desde 1911 hasta estos últimos días (febrero de 1913).

Estas circunstancias justifican perfectamente mi concepto acerca de la situación política, que he tratado de exponer en este libro, y que demuestran claramente que nos hallamos enfrente de una falange de enemigos decididos a impedir por lo menos el ulterior desenvolvimiento del poderío alemán. Para lograrlo han hecho todo lo posible, no sin éxito, para deshacer la Triple Alianza y no se arredrarán ante una guerra. Los Ministros ingleses no han dejado lugar a dudas sobre este punto.

Así las cosas, sería insensato esperar una rectificación de la política inglesa. Tampoco debemos engañarnos por las eventuales tentativas de aproximación por parte de Inglaterra. A lo más, podríamos aprovecharlas para retrasar el estallido de la necesaria e inevitable guerra, hasta que juzguemos llegada la hora de emprenderla con esperanzas de éxito, sin olvidar ni por un instante que, mientras Inglaterra no se decida a salir de la Triple Inteligencia, únicamente podríamos lograr un acuerdo duradero con ella a costa de nuestra independencia política y del sacrificio de nuestro porvenir. Puesto que no existe la posibilidad de que la política inglesa se modifique, un arreglo con Inglaterra podría conducir solamente a una especie de vasallazgo de Alemania y al abandono en manos de la Triple Inteligencia de la hegemonía de Europa.

Aparte el interés que despierta la cuestión angloalemana en Europa, llama la atención mayor la guerra en los Balkanes. No podemos prever todavía sus consecuencias ni su alcance histórico ; pero una cosa es ya muy clara : que la Triple Alianza saldrá debilitada de esta crisis europea. El camino comercial por el Zanjalato a Salónica y Constantinopla, que hasta ahora estuvo abierto para nosotros en todas las eventualidades de la guerra, estará cerrado en lo futuro. Austria, que se ha mostrado muy débil en la defensa de sus intereses, saldrá de esta crisis con una merma en su importancia política y se encontrará en su frontera con un fuerte enemigo. La Triple Alianza ha perdido mucho y la Triple Inteligencia, que ha sabido aprovecharse de su fuerza superior, ha logrado una preponderancia política considerable. En Alemania se observa esto con dolor profundo ; no es posible abrigar ilusiones acerca de ello. Un pueblo grande, fuerte por sus armas y lleno de esperanzas en el porvenir no puede soportar durante largo tiempo un estado de cosas como el actual y todos los buenos alemanes esperan la acción libertadora.

Si a pesar de ello el gobierno ha creído hasta ahora deber suyo evitar la guerra, la situación política mundial da a comprender claramente que dentro de breve plazo nos veremos nuevamente ante el dilema de defender nuestra posición en el mundo con la espada en la mano, o de renunciar a ella. De ningún modo debemos aguardar a que nuestros adversarios hayan terminado sus armamentos y juzguen llegado el momento favorable para atacarnos.

El breve plazo que nos queda debemos aprovecharlo para hacer los más enérgicos preparativos para la guerra, según las normas principales que he tratado de exponer en las páginas anteriores. Todos los partidos nacionales deben reunirse alrededor del gobierno, que ha de representar en el exterior nuestros intereses más caros. El arrojo de nuestro pueblo debe infundir en el gobierno una actividad muy enérgica y ayudarle en sus tareas militares y políticas, sin aumentar con críticas superfluas las desfavorables consecuencias que ha tenido nuestra política anterior. Del gobierno esperamos que procederá en nuestros preparativos militares y políticos para la guerra con claro conocimiento de los peligros que nos amenazan y la exacta apreciación de nuestras necesidades nacionales y de la fuerza bélica de nuestro pueblo, empleando toda la energía que la situación exige, sin dejarse detener en su actividad por miramientos a estériles formalidades.

Abolición de la Ley del Quinquenio, ampliación del ejército sobre una más ancha base, aumento de caballería y ciclistas, poderoso artillado de nuestras fortificaciones en el Este, aceleramiento de nuestras construcciones navales, fortificación de Tsingtau, preparación financiera : estas son las demandas que la situación impone. Entretanto, nuevas ideas creadoras deben animar a la política y conducirla a feliz término.

La situación política mundial ofrece bastantes puntos donde apoyar la palanca. También la situación de Inglaterra es algo difícil. Los rozamientos entre los intereses anglorrusos en Persia y en la cuestión de los Dardanelos, nuevamente entablada, así como el poder del Islam en las principales posesiones del imperio colonial inglés, constituyen otros tantos motivos de preocupación para la Gran Bretaña. Ya hemos hecho mención de la importancia y de las dificultades de sus relaciones con los Estados Unidos de la América del Norte. También Francia tendrá que vencer grandes dificultades antes de que pueda sacar todo el provecho que espera de su dominio africano. La difícil situación política en el Asia oriental ocupará probablemente la atención de Rusia y afectará también a los intereses de Inglaterra. Todas estas son circunstancias que una política activa y discreta debe aprovechar para influir en la situación general en interés de nuestra patria.

Si el pueblo y el gobierno están unidos, resueltos a defender el honor alemán y a hacer cualquier sacrificio de dinero y de sangre para asegurar la grandeza del Estado y el porvenir nacional, podemos esperar con confianza los sucesos; entonces no tendremos que temer la lucha por nuestra posición mundial, sino que con Ernesto Mauricio Arndt podremos levantar los brazos al cielo y pedir a Dios:

« Desde tu alcázar de estrellas
Deja que suenen las armas;
Y haz que calle la miseria
De esta confusión cobarde.»

ÍNDICE

cial, claro y a veces severo de la política de aquel Imperio, y es tal el interés que despierta, que se lee con avidez y vuelve a eerse una vez terminada. El siguiente índice permite hacerse cargo de su importancia :

Política exterior. *La política alemana*: Reconocimiento político de Alemania. — Alemania como potencia mundial. — Necesidad de la flota de guerra. — Construcción de la flota militar. — Política tradicional de Inglaterra. — Alemania e Inglaterra. — Alemania e Inglaterra durante la guerra de los boers. — Discusiones de la prensa sobre la posibilidad de una alianza angloalemana. — Inglaterra y la flota alemana. — Carácter pacífico de la política mundial de Alemania. — Alemania y los Estados Unidos. — Alemania y el Japón. — Política continental y política mundial. — Política inglesa de asedio. — La crisis bosniana. — La Triple Alianza. — Italia. — Turquía. — Rusia. — La Doble Alianza. — Alemania y Francia. — La cuestión de Marruecos. — La irreconciliable Francia. — Faschoda. — Triple Entente. — Alemania-Francia-Inglaterra. — La situación angloalemana. — Resultados de la política mundial de Alemania. — Idea de una flota en Alemania.

Política interior. *I. Introducción* : Pasado político del pueblo alemán. — El espíritu particularista alemán dentro del nuevo Imperio. — Sentido político y fidelidad al partido en Alemania. — Intereses de partido e intereses de Estado. — Inteligencia política y sentimiento político. — Programas de partido. — *II. El pensamiento nacional y los partidos* : Conservatismo. — El elemento conservador en la historia prusoalemana. — Conservatismo y liberalismo. — El Gobierno y los partidos. — Política del bloque. — El Centro. — La obra de 1907. — Contribución a la historia de la política de defensa alemana. — Lucha electoral contra el socialismo. — Medios de combatir el socialismo sin violencia. — Nada de política de reconciliación. — El Estado prusiano y la Democracia Social. — Aislamiento de la Democracia Social. — El movimiento socialista y los obreros. — Una vigorosa política nacional es el verdadero remedio contra el socialismo. — *III. Economía política* : Florecimiento económico y desarrollo industrial. — Industria y agricultura. — La riqueza y la salud de la nación. — Protección a la agricultura. — Mercado exterior y mercado interior. — Importancia de la agricultura en caso de guerra. — Justicia para todas las clases productoras. — La política arancelaria de Caprivi-Marschall. — Los aranceles de 1902 y sus adversarios. — Consecuencias de la ley arancelaria de 1902. — La política económica y la política de los partidos. — *IV. La política del Gobierno en las Marcas orientales* : Dominio político y propiedad nacional. — La obra de la colonización en el Este de Alemania. — La labor de Prusia. — La lucha por la tierra. — La lucha por la cultura alemana. — Resultados de la política en las Marcas orientales. — La política seguida en las Marcas del Este es un deber nacional del pueblo alemán. — *Conclusión.*

Es una de aquellas obras indispensables en toda buena biblioteca ; que es necesario haber leído para tener la ilustración que se requiera al tratar, no sólo de los asuntos relacionados con la Iglesia — que en este caso es el autor maestro insuperable, — sino aun de política, de filosofía, de literatura, de artes plásticas tal como florecieron y se desarrollaron en aquella magnífica alborada de los tiempos modernos conocida con el nombre de Renacimiento.

Ningún convento o casa religiosa, ningún sacerdote à quien medianamente preocupe su alta misión de instruir ; ningún hombre de carrera o de alguna posición social ; en fin, ninguna biblioteca o centro docente que se lisonjee de poseer y conocer las obras maestras en todos los ramos, pueden prescindir de dicha obra.

Ninguna mejor confirmación de los anteriores elogios, que las *felicitaciones* que el autor recibió de *su santidad León XIII*, de gloriosa memoria, después de publicados los volúmenes 1.º y 2.º, y posteriormente de *Nuestro santísimo padre Pío X*, al ver la luz el 7.º y el 8.º :

« No es posible que tan grande aparato de erudición deje de proporcionar mucha luz para la investigación de la Antigüedad... Tienes entre manos una obra verdaderamente laboriosa, y, por otra parte, notable por la variedad de los sucesos... Te exhortaríamos, pues, a darnos con ardimiento las partes que faltan, si no supiéramos ser tu voluntad tan fervorosa que absolutamente no necesitas de tal exhortación. Y a la verdad, no podías haber empleado las dotes de tu ingenio más santa y provechosamente en otra cosa alguna que en esclarecer, con sinceridad y diligencia, los hechos de los Sumos Pontífices... »

« Si tu importante trabajo te ha merecido tan extraordinario aplauso, así de los eruditos católicos como de los no católicos, lo has alcanzado, ante todo, por la extensión y profundidad de tus investigaciones. Nosotros te felicitamos por este éxito, obtenido a fuerza de incansable labor, el cual redunda asimismo en alabanza del Instituto dirigido por ti, y te damos las gracias por cuanto has alcanzado también, para con la Iglesia católica, muy grandes merecimientos. Con gusto alimentamos la esperanza de que, ayudándote de nuestro Archivo, continuarás todavía publicando nuevos tomos de tu grande obra histórica, los cuales servirán indudablemente para mucho bien de la Iglesia y difusión de la histórica verdad... »

Para facilitar la adquisición de esta obra incomparable, se vende también a plazos, con arreglo a las condiciones especiales que se indicarán a uien lo solicite.

La educación moral y cívica

por la CONDESA ZAMOYSKA. Un volumen de 486 páginas, de 20 × 13 centímetros. En rústica, pesetas **4** ; en tela inglesa, pesetas **5**.

La familia, el trabajo y la propiedad en el Estado moderno

Curso de Sociología para las escuelas, por JUAN ROSSIGNOLI, profesor en el seminario de Novara, traducción del italiano por DAMIÁN ISERN, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Un volumen de 488 páginas de 23 ½ × 15 centímetros. En rústica, pesetas **6** ; en tela inglesa, pesetas **7'50**.

La enseñanza social de Jesús

(Jesús y el individuo. Jesús y la familia. Jesús y la sociedad. Jesús y la fraternidad. La solidaridad. Jesús y la igualdad. Jesús y la libertad, por A. LUGAN, traducción de la 3.ª edición por NORBERTO TORCAL. Un volumen de 380 páginas, de 19 × 12 centímetros. En rústica, pesetas **3'50** ; en tela inglesa, pesetas **4'50**.

La Democracia Cristiana

Pastorales del ilustrísimo don JUAN MAURA Y GELABERT, Obispo de Orihuela. Un volumen de 220 páginas de 20 × 13 centímetros. En rústica, pesetas **2'50** ; en tela inglesa, pesetas **3'50**.

El Artículo 11 de la Constitución

por el padre VENANCIO M.ª DE MINTEGUIAGA, S. J. Un volumen de 256 páginas, de 19 × 12 centímetros. En rústica, pesetas **3**; en tela inglesa, pesetas **4**.

Principios fundamentales del Derecho Penal

estudio filosófico jurídico, por el padre VICTOR CATHREIN, de la Compañía de Jesús, traducido directamente del alemán por el padre JOSÉ MARIA S. DE TEJADA, de la misma Compañía, doctor en Filosofía y Letras. Un volumen de 276 páginas, de 20 × 13 centímetros. En rústica, pesetas **3** ; en tela inglesa, pesetas **4**.

Injusticias del Estado Español

Labor parlamentaria de un año, por el OBISPO DE JACA. Un volumen de 490 páginas de 20 × 13 centímetros. En rústica, pesetas 6 ; en tela inglesa, pesetas **7**.

Nuevo Diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana

por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ, Licenciado en Filosofía y Letras, con la colaboración, para el *Diccionario biográfico, geográfico e histórico*, de MARIO ROSO DE LUNA, doctor en Derecho, C. de la Academia de la Historia. Quinta edición revisada, corregida y puesta al día. Contiene: todas las voces que figuran en la última edición (1899) del de la Real Academia Española; más de 54,900 palabras; 1,400 artículos enciclopédicos; 840 grabados, de los que 74 son de conjunto y 11 de una plana entera; 16 láminas y mapas en color, etc. El *Diccionario biográfico* contiene además 140 retratos. Un volumen de 1,036 páginas de 18 ¹/₂ × 12 ¹/₂ centímetros, encuadernado en tela inglesa, pesetas **8**.

Nuevo Diccionario francés-español y español-francés

por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ, Licenciado en Filosofía y Letras. Un volumen de 1,179 páginas de 18 ¹/₂ × 12 ¹/₂ centímetros, impreso a dos columnas, encuadernado en tela inglesa, pesetas 8.

Química general y aplicada a la Industria

Tomo I · Química inorgánica, por el doctor HÉCTOR MOLINARI, profesor del Politécnico de Milán; traducida de la tercera edición por el doctor J. ESTALELLA, catedrático en el Instituto de Gerona. Un magnífico volumen de 1,002 páginas, de 25 ¹/₂ × 16 ¹/₂ centímetros, con 280 grabados y una lámina en color y dos en negro. En rústica, pesetas 24; en tela inglesa, pesetas 26.

Química general y aplicada a la Industria

Tomo II Química orgánica, por el doctor HÉCTOR MOLINARI; traducida por el doctor J. ESTALELLA. Un volumen de 1,192 páginas, de 25 ¹/₂ × 16 ¹/₂ centímetros, con 506 grabados. En rústica, pesetas 26; en tela inglesa, pesetas 28.

La electricidad y sus aplicaciones

por el doctor LEO GRAETZ, profesor de la Universidad de Munich; obra magistral traducida de la 16.ª edición por el doctor E. TERRADAS, profesor de la Universidad de Barcelona. Un magnífico volumen de 586 páginas, de 23 ¹/₂ × 15 centímetros, con 667 grabados. En rústica, pesetas 13; en tela inglesa, pesetas 15.

La agricultura al alcance de todos

Enseñanza gráfica en 33 lecciones, con 600 grabados, obra escrita bajo la dirección del profesor DANIEL ZOLLA, por A. JENNEPIN Y AD. HERLEM. Un magnífico album de 116 páginas, de 28 × 22 ¹/₂ centímetros, de ellas 49 láminas con excelentes grabados al boj. Encartonado con tapas en colores, pesetas 4.